This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

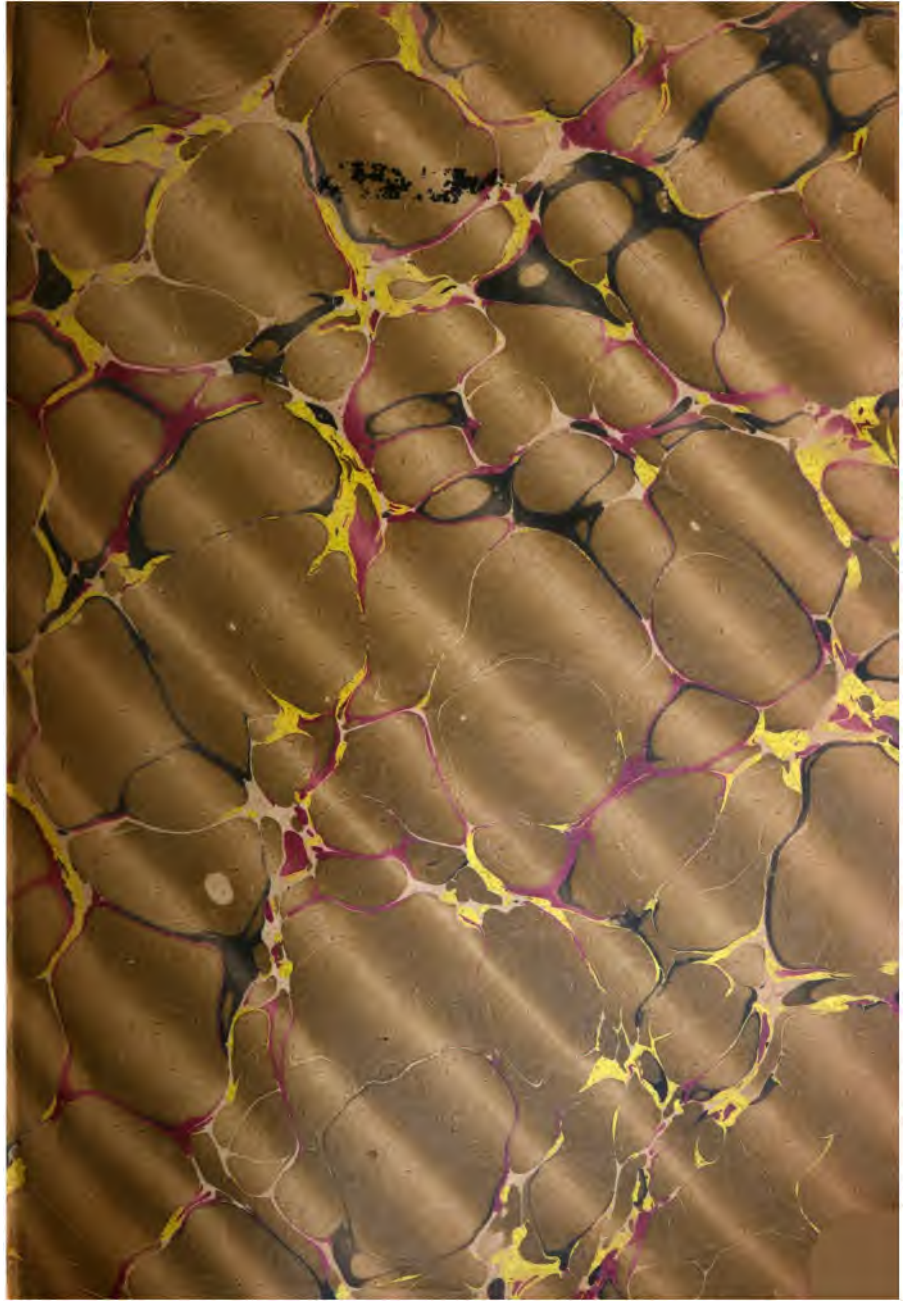
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.808 OY3T V.1 LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.808
Oy3t
v.1



Lacap 63 EP 4 Vols.

$N.SS

$16.25

TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

DESDE EL SIGLO XII HASTA NUESTROS DÍAS

(ESPAÑA Y AMÉRICA)

POR

CALIXTO OYUELA

Catedrático de Literatura preceptiva y de Literatura española
y de los Estados hispano-americanos, en el Colegio Nacional de la Capital.

PROSA—TOMO I

BUENOS AIRES

Ángel Estrada—Bolívar 196 á 204

MDCCCLXXXV

Imprenta EUROPEA y taller de grabados en madera, Moreno 51

The Library
The University

ADVERTENCIA

AL recibirme de las cátedras de Literatura preceptiva y Literatura castellana en el Colegio Nacional de esta ciudad, fué mi primer propósito desnudar esta enseñanza de todo rigorismo retórico, de todo estrecho espíritu de escuela, deteniéndome sólo en los principios generales del arte, y estudiar en seguida cómo dichos principios informan las buenas obras literarias. El gusto, como se ha dicho muy acertadamente, se forma gustando. La atenta contemplación y estudio de los grandes modelos artísticos, son, á mi juicio, mil veces más eficaces para formar un gusto firme y severo, que todas las reglas retóricas, que todos los principios abstractos.

Esta línea de conducta que desde el primer instante hube de trazarme, me imponía el deber

de explicar á mis discípulos, y aun de hacer que ellos mismos analizasen, trozos escogidos tomados de los mejores autores españoles y americanos. Pero la elección de tales trozos no había de hacerse repentinamente y para cada clase. A más de los inconvenientes materiales que tal procedimiento ofrecería, él implicaría ausencia total de método y órden en la selección, y lo que es peor, dificultaría por extremo que fuese siempre la más atinada.

Era, pues, necesario preparar y llevar á cabo de antemano dicha selección, y presentar en ella la flor y nata de la literatura castellana, y esto he tratado de realizar en la presente obra, que ofrezco á mis alumnos, y á los pocos que entre nosotros tienen amor á estas lecturas.

Teniendo en cuenta la enseñanza de la literatura castellana, esta colección no podía ni debía limitarse á dar cabida á los trozos más salientes de dicha literatura. Otra había de ser necesariamente su índole. Era menester presentar un cuadro completo de aquella, desde sus comienzos en España, hasta lo presente en España y América, lo cual hacía mucho más difícil la tarea, pues en vez de un solo objeto, la obra debía llenar dos, en muchos casos difíciles de enlazar. No se extrañe, pues, si ha tenido entrada en ella algún escritor

de segundo orden, algún trozo de no muy subido mérito. Ello ha sido necesario, á fin de no dejar lagunas, de no romper el lazo que une á unos escritores con otros, de seguir, en fin, de una manera relativamente completa, el desenvolvimiento de la literatura castellana á través de siglos, en conformidad con el programa de la materia.

Dos caminos se me ofrecían para la ejecución de mi plan. Ó agrupar á los escritores por familias ó *escuelas*, nombre con que impropiamente se han designado las diversas tendencias de los escritores, por razón de época, de raza ó de índole personal; ó bien seguir el orden cronológico, lo cual tiene la innegable ventaja de mostrar el desenvolvimiento paulatino de la literatura y del idioma. Decidíme por este último método, si bien no he perdido de vista el primero, cuando sin perjuicio, ó á poca costa, me ha sido posibe observarlo.

Una obra como la presente no tiene precedente alguno en nuestra lengua. Puedo afirmar, sin jactancia y sin riesgo, que es completamente nueva. Algunas colecciones parciales, ya españolas, ya americanas, hechas con plan enteramente distinto, por apreciables que sean, en nada amenguan la verdad de lo que digo. He tenido á la vista algunas de dichas colecciones, y debo declarar que

si el temor de repetirlas no ha sido parte para que yo dejase de incluir en mi obra trozos de superior mérito que en ellas se encuentran (como en el excelente *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, de Capamany), he procedido en general con entera independecia de gusto, desechando lo que á todas luces me parecía malo ó mediocre, aunque tuviera en su favor opiniones respetables. Así, por ejemplo, he omitido, en la parte en verso, á Medrano, escritor del siglo XVI, apreciable imitador de Horacio, sobrio y correcto en su estilo y lenguaje, pero que carece absolutamente de nervio y de inspiración propia, y en la parte en prosa á Venegas, en cuyas obras, si es fácil hallar pruebas de erudición y saber nada comunes, es punto menos que imposible descubrir cualidades literarias de ningún género.

C. O.

The Library
The University

SIGLO XIII

Carta de Alejandro á su madre

El que acompanna á los de la vida poco, é á los de la muerte mucho, á su madre la que non se solazó con él en este sieglo que es cosa certera, é á poco de tiempo será, con él en la casa que es vida perdurable.... Salut de expedidor que se va.

Madre; oit la mi carta, é pensat de lo que hy ha, é esforciatvos con el bon conorte é la bona sofrencia, é non semeiedes á las mugieres en flaqueza nin en miedo que an por las cosas que lles vienen, assi como non semeia vostro fiio á los omes en sus mannas é en muchas de sus faciendas. Y madre, ¿se fallastes en este mundo algún regnado que fué ficado en algún estado durable? ¿Non veedes que los árboles verdes é fremosos que facen muchas foias é espessas, é lievan mucho fruto, en poco tiempo quebrántanse sus ramos, é cáense sus foias é sus frutos? Madre, ¿non veedes las yerbas verdes é floridas, que amanecen verdes é anochecen secas? Madre, ¿non veedes la luna, que quando ella es más complida é más luciente, estonce le vien el eclipsis? Madre, ¿non veedes las estrellas que las encubre la

lobregura? ¿é non veedes las llamas de los fuegos lucientes é ascondidos que tan ahína se amatan? Pues parat mientes, madre, á todos los omes que viven en este sieglo, que se pobló dellos el mundo, é que se maraviian de los visos é de los sesos, é que son todas cosas, é que se engenran, é cosas que nacen, é todo esto es yuntado enna muerte é con el desfacer. Madre, ¿vistes nunca qui diesse é non tomasse, é quien emprestasse é non pagasse, é quien comendasse alguna cosa é gela diessen en fialdat, é que non gela demandassen?

Madre, se alguno por derecho oviesse de llorar, pues llorásse el cielo por sus estrellas, é los mares por sus pescados, é el aer por sus aves, é las tierras por sus yerbas, é por quanto en ella ha; é llorásse ome por sí que es mortal, é que es muerte, é que mengua su tiempo cada día é cada hora. Mas ¿por qué ha ome de llorar por pérdida? Fascas que era seguro que antes que la perdiesse de lo non perder, é vinol cosa porque non cuidasse. Pues ¿por qué deve llorar é facer duelo? Madre, ¿vistes fasta agora nenguno que fuese fincable é durable, é que non fuesse á logar do non tornasse? Pues que aquesto non es, non tiene prol de llorar al llorador, nen el duelo non tien prol. Madre, siempre fustes sabedora que io avie de morir; mas non sabiedes el tiempo ne la sazón. Pues esforciatvos con la bona sofrencia é con el bon conorte; é non lloredes por mí: que á lo que vo es meior que lo que lexo, é más sen cuidado, é más sin lacerio, é más sen miedo, é más sen afán. Pues apareiatvos é guisatvos pora quando ovierdes á ir al logar do vo. Ca la mi nombradía é la mi grant onrá en este sieglo destaiada es, é fincará la nombradía del vostro bon seso é de la vostra sofrencia é la vostra obedienza á mandamiento de los sabios, é esperat lo que Dios mandó del otro que es fincable.

JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Del título III de la segunda Partida

Nasce el pensamiento del corazón del ome: é deve ser non con saña, nin con gran tristeza, nin con mucha cobdicia, nin rebatosamente; mas con razón é sobre cosas que vengan pro, é de que se pueda guardar de daño.... Sobeianas honrras é sin pro non deve el Rey cobdiciar en su corazón; ante se deve mucho guardar dellas, porque lo que es además non puede durar, é perdiéndose é menguando tórnase en deshonrra. É la honrra que es desta guisa, siempre viene daño della al que la sigue, nasciendo ende trabaxos é costas grandes, é sin razón menoscabando lo que tiene, por lo al que cobdicia aver. É sobre esto dixeron los sabios, que non era menor virtud guardar ome lo que tiene, que ganar lo que non ha: é esto es porque la guarda aviene por seso é la ganancia por aventura...

Riquezas grandes además non deve el Rey cobdiciar para tenerlas guardadas é non obrar bien con ellas: ca naturalmente el que para esto las cobdicia non puede ser que non faga grandes yerros para averlas, lo que non conviene al Rey en ninguna manera. É aun los santos é los sabios se acordaron en esto: que la cobdicia es muy mala cosa, assí que dixeron por ella, que es madre é raíz de todos los males. É aun dixeron más, que el ome que cobdicia grandes tesoros allegar para non obrar bien con ellos, maguer los haya, non es ende señor, mas siervo: pues que la cobdicia face que non pueda usar dellos de manera que le esté bien....

Non conviene al Rey cobdiciar ser muy vicioso: ca el vicio ha en sí tal natura, que quanto el ome más lo usa, más lo ama. É desto le vienen grandes males, é mengua el seso é la fortaleza del corazón: é por fuerza ha de dexar los fechos quel convienen de facer, por saber de los otros en que halla el

vicio. É además, que cuando el ome mucho se ha á él usado, non se puede después partir dél, é tómalo por costumbre, de manera que se torna como en natura. É todas estas cosas que fablan en guarda del corazón del Rey, acuerdan con la palabra que Salomón dixo: que en todas guisas debe ome punnar en guardarlo como cosa onde sale vida é muerte.... É por ende el Rey ha de lazerar para facer á sí mismo bueno, é ha menester que non tome vicio además: ca, segund dixeron los sabios, non puede ome ganar bondad sin grand afán; porque el vicio es cosa que aman los omes naturalmente, é la bondad es saberse guardar que por vicio non fagan cosa que les esté mal....

Del título IV de la segunda Partida

Segund dixeron los Sabios, palabra es cosa, que quando es dicha verdaderamente, aquel que la dize, muestra con ella aquello que quiere dezir, é lo que contiene en el corazón. É tiene muy grand pro quando se dize como deve: ca por ella se entienden los omes los unos á los otros, de manera que fazen sus fechos en uno más desembargadamente. É por ende todo ome, é mayormente el Rey, se deve mucho guardar en su palabra, de manera que sea catada é pensada ante que la diga: ca después que sale de la boca, non puede ome fazer que non sea dicha.... Deve el Rey guardar que sus palabras sean eguales é en buen són: ca las palabras que se dizen sobre razones feas é sin pro, é que non son fermosas nin apuestas al que las fabla nin otrosí al que las oye, nin puede tomar buen castigo nin buen consejo; son además, é llámanlas caçurras porque son viles é desapuestas, é non deven ser dichas

ante omes buenos, quanto más decirlas ellos mismos, é mayormente el Rey. É otrosí palabras enáticas é necias que non conviene al Rey que las diga: ca éstas tienen muy grand daño á los que las oyen, é muy mayor á los que las dizen.... Menguadas non deven ser las palabras del Rey. É serían atales en dos maneras: la primera cuando se partiese de la verdad é dixese mentira á sabiendas en daño de sí mismo ó de otri, ca la verdad es cosa derecha é egual. É segund dixo Salomón: non quiere la verdad desviamiento nin torturas.... Desconvenientes non deven ser las palabras del Rey: é serían atales en dos maneras; la primera, como si la dixese en grand alabanza de sí: ca esta es cosa que está mal á todo ome, porque si él bueno fuese, sus obras le loarán.... Daño muy grande viene al Rey é á los otros omes quando dixeren palabras malas é villanas é como non deven, porque después que fueren dichas non las pueden tornar que dichas no sean. É por ende dixo un filósofo quel ome deve más callar que fablar, é mayormente delante sus enemigos, porque non puedan tomar apercebimiento de sus palabras para deservirle ó buscarle mal: ca el que mucho fabla non se puede guardar que non yerre, y el mucho fablar faze envilescer las palabras, é fázele descobrir las sus poridades. É si él non fuere ome de grand seso, por las sus palabras entenderán los omes la mengua que ha dél: ca bien assí como el cántaro quebrado se conosce por su sueno, otrosí el seso del ome es conoscido por la palabra.

SIGLO XIV

El conde Lucanor

En ginovés era muy rico et muy bien andante, según sus vecinos, et aquel ginovés adolesció muy mal: et de que entendió que non podía escapar de la muerte, fizo llamar á sus parientes et á sus amigos: et de que todos fueron con él, envió por su muger et por sus fijos, et asentóse en un palacio muy bueno donde parescía la mar et la tierra, et fizo traer ante sí todo su tesoro et todas sus joyas,: et desque todo lo tuvo ante sí, comenzó en manera de trebexo á fablar con su alma en esta guisa: Alma, yo veo que tú te quieres partir de mí, et non sé por qué lo faces: ca si tú quisieres muger et fijos, bien los vees aquí delante, tales de que te deves tener por pagada, et si quieres parientes et amigos, vees aquí muchos et muy buenos, et muy honrados; et si quieres muy grand tesoro de oro et de plata et de piedras preciosas, et de joyas, et de paños et de mercaderías, tú tienes aquí tanto dello que te non face mengua más: si tú quieres naves et galeras que te ganen et te traigan grand aver et muy grand honra, véslas aquí donde están en la mar, que parescen deste mi palacio: et si quieres muchas heredades et huertas muy fermosas et muy deleytosas, véslas do parescen destas finiestras; et si quieres cavallos et mulas et canes para cazar et tomar placer, et joglares para te facer ale-

gría et solaz, et muy buena posada et mucho apostada de camas et de estrados, et de todas las otras cosas que son hi mester, de todas estas cosas á ti non mengua nada: et pues tú has tanto bien, et non te tienes por pagada, nin puedes sofrir el bien que tienes, et con todo esto non quieres así fincar et quieres buscar lo que non conosces, de aquí adelante vete con la ira de Dios, et será muy necio qui de ti se doliere por mal que te venga.

Et vos, señor conde Lucanor, pues, loado á Dios, estades en paz et con bien et con honra, tengo que non faredes buen recabdo en aventurar esto et comenzar lo que decides que vos consejan; ca por ventura estos vuestros consejeros vos lo dicen porque saben que desque en el fecho vos vieren metido, que por fuerza avredes á facer lo que ellos quisieren, et que avredes á seguir su voluntad desque fuéredes en gran mester, así como siguen ellos la vuestra aora que estades en paz: et por ventura cuidan que por el vuestro pleito enderecerán ellos sus faciendas, lo que se les non guisa en quanto vos vivierdes en asusiego, et contescervos hía lo que decía el ginovés á su alma: mas por el mi consejo, en quanto pudiéredes aver paz et sosiego á vuestra honra sin vuestra mengua, non vos metades en cosa que lo ayades todo á aventurar.

JUAN MANUEL.

El conde Lucanor

El casamiento se fizo, et levaron la novia á casa de su marido. Et los moros han por costumbre que adoban de cenar á los novios, et pónenles la mesa, et déxanlos en su casa fasta en otro día, et ficiéronlo así aquellos; pero estaban los padres et las madres et parientes del novio et de la novia con grand recelo, cuidando que

otro día fallarían el novio muerto ó muy mal trecho. Et luego que ellos fincaron solos en casa, asentáronse á la mesa; et ante que ella oviese á decir cosa, catóel novio en derredor de la mesa, et vió un su alano, et díxole ya quanto bravamente: alano, dadnos agua á las manos. Et el alano non lo fizo; et el se comenzó á ensañar, et dixole más bravamente que le diese agua á las manos, et el perro non lo fizo. Et desque vió que lo non facía, levantóse muy sañudo de la mesa, et metió mano á la espada, et endereszó al alano; et cuando el alano le vió venir contra sí, comenzó á foir, et él en pos dél, saltando amos por la ropa et por la mesa et por el fuego; tanto andovo en pos dél, fasta que lo alcanzó et cortóle la cabeza et las piernas et los brazos, et fízolo todo piezas, et ensangrentó toda la casa et la ropa et la mesa: et así muy sañudo et ensangrentado tornóse á sentar á la mesa, et catóal derredor, et vió un blauchete, (1) et mandó que le diese del agua á las manos, et porque non lo fizo, díxole: ¿cómo, don falso traydor? ¿Non viste lo que fice al alano porque non quiso facer lo que le mandé? Yo prometo que si un punto más porfías conmigo, que eso mismo faré á ti que al alano; et porque non lo fizo, levantóse et tomóle por las piernas et dió con él á la pared, et fízole más de cien pedazos, mostrando muy mayor saña que contra el alano.

Et así bravo é sañudo, faciendo malos continentes, tornóse á sentar á la mesa, et catóá todas partes: et la muger que le vió esto facer, tovo que estaba loco é fuera de seso, é non decía nada. Et desque ovo catado á todas partes, vió un su cavallo que estaba en casa, et él non avía más de aquel, et díxole bravamente que le diese agua á las manos; et el cavallo non lo fizo. Et desque vió que non lo fizo, díxole: ¿cómo don cavallo? ¿cuidades que porque non he otro sinon vos, que por eso vos dexaré si non ficiéredes lo que vos mandare? Tan malà muerte vos daré como á los otros; é non ha cosa viva en el mundo que non faga lo que yo mandare, que eso mismo le non faga. El cavallo estovo quedo, et desque

(1) Gato.

él vió que non facía su mandado, fué á él et cortóle la cabeza, et con la mayor saña que podía mostrar, despedazábalo todo. Et quando la muger vió que matara el cavallo non aviendo otro et que decía que esto faría á qualquiera cosa que su mandado non ficiese, tovo que esto ya non se facía por juego, et ovo tan grand miedo, que non sabía si era muerta ó viva.

Et él así bravo et sañudo et ensangrentado, tornóse á la mesa jurando que si mil cavallos et hombres et mujeres él oviese en casa que le saliesen de mandado, que todos serían muertos; asentóse, et cató á toda parte teniendo la espada ensangrentada en el regazo. Et desque cató á una parte et otra et non vió cosa viva, volvió los ojos contra su muger muy bravamente, et díxole con grand saña teniendo la espada sacada en la mano: levantadvos et dadme agua á las manos: et la muger que non esperaba otra cosa sinon que la despedazaría toda, levantóse muy apriesa, et dióle agua á las manos, et díxole: ay, cómo agradezco á Dios porque fecistes lo que vos mandé, ca de otra guisa, por el pesar que estos locos me ficieron, eso oviera yo fecho á vos que á ellos. Et después mandóle que le diese de comer, et ella fízolo; et con tal són se lo decía, que ella ya cuidaba que la cabeza era ida por el polvo; et así pasó el fecho entre ellos aquella noche, et nunca fabló ella, mas facía todo lo que él le mandaba; et desque ovieron dormido una pieza, dixo él á ella: con esta saña que ove esta noche non puedo bien dormir; catad que non me dispierte cras ninguno, et tenedme bien adobado de comer.

Et quando fué grand mañana, los padres et las madres et los parientes allegáronse á la puerta; et en cuanto non fablaba ninguno, cuidaron que el novio estaba muerto ó ferido; et desque vieron entre las puertas á la novia et non al novio, cuidáronlo más. Et quando la novia los vió á la puerta, llegó muy paso et con grand miedo, et comenzóles luego á decir: locos traydores, ¿qué facedes? ¿et cómo osades llegar á la mi puerta nin fablar? Callad; si non, también vosotros como yo, todos somos muertos. Et quando todos esto oyeron, fueron muy maravillados: et desque sopieron cómo pasaron en uno aquella noche, preciaron mu-

cho al mancebo porque así sopiera facer lo que le cumplía, et castigara tan bien su casa. Et de aquel día adelante fué aquella muger tan bien mandada, et ovieron muy buena vida. Et dende á pocos días su suegro quiso facer así como ficiera su yerno, et por aquella manera mató un cavallo, et díxole su mujer: á la fe, don fulán, tarde vos acordastes; ca ya non vos valdrá nada si matásedes cient cavallos, que ante lo oviérades á comenzar, ca ya bien nos conocemos.

JUAN MANUEL

Carta del rey moro de Granada al rey don Pedro de Castilla. En 1369

(Crónica de D. Pedro de Castilla)

Ensalzado Rey é Señor, que Dios honre é guarde: amén. El tu siervo Benahatín, pequeño filósofo, é del consejo del Rey de Granada tu amigo, con todo recomendamiento é con humildanza. Poderoso é nombrado Rey entre los otros reyes: non niego yo que el mi servicio non sea siempre aparejado á honra é ensalzamiento de tu estado é señorío real, en quanto el mi saber alcance, é el mí poder sofrirlo pueda....

Quando el Rey don Alfonso tu padre era vivo, é aun después de su finamiento, é después acá que tú regnaste algund tiempo, todos los del tu señorío vivían á grand placer de la vida por las muchas buenas costumbres de que usaba tu padre: é este placer les fincó así pendiente después del su finamiento en tiempo del tu señorío, el qual placer avían por tan deleytoso, que bien podían decir que dulzor de panares de miel nin de

otro sabor alguno non podía ser á ello comparado. De los quales placeres son tirados tiempo há todos los tus súbditos, é tú eres el accidente dello por muchas amarguras é quebrantamientos é desafueros en que los has puesto é pones de cada día, faciendo en ellos muchas cruezas de sangres é muertes, é otros muchos agravios, los quales lengua non podría pronunciar....

Rey, sabe (de lo qual creo que eres bien sabidor maguer paresce que non curas dello), que tan manifiesta es la tu cobdicia desordenada de que usas, que todos los que han el tu conoscimiento por uso, é por vistas, é aun eso mismo por oídas, ó por otra cualquier conversación, tienen que eres el más señalado Rey cobdicioso é desordenado que en los tiempos pasados ovo en Castilla nin en otros regnos, é tierras, é señoríos. Porque tan descobierta é tan manifiesta es, é tan grande la tu cobdicia que muestras en acrescentar tesoros desordenados, que non tan solamente non te abasta lo ordenado, mas aun, siguiendo mal á mal, tomas é robas los algos é bienes de las Iglesias é casas de oración, é así acrescientas estos tesoros, que non te vence consciencia nin vergüenza: é que tan grande es el acucia que en la cobdicia pones, que faces nuevas obras, é fuertes, así de castillos como de fortalezas é labores, do puedas asegurar estos tales tesoros; porque non puedes caber con ellos en todo el mundo, andando fuyendo de un logar en otro todavía con ellos, porque el partir dellos te es grave de lo probar....

Rey, sabe que los Filósofos naturales, entre los otros negocios que ellos mentaron, trataron muy vivamente en tales materias ó semejantes, seyendo puesto el caso, ó disputada la quistión entre ellos, é la absolución es esta que las péñolas con que los Reyes ennoblescen á sí mesmos, é amparan é defienden sus tierras é estados, son los omes grandes en linages é en sangre, que son sus naturales: porque estos son comparados é llamados alas con que los Reyes vuelan de unas tierras á otras, con quien facen sus consejos: é con las péñolas que en estas tales alas se crían en los cuerpos de los

Reyes, ennoblescen mucho sus personas é sus figuras, é se facen mucho apuestos por ello, é crescen en su orgullo, é apremian con ello mucho á sus contrarios, é con estas alas pueden facer muy ligeros vuelos los Reyes, quando los sus naturales son pagados dellos.... Lo manifiesto de ti es que las plumas enteras é los cuchillos que solías aver en tus alas con que volar solías, te son caídas; pues todos los tus naturales más nobles é más poderosos, que á esto eran comparados, é fasta aquí tenías por péñolas de tu vuelo, han puesto en olvido el amorío que solían aver; é el señorío tuyo que fasta aquí obedescían, trocáronle con el tu contrario.... Tengo que los del tu señorío non quieren acogerte irado nin pagado, en quanto ellos pudiesen; porque siempre quesiste ser de los tuyos más temido que loado é amado.....

PEDRO LÓPEZ DE AYALA.

SIGLO XV

Corvacho

AQUELLOS á quienes natura de sus bienes dotó, é amor siempre quiso dar favor é gozo, que oyan de su amigo mi breve tal ó cual epístola enderezco; á los cuales paz é salud sea otorgada, con amor de aquellas en cuyo disfavor del todo puesto so. Hermanos en Jesucristo, yo pues forzado hove de ocupar mi entendimiento en diversas é muchas imaginaciones, si mejor me sería tal disfavor, habiendo proseguir lo comienzado, continuado es propósito, ó nuevamente buscar paz é buena concordia de aquellas que siempre matan sin cuchillo ni espada é tormentan á quien quieren sin que bevan la toca. Pero si aver quisiere su amor é querencia, conviene que al huego é bivas llamas ponga el libro que compuse de aquel breve tratado de la reprobación del loco amor é vano contra Dios é mundano. É yo muy congojado del pensamiento tal, retrágeme algund tanto al sueño natural, é desque adormido, comencé de soñar que sobre mí veya señoras más de mill que el mundo ya por cierto no las aborresciera, por ser de tal gala, de nombre é renombre famosas, más de tanto fermosas, ya sin par graciosas, á par de gentiles; si en estima, del pie hasta

encima trayan esecuciones á manera de martirio dándolos golpes tales de ruecas é chapines, puños é remesones, qual sea en penitencia de los males que hice é aun de mis pecados. Diciendo: Loco atrevido, ¿dó te vino osar de escrebir ni hablar de aquellas que merescen del mundo la victoria? Have, have memoria cuanto de nos habiste algund tiempo passado gasajado. Pues no digas aun desta agua no beveré, aunque á la vejez acostumbra entrar el diablo artero en la cabeza vieja del torpe vil asno. É en esto estando parescióme la una que se aventajava á tirar por mis cabellos, rastrándome por tierra, que merced no valía demandarle de quedo que conoscer me pluguiese. La segunda que el pie me puso en la garganta á fin de ahogar, que la lengua sacar me hacía un palmo. Las otras non pude devisar, quel golpe de los chapines me cerraba la vista. Las ruecas é las aspas quebraban sobre mí, como sobre un mancebo que fuera de soldada, que á mi semblar, quedé más muerto que no bivo, que morir más amava, que tal dolor pasar. Congojado de tormento sudando desperté é pensé que en poder de crueles señoras me havía fallado. Empero tal ó cual, mi sentido cobrado, sentí y conoscí el mal dónde me venía. Pero quedé espantado é apenas conosciera el que solía, é si era verdad, ó sueño ó vanidad. Temblaba, Dios lo sabe, que quisiera tener cabe mí compañía, para me consolar. ¡Guay del que duerme solo! Porende pensé, siquiera, hermanos, por descanso é reposo de mí, de vos comunicar del todo mi trabaxo. Porende, hermanos, de dos uno demando, ó paz haya é perdón final, bien querencia de aquellas, so qual manto biví en esta vida, ó que queme el libro que yo he acabado, é no perezca. Mas con arrepentimiento demando perdón de ellas é me lo otorguen, ó que quede el libro è yo sea mal quisto para mientra viva de tanta linda dama, ó que pena cruel sea!

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO.

Proemio al condestable de Portugal, sobre las obras.

Al ilustre señor don Pedro, muy magnífico condestable de Portugal, el Marqués de Santillana, conde del Real, etc., salud, paz é debida recomendación.

En estos días pasados Álvar González de Alcántara, familiar é servidor de la casa del señor infante don Pedro, muy ínclito duque de Coimbra, vuestro padre, de parte vuestra, señor, me rogó que los decires é canciones mías enviase á la vuestra magnificencia. En verdad, señor, en otros fechos de mayor importancia, aunque á mí más trabajosos, quisiera yo complacer á la vuestra nobleza; porque estas obras, ó á lo menos las más dellas, non son de tales materias, nin así bien formadas é artizadas que de memorable registro dignas parezcan. Porque, señor, así como el Apóstol dice: *Cum essem parvulus, cogitabam ut parvulus, loquebar ut parvulus.* Ca estas tales cosas alegres é jocosas andan é concurren con el tiempo de la nueva edad de juventud, es á saber, con el vestir, con el justar, é con otros tales cortesanos exercicios: é así, señor, muchas cosas placen agora á vos, que ya non placen ó non deben placer á mí. Pero, muy virtuoso señor, protestando que la voluntad mía sea ó fuese no otra de la que digo, porque la vuestra sin impedimento haya lugar, é vuestro mandado se faga de unas é de otras partes, é por los libros é canciones agenas, fice buscar é escribir por orden, segunt que las yo fice, las que en este pequeño volumen vos envío.

Mas como quiera que de tanta insuficiencia, estas obretas mías, que vos, señor, demandades, sean, ó por ventura más de cuanto las yo estimo é reputo, vos quiero certificar me place mucho que todas cosas que entren ó anden so esta regla de poetal canto, vos plegan: de lo cual me facen cierto así vuestras graciosas demandas, como algunas gentiles cosas de tales que

yo he visto compuestas de la vuestra prudencia; como es cierto este sea un celo celeste, una afección divina, un insaciable cibo del ánimo; el qual así como la materia busca la forma, é lo imperfecto la perfección, nunca esta sciencia de poesía é gaya sciencia se fallaron si non en los ánimos gentiles é elevados espirítus.

¿É que cosa es la poesía que en nuestra vulgar *gaya sciencia* llamamos, si non un fingimiento de cosas útiles, cubiertas ó veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas é scandidas por cierto cuento, peso, é medida? É ciertamente, muy virtuoso señor, yerran aquellos que pensar quieren, ó decir, que solamente las tales cosas consistan ó tiendan á cosas vanas ó lascivas. Que bien como los fructíferos huertos abundan é dan convenientes frutos para todos los tiempos del año, así los hombres bien nascidos é doctos, á quien estas sciencias de arriba son infusas, usan de aquellas é del tal exercicio segunt las edades. É si por ventura las sciencias son deseables, así como Tullio quiere, ¿quál de todas es más prestante, más noble ó más digna del hombre; ó quál más extensa á todas especies de humanidad? Ca las obscuridades é cerramientos dellas ¿quién las demuestra é face patentes sinon la eloqüencia dulce é fermosa fabla, sea metro, sea prosa?

Quánta más sea la excellencia é prerrogativa de los rimos é metro que de la soluta prosa, si non solamente á aquellos que de las porfías injustas se cuidan adquirir soberbios honores, manifiesta cosa es. É así, faciendo la vía de los stoycos, los quales con grant diligencia inquirieron el origine é causas de las cosas, me esfuerzo á decir el metro ser antes en tiempo é de mayor perfección é de más autoridat que la soluta prosa. Isidoro Cartaginés, santo arzobispo hispalense, así lo aprueba é testifica; é quiere que el primero que fizo rimos ó cantó en metro haya seido Moysén: ca en metro cantó é profetizó la venida del Mesías; á después dél Josué en loor del vencimiento de Gabaón. David cantó en metro la victoria de los Filisteos, é la restitución del arca del Testamento, é todos los cinco libros del

Psalterio. É aun por tanto los Hebraycos osan afirmar que nosotros no así bien como ellos podemos sentir el gusto de la su dulceza. É Salomón metrificados fizo los sus Proverbios, é ciertas cosas de Job son escritas en rimo, en especial las palabras de conorte que sus amigos le respondían á sus vexaciones.

De los Griegos quieren sean los primeros Achatesio, Millesio, é aprés dél Ferocides, Tiro é Homero, non obstante que Dante soberano poeta lo llama. De los Latinos Enio fué el primero, ya sea que Virgilio quieran que de la lengua latina haya tenido y tenga la monarquía, á aun así place á Dante allí donde dice en nombre de Sordello Mantuano:

O gloria del latin suolo, per cui
Mostrò ciò che potea la lingua nostra!
O pregio eterno del loco ove io fuí!

É así concluyo, ca esta sciencia, por tal es acepta principalmente á Dios, é después á todo linage é especies de gentes. Afírmalo Casiodoro en el *Libro de varias causas,* diciendo: todo resplandor de eloqüencia, é todo modo ó manera de poesía ó poetal locución é fabla, toda variedat ovo é ovieron comenzamiento de las divinas Escrituras. Ésta en los deíficos templos se canta, é en las cortes é palacios imperiales é reales graciosamente es rescebida. Las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos, sin ella, así como sordos é en silencio se fallan.

¿É qué son, ó cuáles, aquellas cosas á donde, oso decir, esta arte así como necesaria no intervenga, é non sirva? En metro las epitalamias, que son cantares que en loor de los novios en las bodas se cantaban, son compuestos. É de unos en otros grados aun á los pastores en cierta manera sirven, é son aquellos dictados á que los poetas *bucóllicos* llamaron. En otros tiempos á las cenizas é defunciones de los muertos metros elegíacos se cantaban, é aun agora en algunas partes dura; los quales son llamados *endechas.* En esta forma cantó Jeremías

la distruición de Jerusalén. Cayo César, Octaviano Augusto, Tiberio é Tito, emperadores, maravillosamente metrificaron, é les plugo toda manera de metro.

Mas dexemos ya las historias antiguas por allegarnos más cerca de los nuestros tiempos. El rey Roberto de Nápol, claro é virtuoso príncipe, tanto esta sciencia le plugo, que como en esta misma sazón Micer Francisco Petrarca, poeta laureado, floresciese, es cierto grant tiempo le tuvo consigo en el Castil-novo de Nápol, con quien él muy amenudo confería é practicaba destas artes, en tal manera que mucho fué avido por acepto á él é grant privado suyo: é allí se dice haber él fecho muchas de sus obras, así latinas como vulgares: é entre las otras el libro de *Rerum memorandarum*, é las sus églogas, é muchos sonetos, en especial aquel que fizo á la muerte deste nuestro rey, que comienza: *Rota el alta columna, é el verde lauro*, etc.

Johán Bocacio, poeta excelente é orador insigne, afirma el rey Juan de Chipre averse dado más á los estudios desta graciosa sciencia que á ningunas otras: é así paresce que lo amuestra en la entrada proemial del su libro de la *Genealogía ó linage de los Dioses Gentiles*, fablando con el señor de Parma mensajero ó embajador suyo.

Cómo, pues, ó por quál manera, señor muy virtuoso, estas sciencias ayan primeramente venido en manos de los romancistas ó vulgares, creo sería difícil inquisición, é una trabajosa pesquisa. Pero dejadas agora las regiones, tierras é comarcas más longincuas é más separadas de nos, no es de dubdar que universalmente en todas de siempre estas sciencias se ayan acostumbrado é acostumbran, é aun en muchas dellas en estos tres grados, es á saber: *Sublime, Mediocre, Ínfimo*. Sublime se podría decir por aquellos que las sus obras escribieron en lengua griega ó latina, digo metrificando. Mediocre usaron aquellos que en vulgar escribieron, así como Guido Januncello, boloñés, é Arnaldo Daniel, proenzal. É como quier que destos yo no he visto obra alguna; pero quieren algunos haber ellos sido los primeros que escribieron tercio

rimo é sonetos en *romance*. É así como dice el filósofo, de los primeros, primera es la especulación. Ínfimos son aquellos que sin ningunt orden, regla, ni cuento, facen estos romances é cantares, de que la gente baja é de servil condición se alegra. Después de Guido é Arnaldo Daniel, Dante escribió en tercio rimo elegantemente las sus tres comedias, *Infierno*, *Purgatorio*, *Paraíso;* Micer Francisco Petrarca sus *Triunfos;* Checo Dáscoli el libro *de Proprietatibus rerum*. Johán Bocacio el libro que *Ninfal* se intitula, aunque ayuntó á él prosas de grand eloqüencia, á la manera de Boecio Consolatorio. Estos é muchos otros escribieron en otra forma de metros en lengua itálica, que *Sonetos* é *Canciones morales* se llaman.

Extendiéronse, creo, de aquellas tierras é comarcas de los Lemosines estas artes á los Gállicos, é á esta postrimera é occidental parte, que es la nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han usado. Los Gállicos é Franceses escribieron en diversas maneras rimos é versos que en el cuento de los pies é bordones discrepan; pero el peso é cuento de las sílabas del tercio rimo é de los sonetos é de las canciones morales, iguales son de las baladas; aunque en algunos, así de las unas como de las otras, hay algunos pies truncados, que nosotros llamos medios pies, é los Lemosís, Franceses, é aun Catalanes, *biogs*.

De entre estos ovo hombres muy doctos é señalados en estas artes: ca el Maestro Johan Lorris fizo el *Roman de la Rosa*, donde como ellos dicen, *el arte de amor es toda enclosa*: é acabólo Maestre Johán Copinete, natural de la villa de Mun. Michaute escribió asimismo un grant libro de *baladas*, *canciones*, *rondeles*, *lais*, *virolais*, é asonó muchos dellos. Micer Otho de Grantson, caballero estrenuo é muy virtuoso, se ovo alta é dulcemente en esta arte. Alén Charrotier, muy claro poeta moderno, secretario deste rey don Luis de Francia, en grant elegancia compuso é cantó en metro, é escribió *El debate de las quatro damas, la bella*

dama Samersi, el revelle Matín, la grant Pastora, el Breviario de nobles, é el hospital de amores, por cierto cosas asaz fermosas é plascientes de oir.

Los Itálicos prefiero yo, so enmienda de quien más sabrá, á los Franceses, solamente ca las sus obras se muestran de más altos ingenios, é adórnanlas é compónenlas de fermosas é peregrinas historias: é á los Franceses de los Itálicos, en el guardar del arte, de lo cual los Itálicos sino solamente en el peso é consonar, non se facen mención alguna. Ponen sones asimismo á las sus obras, é cántanlas por dulces é diversas maneras: é tanto han familiar é por manos la música, que paresce que entre ellos hayan nascido aquellos grandes filósofos Orfeo, Pitágoras é Empédocles: los cuales así como algunos describen, non solamente las iras de los hombres, mas aun á las furias infernales, con las sonorosas melodías é dulces modulaciones de los sus cantos aplacaban ¿É quien dubda que así como las verdes fojas en el tiempo de la primavera guarnescen é acompañan los desnudos árboles, las dulces voces é fermosos sones no apuesten é acompañen todo rimo, todo metro, todo verso, sea de cualquier arte, peso é medida?....

El Marqués de Santillana.

Crónica del conde don Pero Niño

(Cap. XII, primera parte.)

Este caballero era fermoso é blanco de cuerpo, non muy alto, nin otrosí pequeño, de buen talle, las espaldas anchas,

los pechos altos, las arcas subidas, los lomos grandes é largos, é los brazos luengos é bien fechos, los nutres muy gruesos, las presas duras, las piernas muy bien talladas, los muslos gruesos é duros, é bien fecho en la cinta, delgado aquello que bien le estaba. Avía graciosa voz, é alta: era muy donoso en sus decires. Traíase siempre bien, é muy apostado, é divisado en sus traeres, á adonábalos; mucho mejor le estaba á él una ropa de pobre, que á otros las ropas ricas: sabía sacar los trajes nuevos mejor que ningún sastre, nin jubetero, tanto que los que bien se traían tomaban dél siempre de cualquier ropa que él traxese vestida. En las armas sabía mucho, entendía mucho; él enseñaba á los armeros á facer otros talles más fermosos, é más ligeros donde cumplían. En las dagas é espadas sabía mucho: él daba en ellas otras faciones, é conoscíalas mejor que otro ome. En las sillas de cavalgar non sopo ninguno en su tiempo tanto: él las facía dolar, é añadir, é menguar en los fustes, é en las guarniciones, é en los atacares. En su casa se sacó primeramente la cincha partida que agora se usa. De las guarniciones del justar tenía más que ninguno en Castilla. Conoscía caballos, buscábalos, é teníalos, facía mucho por ellos: non ovo en Castilla ninguno en su tiempo que tan buenos caballos oviese como él; cabalgábalos, é facíalos á su voluntad, los que eran para guerra, é los que eran para corte, é para justa. Otrosí cortaba mucho de una espada, é facía piques muy señalados é fuertes. Nunca falló ome que con él cortase de una espada en su tiempo, nin que tales golpes ficiese. É en las otras ligerezas que facen los omes, é valentías, é lanzar lanza é dardo, esto facía él muy de ventaja. Lanzaba canto votado é rodeado muy reciamente, é piedra puñal. Otrosí era muy bracero: lanzaba barra muy de ventaja: á todas estas cosas pocos omes ovo que él no venciese de cuantos con él lanzaron. Bien pudo haber algunos en su tiempo que especialmente ficiesen bien algunas de aquellas cosas, unos unas, é otros otras; mas un ome

que generalmente ficiese tanto en todas las cosas, en cuerpo de ome en quien todas las cosas oviese, é así las ficiese tan acabadamente, non le ovo en Castilla en su tiempo. Allende desto armaba muy fuertes ballestas á cinto: era muy buen puntero, así de ballesta, como de arco, é muy certero. Era puntero maravilloso de juego de viras. Non era maravilla si este caballero levaba tanta ventaja á los otros omes en todas estas cosas; porque allende del recio cuerdo, é muy gran fuerza que Dios le quiso dar, todo su estudio é cabdal non era en al sinon en oficio de armas, é arte de caballería, é de gentileza.

GUTIERRE DÍAZ DE GÁMEZ.

Al doto varón Juan de Mena

(Centón epistolario)

No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tío del Rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte: é la conclusión que vos puedo dar será, que asaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplía, é nada supo en lo que le cumplía á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al Rey le han traído: é por que diz que son mágicos é de artes no cumplideras de leer, el Rey mandó que á la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados: é Fr. Lope, que más se cura de andar del Príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros, que no los vió él más que el Rey de Marroecos, ni más los entiende que el Dean de Cidá-Rodrí-

go; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes é magos: é peor es, que se fazan beatos faciendo á otros nigromantes. Tan sólo este denuesto no había gustado del hado este bueno é manífico Señor Muchos otros libros de valía quedaron á Fr. Lope, que no serán quemados ni tornados. Si Vm. me manda una epístola para mostrar al Rey para que yo pida á su Señoría algunos libros de D. Enrique para vos, sacaremos de pecado la ánima de Fr. Lope, é la ánima de D. Enrique habrá gloria que no sea su heredero aquel que le ha metido en fama de brujo é nigromante. Nuestro señor, etc.

FERNÁN GÓMEZ DE CIBDADREAL.

Al manífico señor don Pedro de Stúñiga, conde de Ledesma.

(Centón epistolario)

El can de buena raza siempre ha mientes del pan é la casa. Este proverbio me atañe á mí, que la casa de vuestra merced é el pan que mi señor é yo é mi hermano comimos de vuestra merced, siempre está faciendo sangre que bulle é punza á la fideldad é amor que le tenemos, é á los suyos, que bien es sabido en la casa del Rey.

Deste exordio vuestra merced podrá conocer lo que le querré ajuntar, que esto bastaba; mas diré más, porque no me quede nada en el trascuero de lo que yo me imagino que de pro al honor é facienda de vuestra merced puede ser. Vos, señcr, que del Rey avéis recebido honra más que vuestro padre la ovo de otro Rey, é aunque vuestra merced

es tan grande por su abolengo en sangre noble, os ha fecho el Rey más grande con estados é alcaydías é juros; no devíades andar en compaña de los que á su Señoría son tan agrios é disgustosos. É mirá, señor, que facer mal á uno, é decir que sè face por le facer bien, sólo á mí é á los de mi arte atañe, que punzamos el cuerpo á un febrático é le levamos la sangre é el pan é el agua, con dolor que padece, é se lamenta; é todo es por meterle la salud en el cuerpo, anque sea con dolor suyo. Mas vuestra merced no será abastanza poderoso para facer creer que andar contra del Rey es por facer servicio á su Señoría. Fágale vuestra merced servicio como el Rey lo querrá, é su honra no avrá menester andar á facer argumentaciones é silogismos. É demás de la honra, veda vuestra merced otros tanto altos como vos, que muertos son en castillos aprisionados, é sus bienes derramados á otros, é sus fijos son mendigos; é que si el Rey face una buena vegada, vos é los que de consuno andáis, podredes caer en una cárcaba como la que se face á los osos, que tarde os recobraríades.....Vos, señor, que en años el mayor de los grandes sois, menos el conde de Benavente, é que podíades ganar una loa sin acabamiento, metiendo á esos grandes é caballeros en lo justo é en la obediencia del Rey, é facer por humildad é por christiandad lo que con guerras ceviles buscáis, en daño de los viejos, é pobres, é criaturas, é dueñas é doncellas de los pueblos, que el afán sobre ellos cae; é librando á vuestros naturales, parientes é amigos, é criados, é de vuestro bando, é de los otros que ofendido no os han, de derramientos de sangre, é de muertes, é de dolores, gran loa se os seguiría desto, é en el pecho del Rey, que piadoso é amoroso es, meteríades un buen por qué de amor é de obligación para más ensalzamiento vuestro é de vuestros fijos é de vuestros nietos; catad no os fagades aborrir de todos. Parad mientes que han de haber paradero estas guerras ceviles, é que por bien que en paz queden todos, é asegurados de la vida é de la fa-

cienda, la loa de los que andarán con el Rey será asaz aventajosa en lo venidero de aquellos que del Rey serán divisos é apartados. Si sobrado ando en lo contenido en esta epístola, non lo llamades con otro vocablo que con sobramiento de amor é voluntad é buena fideldad con vos é con los vuestros, é con la vuestra honrada compañera é consorte, que en gloria de Dios está rogándole que os meta en el ánimo facer lo que vuestro servidor el bachiller de Cibdadreal os amonesta é os ruega afincadamente. Nuestro señor, etc.

FERNÁN GÓMEZ DE CIBDADREAL.

Visión deleitable

Abierta la puerta, el Entendimiento entró muy alegre: et luego en punto vino la Verdad é la Razón, las quales lo tomaron de las manos et lo comenzaron á traer para el huerto de la deleytación.

Venía la Verdad vestida de una más preciosa vestidura y de mayor sumpto que los mortales estimar sabrían. Tanta era la certidumbre et credulidad que sus sentencias tenían, que era imposible negarlas á hombre razonable. Tanto era el amorío y benivolencia que demostraba su gesto, que asaz era bienaventuranza mirar á ella en la cara. La estatura della é la quantidad era limitada, é proporcionada según la igualdad et longura del Entendimiento. Las palabras suyas tan ciertas eran é tanta firmeza dexaban en el corazón, que no quedaba ninguna dubda ni temor de la contrariedad. En su mano diestra trahía un espejo de un muy claro diamante, guarnido con multitud de perlas é piedras muy preciosas: é en

la siniestra trahía un muy concertado é muy justo peso, todo de oro fino sin mixtura de otro metal. Y la Razón era muy semblante á ella, sino que trahía las vestiduras muy mas aparentes, magüer el precio no fuese mayor. Pero era una cosa maravillosa de la Razón: que á las veces parescía estar tan alta su cabeza como el cielo, á las veces como las nubes, otras veces se igualaba con la quantidad et forma humana. Los ojos más parescían estrellas, et los cabellos oro, y las caras destas dos hermanas más parescían espejos que otra materia corruptible.

El Entendimiento tanto era gozoso en mirarlas que no volvía la cara á otra cosa ninguna. É ellas viéndolo ansí fuera de sí, é quasi medio atordido é pasmado, mandáronle que mirase la habitación é la huerta, no pisada por los hombres mortales, por su culpa. El Entendimiento paró mientes, é vido deleytaciones no creibles ni asinables. Primeramente en aquel lugar nunca había noche: que todo era día claro, y parescía el sol siete tanto resplandescer que lo acostumbrado, sin obstáculo é impedimento de nubes. É era la calor tan temprada, que agradaba todos los sentidos, y los alegraba con una muy temprada et muy suave manera: que quasi era admirable que como la claridad fuese tanta, non oviese calor excesivo, ni dañoso frío ni destintivo; antes era el medio poseído. É lo mesmo los árbores de aquella huerta eran tan fructíferos, tan odoríferos é tan fermosos, é de frutas tan deleytables é tan suaves al gusto, que daban refección é delectación á ambas las fuerzas, intelectiva é sensitiva. Todas las yervas disformes é nocivas eran de allí desterradas; y eran pobladas é plantadas las fermosas é odoríferas sin comparación alguna: é de aquellas era lleno todo el suelo de aquel deleytable verjel. Todos los animales noscivos et feroces et disformes eran arredrados de allí; sino unas aves, las quales eran citaristrias, et sus voces fenchían aquel lugar de angélica melodía é cantares muy dulces. En medio de la huerta estaba el árbol de la vida é de la sciencia del bien é del mal. Al pie della

manaba una fuente por caños de plata muy fina: é el lugar do caía, todo era perlas, zafires, rubíes, é balaxes. É el árbol tenía fruta de quitar la fambre por siempre. E el agua tenía virtud de quitar la sed perdurable, é aun daba perpetua é bienaventurada vida. É en aquel lugar no avía enfermedad ni corrupción, ni muerte, ni tristeza, ni desfallecimiento alguno; mas era allí la vida, la salud, la alegría, la abundancia, y el complimiento de los bienes sin mengua, é sin fallecimiento, é sin humana miseria.

No era allí la perseeución inicua de las envidiosas et ponzoñosas lenguas; no la hostil persecución de las opiniones vanas; no la infernal discordia é fraterna cizaña; no la insaciable avaricia; no la menospreciada pobreza; no la vejez flaca, temerosa, é triste; no la ignorancia é imbecilidad de la infancia é puericia; no la temeraria orgullía de la juventud; no la esperanza vana; no la tristeza del miedo; no ninguna cosa que no fuese efable, fermosa, lícita, honesta, justa, provechosa é buena. Todo era concordia visceral é caritativa: todo benivolencia é amistad sin simulación, donde todas las cosas proceden que han de ser virtuosas é loables é bien ordenadas.

É desque ovo el Entendimiento aquestas cosas por orden ya visto, las doncellas demandáronle la causa de su venida, é él les dixo: que tenía muy grand gana y deseo sin comparación de saber ¿quál era la causa final para que el hombre avía seydo fecho? ca, segund su parescer, la causa final era mejor que alguna de las otras causas, conviene á saber, natural, formal, é eficiente. É que les demandaba por merced que le certificasen de aquesto en la mejor manera que fuese posible: ca, segund su juicio, tantas eran las disformidades é las abominaciones que en los hombres eran falladas, que le parescía non aver seydo fechos por algún fin especial ó apartado de los otros animales, como mayor desordenanza fuese fallada en los hombres que en aquéllos; é que le avian dicho que avía Dios é retribución de bien é

de mal, que esto non lo creía como viese lo contrario: ca veía los justos sofrir penas é morir lasdrados, é los virtuosos ser perseguidos; é los malos ser apremiados por los maleficios, é vevir honrados, amados, et ricos, et morir en aquellos estados.

ALFONSO DE LA TORRE.

Prólogo

(*Generaciones y semblanzas*)

Muchas veces acaece que las corónicas é historias, que hablan de los poderosos Reyes é notables Príncipes é grandes cibdades, son avidas por sospechosas é inciertas, é les es dada poca fe é autoridad; lo qual, entre otras causas, acaece é viene por dos. La primera, porque algunos que se entremeten de escrebir é notar las antigüedades, son hombres de poca vergüenza; é más les place relatar cosas extrañas é maravillosas, que verdaderas é ciertas, creyendo que no será avida por notable la historia que no contare cosas muy grandes é graves de creer; ansí que sean más dignas de maravilla que de fe.....Si por falsar un contrato de pequeña quantía de moneda, meresce el escribano gran pena ¿quánto más el coronista que falsifica los notables é memorables hechos, dando fama y renombre á los que no lo merescieron, é tirándolo á los que con grandes peligros de sus personas y espensas de sus faciendas, en defensión de su ley é servicio de su Rey, é auctoridad de su república é honor de su linaje, hicieron notables hechos? De los quales ovo muchos

que más lo hicieron porque su fama é nombre quedase claro é glorioso en las historias, que por la utilidad é provecho que dello se les podría seguir, aunque grande fuese. É ansí lo hallará quien las historias romanas leyere, que ovo muchos Príncipes romanos que de sus grandes y notables hechos no demandaron premio ni gualardón ni riquezas, salvo el renombre ó título de aquella provincia que vencían é conquistaban, ansí como tres Cipiones é dos Metellos, é otros muchos. Pues tales como estos que no querían sino fama, la qual se conserva é guarda en las letras, si estas letras son mentirosas é falsas ¿qué aprovechó á aquellos nobles é valientes hombres todo su trabaxo, pues quedaron frustrados é vacíos de su buen deseo é privados del fin de sus merescimientos, que es fama? Y el segundo defecto de las historias es porque las corónicas se escriben por mandado de los Reyes ó Príncipes, é por los complacer é lisonjear, ó por temor de los enojar, los escritores escriben más lo que les mandan ó lo que creen que les agradará, que la verdad del hecho como pasó. É á mi ver, para las historias se hacer bien é derechamente, son necesarias tres cosas. La primera que el historiador sea discreto é sabio, é haya buena retórica para poner la historia en hermoso é alto estilo, porque la buena forma honra é guarnesce la materia....

Pues la buena fama quanto al mundo es verdadero premio é gualardón de los que viven é virtuosamente por ella trabaxan; si esta fama se escribe corrupta é mentirosa, en vano é por demás trabaxan los magníficos Reyes é Príncipes en hacer guerras é conquistas, y en ser justicieros é liberales y clementes, que por ventura los hace más nobles é dignos de fama y gloria que las victorias é conquistas; ansimismo los valientes é virtuosos cavalleros que todo su estudio es exercitarse en lealtad de sus Reyes, en defensión de la patria, é buena amistad de sus amigos, é para esto no dubdan los gastos ni temen las muertes; é otrosí los grandes sabios y letrados, que con gran cura é

diligencia ordenan é componen libros, ansí para impunar los herexes, como para acrescentar la fe en los christianos, é para exercitar la justicia, é dar buenas doctrinas morales: todos estos ¿qué fruto reportarían de tantos trabaxos, faciendo tan virtuosos autos y tan útiles á la república, si la fama fuese á ellos negada y atribuída á los negligentes, á los inútiles é viles, según el alvedrío de los tales, no historiadores, mas trufadores? . . .

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN.

El Condestable de Castilla don Álvaro de Luna

(Generaciones y semblanzas)

Tanta y tan singular fué la fianza que el Rey hizo del Condestable, é tan grande é tan excesiva su potencia, que apenas se podía saber de ningún Rey ó Príncipe que muy temido é obedescido fuese en su Reyno, que más lo fuese que él en Castilla, ni que más libremente oviese la gobernación y el regimiento.....A tanto se extendió su poder, é tanto se encogió la virtud del Rey, que del mayor oficio del Reyno hasta la más pequeña merced, muy pocos llegaban á la demandar al Rey, ni le hacían gracias della; mas al Condestable se demandaba, é á él se regraciaba... En conclusión son aquí de notar dos puntos muy maravillosos: el primero, un Rey comunalmente entendido en muchas cosas, é ser de todo punto negligente é remiso en la governación de su Reyno, no le moviendo ni estimulando á ello la discreción ni las experiencias de muchos trabaxos que pasó en las con-

tiendas é revueltas que ovo en su Reyno, ni las amonestaciones é avisamientos de Grandes, caballeros é religiosos que dello le hablaban; ni lo que más es, la inclinación natural pudo en él aver tanto vigor é fuerza, que de todo punto, sin ningún medio, no se sometiese á la ordenanza é consejo del Condestable, con más obediencia que nunca un hijo humilde lo fué á padre, ni un obediente religioso á su Abad ó Prior..... El segundo punto, que un caballero sin parientes, y con tan pobre comienzo, en Reyno tan grande, é donde tantos é tan poderosos caballeros avía, y en tiempo de un Rey tan poco obedescido é temido, oviese tan singular poder. Ca, puesto que queramos decir que esto era en virtud del Rey, ¿cómo podía dar poder á otro el que para sí no lo tenía? ¿ó cómo es obedescido el lugarteniente, quando el que lo pone en su lugar no halla obediencia? Verdaderamente yo cuido que desto no se podiese dar clara razón, salvo si la diere aquel que hizo la condición del Rey tan extraña. Ni se puede dar razón del poder del Condestable; que yo no sé quál de estas dos cosas es de mayor admiración, ó la condición del Rey, ó el poder del Condestable. Y en el tiempo de este Rey don Juan el Segundo acaecieron en Castilla muchos autos, más grandes y extraños que buenos ni dignos de memoria, ni útiles ni provechosos al Reyno. Ca ansí fué, que ausente de esta vida el Rey don Fernando de Aragón, por consiguiente se ausentaron del Reyno de Castilla la paz é la concordia....

El Miércoles de las ochavas de Pasqua Florida, queriendo Nuestro Señor hacer obra nueva, el día que debía ser resurrección, fué pasión del dicho Condestable, con gran admiración é quasi increible á todo el Reyno. El Rey lo mandó prender á don Alvaro de Stúñiga, que fué después conde de Plasencia, é tomó lo que allí halló; é partiendo de Burgos, llevólo consigo á Valladolid, é hízolo poner en Portillo en fierros, en una jaula de madera. ¿Qué podemos aquí decir, sino obedescer y temer los escuros juicios de Dios sin alguna

interpretación: que un Rey, que hasta los quarenta y siete años fué en poder deste Condestable con tan grandísima paciencia é obediencia que solamente el semblante no movía contra él, que agora súpitamente con tan grande rigor le hiciese prender é poner en fierros? É aun es de notar aquí que aquellos Príncipes Reales, el Rey de Navarra y el Infante don Enrique, con acuerdo é favor de todos los Grandes del Reyno, muchas veces se trabaxaron de lo apatar del Rey y destruirlo; é no solamente no lo acabaron, mas todos los más dellos se perdieron en aquella demanda: por ventura porque se movían, no con intención buena, mas con interese. É si queremos decir que el Rey hizo esta obra, paresce al contrario; porque muerto el Condestable, el Rey se quedó en aquella misma remisión y negligencia que primero: ni hizo auto alguno de virtud ni fortaleza en que se mostrase más ser hombre que primero. É ansí resta que debamos creer que esta fué obra de sólo Dios, que según la Escritura, él solo hace grandes maravillas.....Fué llevado de Portillo á Valladolid, é allí públicamente y en forma de justicia, le fué cortada la cabeza en la plaza pública. Á la qual muerte, según se dice, él se dispuso á la sofrir más esforzada que devotamente; ca, según los autos que aquel día hizo, é las palabras que dixo, más pertenescían á fama que á devoción.

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN.

Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana.

(Claros varones de Castilla)

Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona é en

el razonar de fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablabla muy bien, é nunca le oían decir palabra que no fuese de notar, quién para doctrina, quién para placer. Era cortés, é honrador de todos los que á él venían, especialmente de los hombres de ciencia.....Como fué en edad que conosció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazón grande, que no dexa caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes.....Era caballero esforzado, é ante de la facienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardido é osado: é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamás punto de cobardía.....Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes de armas de su capitanía, é sabía ser con ellos señor é compañero. É ni era altivo con el señorío, ni raez en la compañía; porque dentro de sí tenía una humildad, que le facía amigo de Dios, é fuera guardaba tal autoridad, que le facía estimado entre los hombres.....É guardando su continencia con graciosa liberalidad, las gentes de su capitanía le amaban; é temiendo de le enojar, no salían de su orden en las batallas....

Loan muchas de las historias romanas el caso de Manlio Torquato.....que viniendo su fijo como vencedor á se presentar con los despojos del vencido ante el Cónsul su padre, le fizo atar, é contra voluntad de toda la hueste romana le mandó degollar, porque fuese exemplo á otros, que no osasen ir contra los mandamientos de su capitán.... Dura debiera de ser por cierto é muy pertinaz la rebelión de los romanos, pues tan cruel exemplo les era necesario para que fuesen obedientes á su capitán, é por cierto yo no sé qué mayor venganza pudo aver el padre del latino vencido, de la que le dió el padre del latino vencedor..... Bien podemos decir que fizo este capitán crueldad digna de memoria, pero no doctrina digna de exemplo, ni mucho menos digna de loor; pues los mismos loadores dicen que fué

triste por la muerte del fijo, é aborrescido de la juventud romana todo el tiempo de su vida: é no puedo entender cómo el triste aborrescido puede ser loado.

Este claro varón en las huestes que gobernó, con mayor loor por cierto é mejor exemplo de doctrina se puede facer memoria dél; pues sin matar fijo ni facer crueldad inhumana, mas con la autoridad de su persona é no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos, é no odioso á ninguno.....Tenía grand fama é claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho más la estimación entre los sabios que la fama entre los muchos. É porque muchas veces vemos responder la condición de los hombres á su complexión, é tener siniestras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo á Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexión, que fué hábil para recebir todo uso de virtud, é refrenar sin grand pena qualquier tentación de pecado.

FERNANDO DEL PULGAR.

Don Juan Pacheco, Marqués de Villena é Maestre de Santiago.

(Claros varones de Castilla)

Fablaba con buena gracia é abundancia en razones, sin prolixidad de palabras: temblábale un poco la voz por enfermedad accidental é no por defecto natural. En la edad de mozo tuvo seso é autoridad de viejo. Era hombre esencial, é no curaba de apariencias ni de cerimonias infladas..... Tenía

la agudeza tan viva, que á pocas razones conoscía las condiciones é los fines de los hombres: é dando á cada uno esperanza de sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenía tan grand sufrimiento, que ni palabra áspera que le dixesen le movía, ni novedad de negocio que oyese le alteraba: y en el mayor discrimen de las cosas tenía mejor arbitrio para las entender é remediar. Era hombre que con madura deliberación determinaba lo que había de facer, é no forzaba el tiempo, mas forzaba á sí mismo esperando tiempo para lo facer... Tovo algunos amigos de los que la próspera fortuna suele traer: tovo asimismo muchos contrarios, de los que la envidia de los bienes suele criar.... No era varón de venganzas, ni perdía tiempo ni pensamiento en las seguir. Decía él que todo hombre que piensa en vengarse, antes atormenta á sí que daña al contrario. Perdonaba ligeramente, y era piadoso en la execución de la justicia criminal; porque pensaba ser más aceptable á Dios la grand misericordia que la extrema justicia... No quiero negar que como hombre humano este caballero no toviese vicios como los otros hombres; pero puédese bien creer, que si la flaqueza de su humanidad no los podía resistir, la fuerza de su prudencia los sabía disimular.

FERNANDO DEL PULGAR.

LETRA I

Contra los males de la vejéz

....Loa también (Tulio) la vejez, porque está llena de autoridad é de consejo; é por cierto dice verdad, como quiera que yo he visto muchos viejos llenos de días é vacíos de seso, á

los quales ni los años dieron autoridad, ni la experiencia pudo dar doctrina, é ser corregidos de algunos mancebos . . Loa también el Sr. Tulio la vejez porque está cerca de ir á visitar los buenos en la otra vida; é desta visitación veo yo que todos huimos, é huyera asimismo Tulio si no le tomaran á manos, é le enviaran su camino á facer esta visitación, que mucho loó é poco deseó. Porque, hablando en su reverencia, uno de los mayores males que padece el viejo es el pensamiento de tener cercana la muerte, el qual le face no gozar de todos los otros bienes de la vida; porque todos naturalmente querríamos conservar este sér, y esto acá no puede ser; porque quanto más esta vida crece, tanto más descrece; é quanto más anda, tanto más va á no andar. Y lo más grave que yo veo es, Sr. Doctor, que si el viejo quiere usar como viejo, huyen dél; si como mozo, burlan dél. No es para servir, porque no puede: no para ser servido, porque riñe; no para en compañía de mozos, porque el tiempo les apartó la conversación: menos le pueden convenir los viejos, porque la vejez desacuerda sus propósitos. Comen con pena, purgan con trabaxos; enojosos á los que los menean: aborrescibles á los propinquos si son pobres, porque tardan en morir; aborrescibles si son ricos é viven mucho, porque tarda su herencia.

Disfórmanseles los ojos, la boca é las otras faciones é miembros; enflaquéscenseles los sentidos, é algunos se les privan; gastan, no ganan; fablan mucho, facen poco; é sobre todo la avaricia, que les crece juntamente con los días, la qual do quier que se asienta ¿qué mayor corrupción puede ser en la vida? . . . É por tanto, Sr. Físico, sintiéndome muy agraviado de las consolaciones é pocos remedios de Tulio, *de Senectute*, como de ningunas é de ningún valor, apelo para ante vos, Sr. Francisco de Médicis, é pido los emplastos necesarios *saepe et instantive*: é requiéroos que me remediéis, é no me consoléis. *Valete.*

FERNANDO DEL PULGAR.

LETRA III

Para el arzobispo de Toledo (1)

Clama, ne cesses, dice Isaías, M. R. señor; e pues no vemos cesar este reyno de llorar sus males, no es de cesar de reclamar á vos, que dicen ser causa dellos. ¿Poca cosa os parece, dice Moysén á Coré é sus sequaces, averos Dios elegido entre toda la multitud del pueblo para que le sirváis en el sacerdocio, sino que en pago de su beneficio le seáis adverso escandalizando el pueblo? Contad, muy reverendo señor, vuestros días antiguos, é los años de vuestra vida considerad. Considerad asimismo los pensamientos de vuestra ánima, é fallaréis que en tiempo del rey don Enrique vuestra casa receptáculo fué de caballeros airados é descontentos, inventora de ligas é conjuraciones contra el ceptro real, favorescedora de desobedientes é de escándalos del reyno; é siempre vos avemos visto gozar en armas é ayuntamientos de gentes, muy agenos de vuestra profesión, enemigos de la quietud del pueblo. E dexando de recontar los escándalos pasados que con el pan de los diezmos avéis sostenido, el año de sesenta é quatro contra el rey don Enrique se fizo aquel ayuntamiento de gente, que todos vimos ser el primero acto de inobediencia clara que, vuestra Señoría seyendo cabeza é guiador, sus naturales le osaron mostrar... Estas mudanzas, tantas y en tan poco espacio de tiempo por señor de tan gran dignidad fechas, no en pequeña injuria de la persona é de la dignidad se pudieron facer. Durante esta división, si se despertó la maldad de los malos, la cobdicia de los cobdiciosos, la crueldad de los crueles, é la rebelión de los inobedientes, vuestra muy reverenda Señoría lo considere bien, é verá quán medicinal es la sacra Escriptura, que nos manda por Sant Pedro obedescer á los reyes aunque disolutos, antes que facer división en los reynos; porque la corrupción é males de la división son muchos é más graves sin

(1) D. Alonso Carrillo. Año de 1475.

comparación que aquellos que del mal rey se pueden sufrir.... É pues vuestra dignidad vos fizo padre, vuestra condición no os faga parte, é no profanéis ya más vuestra persona, religión é renta, que es consagrada, é para sus cosas pías dedicada... Cansad, ya, por Dios, señor, cansad, y á lo menos aved compasión desta tribulada tierra, que piensa tener perlado é tiene enemigo. Gime y reclama porque tovistes poderío en ella, del qual á vos place usar, no para su instrución como debéis, más para su destruición como facéis: no para su reformación como sois obligado, más para su deformación: no para doctrina y exemplo de paz é mansedumbre, mas para corrupción y escándalo é turbación. ¿Para qué vos armáis, sacerdote, sino para pervertir vuestro hábito é religión? ¿Para qué os armáis, padre de consolación, sino para desconsolar é facer llorar los pobres é miserables, é paraque se gocen los tiranos é robadores é hombres de escándalos e sangres con la división continua que vuestra Señoría cría é favoresce? Decidnos, por Dios, señor, si podrán en vuestros días aver fin nuestros males, ó si podremos tener la tierra en vuestro tiempo sin división. Catad, señor, que todos los que en los reynos é provincias procuraron divisiones, vidas é fines ovieron atribuladas. Temed pues, por Dios, la caída de aquellos cuya doctrina queréis remedar, é no trabaxéis ya más este reyno; ca no hay so el cielo reyno más deshonrado que el diviso. Lea vuestra Señoría á Sant Pedro, cuya orden recebistes é hábito vestís, é aved alguna caridad de la que os encomendó que hayáis, é básteos el tiempo pasado á voluntad de las gentes. Sea el por venir á voluntad de Dios; que hora es ya, señor, de mirar do vais, é no atrás do venís. No queráis más tentar á Dios con tantas mudanzas; no queráis despertar sus juicios, que son terribles y espantosos; y pues vos eligió Dios entre tanta multitud para que le sirváis en el sacerdocio, en retribución de su beneficio no le escandalicéis el pueblo, según fueron las primeras palabras de esta epístola.

FERNANDO DEL PULGAR.

Letra VII

Para el Rey de Portugal (1)

Muy poderoso Rey é señor: Sabido he la inclinación que V. A. tiene de aceptar esta empresa de Castilla, que algunos caballeros della os ofrescen; é después de haber bien pensado en esta materia, acordé de escrebir á V. A. mi parescer. Bien es, muy excelente Rey é señor, que sobre cosa tan alta é tan ardua haya en vuestro consejo alguna plática de contradición disputable, porque en ella se aclare lo que á servicio de Dios, honor de vuestra corona real, bien é acrescentamiento de vuestro reyno más conviene seguir. É para esto, muy poderoso señor, según en las otras guerras santas do avéis seido victorioso avéis fecho, porque en esta con ánimo limpio de pasión lo cierto mejor se pueda discernir, mi parescer es que ante todas cosas aquel Redentor se consulte que vuestras cosas conseja; aquel se mire, que siempre os guía; aquel se adore é suplique, que vuestras cosas é estado segura é prospera: porque como quier que vuestro fin es ganar honra en esta vida, vuestro principio sea ganar vida en la otra... Estas variedades, muy podero señor, dan causa justa de sospecha que estos caballeros no vienen á vuestra Señoría con celo de vuestro servicio, ni menos con deseo desta justicia que publican; mas con deseo de sus proprios intereses, que el Rey é la Reyna no quisieron, ó por ventura no pudieron complir según la medida de su cobdicia; la qual tiene tan ocupada la razón en algunos hombres, que tentando sus propios intereses acá é allá, dan el derecho ajeno do hallan su utilidad propia. Y devéis creer, muy excelente señor, que pocas veces vos sean fieles aquellos que con dádivas oviéredes de sostener; antes es cierto, aquellas cesantes, os sean deservidores, porque ninguno de los semejantes viene á vos

(1) Año de 1475.

como deve venir, mas como piensa alcanzar.... É por tanto, mirad por Dios, señor, que vuestras cosas, hasta hoy florescientes, no las envolváis con aquellos que el derecho de los reynos, que es divino, miran no según su realidad, mas según sus pasiones é proprios intereses. É quanto á la promesa tan grande é dulce como estos caballeros os facen de los reynos de Castilla con poco trabaxo é mucha gloria, ocúrreme un dicho de Sant Anselmo, que dice: Compuesta es é muy afeytada la puerta que convida al peligro. É por cierto, señor, no puede ser mayor afeytamiento ni compostura de la que estos vos presentan; pero yo fago más cierto el peligro desta empresa que cierto el efecto desta promesa...

Considerad bien, señor, quán grande es el aventura en que ponéis vuestro estado real, y en quánta obscuridad vuestra fama, que por la gracia de Dios por todo el mundo relumbra. Allende desto, de necesario ha de aver quemas, robos, muertes, adulterios, rapiñas, destruiciones de pueblos é de casas de oración, sacrilegios, el culto divino profanado, la religión apostatada, é otros muchos estragos é roturas que de la guerra surten. También vos converná sofrir é sostener robos é robadores é hombres criminosos sin castigo ninguno, é agraviar los ciudadanos é hombres pacíficos, que es oficio de tirano é no de Rey. É vuestro reyno entre tanto no será libre destos infortunios; porque en caso que los enemigos no le guerreasen, vos sería forzado con tributos continuos y servidumbres premiosas, para la guerra necesarias, los fatigásedes; de manera que procurando una justicia, cometeríades muchas injusticias. Allende desto, vuestra Real persona, que por la gracia de Dios está agora quieta, es necesario que se altere: vuestra conscientia sana, es por fuerza que se corrompa: el temor que tienen vuestros súbditos á vuestro mandado, es necesario que se afloxe. Estáis quito de molestias; es cierto que havréis muchas. Estáis libre de necesidades; metéis vuestra persona en tantas é tales, que por fuerza os farán subjecto de aquellos que la libertad que agora tenéis os face Rey é señor.... É por tanto,

muy alto é muy poderoso Rey é señor, antes que esta guerra se comience, se deve mucho mirar la entrada; porque principiar guerra quien quiera lo puede facer; salir della no, sino como los casos de la fortuna se ofrescieren, los cuales son tanto varios é peligrosos, que estados reales é grandes no se les deve cometer sin grande é madura deliberación, é á cosas muy justa é ciertas.

FERNANDO DEL PULGAR.

Carta al rey don Juan II

Muy poderoso Señor: en quánta anxiedad fatiga é trabaxo los vuestros Reynos estén, no es necesario declararlo: que á vuestra merced asaz es notorio. É ya más es tiempo de buscar remedio, que de llorar ni decir nuestros males; el qual sin duda, después de Dios, en vos sólo aver esperamos. ¡O Señor! pues no sea vana nuestra esperanza, é fágase paz en vuestra virtud. Acate agora vuestra gran Señoría, cómo puede ganar mayor gloria que jamás príncipe del mundo ganó. Esto será, señor, vos poniendo todos los fechos en justa balanza, dexando toda parcialidad é afición, de donde forzado se seguiría que tantas discordias é desensiones por vuestros súbditos é naturales causadas, por vos sólo sean reparadas y reducidas á toda concordia. Y aunque esto parece á algunos difícile; á mí parece mucho ligero si solamente ponéis el querer: porque sois señor soberano así de los unos como de los otros.

Traed á memoria, señor, que sois Rey; é mirad bien quál es vuestro oficio: que bien acatado, Señor, el reynar más es, sin dubda, carga que gloria. Lo qual, por cierto, bien conoscía aquel rey persiano de quien Valerio hace mención: el qual teniendo

la corona en las manos el día de su coronación, con mucha atención acatándola, decía: ¡O joya preciosa más que bien aventurada! quien bien conosciese los grandes trabaxos que debaxo de ti están escondidos, aunque en tierra te fallase, no te levantaría! Asimismo devéis acatar cómo reynáis por Dios en la tierra: al qual mucho devéis parecer: el qual, con sed codiciosa é ardiente deseo de la salud humanal, tan grandes é tantas injurias sufrió, hasta sufrir muerte penosa. Pues no es maravilla si los que tenéis su poder en el mundo, algunos trabaxos, congoxas ó males por salvación de vuestros pueblos sufráis. Ca estas cosas todas son subjetas al señorío, é la fortuna á ninguno libra de golpe ó de llaga, desde aquel que posee la más alta silla, é usa de púrpura é oro, hasta aquel que se asienta en la tierra, é de lienzo crudo cubre sus carnes.

Remiémbrese, pues, asimismo vuestra merced, que entre los otros magníficos títulos, los reyes sois llamados padres de la tierra: esto porque conozcáis el poder á vos dado, é de aquel sepáis bien usar, pareciendo á los buenos padres, los quales á sus hijos amados á veces castigan con palabras, á veces con azote; é muy tarde contece matarlos, salvo constreñidos por extrema necesidad. É no menos devéis acatar cómo los príncipes, en uno juntos con vuestros súbditos é naturales, sois así como un cuerpo humano. É bien así como no se puede cortar ningún miembro sin gran dolor é daño del cuerpo; así no puede ningún súbdito ser destruído sin gran pérdida y mengua del príncipe. Pues acate agora vuestra merced, si van las cosas según los comienzos, ¿quántos miembros serían de cortar? y estos cortados, decidme, señor, ¿qué tal quedará la cabeza? . . . .

Considere asimismo vuestra merced, si nuestro Señor á todos penase según merecemos, ¿quánto sería el mundo desierto? É si vos, señor, por rigor de justicia agora quisiésedes á todos juzgar, ¿sobre quán pocos podríades reynar? Derrámese pues el agua de vuestra benigna clemencia sobre tan vivas llamas de fuego: y no dé lugar vuestra merced á tantos males quantos se esperan. Catad, Señor, que escripto es por algu-

nos santos varones, España aver de ser otra vez destruída. No plega á Dios en vuestros tiempos esto contezca: que mal aventurado es el Rey en cuyo tiempo los sus señoríos reciben caída.

Querría agora que me dixesen los que mucho la guerra desean, ó no dan lugar á la paz, ¿quál es la causa que á ello les mueve? Debían estos considerar quánto es dudoso aver vencimiento, é quánto más vale aver cierta paz, que dudosa victoria: ca entre todas las cosas mundanas ninguna cosa es tan incierta como los hechos de las batallas, en las quales vemos á veces ser vencidos los que han la justicia, y otras veces ser vencedores; á veces los muchos, á veces los pocos; ora los flacos, ora los fuertes; ora los requestados, ora los requestadores: é aun los que vemos un tiempo vencidos, vemos en otro ser vencedores. Así que no es humano juicio que de aquesto baste dar cierta razón....

Los que no creen quántas fuerzas en los autos de guerra la fortuna tenga, consideren y lean los grandes hechos de Aníbal africano: y allí verán quánto es variable é incierta, é quánto debe ser de temer. El qual, después de muchas grandes victorias, é después de aver poseído la mayor parte de Italia por espacio de diez y seis años, aver desplegado sus altas banderas sobre la gran ciudad de Roma, la fortuna volviendo la cara ligeramente, fué constreñido dentro en su tierra demandar la paz á su capital enemigo Scipión: é finalmente desbaratado é vencido, voluntariosamente, con propio veneno murió.

Agora, señor, destas dos partes que en uno contienden, Dios sabe cierto quien ha la justicia: é todos sabemos, así del un cabo como del otro, aver mucho á Dios ofendido, porque no dudo quiera tomar muy dura venganza; y la victoria quien la avrá, esto sabe nuestro Señor. Mas pongamos agora que haya victoria aquella parte que más deseáis; cierto será muy gran maravilla poderla aver sin muy gran daño suyo é perdimiento de vuestros reynos, é mucha mengua de vuestra corona. Pues acatad con recto juicio ¿este daño cuyo será? sin

duda de vos, pues que sois de todos señor. Pues mirad quánto cumple, más que á otro, á vos esta paz, pues tanto daño de la guerra se os sigue. Buscad, señor, todas las vías porque estas cosas no vengan al postrimero remedio de batalla. No piense vuestra merced ninguna afición ó interese me mueve esto decir, ni menos temor de perder lo que tengo: lo qual ya todo es reducido en un arnés é un pobre caballo: lo qual en uno con la vida yo gastaré por vuestro servicio, así como todo lo otro he gastado satisfaciendo á mi lealtad. Plega á aquel Dios todo poderoso, que con su singular amor del linaje humanal las espaldas puso en la cruz, que vuestro corazón encienda é inflame de amor tan ardiente á los vuestros súbditos, porque tantos fuegos encendidos por ellos, por vuestra mano sean amatados; é él sea de vos muy servido, é vos de los vuestros amado é temido.

DIEGO DE VALERA.

SIGLO XVI

Tratado del esfuerzo bélico heroico

Cap. XIV

PARA que la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideración á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa, y peligrosa: que son osadía y temor. Los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo: por él osa ó teme más que conviene, ó por honrar su persona ó por conservarla. Cuando la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente, y se inclina á querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mesmo hace por sus fuerzas, ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar y favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que ansí son osados, comunmente son gloriosos, ventajosos, hinchados,

arrogantes, blasonadores: alaban sus cosas más que deben; y pensando por esta vía mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por les abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque él en sí es vicio cuando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar: pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la cual el hombre confía de sí más de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere: y cuanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor ó flaqueza tiene en la prosecución del negocio; y al mejor tiempo desfallece y lo deja con mayor mengua y daño suyo...

Deben los hombres conocer á sí mismos, y medir y estimar sus fuerzas y la cualidad de sus personas y de sus adversarios, y no confiar de sí más que deben, ni tomar sobre sí más carga de la que pueden sufrir. Y no sólo deben considerar que aquello sobre que contienden es justo y honesto; mas también las fuerzas de cada uno y las cualidades, porque no cayan torpemente como no bastantes para sufrir tan gran carga. Que el varón esforzado, ansí como conviene que sea verdadero, no insidioso y asechador ó engañador; ansí es necesario que sea cauto y estimador igual de sus cosas.

No se llamará esfuerzo ni fortaleza lo que hizo Alexandre el Magno, que conquistando las Indias, cercó una ciudad, y en el combate subió él al adarve... Esto no se puede ni debe decir esfuerzo, mas osadía reprensible: porque, aunque él fuese muy poderoso de gente y generoso de corazón, no se podía poner de aquella manera solo entre los enemigos, especialmente siendo rey; porque, perdida su persona, era perdida su hueste y estado. Harto hace el rey ó capitán en gobernar bien su hueste y batalla, y mirar y proveer, y prevenir los peligros, ó dar galardón á los hombres valientes y esforzados, y animarlos, y desechar á los cobardes. Estos son los

medios por donde los reyes vencen á sus contrarios, é crecientan sus señoríos, más que no por pelear con sus personas; aunque es bien que lo sepan hacer para cuando fuere necesario.

JUAN LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS.

Diálogo de la dignidad del hombre

Hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas, el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que, aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas partes. Rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano. Para ir á todos los secretos del mundo, hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo á la gran ligereza de nuestro entendimiento; no es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, en todas miramos, y no hay cosa más extendida que es el hombre: que aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Éste es el que lo iguala á las cosas mayores; éste es el que rige las manos en sus obras excelentes; éste halló la habla con que se entienden los hombres; éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes, y de escuchar agora á los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las le-

tras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y lo que es más admirable, nos extienden la vida á largos siglos, pues por ella conocemos los tiempos pasados, los cuales vivir, no es sino sentillos. Pues ¿qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? . . .

Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento; no parezcas á Dios desagradecido de tan alto dón: y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad. Ésta es el templo donde á Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria; para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue: la cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él como buen capitán la deja bien amonestada de lo que debe hacer cuando de ella se aparta á proveer las otras cosas de la vida. Y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes, que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad, fué dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios; de la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, que á los fuertes es deleite defenderse de los males; porque no son tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más, que pues los antiguos romanos solían pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un día de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no pelearemos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable? . . .

Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete á lo secreto de las cosas, y nos lleva á ver á Dios, y nos da habla con él y conversación, y nos muestra las sendas de la vida. Ésta nos da en el ánimo templanza: ésta alumbra al entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado; ésta es reina y señora de todas las virtudes;

ésta enseña la justicia, y templa la fortaleza; por ella reinan los reyes y los príncipes gobiernan, ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios á Sísypho infernal, aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido; mas antes los compara á los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡O alta sabiduría, fuente divina, de do mana clara verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tornemos á ti muchas veces con sed?

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA.

Diálogo de la dignidad del hombre.

Los que labran los campos no son esclavos de los que moramos en las ciudades, sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente á nosotros, sino también á las bestias que nos sirven, y á las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen; que el frío y el calor que á nosotros nos espantan por la mucha blandura en que somos criados, á ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten es frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas lo

ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, y tañen sus flautas ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, más atormentadores de la vida humana que frío ni calor. Allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra qualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar: dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en su soledades, sin hacer ofensa á nadie y sin recibirla; donde alcanzan no más entendimiento de las cosas, que es menester para gozarlas.

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA.

Carta de Marco Aurelio á su amigo Cornelio.

(Reloj de príncipes.)

Si tomaras trabajo de venir cuando te envié á llamar, soy cierto que por una parte sintieras mucho placer de ver la grandeza de riqueza que yo traía de Asia, y ver el recibimiento que á mí me hacían en Roma; pero por otra parte no pudieras contener las lágrimas de ver tantos géneros de gentes captivas, los cuales entraban delante los carros triunfales despojados y aherrojados, para dar mayor gloria á los vencedores, y que fuesen más afrentados los vencidos. . . Pero una de las infelicidades que tiene la felicidad humana, es que muy pocos veremos en este mundo prósperos, cuya prosperidad no proceda de haber sido otros infelices y mal aventurados, en cuyas riquezas ú oficios sucedieron estos . . .

Hablando, pues, según la sensualidad, holgaras de ver aquel

día nuestro triunfo, en que por la abundancia de riquezas, por la muchedumbre de cautivos, por la diversidad de los animales, por la grandeza de los capitanes, por la ferocidad de los ingenios que trujimos de Asia y con que entramos en Roma, pudieras bien conocer los peligros que pasamos en aquella guerra... Pero sobra de malicia y falta de cordura es tener ninguno al capitán romano invidia del triunfo que le da su madre Roma: porque sepan los que no lo saben, que por solo un día que se da de gloria, arriscó el triste mil veces la vida. Pues callo lo que es más, conviene á saber, que todos los que el triste triunfador lleva á la guerra y quedan en Roma, todos son crudos jueces de su fama; porque el tal no es juzgado por lo que merece su persona, sino por lo que les enseña su invidia. Aunque me tienen por hombre sufrido, y aun no por muy descarado; pero hágote saber, que no habrá paciencia que lo sufra, ni habrá corazón que lo disimule ver á muchos romanos tener tanta invidia y aun burlar con la lengua de los triunfos agenos; como sea verdad que ellos de puro cobardes jamás osaron seguir los ejércitos: porque ya antigua pestilencia es de hombres malignos burlar y deshacer con malicia todo aquello que ellos no osaron emprender por pereza...

¡O Roma! maldita sea tu locura, y maldito sea el que crió en ti tanta soberbia! y maldito sea de los hombres y aborrecido de los dioses el que inventó en ti esa pompa! porque han sido muy pocos los que con verdad la han alcanzado, han sido infinitos los que por ella se han perdido. ¿Qué mayor vanidad, ni qué igual liviandad puede ser, que á un capitán romano, porque conquistó los reinos, alteró los pacíficos, asoló las ciudades, allanó las fortalezas, robó á los pobres, enriqueció á los tiranos, agotó los tesoros, derramó muchas inocentes sangres, hizo á infinitas mujeres viudas, y quitó á muchos nobles las vidas; después en pago de todo este daño, recíbele Roma con gran triunfo? ¿Quieres que te diga otra mayor locura? Hágote saber que murieron infinitos en la guerra, y llévase uno solo la gloria: por manera que aquellos

tristes aun no merecieron para sus cuerpos sepulturas, y váse un capitán triunfando solo por Roma. Por los inmortales dioses te juro, que el día de mi triunfo, cuando desde el carro triunfal iba mirando á los míseros captivos cargados de hierro, y contemplaba los tesoros que traíamos robados, que eran de muchos inocentes, y oía las cuitadas viudas llorar por sus maridos, y me acordaba de tantos nobles romanos que en Asia quedaban muertos; aunque mostraba placer en lo público, yo lloraba gotas de sangre en secreto: porque no es hombre de los que nacen en el mundo, sino una de las fieras que residen en el infierno, el que del daño ageno toma placer propio...

¡O Roma maldita! maldita fuiste, maldita eres, y maldita serás: porque si los hados no me mienten, y el juicio no me engaña, y fortuna el clavo no hinca, verán de ti, Roma, en los siglos advenideros lo que vemos agora nosotros de los reinos pasados, conviene á saber, que como te hiciste con tiranía señora de señores, con justicia te tornen á ser sierva de siervos...

¡O Asia maldita! Gastamos en ti nuestros tesoros, y tu empleaste en nosotros tus vicios; á trueque de hombres fuertes, enviástenos tus regalos; expugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes; allanamos tus fortalezas, y tú destruíste nuestras costumbres; triunfamos de tus reinos, y tú degollaste á nuestros amigos; hicímoste cruda guerra, y tú conquistástenos la buena paz; de fuerza tú fuiste nuestra, y de grado nos somos tuyos: injustos señores somos de tus riquezas, y justos vasallos de tus vicios. Y finalmente eres, oh Asia, un triste sepulcro de Roma, y tú, Roma, eres fétida sentina de Asia. Pues nuestros antiguos padres se contentaban con Roma sola, ¿por qué nosotros sus hijos no nos contentamos con Roma y Italia, sino que fuimos á conquistar á Asia, do aventuramos nuestra honra, y gastamos toda nuestra riqueza? Si aquellos antiguos romanos, siendo como eran, varones tan heroicos en el vivir, y tan extremados en el pelear, y tan cuerdos en el mandar, y tan moderados

en el tener, se contentaban con aquel poco término, ¿por qué nosotros, no siendo tales como ellos, no nos contentamos con un reino rico y vicioso?

ANTONIO DE GUEVARA.

Reloj de príncipes.

Si muchos de los antiguos paganos parece que tuvieron en poco el vivir, y que de su voluntad se ofrecieron al morir, no es porque ellos aborrecían la vida, sino porque pensaban que, teniendo ellos en poco su vida, ternían nosotros en mucho su fama: porque los hombres de altos corazones más aman alcanzar la fama larga, que no poseer la vida corta.... Dado caso que esta muerte corporal todos la gusten, y que al fin buenos y malos todos han fin, mucho va de la muerte de los unos á la muerte de los otros: en que los buenos, si desean la vida, es para bien hacer; y los malos, si desean vivir, no es sino para más del mundo gozar; porque todos los hijos de la vanidad no llaman tiempo bueno, sino aquel do ellos vivieron con reposo y regalo... Enderezco mi pluma á los que son hombres virtuosos, y no á los que van desapoderados en pos de los vicios: que no mira Dios qué tales somos, sino qué tales deseamos ser.

No diga nadie quiero y no puedo ser bueno; porque al fin, como tenemos osadía para cometer la culpa, también, si quisiésemos, ternían fuerzas para hacer la enmienda. Toda nuestra perdición está en que todos deseamos ser virtuosos, y por otra parte empleamos todas nuestras fuerzas en vicios... Mas pregunto agora yo ¿qué aprovecha desear y procurar de alargar la vida, si la vida es infame y aviesa? El hombre que es bullicioso, superbo,

invidioso, ocioso, tahur, blasfemo, mentiroso, glorioso y revoltoso, á este tal ¿para qué le queremos en el mundo? porque si á un pobre ladrón quitan la vida no más de porque hurtó una capa, yo no sé para qué vive el que revuelve á toda una república. Oh! si pluguiese á Dios que no hubiese en la república más ladrones de los que andan á hurtar las haciendas de los ricos, y no tropezásemos á cada paso con los que andan á hurtar las famas de los ricos y pobres! Mas, ay dolor! que castigan á los unos, y disimulan con los otros: lo cual parece muy claro, en que al ladrón que hurtó á mi vecino un sayo ponen en la horca; y el que me robó la fama se pasea cada día por mi puerta.

La mayor vanidad que hallo entre los hijos de las vanidades, es que no contentos de ser vanos en la vida, procuran que haya memoria de sus vanidades después de la muerte: porque parece á los hombres vanos y livianos que en la vida sirvieron al mundo con obras, desde la sepultura le ofrezcan á más no poder sus voluntades... Oh! ¡cuántos vanos hay en esta vida vana, los cuales ni se acuerdan de Dios para le servir, ni de la gloria para le obedecer, ni de los pobres para les remediar, ni de la vida para la enmendar, ni de la conciencia para la limpiar; sino que como unos animales brutos se van en pos de sus bestiales apetitos!

ANTONIO DE GUEVARA.

Reloj de príncipes.

En aquella primera edad y en aquel siglo dorado todos vivían en paz, cada uno cultivaba sus tierras, plantaba sus oli-

vos, cogía sus frutos, vendimiaba sus viñas, segaba sus panes y criaba sus hijos: finalmente, como no comían sino de su sudor propio, vivían sin perjuicio ageno. ¡O malicia humana! ¡O mundo traidor y maldito, que jamás dejas las cosas permanecer en un estado! Y si te llamo traidor, no te maravilles: por que al tiempo que nos es más favorable la fortuna, entonces nos haces cruda ejecución de la vida... ¡Oh cuánta desventura tiene la criatura, no por más de haber desobedecido á su Criador! en que, si el hombre guardara su mandamiento, Dios conservara en el mundo su señorío; pero las criaturas que él crió para su servicio, aquellas le son ocasión de mayor enojo... ¡O príncipes! cargaos de brocados, acumulad muchos tesoros, juntad muchos ejércitos, inventad muchas justas, buscad grandes pasatiempos, vengaos de vuestros enemigos, servíos de vuestros vasallos, casad en altos reinos á vuestros hijos, haceos temer de todos los tiranos, emplead los cuerpos en muchos regalos, dejad muchos reinos á vuestros herederos, levantad para dejar memoria superbos edificios: que yo juro por aquel que me ha de juzgar, tengo más compasión á vuestras ánimas pecadoras, que no invidia á vuestras vidas regaladas, porque en muy breve tiempo se os acabarán los pasatiempos, y muy en breve os entregarán á los hambrientos gusanos. ¡Oh si pensasen los príncipes, aunque nazcan príncipes y se hayan criado en grandes estados, cómo el día que nacen del vientre de su madre, luego en pos dellos sale la muerte en busca de su vida, y aquí toma y allí toma, cuando sanos, cuando enfermos, ora cayendo, ora levantando: jamás los deja una hora hasta encerrarlos en la sepultura! Pues es verdad que lo que poseen los príncipes en esta vida es poco, y lo que esperan en la otra es mucho; por cierto yo estoy maravillado, y aun escandalizado, porque los príncipes, que han de estar tan estrechos en la sepultura, osan vivir con tantas larguezas en esta vida.

ANTONIO DE GUEVARA.

Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea.

(Capítulo I)

Ninguna cosa con verdad se puede en este mundo llamar grande, si no es el corazón que desprecia cosas grandes. ¡O alta y muy digna sentencia! digna por cierto de notar y aun de á la memoria encomendar: pues por ella se nos da á entender, que las riquezas y grandezas desta vida es muy digno y de mayor gloria el que tiene ánimo para menospreciarlas, que no el que tiene ardid para ganarlas...

Para emprender una cosa es menester cordura, para ordenarla experiencia, para seguirla industria, y para acabarla paciencia; mas para sustentarla, digo que es menester buen esfuerzo, y para menospreciarla grande ánimo, porque más fácilmente menosprecia uno lo que ve con los ojos que lo que ya tiene entre las manos. A muchos ilustres varones hemos visto sobrarles fortuna para emprender y aun para alcanzar grandes cosas, y después no tener ánimo para descargarse y aliviarse de ninguna dellas: de lo cual se puede muy bien colegir que la grandeza del corazón no consiste en alcanzar lo que él mucho desea, sino en menospreciar lo que él más ama...

En mucho se ha de tener el hombre que tiene corazón para menospreciar un reino ó un imperio; mas yo en mucho más tengo al que menosprecia á sí mismo, y que no se rige por su parecer propio: porque no hay hombre en el mundo que no esté más enamorado de lo que quiere que no de lo que tiene. Por muy ambicioso, y por más codicioso que sea un hombre, si camina tres días tras el tener, caminará ciento en pos el querer: porque los trabajos que los hombres pasan no es por tener lo que deben, sino por alcanzar lo que quieren. Si caminamos, si nos fatigamos, si trasnochamos y nos desvelamos, no es por cumplir con la necesidad, sino por satisfacer á su voluntad: y lo peor es, que no contentos con lo que po-

demos, procuramos de poder lo que queremos. ¡Oh cuántos en las cortes de los príncipes hemos visto, á los cuales les estaría mejor el nunca ser señores de su querer! porque después, haciendo todo lo que podían y lo que querían, vinieron á hacer lo que no debían. Si al hombre que ofendimos hemos de pedir perdón, pida cada uno perdón á sí mismo antes que no á otro: porque ninguno desta vida me ha á mí tanto mal hecho, como yo á mí mismo me he procurado. ¿Quién me enriscó á mí en la cumbre de la soberbia, sino sola mi presuncion y locura? ¿Quién deseara entosigar al triste del corazón con la ponzoña de la invidia, sino fuera mi sola presunción y locura? ¿Quién osaría encender y soplar á cada paso en mis entrañas el fuego de la ira, si no fuese mi muy grande impaciencia? ¿Quién es la causa de ser yo entre los mayores tan desordenado, si no es el haberme yo criado tan regalado y goloso?... ¿Quién da licencia á mi propia carne para que se levante contra mis santos deseos, si no es mi corazón, que anda enconado con pensamientos livianos?

ANTONIO DE GUEVARA.

Dice la señora Fraude:

(Apólogo de la ociosidad y el trabajo)

Si algún consejo tuvieron las mujeres lacedemonias, si Semíramis en Babilonia reinó, si algún atrevimiento hubo en las saguntinas; por mi industria lo hubieron, por mi parecer ganaron fama para vencer á los enemigos... Y para que con más fidelidad, y como leales caballeros, podáis servir esta jornada, los

que han de seguir á la señora *Ocia*, es menester dejar aparte respeto, vergüenza, fama, gloria, caridad, y otros no sé qué ficticios nombres de virtudes entonadas por ímpetu furioso de no sé qué vanos y locos poetas; de los cuales sus canciones, y de sectosos filósofos, haciendo pompa de aire, su dureza de doctrina á muchos ha traído de su grado á perpetuo tormento. Y porque no os engañéis, os quiero decir: que hay algunos que para dar á entender al vulgo que son limosneros, de un pan que les sobra dan el medio á quien saben que lo ha de pregonar; otros de cobardes y afeminados sufren injurias y vituperios, y pónenlo á cuenta de Dios, diciendo que lo sufren por su amor; otros por parecer abstinentes, padecen hambre y sed, y entonces se hartan cuando comen de la carne de sus prójimos. Pues si hablamos de caridad, ¿qué término más inútil se puede en nuestros tiempos decir? que habéis de privaros de cuanto tenéis y de quien sois, por amor de quien nunca vísteis ni habéis conocido. ¡Oh cuánto más salvo le sería á estos aquello estimar, aquello tener en precio, aquello llamar virtud, de donde al hombre le viene el comer, el beber, el vestir, los placeres, alegría y recreación! Lo cual todo fácilmente se alcanza mediante una linda astucia, un dolo enmascarado, una sabrosa adulación.

Pero los que de vosotros quisiéredes particularmente ser informados de este caso de maravillosos secretos, preguntad en los templos, en las cortes, en las plazas, en las ferias, en los mercados, en los ayuntamientos y en los cabildos, en los tribunales y chancillerías. Preguntad á los sacerdotes, ¿por qué son tan curiosos en sus oficios, á los religiosos tan cortos en sus devociones, á los cortesanos tan solícitos en tener y demandar varas y encomiendas? Preguntad á los mercaderes ¿por qué son tan limitados en sus razones, y tan intrincados en sus cédulas y contrataciones? Preguntad á los oficiales ¿por qué son tan mentirosos? Preguntad á los labradores ¿por qué son tan necios y maliciosos? De todos estos, si no se aprovechasen de mis artes y preceptos, ninguno se podría valer con el propio trabajo y

sudor, ninguno sabría aprovecharse. Yo soy la que de pobres hago ricos, de rústicos gentiles hombres, de esclavos muchas veces caballeros y señores. Yo soy la que me lanzo en las entrañas de todos para cuando algún hecho notable se ha de hacer en el mundo. Yo soy la primera que me lancé en el caballo troyano; yo la que me lancé en el pecho de Ulises; yo la que revolvía la lengua de Sinón. Yo soy la que hago dar vuelta á la fortuna, y la hago parecer á quien quiero, rasa ó con cabello. Y no solamente la antigüedad de mi poder se extiende en solos los hombres; mas aun en los brutos animales hago con mis artes que cada uno siga su provecho, aunque sea con daño de otro.

LUIS MEJÍA.

La hipocresía.

(Apólogo de la ociosidad y el trabajo.)

La Hipocresía, mujer anciana, muy reverenda, de gran autoridad, honesta, callada, astuta, y bien sabida; visto que todos vacilaban, se levantó, y hecha señal de que todos callasen, se subió en lugar donde de todos pudiese ser vista, y en voz que de todos pudiese ser oída, dijo: Si no fuera por lo mucho que á la señora *Ocia* debo, y por el grande amor que á todos vosotros, señores y hermanos míos, tengo; ni me atreviera á romper el silencio que á mi religión tengo votado, ni menos me hubiera puesto en fatiga de dar consejo á quien por ventura no lo había menester... Lo cual si ansí hiciérades y guardárades, prometo en fe de mi profesión, que siempre seréis de mí ayudados, socorridos, y favorecidos... Mi nombre,

señores, en lengua griega quiere decir *sobredorado*, es á saber, que mi consejo é industria vale más que oro: porque, aunque me vedes ansí, considerad que uno es lo que muestro por el gesto, y otro lo que traigo en el pecho. En la guerra troyana más provecho sintió la república griega del consejo de Ulises que de las fuerzas de Aquiles... Pues para fundamento de todo lo que tengo de decir, habéis de considerar que los que en la milicia de la señora *Ocia* habéis hecho profesión, no menos tenéis necesidad de ánimo, discreción y astucia, que los que navegan por el mar... La primera regla ó principio que habéis de tener, es que todas las obras y acciones vuestras exteriores sean enderezadas en vuestro corazón á ganancia y provecho de cada uno. Pero conviene que las sepáis dorar por fuera con una humildad simulada, con fingida devoción, con honestidad vulpina.

Esta doctrina entendieron bien todos los que desearon tener oficios y magistrados en la república, porque dando á entender que trabajaban por ella, como es verdad, se aprovechaban de los erarios, tesoros y depósitos habidos de sangre de pobres. Esta doctrina entendió muy bien aquel tan nombrado Hércules, y Jasón con toda aquella flota de mancebos griegos que tomaron la empresa de ir á ganar el vellocino dorado: á los cuales yo fuí aquella Medea tanto alabada, tanto entonada, tanto por los poetas puesta en la cumbre. Yo les mostré, yo les di, yo fabriqué medicamentos para adormir los ojos que nunca supieron dormir. Yo les di con mis artes industria para que, so color de ganar fama, tornasen ricos á sus casas. Esto ¿para qué pensais? sino para mejor poder curar este carísimo y delicado cuerpo que ha tiempo tenemos en poder, por el cual en este mundo sentimos, valemos y sabemos; de donde toda gracia, toda cortesía y crianza procede y mana: por el cual tanto la vida es tenida, deseada, y procurada. El segundo principio es que habéis de desterrar de vuestra compañía hombres duros, severos, graves, difíciles, y los que el vulgo llama sabios, los cuales son enemigos de todo

placer y descanso... El tercero y último punto, si bien es considerado, basta para deshacer todos los pertrechos de la rabiosa *Necesidad:* y es que con todo silencio y destreza se procure de poner espías, enviando escuchas de noche y de día por todas las partidas del mundo, para saber como quiera lo público y lo secreto... Y para que más autoridad tengáis, cada uno tome su máscara, trueque su gesto, tenga gravedad, severidad y aspereza en sus razones, teniendo siempre uno en el pecho y otro en la frente.

LUIS MEJÍA.

Corrupcion del siglo.

(Apólogo de la ociosidad y el trabajo.)

Veo todas las criaturas ordinarísimamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creación, y que derechamente cada uno en su especie corren á su fin para que fueron criados. Sólo al hombre veo tan desconcertado, tan desvariado y olvidado de sí, que me parece que no fué criado para bien ninguno. Porque veo lo primero, que los que son puestos para dar lumbre al mundo por vida y ejemplo, y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los más ignorantes, los más torpes, y los que más inhábiles para mundanos ejercicios se hallan... Decidme, pues, ¿dónde hay más disoluciones que en los que de ellos son disolutos? ¿dónde hay más intemperancia? ¿adónde la gula soltó más la rienda? ¿adónde los adulterios, crímenes incestuosos de vírgenes vestales, ni corregidos ni reprehendidos?

¿adónde la simonía? ¿adónde el poco temor de las excomuniones, sino en estos? Quién nos enseña quebrantar lo que mandan, sino ellos? ¿Adónde la hipocresía tiene casa cierta sino en ellos? ¿adónde es la pérdida de devoción? ¿adónde es el poco temor de Dios, sino en ellos? Qué género de personas funda más vanidad en sus negocios que ellos? ¿adónde se esfuerzan más los temerarios favores? ¿quién más usa dar maleficios por beneficios, que ellos?

Pues si destotro lado me revuelvo, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad fingida; veo la triste envidia muy arraigada; veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia. Veo que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de miedos y temores, todos llenos de esperanzas vanas y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos. Veo los disfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida. Veo la avaricia muy encumbrada, la vanagloria y jactancia muy suntuosa. Veo los ladrones muy honrados y acompañados. Veo la ignorancia en el poner de las leyes; y los hacedores dellas veo ser los primeros transgresores. Veo el robo y garci sobaco asentados ocupando el tribunal de la justicia. Veo que todo el derecho está en las armas. Veo que el que tiene puede, y el que puede manda. Veo más, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo asimismo todos los estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene. Lo que unos alaban, de otros es muy vituperado; los que unos tienen por santidad, otros tienen por superstición; lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso; lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades, todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.

LUIS MEJÍA.

Carta á Antonio de Guevara

Rvmo. Señor: A 15 de Abril escribí á vuestra Señoría con un religioso que desta ciudad iba por morador á esa villa; rescribióme que dió mi carta, y que vuestra Señoría le prometió responderme; há ya dos meses que no veo letra.

Si no conociera por antigua conversación cuánto en V. S. resplandece la virtud de verdadera humildad, y no supiera por relación de quien después de obispo os ha tratado, cuán poco ha mudado la fortuna en V. S. su generosa condición, su humana conversación y paternal afabilidad; pensara que la indignidad y bajeza de mi oficio era causa de su silencio; pero como vuestra bondad sea oro natural y no cobre sobredorado, no ha desdicho esmaltándola con las dignidades que os han sobrepuesto. Las cosas fingidas presto vuelven á su natural; mas las verdaderas que de cepa nacen, con el tiempo crecen y mejoran. No es de tales estimar al hombre por el vestido ni por el estado que como vestido nos cerca y nos da ó quita el lustre en los ojos de los vulgares. Responder al mayor es necesidad, al igual es voluntad, al menor es virtud. Si como dice V. S. no se desdeñó el grande Alejandro escribir á Pulión su albéitar, ni Julio César á Rufo su hortelano, ni Augusto á Pánfilo su herrador, ni Tiberio á Scauro su molinero, ni Tulio á Mirto su sastre, ni Séneca á Jifo su rentero, de creer es de la singular humanidad de V. S. que si hasta aquí no me ha rescripto, no ha sido porque se desdeña rescribir á su Rhua por ser gramático, digo, por ser maestro de la prima y más baja arte de las liberales, que á la tierna infancia enseña los principios de bien hablar y escribir, sino por justas y arduas ocupaciones que no le han dado lugar á responderme...

Cuando yo determiné escribir á V. S. no fué como gramático que reprehende en público, mas como antiguo cliente y fiel siervo que avisa de lo que él siente ú oye á otros culpar en las

obras de su patrono. El que reprehende como gramático, en público reprehende, á todos lo comunica, á diversas partes esparce sus notas. Yo luego que oí y ví lo que de V. S. y de sus obras se decía, por carta secreta le avisé, de persona religiosa la confié, sellada la di. En fin, huí de toda ocasión de sospecha, ansí de ínvido detractor como de amigo lisonjero: porque ni reprehendí con jactancia, ni loé con disimulación. Si á otro escribiera, á quien no tuviera tanto respeto, ó menos celo de servir, no digo que reprehendiera con rigor, porque no es de mi condición publicar errores agenos, mas temiera oir lo que dice Horacio: *lo edere gaudes*... Mas como me haya movido á escribir el amor y celo que tengo á su servicio, no temser notado ni de atrevido ni de curioso, mayormente considerando, que pues V. S. no escribe por ambición, ni codicia de ser pregonado por docto, sino con celo de aprovechar en común, no querrá engañar ni ser engañado: mas con paternal caridad, como dice San Pablo, cuando no es ambiciosa y no busca su loor, terná por bien ser avisado de lo que en sus obras requiere enmienda.

De vulgares y muy ciegos escriptores es querer ser sacrosantos é intangibles; al contrario, el prudente escriptor, cuando es avisado, oye con voluntad; y cuando es reprehendido, considera que le aprovechó, y si sin razón, que le quiso aprovechar el que le avisó ó reprehendió. De mí puede creer V. S. que no escribí la carta pasada ni esta presente porque soy ó sembrador de mi fama ó envidioso de la agena, que si lo fuese, con la ambición ya habría publicado muchas obras que en romance y en latín tengo compuestas, y con la envidia ya habría notado errores de algunos que en nuestros tiempos temerariamente han escripto. Mas porque me pesa que de cosas de V. S. hablen mal nuestros naturales, y por ellas juzguen peor de los ingenios y doctrina de nuestra nación los extranjeros; ansí celando la honra de V. S. y del reino, no me contentó haberle escripto una carta de aviso; mas determiné escribirle otra, en que señalo algunos descuidos que en sus

obras notan los estudiosos desta tierra. Léalo V. S. y conocerá claro que mi trabajo procede de buena voluntad, y no de atrevimiento temerario.

PEDRO DE RHUA.

Carta irónica al mismo.

Replicar más á la carta de V. S., en que responde á las dos mías, parecerá á los que lo supieren descomedimiento grande; porque, si mi intención fué sana y con celo de avisarle, bastarme debía que V. S. aceptó mi servicio, agradeció mi voluntad con tan humanas palabras, que muestran bien la fuente de donde salieron, digo, del prudente pecho, la generosa condición, y la religiosa conciencia, amiga más de verdad que de ambición. Porque ¿qué palabras se pudieran decir, ó de mayor peso ó de mayor llaneza ó de mayor candor y sencillez que estas? «Recibí otra carta vuestra, y téngoos en merced «aquella y esta, que suplen lo poco que yo sé y lo mucho en «que yerro. Son muy pocas las cosas que habéis notado en «mis obrillas; y serán sus avisos para remirar lo hecho y «y enmendar lo venidero.» Y si me moví á escribir con ánimo de calumniar (lo que niego por las humanas musas que profeso), ¿á qué malicia no vencería tanta bondad? ¿á qué envidia no dominaría tan amable mansedumbre? Cruel es el cirujano, que viendo que sana la herida con medicinas lenitivas, la abre de nuevo, y aplica cáusticos y corrosivos; cruel y capital enemigo es el que no alza la lanza al que se rinde. No hubo nombre más odioso en Atenas que el de los aliterios y sicofantas, que eran los curiosos de saber y calumniar los hechos y vidas ajenas;

ni hay ejercicio en que menos honra se gane, que en obra agena querer mostrar ingenio ó doctrina.

He dicho esto, porque leyendo V. S. esta tercera mía, no piense que mi perseverancia procede ó de no conocer los méritos de su persona, ó de malicia, ó de vana presunción por ostentar ingenio ó lección en obra ajena; mas de mucha y cierta voluntad á le servir; la cual no me parecía que cumplía su oficio, si contento con lo hecho, pasase en disimulación una cosa de su carta. Porque si como V. S. lo usa en su obra y lo defiende en su carta, lo disimulase yo ó aprobase en la mía, ni mi aviso remediaría lo pasado, ni atajaría lo venidero. No es buen cirujano el que se contenta con cerrar la herida viendo que la deja sobresanada; no ama con verdad el que tibiamente avisa ó reprehende; no está seguro de la prudencia del señor el que teme de perder su gracia por decirle la verdad libremente; pero el que conoce vuestro buen natural, vuestro generoso ánimo, vuestra humana condición, vuestro juicio tan señor de sí, no dirá con Filoxeno *non repeto*; no con Faborino *non licet scribere in eum qui potest proscribere...*

Los Sufenos, los Devios, los Bavios perdonan sus vicios y favorecen sus errores; sólo el sabio conoce el beneficio, agradece el aviso, y sufre la reprehensión: el que ama decir verdad, huelga oirla. Es V. S. en sangre Guevara, es en oficio cronista, es en profesión teólogo, es en dignidad y méritos obispo: de todos estos renombres, es amar verdad, escribir verdad, predicar verdad, vivir en la verdad y morir por ella. Así holgará oír verdad y ser avisado de ella; mayormente por carta secreta, que sirve y no ofende... porque toda mi carta ha de ser sobre verdad, y con persona que tantas obligaciones tiene á amar y escribir verdad; y la plática de la verdad, como dice Eurípides, ha de ser sencilla, y no tiene necesidad de astutos y cautelosos rodeos de razones; porque ella por sí sola consuena, se asienta y persuade. A V. S. suplico lea esta mi carta con celo de oir verdad, depuesta toda pasión y filaucia; porque ansí leída, espero que aprobará mi intención, aceptará mi servicio,

y agradecerá mi trabajo; pues á esto ni me mueve pasión de envidia, ni amor de loor, ni respeto de interese, sino celo de servir á la verdad, y á V. S., cuya vida conserve y estado acresciente nuestro Señor en su servicio.

PEDRO DE RHUA

Diálogo de la dignidad del hombre. [1]

Después que el Sumo Padre, autor de todas las cosas, hizo este mundo que veis, excelente templo de su divinidad, adornándole de animales, aves, y peces y frutos de la tierra; y después que con espíritus celestes adornó el cielo dándole perpetuos movimientos é influencias para criar en la tierra lo sensible y lo insensible; acabada ya tan grande obra, deseaba el Sumo Artífice que hubiese alguno, que con tan maravillosa obra tuviese cuenta, amando su hermosura y admirándose de su grandeza. Por esto, acabadas todas las cosas, determinó de criar al hombre. Mas no había ya dónde se criase esta nueva generación, ni había en los tesoros qué dejar por herencia al nuevo hijo, ni en los asientos del mundo dónde este contemplador del universo anduviese, por estar ya todo lleno y distribuído entre las grandes, medianas y pequeñas criaturas. Junto con esto, no era de paternal poder faltar en el criar, ni era de su sabiduría faltar en cosa tan necesaria, ni era de su amor, que habiendo sido en las otras cosas liberal, dejase de serlo en esta: y así ordenó que al que ninguna cosa propia se podía dar, todo lo que en cada uno de los otros era parti-

1 Continuación del de Fernán Pérez de Oliva.

cular, le fuese á él común. Criando, pues, al hombre á su imagen y semejanza, y haciéndole señor de todas las cosas, como aquel que más que todas representaba el sumo poder de su Criador, no le dió cierto asiento, ni propia casa, ni particular dón, porque pudiese á su parecer vivir donde quisiese, y tener el dón que desease.

Á todas las criaturas puso leyes, de las cuales salir no pueden: á sólo el hombre dejó en su libre poder para que de sí hiciese lo que le pareciese... No le crió celestial ni terreno, mortal ni inmortal, para que tomase la forma que le pluguiese, pudiéndose hacer divino siendo bueno, y peor que bestia siendo malo. ¡Oh suma liberalidad de Dios Padre! ¡Oh inmensa y admirable felicidad del hombre, al cual es concedido que tenga lo que desea, y que vea lo que quisiere!... ¿Quién no se admirará de tan gran dón, que habiendo Dios hecho al hombre semejante á sí, le diese libre albedrío, con el cual se salvase ó condenase, y con que por sí y por todas las cosas criadas diese gracias á Dios? El sol, muy resplandeciente lámpara del mundo, por su gran luz no sabe dar gracias á su Criador, porque siendo para el servicio del hombre, el hombre, que solo tiene entendimiento, las ha de dar por él. La tierra, madre y apacentadora de los animales, dedicada con todos ellos al hombre, se descarga de reconocer el bien recibido de su producir, dejando el cargo dello al hombre, para cuyo servicio ella fué criada. Los animales por su fortaleza, ligereza, sanidad, no saben ser agradecidos, porque criados para el hombre, le dejan el cuidado dello.

FRANCISCO CERVANTES DE ZALAZAR.

Diálogo de la dignidad del hombre.

Por la guerra se conserva seguramente lo que se posee; por ella se vive más en sosiego; por ella se han hecho infinitos hombres claros é ilustres, como podéis entender de las historias. Ésta pone miedo al contrario para venir á quitarme lo que es mío; esta hace la paz segura....Con la guerra los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo acobarda mucho á los hombres, y los hace emprender cosas con que viven deshonrados. También se deprende en ella á tener en poco la fortuna próspera ó adversa; porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo del mismo, y enseña á los hombres á ser agradecidos, y estimar las cosas en lo que son..... Por esta los hombres, más que por ninguna otra cosa, se hicieron afamados; y si los que los hechos destos escribieron fueron dignos de loa, ¿cuánta mayor la merecen los que dieron que escribir?..... El que la guerra quitara de entre los hombres, quitara la causa de muchas virtudes; porque ella hace á los hombres amigos del trabajo para el cual nacieron, y emplearse de tal manera en hazañas ilustres, que sean ejemplo de imitación á otros, y gloria de sí mismos.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR.

De la falsa risa.

(Tratado de las tres grandes)

La risa falsa es una simulación de risa y de gozo, que fingen unos hombres para engañar á otros, y para darles á entender lo que no es..... Esta risa es pasión y propiedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal

que siempre se anda riendo, sin haber gana de reír. Tiene dos ó tres mil bocas, todas muertas de risa; unas desdentadas como bocas de máscaras; otras colmilludas como de perros; otras grandes como calaveras que descubren de oreja á oídos; otras fruncidas como ojales de botones; otras barbudas, y otras rasas; otras masculinas, otras femeninas; otras vocingleras y otras roncas; otras gruñidoras y otras gomitonas; otras á boca cerrada, y otras regañosas; otras enrubiadas, y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

No tiene causas naturales, ni procede de humor ninguno; antes es puramente pasión moral. Porque los hombres de corte, como son más conversables y más ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos; y es lisonja entre ellos reírse los unos de lo que dicen los otros, con condición que se lo paguen en lo mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con la risa á lo que ellos dijeron, ríenselo ellos. Otros hay que antes que comiencen á contar el donaire, se ríen de antemano; y otros que en tanto que lo dicen, se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijesen yo bebo á vos, y para que sepan que es cosa de reír, y que no sean necios.

Éstos por la mayor parte quedan después del donaire tristes y fríos; salvo si son príncipes ó grandes privados; porque éstos en comenzando á reír, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas, y otros sobre los bancos, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando de risa, que sus ojos se tornan fuentes perennales; otros juran que les duelen las arcas, otros se les desencajan las quijadas, y créolo, porque las baten por fuerza y contra su voluntad. Otros hay que ríen y paran, y después tornan á rehacer la risa con otro reventón, para dar á entender que la detuvieron por fuerza, y que se les tornó á soltar. Porque se vea cuántos brinquillos y cuántos joguezuelos tiene madama Lisonja.

FRANCISCO DE VILLALOBOS.

Glosa á la canción de la muerte.

Los grandes cuidados que siempre tienen los poderosos príncipes, ellos solos que los padecen de día y de noche, los conocen y los pueden explicar; porque la experiencia los enseñará y les dará copia de vocablos para darlos á entender. Que ciertamente los hombres que son de mediano estado, no entienden el bien que tienen si desean ser grandes príncipes; porque en su estado no tienen á cuestas la carga de todo un reino ó de muchos reinos y diversas lenguas y naciones; ni los han de defender y morir por ellos; ni los han de gobernar en igualdad y justicia; ni han de ser importunados de todos ellos y de cada uno por sí; ni han de sentir mortales fatigas con las competencias de los enemigos injustos y malos; ni les ladran un millón de perros de oriente y de occidente, y de todas las partidas del mundo con cartas y con temores horribles; ni padecen sueños y fantasmas de furias infernales; ni han de dar cuenta á su reputación, ni á Dios, de cada cosa y parte destas. Antes comen á sus mesas con buena gana, y duermen en sus camas con sosiego de espíritu, y levántanse sin andar pidiendo nada á sus vecinos para defender sus hogares, y las mujeres é hijos.

Estos tales, si bien lo entienden, más bien andantes son en esta vida que lo fué Alejandro ni Julio César cuando hacían temblar el mundo. Y pues que así es, no les hayamos envidia, ni les demos más enojos ni más importunidades: basta dejarlos con sus cuidados y con sus importunidades.... Ya que todas las prosperidades del mundo fuesen agua limpia, sin tener mezcla de fatigas y de trabajos incomportables, al cabo todo para en una gran vanidad y un sueño que, en despertando, halla que todas son nada cuantas torres de viento hacía. Y por eso el Rey Sabio, que había gustado y gozado de los bienes y deleites del mundo más que todos los nacidos, sin haber contraste ni revés en todo cuanto sus ojos

deseaban; estando en medio de todas sus prosperidades dió por sentencia definitiva, que todo era una vanidad llena de vanidades, y que ninguna cosa había en la vida del hombre que tuviese sér ni sustancia, sino el temor de Dios y el guardar sus mandamientos...

Diré aquí lo que vi en Zaragoza, estando en ella S. M. antes que se casase. Murió allí el gran Chanciller de un paroxismo de apoplejía que súbitamente le vino. Este era un hombre que, después de S. M., mandaba todos sus reinos y le obedecían todos los príncipes y magistrados dellos; y estando así dando el alma á cuya era, estaba la cama cercada de sus criados, entre los cuales estaba un mozo barbero y otros mozos de despensa, que en poco tiempo habían ganado con su favor muchos millares de ducados; y acaso durmióse uno de ellos sobre las almohadas del gran Chanciller, muy abierta la boca y con gran ronquido; y los otros quitan la cruz de los pechos del gran Chanciller, y pónenla con gran diligencia sobre el otro que se dormía, y reventando todos de risa, comienzan á cantarle un responso.

Yo, espantado, contemplando en aquella horrible visión de aquel malaventurado y de aquellos bienaventurados, digo: Ninguna cosa se huelga hoy de la potencia y prosperidad que ayer tuvo; ni se le da un maravedí por toda aquella pujanza; ni se enoja del poco acatamiento que estos le tienen, ni de la poca guarda que hay en sus puertas; porque todos entramos cuantos queremos, sin que haya quien nos dé con el puño en los pechos. Ayer temblaba la tierra delante dél, y hoy le pueden dar estos cien papirotes en la nariz, sin que él ni otro ninguno les diga que hacen mal. Ayer le habían envidia los más prósperos; y hoy no se trocarían por él los más míseros. Síguese que toda la pujanza brevísimamente se convirtió en humo y en vanidad; y lo mismo se puede juzgar de la felicidad de Pompeyo y de Octaviano y de Trajano, y de todos los otros hijos de la fortuna. Y con tanto me despido della; y no solamente me despido de sus

bienes, mas aun de la esperanza dellos me aparto, con propósito de no importunar á ninguno sino á Dios, rogándole por la vida de su majestad, porque en mi pobre retraimiento me mantenga para que pueda llevar adelante esta santa y descansada empresa.

FRANCISCO DE VILLALOBOS.

La batalla de Elba.

(Comentario de la guerra de Alemania.)

A este tiempo el duque de Alba, conociendo tan buena ocasión, envió á decir al Emperador que él cargaba, y así lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles, y el duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra; y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya había tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con tanto ímpetu, que súpito comenzaron á dar la vuelta; y apretaron los nuestros de manera, que á ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir, y comenzaron á dejar la infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los húngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado, y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos húngaros tienen grandísima industria, los cuales arremetierron diciendo *España;* porque á la verdad el nombre del Imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

Desta manera se llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria. Los muertos y heridos eran muchos; unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos: de manera que era una la muerte, y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que había muchos de los nuestros que traían quince y veinte soldados rodeados de sí. Había muchos hombres que parecían ser de más arte que los otros, muertos en el campo; otros que aún no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre; otros, se veía que se les ofrecía su fortuna como era la voluntad del vencedor; porque á unos mataban y á otros prendían, sin haber para ello más elección de la voluntad del que los seguía. Estaban los muertos en muchas partes amontonados, y en otras esparcidos; y esto era como les tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El Emperador siguió el alcance una gran legua; toda la caballería ligera y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas del reino le siguieron tres leguas.

Ya estábamos en medio del bosque, cuando el Emperador, que allí estaba, paró y mandó recoger alguna gente de armas porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin orden andaban los vencedores como los vencidos... Esta victoria tan grande el Emperador la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano; y así dijo aquellas tres palabras de César, trocando la tercera, como un príncipe cristiano debe hacer, reconociendo el bien que Dios le hace: *vine y vi y Dios venció.* Pareció bien á todos la moderación de ánimo que el Emperador usó con el Duque de Sajonia, porque otro vencedor pudiera ser que, contra quien le hubiera ofendido como éste le ofendió, no templara su ira como el Emperador lo hizo; la cual es más dificultosa de vencer algunas veces que al enemigo.

LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA.

Historia imperial y cesárea.

(Prólogo)

Cosa es clara y conocida ser la historia luz y lumbre de la verdad y testimonio de las edades y siglos; pues las cosas que el tiempo consume y deshace, ella las conserva y guarda, y hace que vivan y se sostengan á pesar suyo en la memoria de los hombres. Y de tal manera nos representa las cosas pasadas, que nos hace parecer que vimos y alcanzamos aquellos tiempos en que acontecieron, y que vivimos en ellos. Si la buena fama y gloria es tan gran bien cuanto encarece Salomón y alaban todos los sabios, y si naturalmente todos desean perpetuar su nombre y memoria, ¿qué fuera desto si no fuera por la historia? Ciertamente fuera como viento, que se siente cuando pasa, pero no se puede detener ni guardar. ¿Qué memoria ni cuento tuviéramos de los grandes hechos de los romanos y griegos, ni de las otras naciones ni gentes, si no fuera por ella? ¿De dónde supiera yo la clemencia de César, ni la magnanimidad y largueza de Alejandro, ni la justicia y bondad de Trajano, ni las otras virtudes y excelencias destos y de los otros ilustres y grandes hombres para imitarlos y alabarlos, si ella faltara de en medio? Por cierto todo lo pasado fuera como cosa que se sueña, y que después de despiertos, no se acuerda ni se sabe contar. Y no solamente fueran los pasados privados de su fama y loor, pero infinitos grandes hechos no se hicieran, que la emulación de fama y memoria ajena ha hecho hacer; porque ya se sabe que los trofeos de Milcíades incitaron á Temístocles, y la historia que Homero escribió de Aquiles á Alejandro Magno, y la suya á Julio César, y así otras á otros, á hacer grandes hazañas.

Y no para aquí la cosa: que no solamente es la historia testigo y guarda de las humanas virtudes, pero para conser-

vación de las divinas ha sido menester. Porque ella nos ha conservado las vidas y martirios y santos ejemplos de los apóstoles y mártires, y la mayor parte de nuestra muy santa ley y sagrada escritura é historia; y ella es el bais y fundamento sobre el que se sostiene todo el otro edificio. Si no, decidme, ¿qué otra cosa es el santo evangelio (ya que callamos lo demás) sino historia y cuento verdadero? Pues volviendo á la policía y conservación humana, ¿qué fuera della, si las crónicas y memorias de las cosas pasadas faltara? La nobleza y antigüedad de los linajes no se pudiera sostener ni conocer, ni tampoco la posesión y derecho de las cosas; ni supiéramos los orígenes de las gentes, de los reinos ni pueblos; ni aun las leyes para gobernallos se pudieran guardar. En todo hubiera desorden y confusión... De manera que no sin razón, antes con mucha verdad, se dice también ser la historia maestra y enseñadora de la vida; pues allende de lo que tenemos apuntado, á todos los estados, oficios y edades es necesaria. Ella da á los mozos prudencia de ancianos, y los hace experimentados sin tener experiencia; y su falta hace á los viejos parecer mozos é imprudentes, porque, como dice Cicerón, no saber hombre lo que pasó antes que naciese, es ser siempre niño. De manera que la historia hace á los hombres sabios y prudentes y avisados, porque con ejemplos y muestras de las cosas pasadas, da aviso y regla para determinar las presentes, y aun, lo que es más y parece imposible, que entiendan y adivinen el fin y suceso que han de haber adelante los negocios y hechos... Este fruto y provecho es común á todo género de hombres: los reyes y los príncipes hallan en la historia otros á quien imiten y con quien compitan en virtudes y excelencias, y otros malos de cuyas costumbres huyan y de cuyos fines y fama escarmienten; el capitán avisos y ardides y actos de esfuerzo y fortaleza de que se aproveche y use, mostrados los errores y peligros, para que se sepa guardar dellos; los gobernadores y magistrados, leyes y costumbres y maneras

de gobernar que tengan por dechado . . . La historia verdadera ninguna virtud deja sin su loor, ni vicio sin reprehensión; á todo da su perfecto valor y lugar. Es testigo contra los malos, y abono de los buenos; tesoro y depósito de las grandes virtudes y hazañas.

PEDRO MEJÍA.

Historia imperial y cesárea.

(Capítulo IV.)

Alcanzado por Julio César el señorío que deseaba, usó en él de toda clemencia y magnanimidad, honrando y galardonando á los amigos, y perdonando con grande facilidad y alegría á los que le habían sido contrarios. Y así no solamente perdonó á Bruto y á Casio, y á Cicerón y á Marcelo y á otros muchos; pero algunos dellos admitió á su trato y conversación particular y á los oficios y dignidades. Y es cierto que entre las muchas virtudes de que César fué dotado, su clemencia y liberalidad resplandecieron en él mucho más; pero no bastó esto para acabar de quitar el deseo de la libertad perdida, ni sanar del todo el odio y enemistad de los contrarios concebida contra él, como la experiencia lo mostró. Y no obstante esto que muchos sentían, unos por amor que le tenían, otros por temor y lisonja, el senado y pueblo romano, y finalmente todos, le dieron nombres y preeminencias y honores, cuales nunca otras se habían dado, ni á hombre se pudieran dar, ni él debiera aceptarlas . . . . Pero el ánimo y ambición de Julio César fué tanta, y sus pensamientos tan su-

blimados y altivos, que ninguna cosa juzgaba él por grande, y todo le parecía que le armaba y competía. Y así no solamente aceptó lo que le ofrecieron, pero muchas cosas le fueron ofrecidas porque entendieron que las quería.... Habidos, pues, tantos honores y potencias por Julio César, no teniendo en el mundo igual ni segundo con quien competir, parece que quiso competir consigo propio, y imaginar y acometer algunas cosas en que á sí propio hiciese ventaja.

No se contentó con haber habido las victorias y vencido las gentes arriba contadas, ni con haber peleado en ellas á banderas desplegadas en batalla cincuenta veces y sido en todas vencedor, sino sólo en la de Dirraquio con Pompeyo, donde no fué aun vencido enteramente; ni con haber sido muertos en las batallas y guerras que hizo un ciento y noventa y tantos mil hombres; sino que, como era de ánimo altísimo, quiso acometer otras cosas que fuesen mayores, si mayores se pueden decir. Lo primero, determinó luego de pasar en Oriente y domar y conquistar la brava gente de los partos, y vengar la muerte de Marco Craso; y pasar adelante por la Hircania y las otras tierras hasta llegar al mar Caspio, y subir á todas las provincias de la Scitia asiática, y pasando al río Tanais, venir por la Scitia de Europa; y dando esta vuelta, venir en Alemania ó Germania, y á las otras provincias sus confines, conquistándolas y poniéndolas debajo del imperio romano....

Pero todas estas obras y estos tan sublimados pensamientos y propósitos atajó la muerte, que dentro de pocos días se le siguió; y contra este que ninguna fuerza había sido parte, bastaron pocos hombres, y estos desarmados, para lo matar. Solos cinco meses había que estaba pacífico señor, cuando conjuraron en su muerte aquellos en quien más se fiaba.... Algunos escriben que César tuvo en poco el morir, y que se sospechó dél que quiso morir desta manera, porque decía: que no le iba tanto á sí própio en su vida, cuanto aventuraba la república en perderlo; que para sí asaz a bía

ganado de potencia y fama y gloria; que en ningún tiempo podía morir más honrado ....

Desta manera acabó la vida el más poderoso y el más valeroso y valiente, sabio y venturoso príncipe y capitán que sin duda ninguna hasta él ha habido en el mundo, y aun no sé si después, en valor y poder humano; porque, contadas y consideradas bien las excelencias y gracias y habilidades, el ánimo invencible, el esfuerzo incomparable, las victorias y batallas que venció, las provincias y reyes y naciones que domó y sojuzgó, los avisos y ardides que usó para ello, su magnanimidad, su clemencia y liberalidad con los vencidos y vencedores, los pensamientos tan altos y propósitos que tenía cuando fué muerto; hallarse ha por cierto que en ninguna de las cosas dichas, ni en otras que se podrían decir dél, le haya hecho ventaja capitán ni rey alguno, y que en las más dellas las hizo á todos, y tuvo menos flaquezas y vicios que otro alguno.... Acabado de ser muerto César, como suele acontecer en los casos grandes, corrió luego la nueva por toda la ciudad; y fué tanta la turbación y alteración que en ella hubo, que ninguno sabía qué decir ni hacer. Los oficios cesaron, todas las tiendas se cerraron: no había quien no temiese, los amigos de César á sus matadores, ellos á sus amigos.

PEDRO MEJÍA.

Carácter de Aníbal.

(Crónica general de España, libro IV.)

Era entonces Aníbal mancebo de hermosa disposición, alto y delgado de cuerpo; la cara tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era

muy bien razonado, muy cortés en demasía, la conversación mucho dulce, con la cual tenía mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señorío que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veinte y seis años; y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después nunca se halló capitán en las cosas de guerra más industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo supo hacer; tanto que la gente del ejército de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía á las afrentas, que cuando sabía estar él presente.

Fué muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado á tratar hechos difíciles; y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazón fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo más continuos y mayores que ningún otro de su tiempo. Sufría con igual perseverancia la calor y los fríos; en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas; porque muchas veces en las guerras que tuvo después, lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército; toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y allegar y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venían al afrenta, primero que nadie rompió las batallas de á pie ó de caballo, como lo tomaban, y postrero de todos salió dellas. Tenía maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen: que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuanto debió tener un capitán muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le ven-

cieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por la sobrada valentía de los contrarios.

FLORIÁN DE OCAMPO.

Crónica general de España.

(Libro V.)

No bastaron tantos reencuentros vencidos ni tantos acontecimientos probados, para hacer que los cartagineses, puesto que muy destrozados quedaban, aflojasen de sus propósitos: y como gente porfiosa, nacida para renovar y reparar guerras ó cuestiones, despacharon á Magón Bárcino con muchos tesoros y riquezas para que prestamente procurase de pasar en la tierra de Francia, y sacase gentes cogidas á sueldo, las más y mejores que podría. Con las cuales, puestas acá, tornaría á cobrar cuantos lugares y villas eran rebeladas; y creían atemorizar el bando romano por ser estos franceses en aquellos días la nación de quien los romanos habían recibido gravísimos daños diversas veces.... Como nación tan feroce, tan armada, tan cruel, y de quien Roma parecía tener algún pavor, enviaban los cartagineses agora por gente suya para se favorecer dellos....

Tomada la tierra, anduvieron (los galos) su camino contra la parte del Andalucía donde sabían haber quedado Gneyo Scipión, mostrando mucho contentamiento por haber este debate con gente romana.... Creían los cartagineses aquella presunción, porque mirada su ferocidad, su grandeza de cuerpo, sus armas tan á punto, sus meneos y brío, no parecía que

gente del mundo pudiese resistilles; y hablando la verdad, en aquellos días valientes fueron á maravilla. Con esta confianza llegaron al real de sus enemigos en pocas jornadas... Puestos á vista los unos de los otros, cuanto los franceses reposaron algún poco de su camino, dos días adelante se concertó la pelea. Todos salieron en campo bien acaudillados y compuestos, y según declaraban, alegres y deseosos de mostrar allí cuanto podían y valían.

Cosa fué de notar la gran diversidad que tenían estas gentes en ambas partes, así de figuras y semblantes, como de sus armas y traje: tanto que cotejados entre sí, no parecían hombres los unos á comparación de los otros; como quier que ni cuanto al concierto de la batalla, ni cuanto á la manera ni número de los escuadrones, estuvieron diversos....

Traían los franceses las cabezas armadas con morriones y capacetes, los otros miembros del cuerpo guarnecidos á su modo; sino fué desde los ombligos arriba, que venían desnudos en carnes á la manera común que tenían de costumbre. Con estas fierezas tales, y con ser crecidos en estatura, mostraban el parecer tan extraño, que ponían temor á todos. En los brazos, manos y piernas traían por hermosura metidos muchos anillos, ajorcas y brazaletes del mejor oro que hallaban, ó de plata quien mas no podía; los pescuezos rodeados con argollas y collares preciosísimos; los puños de sus alfanjes, que también eran largos y disformes, embutidos en oro singular, ó con otro metal, cuanto mejor hallaban. No parecía tan grande generalmente la disposición de los españoles sus contrarios; mas eran de cuerpos más cuadrados y rehechos; los miembros enjutos y niervosos; las fuerzas más vivas; ligereza, sagacidad y desenvoltura mucho mayor: tales que cualquier trabajo sufrían con menos pena. Sobre las armas tenían unas vestiduras de lienzo blanco labrado á gayas ó listas con carmesí, que resplandecían á todos cabos.

Así que, reglados los unos y los otros en este concierto, sus capitanes dieron señal con trompas y cornetas para que las

haces moviesen; y luego los de Francia comenzaron á sacudir sus lanzas en los escudos, y daban ahullidos á manera de canto, levantando los ojos al cielo como que hacían semejanza de plegarias. Poco después arremetieron al escuadrón español con el ímpetu más terrible que se podía decir. Claro parece de las corónicas antiguas y modernas ser en esta gente la mayor extrañeza de su terribilidad aquellos primeros acometimientos, los cuales eran tan desmesurados y bravos que dificultosamente se podían resistir. Mas aquellos otros con quien al presente combatían, los recibieron sin algún pavor; y quedaron tan firmes en la parte donde se hallaban, que ninguna mudanza les pudieron hacer. Y pasada la furia primera del acometimiento, comienzan también ellos á darles con las espadas golpes tan crueles y hondos, que muy presto mostraron ventaja de su parte; porque con andar trabados y cercanos, y ser ellos gente más desenvuelta, con tener otrosí las espadas más cortas y más cortadoras, aprovechábanse dellas á su voluntad, y brevemente por toda la frontería del escuadrón enemigo les tuvieron muchos heridos, y muchos pasados al través por los pechos. Y como los franceses fuesen tan llenos de carne, tan gruesos y tan membrudos, con poca herida que tenían, echaban de sí tanta sangre, que heridos y sanos, muertos y vivos, españoles y contrarios, las yerbas y tierra donde pasaba la cuestión, estaban teñidos della. Lo que mayor espanto ponía, si fuera tiempo de se mirar, era que después de comenzada la desventura, nunca dieron las voces ni los alaridos que solían dar en las otras peleas cartaginesas. Todos traían un callar triste, disimulado, rabioso, fundado sobre grande mal; oían sospirar, y no más, á los que ya morían; quejábanse los llagados; retumbaba por aquellos valles y collados el estruendo de las armas con que se despedazaban. Ni se pudiera ver á toda parte sino la mesma semejanza de muerte: los hombres en semblante turbado, con rostros mudados y mustios, encarnizados unos en otros; tales que no mostraban compasión de cuanto daño se hacía. Finalmente, ninguna desventura ni

desastre se pudiera conjeturar en esta vida, que no la tuviesen allí presente.

FLORIÁN DE OCAMPO.

Carta consolatoria

No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele alhagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escriptura, las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprende, en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan pronto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia? y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído?....

Y si la flaqueza nuestra estuviera con demasiados temores congojada pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías desta manera: ¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito. ¡O escriptura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!... Y pues nos está mandado

de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos á él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará.

¡O hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante de los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón! y cuando á nosotros nos parece que estamos alanzados ¡cuán cercanos estamos á él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que es á boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á escuridad y abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que me espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pónganme diez mil peligros delante; que con gemir mis pecados, y alzar mis ojos pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

¡O Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen á ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados!... Tú defiendes de la ira de Dios á quien á ti se sujeta. Tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin ti, y que se desteten de tu dulce conversación, y estando tú ausente, se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima; mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de ti, y vas tú á orar al monte por ellos. Piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas rogando por ellos. Y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche; cuando á tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos, que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas (que para ti todo es firme) y acércaste á los tuyos cuando ellos piensan que están

más lejos de ti, y dícesles palabras de confianza, que son: Yo soy; no queráis temer. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en ti y de ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeras tú á los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal capitán los que quieren entrar á servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entretener ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien tú eres basta para los consolar!

Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por esto dice: yo soy; no queráis temer. Yo soy aquel que mato y doy vida... Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas. Yo señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros si á mí quisiésedes servir; porque fuisteis con grande precio comprados.... y vuestro padre por ser Dios; y vuestro primogénito hermano, por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta dellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis iras? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defendedor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí?

Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vuestro mi corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita para seros madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para donde vendréis; vuestros los demonios é infiernos, porque los hollaréis como á esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca

se acaba; vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida...

No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe. Vidrio sois delicado; mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer, más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi voluntad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente según vuestro, parecer mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados, en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera, y corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro. ¿Cómo me negaré á los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme á sogas y cadenas que me lastimaban ¿y negarme he á los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime á azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz á quien me la hería, ¿y volverla he á quien se tiene por bienaventurado en la mirar para adorarla?

¿Qué poca confianza es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿Á quién desamparé que me llamase? ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios; importuno yo á los que no me quieren; ruego yo á todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor?

JUAN DE AVILA.

Exposición del verso—(audi, filia, et vide)

(Cap. LXVIII.)

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas, y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento, que les alegre y esfuerce mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto ninguno otro hay igual que el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros.

Esta es la nueva alegre, predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazón, y les es dada una medicina muy eficaz para su consuelo á los que sus llagas pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve á los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio. A este deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran.... Porque así como se suele dar por consejo, que miren arriba ó fuera del agua, á los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce los ojos á Jesucristo puesto en la cruz, y cobrará esfuerzo.... Porque los misterios que Cristo obró en su baptismo y pasión, son bastantes para sosegar cualquiera tempestad de desconfianza que en el corazón se levante...

Allende de esto sabed: que, así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su divinidad, tomó por medio hacerse hombre para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose á ellos los levantase á la alteza

de él; así el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas, es por medio de su sacra humanidad. Esta es la puerta por donde el que entrare será salvo, y la escalera por donde suben al cielo, porque quiere Dios Padre honrar la humanidad y humildad de su unigénito Hijo, en no dar su amistad sino á quien la creyere, y no dar su familiar comunicación sino á quien con mucha atención la pensare...

No sea á vos pesado el pensar lo que á él con vuestro gran amor no le fué pesado pasar. Sed vos una de las ánimas á quien dice el Espíritu Santo en los Cantares: «Salid y mirad, «hijas de Sion, al rey Salomón con la guirnalda con que le «coronó su madre en el día del desposorio de él, y en el día «del alegría del corazón de él....» Mas ¿cómo es aquesto? ¿El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, llamáis día de alegría de él? y no alegría fingida y de fuera; mas dicen, en el día del alegría del corazón de él? ¡Oh alegría de los ángeles y río de deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos; viéndose dentro de ti nadando en tu dulcedumbre tan sobrada, y de que se alegra tu corazón en el día de tus trabajos! ¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastímante cierto; y más á ti que á otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas, porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste á tus amados apóstoles antes de la pasión: con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros antes que padezca. Tú eres el que antes dijiste: fuego vine á traer á la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? Con baptismo tengo de ser baptizado, ¡cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto!

El fuego de amor de ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en ti, tú lo soplas con las mercedes que en tu

vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste .... ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? Abrasástete porque no quedásemos fríos; lloraste porque riésemos; padeciste porque descansásemos; y fuiste baptizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices Señor, ¡cómo vivo en estrechura hasta que este baptismo se acabe! Dando á entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida .... De manera, que más amaste que sufriste; y más pudo tu amor, que el desamor de los sayones que te atormentaban. Y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva no la pudieron apagar los ríos grandes y muchas pasiones que contra ti vinieron; por lo cual, aunque los tormentos te deban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía; y por eso se llama día del alegría de tu corazón .... Pues en este día salid, hijas de Sion (que son las ánimas que atalayan á Dios por fe) á ver al pacífico Rey, que con sus dolores va á hacer la paz deseada. Miradle, pues para mirar á él os son dados los ojos; y entre todos los atavíos de desposorio que lleva, mirad á la guirnalda de espinas que en su cabeza divina lleva .... Y si alguno dijera: ¿nuevos atavíos de desposado son estos? ¿Por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre... y la cama blanda que á los desposados suelen dar con muchos olores, tórnase en áspera cruz, puesta en lugar donde ajusticiaban á los malhechores? ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos

que se huelgan de honrar al nuevo desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la madre y amigos del desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz lloran amargamente? No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el desposado y el modo de desposar, todo es nuevo.

JUAN DE AVILA.

Guerra de Granada

Mi propósito es escribir la guerra que el Rey católico de España don Felipe el Segundo, hijo del nunca vencido emperador don Carlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ellas pusieron las manos y el entendimiento.

Bien sé que muchas cosas de las que escribiere, parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos; desposeídos, restituídos, y otra vez desposeídos; muertos á hierro; acabados linajes; mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelión de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos,

competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilación de provisiones; falta de dinero; inconvenientes, ó no creídos, ó tenidos en poco; remisión y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer, y disimular mayores cosas. Y así, no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades, y daños públicos, y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro en casa; mas fuera, estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró, tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero, cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambición. La gente que dije, pocos á pocos junta representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el Rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á don Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador don Carlos, á quien la obligación de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada día con enemigos, frío, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua: hasta que vimos á los enemigos, nación belicosa, entera, armada, y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos; vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigración no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros, ó los enemigos, los á quien Dios quería castigar; hasta que el fin della descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento; que esto sólo

pretendo por remuneración de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA

Guerra de Granada

Los habló (el Zaguer Aben Xauhar, á los moriscos) poniéndoles delante la opresión en que estaban, sujetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos que si lo fuesen. Mujeres, hijos, haciendas y sus propias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos, y privados del refugio de los lugares de señorío, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas (esta es la causa entre ellos más justificada), se aseguran. Echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer clérigos; no tener acogida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creídos ni ayudados. «Excluídos de la vida y conversación de personas, mándannos que no hablemos nuestra lengua, y no entendemos la castellana. ¿En qué lengua habemos de comunicar nuestros conceptos y pedir ó dar las cosas, sin que no puede estar el trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profecta, y el de la lengua morisca la ley de Jesús? Llaman á nuestros hijos á sus con-

gregaciones y casas de letras; enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras ajenas donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendraron y de las madres que los parieron. Mándannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos; cada nación, cada profesión y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido, y no en el corazón. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias; del hábito que traíamos no podemos disponer, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para vendello es inútil. Cuando en una casa se prohibiese el antiguo, y comprare el nuevo del caudal que teníamos para mantenernos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados como ricos; nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitán que llamaban Alatar, deudo de alguno de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riquezas para perder unos hábitos y comprar otros?

Quítannos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nación; habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados si enferman, si se inhabilitan,

si envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus casas; mándanles descubrir los rostros. Si son vistas serán codiciadas, y aun requeridas; y veráse quién son las que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mándannos tener abiertas las puertas, que nuestros pasados con tanta religión y cuidado tuvieron cerradas, no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de atrevidos y desvergonzados adúlteros, y que éstos tengan días determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, y violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino también los entretenimientos; así los que se introdujeron por la autoridad, reputación, y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas; como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mujeres sin baños, introducción tan antigua? ¿Veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas, donde tenían la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad?» Representóles el estado de la cristiandad; las divisiones entre herejes y católicos en Francia; la rebelión de Flandes; Inglaterra sospechosa; y los flamencos huídos solicitando en Alemania los príncipes de ella. El Rey falto de dineros y gente plática, mal armadas las galeras, proveídas á remiendos, la chusma libre; los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Se previniesen: no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía que tuvieron sus pasados, y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu; ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derumbaderos sin salida; ellos gente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frío, sed, hambre; igualmente diligentes y ani-

mosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse; españoles contra españoles, muchos en número, proveídos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra gente desarmada son armas bastantes.

Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habían juntado, si cualquiera dellos no tuviese confianza del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho; y si, como siendo sentidos habían de ser compañeros en la culpa y el castigo, no fuesen después parte en las esperanzas y frutos dellas, llevándolas al cabo. Cuanto más que ni las ofensas podían ser vengadas, ni deshechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas, y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro, de la unión y concordia, y una determinada resolución con todas las fuerzas juntas; para lo cual era necesario elegir cabeza dellos mismos, ó fuese con nombre de xeque ó de capitán, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese que los tuviese juntos en justicia y seguridad.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Guerra de Granada.

Salió (el duque de Arcos) de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provisión necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra, y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decía que los cuerpos habían quedado sin sepultura; triste y aborrecible vista y memoria: había, entre los que miraban, nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oídas conocían ya los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitán, por la es-

curidad de la noche, lugar harto extendido y sin más fortificación que la natural, entre el pie de la montaña y el alojamiento de los moros. Blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, según, como y donde habían parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces; vieron más adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecían pocas y bajas y aportilladas; iban señalando los pláticos de la tierra donde habían caído oficiales, capitanes y gente particular. Referían cómo y dónde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña y D. Pedro de Aguilar, hijo mayor de D. Alonso; en qué lugar y dónde se retrajo D. Alonso, y se defendía entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: *Yo soy don Alonso;* las que el Ferí le respondió cuando le hería: *Tú eres don Alonso, mas yo soy el Ferí de Benastepar;* y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desgradecida, sino en las lágrimas. Mandó el General hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por extraños, y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

La publicación de la bula.

(Lazarillo del Tormes.)

En el quinto por mi ventura di, que fué un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de

ellas que jamás yo vi, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habían de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia de ellos; si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que con más dinero que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un Santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, á lo menos que lo parecía aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos ó tres días, haciendo sus acortumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni á mi ver tenían intención de se la tomar. Él estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bula. Y esa noche, después de cenar, pusiéronse á jugar la colación él y el alguacil, y sobre el juego vinieron é reñir y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenía: al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en

medio, y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaban eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban para ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermón para despedir la bula; y el pueblo se juntó; el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñiendo lo había descubierto: de manera que, tras que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la Iglesia el alguacil, y desque hizo oración, levantóse, y con voz alta y pausada, cuerdamente comenzó á decir: «Buenos hombres, oidme una palabra, que después oiréis á quién quisierdes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haría á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creáis, ni las toméis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si en algún tiempo este fuera castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad.» Y acabó su razona-

miento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la Iglesia por evitar escándalo; mas mi amo fué á la mano y mandó á todos que so pena de excomunión no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho. Como calló, mi amo le preguntó, que si quería decir más que lo dijese. El alguacil dijo: «Harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.» El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así: « Senor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; no mires aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria á ti hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que tal vez pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico, yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del demonio, (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien), dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su malicia. »

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y hechar espumajos por la boca, y torcella y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos á

otros; algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían: «El Señor le socorra y valga.» Otros: «Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.» Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca de él estaban; otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la Iglesia había no eran parte para apartalle de su divina contemplación. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas, ni á sus dichos malos, pues ya de ellos tenía el pago; mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su petición y venganza el Señor no alargó el castigo. El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente, y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: «Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su Majestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo: vamos todos á suplicalle.» Y así bajó del púlpito, y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar

de él el demonio, si su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos, que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasión, de predicador y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fue bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandándole perdón, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio; lo uno, por hacer á él daño y vengarse del enojo; lo otro y más principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir á la iglesia; que á la posada la venían ó tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado, que también fuí de ello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver después la risa y burlas que mi amo y el algua

cil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuántas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Meditación para el Jueves por la mañana.

(De la Oración y Consideración.)

Camina, pues, el inocente al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas viendo el Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él? Entre tanto, ánima mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? Cómo puedo vivir habiendo

visto con mis ojos lo que vi? Para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto; halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar; mas al corazón de la Madre hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada; que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y ladrones.

LUIS DE GRANADA.

Meditación para el Viernes por la mañana.

(De la Oración y Consideración.)

Considera, pues, aquí ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la majestad y grandeza de Dios, abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el celebro, y por los cabellos, y por la barba sagrada, hasta teñir y regar la tierra! ¡Oh Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte; embestido han sobre ti todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te dan grita; los amigos te quiebran el corazón; tu ánima está afligida, y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... Pues la santa cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendrá? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, santísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz....

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre; con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, ó buen Jesús, en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de

compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá ¡oh buen Jesús! declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la Cruz? cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? cuando tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían; y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimido con el peso de tan grave dolor?...

¿Y quién podrá ¡oh benidta Madre! declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veías morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría? cuando veías escarnecido y blasfemado por los hombres, aquel que allí viste alabado de los ángeles? cuando veías aquel santo cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos? cuando mirabas aquella divina boca, que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre? Y aquella divina cabeza que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divinal figura, que tantas veces alegró tu ánima mirándola, y se volvían los ojos del camino, porque no podía sufrir tu vista la ternura del corazón!

LUIS DE GRANADA.

Meditación para el Sábado por la mañana.

(De la Oración y Consideración.)

Cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de la paz, llorad con esta

sagrada Virgen. Llorad, cielos, y llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos: para esto sólo le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es este por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades? Ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no habláis agora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida; mas el corazón allá adentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría:

«¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbrera escurecida! ¡Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ... ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Estos son aquellos ojos que escurecían al sol con su hermosura! ¡Estas son las manos que resucitaban los muertos á quien tocaban! ¡Esta es la boca por do salían los cuatro ríos del paraíso! ¡Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios! Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado? Hijo mío, ¿qué haré sin ti? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos y da vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras? ...

Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y tra-

bajos. Ya no te veré más sentado á mi mesa comiendo, y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad . . .

Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: ¡Oh buen Maestro y Señor mío! ¿Quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida; ¡y ahora te pago aquel tan grande beneficio, teniéndote en los míos muerto! ¡Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte! ¡Esta aquella figura más clara que el sol de medio día? Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: ¡Oh lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese agora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¿Cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto?

De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

LUIS DE GRANADA.

Del dolor que nuestra Señora padeció al pie de la cruz.

(Meditaciones muy devotas.)

Á este espectáculo tan doloroso se halló presente la sacratísima Virgen, y no de lejos (como se escribe de los otros amigos y conocidos), sino junto al pie de la cruz... ¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia! El mundo se trastornaba, la tierra se estremecía, las columnas del cielo temblaban, y los miembros virginales están quedos en su lugar. Las piedras se hacían pedazos, y está entero el corazón de la Madre. Su corazón estaba hecho un mar de amargura, y las olas de este mar subían hasta los cielos...

¡Oh piadosísima Virgen! ¿Por qué, Señora, quisisteis acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama, ¿y vos venís á ver al Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz? Ya que determináis vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor? Remedio no se lo podési dar, sino con vuestra presencia acrecentar su tormento; porque solo esto le faltaba para acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados, y os viese al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y escurecidos los ojes con la sombra de la muerte, no podía divisar de lejos, os pusiste tan cerca para que claramente os conociese, y viese esos brazos, en que fué recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados; y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor.

Mirad, ángeles bienaventurados, estas dos figuras, si por ventura las conocéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados! ¡Oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros escurecisteis vuestra gloria en esta pena; si vosotros, que érades insensibles, la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre? ¡Oh vosotros, dice ella, que pasáis por el camino, parad mientes y mirad si hay dolor semejante á mi dolor! Verdaderamente, no hay dolor semejante á tu dolor, porque no hay en todas las criaturas amor semejante á tu amor.

LUIS DE GRANADA.

Del elemento del agua.

(Introducción del Símbolo de la Fe, parte I, cap. VIII.)

La mar también por una parte divide las tierras, atravesándose en medio de ellas, y por otra las junta y reduce á amistad y concordia con el trato común que hay entre ellas. Porque queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí. Y así la mar puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tantos compradores y vendedores, con

todas las mercaderías necesarias para la sustentación de nuestra vida.....

Tiene también otra cosa la mar, la cual como criatura tan principal, nos representa, por una parte la mansedumbre, y por otra la indignación é ira del Criador. Porque, ¿qué cosa más mansa, que el mar cuando está quieto, y libre de los vientos, que solemos llamar mar de donas; ó cuando con un aire templado blandamente se encrespa, y envía sus mansas ondas hacia la ribera, sucediendo unas á otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance las unas de las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto, pues, nos representa la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos. Mas cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto más las levanta á lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naos (cuando los hombres están puestos en mortal tristeza, las fuerzas, y las vidas ya rendidas); entonces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar cuando á él le place. Lo cual cuenta el real Profeta entre las grandezas de Dios, diciendo: Vos, Señor, tenéis señorío sobre la mar, y vos podéis amansar el furor de sus ondas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y vos criastes la redondez de ella, con todo lo que dentro de sí abraza; y la mar y el viento cierzo, que la levanta, vos los fabricastes.....

Pues ¿qué diré de las diferencias de mariscos que nos da la mar? ¿Qué de la variedad de las figuras con que muchos imitan los animales de la tierra? Porque peces hay que tienen figura de caballo, otros de perro, otros de lobo, y otros de becerro, y otros de cordero. Y porque nada faltase por imitar, otros tienen nuestra figura, que llaman hombres marinos. Y allende de esto, ¿qué diré de las conchas de que se hace la grana fina, que es el ornamento de los reyes?

¿Qué de las otras conchas, y veneras, y figuras de caracoles grandes y pequeños, fabricados de mil maneras, más blancos que la nieve, y con eso con pintas de diversos colores, sembradas por todos ellos? ¡Oh admirable sabiduría del Criador! ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas son hechas con suma sabiduría, y no solamente la tierra, mas también la mar está llena de vuestras maravillas.

LUIS DE GRANADA.

Introducción del Símbolo de la Fe.

(Parte I, cap. II.)

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes, y Señor de los señores! ¡Oh eterna sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda antes vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso, y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho más del hombre que redimistes, al cual hicistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos para oír los clamores de este pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi ánima que amaros, porque ninguna cosa hay á vos más debida, ni á mí más necesaria que este amor. Criástesme para que os amase, pusistes mi bienaventuranza en este amor, mandástesme que os amase, enseñástesme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes. Porque

este amor es un breve sumario en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñástesme también, Salvador mío, que no os podía amar si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura; amamos á nuestros padres y bienhechores; amamos á nuestros amigos, y á aquellos con quien tenemos semejanza; y finalmente, toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone, para que de él nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca, y entienda cómo en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

Pues ¿qué haré, Dios mío, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos, siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros y no puede amaros sin conoceros, pues tan alto sois de conocer? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito (no podéis entrar por estos postigos tan estrechos), ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente: pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima sustancia! ¡Oh nobilísima esencia! Oh incomprensible majestad! ¿Quién os conocerá?.....

Mas con todo esto, Salvador mío, no puedo ni debo desistir de esta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de

vuestro amor.... Y aunque sea poquito lo que de vos conocemos, pero mucho más vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con escuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéramos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos, y amaremos todo lo que conociéremos; y con esto sólo quedará nuestra ánima contenta; pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.....

Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos.

Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conociesen quién vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una

sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que, así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia.

¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria? Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que, vistas todas estas cosas, no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros; pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza, no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo, andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras; ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras; ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestro entendimiento el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado más arriba para ver allí al Hacedor de aquella hermosura, y al dador de aquel deleite.

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas, y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy más aniñados que los niños, habiéndonos puesto este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo; y nosotros como niños no hacemos más que deleitarnos con la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas . . . .

Pues no permitáis vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido.

LUIS DE GRANADA.

Sobre la oración.

(Guía de pecadores, parte I, cap. XVI)

En este santo ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque, como dice San Lorenzo Justiniano, en la oración se enciende el corazón de los justos en el amor de su Criador; y allí á veces se levantan sobre sí mismos, y paréceles que están ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gó-

zanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser verdad lo que dijistes: Mi gozo será cumplido en ellos, el cual como un río de paz se extiende por todas las potencias del ánima, esclareciendo el entendimiento, alegrando la voluntad y recogiendo la memoria y todos los pensamientos en Dios . . . .Entonces, maravillándose de sí misma, cómo tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir: ¡Oh locos! Oh desvariados! ¿en qué andáis? ¿qué buscáis? ¿cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad, y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el varón que espera en él. A quien gusta ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, y la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama . . . .

No le parece que tiene ya tan oscuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos; porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazón, que le son grandísimos argumentos y testimonios de la fe. El día le es enojoso, cuando amanece con sus cuidados; y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga; antes las más larga le parece la mejor. Y si la noche fuera serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y las estrellas, y mira estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas de él; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias; y como á unos presentes y dones que el esposo envía á la esposa para enamorarla y entretenerla, hasta el día que se hayan de tomar las manos,

y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estos son, hermanos míos, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice: Yo duermo, y vela mi corazón. Y como el esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida, y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo: Conjúroos, hijos de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis á mi amada hasta que ella quiera despertar.

Pues ¿qué tales te parecen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores: estas, ó las de los hijos de este siglo, que andan á estas horas acechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro y atesorando ira para el día de su perdición?

LUIS DE GRANADA.

Sermón del nacimiento de Cristo.

Salid, pues, ahora, hijas de Sion, dice la Esposa en los Cantares, *y mirad al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón.* ¡Oh ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mun-

do; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, po-néos á contemplar á vuestro Salomón, pacificador de los cielos y tierra; no con la corona que le coronó su padre cuando le engendró eternalmente y se le comunicó todo; sino con la que le coronó su madre cuando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad! Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no sobre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no sentado á la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan contada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado; por lo cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierros de todos los Santos. Era la media noche, más clara que el medio día, cuando todas las cosas están en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta .... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios, descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestida de nuestra carne .... ¡Oh venerable misterio, más para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarse con admiración en silencio! ¿Qué cosa más admirable, que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las

plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar más cómodo?

LUIS DE GRANADA.

Sermón en la fiesta de los Reyes.

No sé por cierto, hermanos míos, por qué nos han de agradar más los caminos ásperos de los vicios que lós llanos de las virtudes. En la humildad se halla el descanso, la tranquilidad y paz. Porque, como ella sea de su natural pacífica y llana, aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan adónde quebrar las fuerzas de sus ímpetus furiosos. Blandamente se allanan las grandes ondas de la mar en la arena, que con grande ruido suenan y baten en las altas peñas. Cualquiera encuentro que venga á dar sobre el humilde, como no le resiste, antes baja la cabeza, despídele de sí, dándole lugar y dejándole pasar. Toda la braveza de la mar es contra las altas rocas y peñascos; y pierde su furia en la blandura de las llanas y blandas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles bajos y humildes. Los caminos de los soberbios son quebrados, llenos de barrancos y peñascos; porque donde está la soberbia está la indignación, allí la ferocidad, allí la inquietud y desasosiego, porque aun acá padezca el soberbio esta justa condenación, y acá comience el malo su

infierno; como el alma del bueno desde acá tiene ya principio de su gloria en la quietud de su conciencia.

LUIS DE GRANADA.

Llama de amor viva.

En el libro del *Deuteronomio* dice Moisés que nuestro Señor Dios es fuego consumidor, es á saber, fuego de amor; el cual, como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir, y con grande fuerza abrasando, transformar en sí lo que tocare; pero á cada uno abrasa como le halla dispuesto, á unos más y á otros menos, y también cuanto el quiere y como y cuando quiere; y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar al alma algo apretadamente, es el ardor de ella en tan sumo grado, que le parece al alma que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo; que por eso á este toque llama *cauterio*, porque es donde el fuego está más intenso y reconcentrado y hace mayor efecto de ardor que los demás ignitos; y como quiera que este fuego divino tenga transformada en sí el alma, no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable, que con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego de acá una paja, no consuma y acabe los espíritus en que arde; sino que á la medida de su fuerza y ardor los deleite y endiose, ardiendo en ellos suavemente, según la fuerza que les ha dado; como acaeció en los *Actos de los Apóstoles*, donde viniendo este fuego con grande vehemencia, abrasó á los discípulos, y estos, como dice

San Gregorio, interiormente ardieron con suavidad, y eso es lo que dice la Iglesia: vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo, no consumiendo sino alumbrando. Porque en estas comunicaciones, como su fin es engrandecer al alma, no la aprieta, sino ensánchala; no la fatiga, sino deléitala y clarifícala y enriquécela, que por eso la llama *suave*.

Y así, la dichosa alma, que por grande ventura llega á este cauterio, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace, y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni la toca. Porque esta es de quien dice el Apóstol: El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado. Y en otro lugar: Todo lo penetra, hasta los profundos de Dios. Porque esta es la propiedad del amor, escudriñar todos los bienes del Amado. ¡Oh gran gloria de las almas que merecéis llegar á este sumo fuego! En el cual, pues hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consuma en gloria. No os maravilléis que á algunas almas las llegue Dios hasta aquí, pues el sol en algunas cosas se singulariza en hacer más maravillosos efectos.

Siendo, pues, este cauterio tan suave como aquí se ha dado á entender, ¡cuán regalada creemos que será el alma que de tal fuego fuere tocada! Y así, queriéndolo decir el alma, no lo dice, sino quédase con el encarecimiento y estimación por este término, diciendo: *¡Oh regalada llaga!*

La cual llaga el mismo que la hace la cura, y haciéndola, la sana; que es en alguna manera semejante al cauterio del fuego natural, que cuando le ponen sobre la llaga, hace mayor llaga, y hace que la que antes era llaga causada por hierro ó por otra alguna manera, ya venga á ser llaga de fuego, y si más veces asentase sobre ella el cauterio, mayor llaga de fuego haría, hasta venir á resolver el sujeto. Así este cauterio divino de amor, la llaga que él hizo de amor en el alma, él mismo la cura, y cada vez que asienta la

hace mayor; que la cura del amor es llagar y herir sobre lo llagado y herido, hasta tanto que venga el alma á resolverse toda en llama de amor.....

Oh regalada llaga! Y tanto más regalada cuanto ella es hecha por más alto y subido fuego de amor; porque, habiéndola hecho el Espíritu Santo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar sea grande, grande será la llaga, porque grandemente sea regalada el alma que la recibe. ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa y muy dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma! Grande es la llaga, porque grande es el que la hizo, y grande es su regalo, porque el fuego de amor es infinito. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar!...

Mas otra manera de cauterizar al alma suele haber también muy subida, y es en esta manera. Acaecerá que estando el alma inflamada en este amor, sienta embestir en ella un serafín con un dardo enarbolado de amor encendidísimo, traspasando á esta alma encendida ya como ascua, ó por mejor decir, como llama, y la cauteriza subidamente, y entonces en este cauterizar traspasándola, apresúrase la llama, y sube de punto con vehemencia, al modo que en un encendidísimo horno ó fragua, cuando menean ó revuelven la leña, se afervora la llama y se aviva el fuego; y entonces al herir de este encendido dardo, siente esta llaga el alma en deleite sobre todo encarecimiento; porque, demás de ser toda removida al tiempo que la revuelven, ya la moción impetuosa causada por aquel serafín, en que es grande el ardor y derretimiento de amor, siente la herida fina, y eficaz la yerba con que vivamente iba templado el hierro; siente el alma lo profundo del espíritu traspasado y lo fino del deleite, de que nadie podrá hablar como conviene. Siente el alma allí como un grano de mostaza muy

mínimo, vivísimo y encendidísimo en lo muy íntimo del corazón del espíritu, que es el punto de la herida, donde está la sustancia y virtud de la yerba, y difundirse sutilmente por todas las espirituales venas del alma, según la potencia y fuerza del ardor; y siente crecer tanto y convalecer y afinarse el amor, que parecen en ella mares de fuego, llenándolo todo de amor.... Porque el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor.

Pocas almas llegan á esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos, cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor á la cabeza, según había de ser la sucesión de la casa en las primicias del espíritu.... Por estar estas almas purgadas y fuertes en Dios, les es deleite en el espíritu fuerte y sano, el espíritu fuerte y dulce de Dios, que á su flaqueza y corruptible carne causa dolor y tormento. Y así, es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor. La cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas, cuando dijo á Dios: Volviéndote á mí, maravillosamente me atormentas. Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de Dios, y de la dulzura que tiene escondida para los que le temen, hacer tanto más sabor y deleite cuanto más dolor y tormento se siente.

¡Oh grandeza inmensa, que en todo te muestras omnipotente! ¡Quién pudiera, Señor, hacer dulzura en medio de lo amargo, y en el tormento sabor! ¡Oh regalada llaga, pues tanto más te regalan, cuanto más crece tu herida!... Y así, cual es la llaga y el cauterio, tal será la mano que entienda en esta obra; y cual el toque, el que la causa. Esto muestra el alma en el verso siguiente, diciendo: *¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!*

«¡O mano, que siendo tú tan generosa cuanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! ¡O mano blanda, tanto más blanda para esta alma, asentándola blandamente, cuanto si la asentaras algo pesada, hundiera todo el mundo,

pues de sólo tu mirar la tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan! ¡Oh, pues, otra vez blanda mano, que así como fuiste dura y rigorosa para Job, por que le tocaste tan ásperamente, asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto más blanda y suave, que fuiste para él dura; cuanto más de asiento me tocas con amor dulce, que á él le tocaste con rigor! Porque tú matas y das vida, y no hay quien rehuya de tu mano. Mas tú, oh divina vida, nunca matas sino para dar vida; así como nunca llagas sino es para sanar.

Llagásteme para sanarme ¡oh divina mano! Mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia, que es tu unigénito Hijo; en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin. ¡Oh, pues, toque delicado! Verbo hijo de Dios, que por la delicadeza de tu sér divino, penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídas en la tierra de Canaán, ni vistas en Temán. ¡Oh, pues, mucho y en gran manera delicado toque del Verbo! Para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante, te diste á sentir al Profeta en silbo de aire delgado y delicado! ¡Oh aire delgado! Dí, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa y muy dichosa el alma á quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dílo al mundo, alma. Mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado, y no te sentirá, porque no puede recibir estas altezas.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Llama de amor viva.

¡Oh, qué será de ver aquí al alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo su aspecto, que era como de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas; y viendo la rueda, que es la sabiduría de Dios, llena de ojos de adentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría; y sintiendo aquel sonido que hacían en su paso, que era sonido como de multitud de ejércitos, que significan muchas cosas en uno; y finalmente, gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al caer el Espíritu Santo embiste al alma en llama de amor!

Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo y favor de su sombra, como allí también dice este Profeta, que aquella visión era semejanza de la gloria del Señor. ¡Oh cuán elevada está aquí esta dichosa alma! ¡Oh cuán engrandecida! ¡Cuán admirada de lo que ve aun dentro de los límites de la fe! ¿Quién lo podrá decir? Infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, donde el Padre eterno da con larga mano el regadío superior é inferior, pues estas aguas, regando, alma y cuerpo penetran.

¡Oh admirable cosa, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple sér, en él se conciba y entienda la distinción de ellas, tan encendida la una como la otra, siendo la una sustancialmente la otra! ¡Oh abismo de deleites! tanto más abundantes cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinita; donde de tal manera se conozca y guste lo uno, no se impida el conocimiento y gusto de lo otro; antes cada cosa en ti es luz que no estorba á la otra; y por tu limpieza ó sabiduría divina, muchas cosas se conocen en ti en una, porque tú eres el depósito de los tesoros del

eterno Padre, el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla é imagen de su bondad.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Libro de las fundaciones.

Luego se comenzó á aparejar para el camino, porque la calor entraba mucha, y el padre Comisario apostólico Gracián se fué á él llamado del Nuncio, y nosotras á Sevilla con mis buenos compañeros, el padre Julián de Avila y Antonio Gaytán y un fraile Descalzo. Íbamos en carros muy cubiertas, qne siempre era esta nuestra manera de caminar; y entradas en la posada, tomábamos un aposento bueno ú malo, como le había, y á la puerta tomaba una hermana lo que habíamos menester, que aun los que iban con nosotros no entraban. Por priesa que nos dimos, llegamos á Sevilla el Jueves antes de la santísima Trinidad, habiendo pasado grandísimo calor en el camino; porque aunque no se caminaba las fiestas, yo os digo, hermanas, qne como había dado todo el sol á los carros, que era entrar en ellos como en un purgatorio. Unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría; porque seis que iban conmigo, eran tales almas, que me parece me atreviera á ir con ellas á tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera nuestro Señor para padecer por Él, porque estos eran sus deseos, y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación, que como habían de quedar tan lejos, procuré que fuesen de las que me parecían más á propósito; y todo fué menester, según se pasó

de trabajos, que algunos, y los mayores, no los diré, porque podrían tocar en alguna persona.

Un día antes de pascua de Espíritu Santo, les dió Dios un trabajo harto grande, que fué darme á mí una muy recia calentura. Yo creo que sus clamores á Dios fueron bastantes para que no fuese adelante el mal, que jamás de tal manera en mi vida me ha dado calentura, que no pase muy más adelante. Fué de tal suerte que parecía tenía modorra, según iba enagenada. Ellas á echarme agua en el rostro, tan caliente del sol, que daba poco refrigerio. No os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad, que fué darnos una camarilla á teja vana: ella no tenía ventana, y si se abría la puerta, toda se henchía de sol. Habéis de mirar que no es como el de Castilla por allá, sino muy más importuno. Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar, porque parecía de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad! que con salud todo es fácil de sufrir. En fin tuve por mejor levantarme, y que nos fuésemos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla. ¡Qué será de los pobres que están en el infierno, que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo, parece de algún alivio! A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese en otra otro tan penoso, me parece era alivio mudarse: así fué aquí. A mí ninguna pena, que me acuerde, me daba en verme mala; las hermanas lo padecían harto más que yo. Fué el Señor servido que no duró más de aquel día lo muy recio.

Poco antes, no sé si dos días, nos acaeció otra cosa, que nos puso en un poco de aprieto, pasando por un barco á Guadalquivir, que al tiempo de pasar los carros, no era posible por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer el río, aunque algo ayudaba la maroma torciéndola también; mas acertó á que la dejasen los que la tenían, ó no sé cómo

fué, que la barca iba sin maroma ni remos con el carro. El barquero me hacía mucha más lástima verle tan fatigado, que no el peligro; nosotras á rezar, todos voces grandes. Estaba un caballero mirándonos en un castillo, que estaba cerca, y movido de lástima envió quien ayudase, que aun entonces no estaba sin maroma, y tenían de ella nuestros hermanos, poniendo todas sus fuerzas; mas la fuerza del agua los llevaba á todos, de manera que daba con algunos en el suelo. Por cierto que me puso gran devoción un hijo del barquero, que nunca se me olvida: paréceme debía haber como diez ú once años, que lo que aquel trabajaba de ver á su padre con pena, me hacía alabar á nuestro Señor. Mas como su Majestad da siempre los trabajos con piedad, ansí fué aquí, que acertó á detenerse la barca en un arenal, y estaba hacia una parte el agua poca, y ansí pudo haber remedio. Tuviéramosle malo de saber salir al camino, por ser ya noche, si no nos guiaran quien vino del castillo. No pensé tratar de estas cosas, que son de poca importancia, que hubiera dicho hartas de malos sucesos de caminos; he sido importunada para alargarme más en este.

Harto mayor trabajo fué para mí que los dichos, lo que nos acaeció el postrero día de pascua de Espíritu Santo. Dímonos mucha priesa por llegar de mañana á Córdoba, para oír misa sin que nos viese nadie; guiábannos á una iglesia que está pasada la puente, por más soledad. Ya que íbamos á pasar, no había licencia para pasar por allí carros, que la ha de dar el corregidor: de quía que se trajo pasaron más de dos horas, por no estar levantados, y mucha gente que se llegaba á procurar saber quién iba allí. De esto no se nos daba mucho, porque no podían, que iban muy cubiertos. Cuando ya vino la licencia, no cabían los carros por la puerta de la puente: fué menester aserrarlos, ú no sé en qué se pasó otro rato. En fin, cuando llegamos á la iglesia, que había de decir misa el padre Julián de Ávila, estaba llena de gente, porque era la vocación del Espíritu Santo, lo que no habíamos sabido, y

había gran fiesta y sermón. Cuando yo esto vi, dióme mucha pena, y á mi parecer era mejor irnos sin oír misa, que entrar entre tanta barahunda. Al padre Julián de Ávila no le pareció; y como era teólogo, hubímonos todos de llegar á su parecer, que los demás compañeros, quizá, siguieran el mío; y fuera más mal acertado, aunque no sé si yo me fiara de solo mi parecer. Apeámonos cerca de la iglesia, que aunque no nos podía ver nadie los rostros, porque siempre llevábamos delante de ellos velos grandes, bastaba vernos con ellos, y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas, para alterar á todos; y ansí lo fué. Aquel sobresalto me debía de quitar la calentura del todo, que cierto lo fué grande para mí y para todos. Al principio de entrar por la iglesia, se llegó á mí un hombre de bien á apartar la gente. Yo le rogué mucho nos llevase á alguna capilla: hízolo ansí, y cerróla, y no nos dejó hasta tornarnos á sacar de la iglesia. Después de pocos días vino á Sevilla, y dijo á un padre de nuestra Orden, que por aquella buena obra que había hecho, pensaba que había Dios héchole merced, que le habían proveído de una grande hacienda, ó dado, de que él estaba descuidado. Yo os digo, hijas, que aunque esto no os parecerá quizá nada, que fué para mí uno de los malos ratos que he pasado, porque el alboroto de la gente era como si entraran toros.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Exclamaciones del alma á su Dios.

¡Oh almas, que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa

fué vuestra suerte. ¡Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en estas alabanzas! Y ¡qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás! ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de nuestro gozo, y reparta con nosotros de ese claro conocimiento que tenéis. Dadnos, Dios mío, vos á entender qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mío, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen, ni las quieren conocer!

SANTA TERESA DE JESÚS.

Exclamaciones del alma á su Dios.

¡Oh Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce no os ama. ¡Oh qué gran verdad es esta! Mas, ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte; mas, ¡ay, ay, Criador mío, cuán espantoso será el día adonde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán

deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y vos, bien mío, queréis mirar con amor: paréceme que sola una vez de este mirar tan suave á las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh válame Dios! ¡qué mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! ¡Oh cristianos, cristianos! mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios! Conocedle, y no le menospreciéis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible con espantosa furia para sus perseguidores....

¡O válame Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja, ó un gavilán, que no aprovecha de más de dar un gustillo á la vista de verlo volar por el aire, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder esta águila caudalosa de la majestad de Dios, y un reino que no ha de tener fin el gozarlo!

SANTA TERESA DE JESÚS.

Exclamaciones del alma á su Dios.

Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en este divino infierno, de donde, de donde ya no se esperase poder salir, ó, por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas, ¡ay de mí, Señor, que mientras dure esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna! ¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! Súfrote, porque sufre Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida. Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi des-

tierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un solo día, y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios. Él es bienaventurado, porque se conoce, y ama y goza de sí mesmo, sin ser posible otra cosa: no tiene ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse de amar. Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho particionera de su divina naturaleza, con tanta perfección, que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida. Mas tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré á Él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mío y Dios mío: podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos; mas entretanto, en esperanza y silencio será mi fortaleza. Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en ti espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Conceptos del amor de Dios.

¡Oh miserable mundo que ansí tienes atapados los ojos de los que viven en ti, para que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpetuas! ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¿Que es posible que, aun estando en esta vida mortal, se pueda gozar de vos con tan particular amistad? ¿Y que tan á las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aun no lo queramos entender, que son los regalos con que tratáis con las almas en estos Cánticos? ¡Qué requiebros, qué suavidades, que había de bastar una palabra de estas, á deshacernos en vos! Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostráis el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias, y perdonando. Y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y le enseñáis que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir si vos no ayudáis para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza. Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida sino que me *beséis con el beso de vuestra boca;* y que sea de manera, que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida, pueda yo decir, Dios mío y gloria mía, con verdad, que *son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino* . . .

Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere (al alma) enriquecer y regalar más, conviértela tanto en sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel divino costado y aquellos pechos divinos: no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina que la va crian-

do su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día más. Cuando dispierta de aquel sueño y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa espantada y embobada, y con un santo desatino, me parece á mí que puede decir estas palabras: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecíale que no había más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmemorable grandeza de Dios, en que se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó....

¡Oh hijas mías, déos nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar (que de otra manera no se puede entender) qué es del gozo del alma cuando está así.... ¡Oh cristianos! ¡Oh hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño; y miremos que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle: en esta comienza la paga. ¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con su Majestad, que *mire yo á mi amado, y mi amado á mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las suyas*, no nos queramos tanto, que nos saquemos los ojos, como dicen.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Carta al padre Gonzalo de Ávila, de la compañía de Jesús, confesor de la santa.

Jesús sea con vuestra merced. Días há que no me he mortificado tanto como hoy con la letra de Vm., porque no soy tan humilde, que quiera ser tenida por tan soberbia; ni

ha de querer Vm. mostrar su humildad tan á mi costa. Nunca letra de Vm. pensé romper de tan buena gana. Yo le digo, que sabe bien mortificar, y darme á entender lo que soy, pues le parece á Vm. que creo de mí puedo enseñar. ¡Dios me libre! no querría se me acordase. Ya veo que tengo la culpa, aunque no sé si la tiene más el deseo que tengo de ver á Vm. bueno; que de esta flaqueza puede ser proceda tanta bobería como á Vm. digo; y del amor que le tengo, que me hace hablar con libertad, sin mirar lo que digo. Que aun después quedé con escrúpulo de algunas cosas que traté con Vm.; y á no me quedar el de inobediente, no respondiera á lo que Vm. manda, porque me hace harta contradicción: Dios lo reciba, amén.

Una de las grandes faltas que tengo, es juzgar por mí en estas cosas de oración; y así no tiene Vm. que hacer caso de lo que dijere, porque le dará Dios otro talento que á una mujercilla como yo...

SANTA TERESA DE JESÚS.

Carta al padre fray Gerónimo Gracián de la Madre de Dios.

La gracia del Espíritu Santo sea con V. P., mi padre. La semana pasada, que fué en la octava de Todos los Santos, escribí á V. P. lo que me había holgado con su carta, que es la postrera que he recibido, aunque corta... También decía á V. P. lo mucho que me había holgado con las cartas que me envió el P. Mariano (que se las mandé á pedir), que le ha escrito V. P.: es una historia que me hizo alabar mucho á Dios. Yo no sé adónde tiene cabeza para tanta trapaza é

ingenio. Bendito sea el que le da, que bien parece obra suya. Por eso ande V. P. siempre con cuidado de pensar la merced que le hace Dios, y poco confiado de sí; que yo le digo, que el estarlo tanto el Buenaventura, pareciéndole todo fácil (que me dejó espantada cuando lo oí), que no le ha hecho ningún provecho.

Quiere este gran Dios de Israel ser alabado en sus criaturas y ansí hemos menester lo que V. P. trae delante, que es su honra y gloria, y hacer cuantas diligencias pudiésemos, por no querer ninguna nosotros. Que su Majestad, si le estuviere bien, tendrá ese cuidado; que lo que á nosotros está bien, es que se entienda nuestra bajeza, y que en ella se engrandezca su grandeza. Mas ¡qué boba estoy, y cómo se estará riendo mi padre cuando lea esta! Dios las perdone á esas mariposas, [1] que tan á su consuelo gozan lo que yo ahí gocé con tantos trabajos.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Meditaciones del amor de Dios.

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame, y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores, y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ¡oh Dios de mi corazón y esposo

1 Las religiosas de Sevilla.

de mi alma! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me con vida con tu amor. No puedo abrir mis ojos, sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría; ni puedo abrir mis oídos, sin oír pregoneros de tu bondad; porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres.

Todas las cosas criadas, primero enseñan el amor del Criador que el don. La Escritura dice, hablando de la creación del mundo, que el espíritu del Señor andaba sobre las aguas; como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de oro, para sacar las imágenes acabadas y perfectas; porque entendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna. Todo nace de fuente viva de amor, y todo lo que tiene sér viene esmaltado de amor; y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasión y amor, lo primero que vería en todo lo criado, sería el amor del Criador.

De aquí es que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y más sutil arte que aquel famoso filósofo llamado Tirodas, el cual enseñó á sacar fuego del pedernal; de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor. Pues si la tierra me sustenta y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el santo amor, el cual una vez se lo mandó cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó . . . . Si el agua nos sirve, y da sus peces, y corre con grande ímpetu para el mar donde salió, todo es para cumplir el mandamiento del amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz é influencia criando diversos metales en la tierra, todo es para mi servicio, y para regalo de un solo amigo, que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió.

¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas los elementos, aves, animales, cielos y plantas, con que pusiste fuego á mi helado corazón, para lo disponer á amar á quien tantos dones le envía por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol y la

luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano para nos intimar tu grande voluntad y amor? Cada mañana hallarás, ánima mía, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos, que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio de amor libre, que tú sola, en lugar de todos, debes á tu Criador y suyo.

Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios, y todas, como un procurador de su Señor, te ponen demanda de amor. Convídate á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza. Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos; y no hay hablas ni lenguajes donde nos sean oídas sus voces; y tanto, que son inexcusables todos los hombres. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria, y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡Oh cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad, y tan diversos movimientos sin errar un punto? Con razón pregunta Job, y dice: ¿Quién contará la orden de los cielos, y dirá sus movimientos? ¡Oh pesado corazón mío! ¿cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza, no te lleva á aquellas celestiales moradas? ¡Oh cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su habitación! Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna, y las estrellas que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven, me dice que te ame.

DIEGO DE ESTELLA.

Exposición de Job.

Recibirémos el bien de la mano de Dios, y para eso extenderemos los brazos y el deseo, ¿y el mal no le recibiré-

mos? No es eso, dice, razón ni justicia: porque el bien no se nos debe, y el mal nos conviene para castigo ó remedio. Luego si estamos alegres cuando nos reparte Dios lo de que somos indignos, sin razón es mostrarnos enojados y tristes si nos quita lo que no se nos debe, y nos da lo que nos viene de suelo. Que al hombre, como después se dice, el trabajo le es propio, como al ave el vuelo, como las centellas al fuego. Y no está la buena dicha del hombre en ser próspero; la adversidad es la que de ordinario le hace feliz.

Y á la verdad, saliendo de esta persona particular á lo que es general, y á lo que á todos nos toca, ni conviene que nos alegremos con los buenos sucesos, ni que nos angustiemos con los malos; antes al revés, el buen suceso, y la buena dicha, y el responder y obedecer á nuestro gusto las cosas, había de criar recelo en nosotros. Porque demás de que el buen día siempre hace la cama al malo, y es su vigilia, eso mismo que llamamos feliz, es peligroso mucho, y ocasionado á mil males. Que la felicidad naturalmente derrama el corazón con alegría, y cría en él confianza; y de la alegría y de la confianza por orden natural nace el descuido, y al descuido se le siguen la soberbia, y el desprecio de otros, y los errores y faltas. Y quien posee muchos bienes, con el gusto de ellos se les sujeta; y así comienza á servir á lo que había de mandar y regir; y de ser rico y dichoso, viene á ser esclavo, y á ser miserable.

Mas la adversidad y el trabajo, allende del premio que merece ello por sí, si bien se mira, es apetecible y es dulce. Porque ¿quién no gusta de caminar para el bien, y de negociar su salud, y de salir de deuda, y de atajar que no se encanceren y hagan incurables sus llagas, que son todos efectos buenos de lo que se nombra trabajoso y adverso? Lo cual, sin duda, preserva nuestra vida de corrupción, y es propiamente su sal, y desarraiga el alma del amor de la tierra que nos envilece, y la desapega, y como desteta, de su pegajosa bajeza, y nos allana y facilita el salir de esta vida,

y cría en el ánimo, no solamente desamor de ella, sino también un desprecio, junto con una alteza y gravedad celestial. Porque el ser combatido cada día de males, y el hacerles cada día cara y vencerlos, le acostumbra á ser vencedor, y por el mismo caso, le hace grande, y señor, y valeroso, y altísimo hasta tocar las estrellas.

Y si los que esquivan la adversidad entendiesen el bien que en ella se encierra (como algunos que han hecho de ella experiencia lo entienden), no sólo no la huirían, mas por ventura, harían plegarias y promesas á Dios porque se la enviase á sus casas. Que en el descanso del paraíso perdió á Dios el primer hombre; y en el trabajo y en el lloro oyó después la bendita promesa de su remedio. Y en lo ancho del mundo se anegaron los homhres; y en lo estrecho del arca Noé se salvó. Y donde reinan los Egipcios y Faraones, reinan también las tinieblas; y en el rincón de Gesén, donde sirven y laceran los de Israel, resplandecía la luz. Y la prosperidad á Salomón le arruinó; y á Elías el ayuno, y la desnudez, y la persecución continua le subió en carro de fuego. ¿Qué diré de infinitos otros que resplandecieron por este camino? Que, á la verdad, es seguido y trillado camino por todos los amigos de Dios; y no hay prado florido, ni vergel cultivado con diligencia, á do se vean tantas diferencias de flores, cuantos géneros de personas florecen hermoseadas de virtudes con esta aspereza de la adversidad y trabajos. Que el placer, de los flacos es, y la abundancia de bienes, de los que son para poco; y el gusto y el suceso bueno, á los que no nacieron para virtudes heroicas les vienen. Lo alto, lo ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable y divino siempre se forjó en esta fragua. Y así dice bien aquí Job, que no recibamos con triste cara el trabajo, que tanto nos vale, pues recibimos alegres la prosperidad, que las menos veces nos mejora, y las más nos daña y desvanece.

LUIS DE LEÓN.

Exposición de Job.

De manera que esta revelación de Eliphaz fué de noche muy noche. Y á la verdad, aquel tiempo es muy aparejado tiempo para tratar con el cielo; porque suelo y sus cuidados impiden menos entonces. Que como las tinieblas le encubren á los ojos, así las cosas de él embarazan menos el corazón, y el silencio de todo pone sosiego y paz en el pensamiento. Y como no hay quien llame á la puerta de los sentidos, sosiega el alma retirada en sí misma, y desembarazada de las cosas de fuera, éntrase dentro de sí, y puesta allí, conversa solamente consigo, y reconócese. Y como es su origen el cielo, avecínase á las cosas de él y júntase con los que en él moran; los cuales influyen luego en ella sus bienes, como en sujeto dispuesto, por cuyo medio se adelanta y mejora; y subiendo sobre sí misma, desprecia lo que estimaba de día, y huella sobre lo que se precia en el suelo, al cual con ello todo ve sepultado en tinieblas; y súbese al cielo, que entonces por una cierta manera se le abre resplandeciente y clarísimo, y mete todos sus pensamientos en Dios, y en medio de la escuridad de la noche le amanece la luz. Y con ser así que la noche es reparo de los miembros cansados, y que con el sueño de ella lava el corazón sus tristezas; y con ser así que templa el aire encendido, y que con su templada y saludable humedad los árboles y las plantas se rehacen del día, y que su rocío baña y fertiliza las yerbas: ni las plantas, ni los árboles, ni los animales y cuerpos se reparan así con la noche, cuanto las tinieblas de ella acarrean mejoramiento y salud al alma que en ellas vela. Porque la templan los afectos que la encendían en fuego, y la olvidan de lo que entre día hace afán y trabajo, y la renuevan, y la fortalecen, y la bañan con el rocío del bien, que mezclado con gozos dulcísimos sobre ella desciende; con que no solamente se alienta y esfuerza, mas también se empreña y hace

fértil para mil partos bienavènturados que saca á luz á su tiempo. Así que Eliphaz en su revelación guarda lo que la razón y naturaleza de las cosas demanda. Y dice que le fué hecha ya muy de noche; porque tiene particular fuerza la noche, como para adormecer los cuerpos, así también para despertar las almas, y llevarlas á que conversen con Dios.

LUIS DE LEÓN.

Exposición de Job.

Si el mirar el sol una sierra la fertiliza, y si la virtud de sus rayos cría oro y plata en su centro, los ojos de Dios, mirando siempre, ¿qué frutos ó qué riquezas no engendrarán en el alma del justo á quien mira? Ennoblécela primero en sí con dones, semblantes y condiciones de reina, digo, con virtudes y merecimientos que cría en ella generosos y heroicos; pónela sobre su cuerpo, y hace que huelle lo que precia la carne; dale el cetro de las pasiones, ensálzala encima de toda adversidad y trabajos, aspira al cielo solo y sus bienes; todo le es vil sino Dios. Y finalmente, hecha reina en la condición y en el hábito, pásala al lugar do se reina; y con los que viven allí, que son todos reyes, asiéntala en su trono clara, resplandeciente y hermosa.

LUIS DE LEÓN.

Exposición de Job.

Llámanse *música de los cielos* las noches puras; porque con el callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que en-

tonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto y armonía admirable, y no sé en qué modo suena en lo secreto del corazón su concierto, que le compone y sosiega.

LUIS DE LEÓN.

La perfecta casada.

No digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno ha de carecer de oración; sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas, religiosa y casada. Porque en aquélla el orar es todo su oficio; en ésta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquélla no quiso el marido, y negó el mundo, y despidióse de todos para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; ésta ha de tratar con Cristo para alcanzar de él gracia y favor, con que acierte á criar el hijo, y á gobernar bien la casa, y á servir como es razón al marido. Aquélla ha de vivir para orar continuamente; ésta ha de orar para vivir como debe. Aquélla aplace á Dios regalándose con él; ésta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él.

Mas considere Vm. cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros con aquello mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara á la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego y gran bien que en esta vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba. Porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden

virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena, en las noches serenas, se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian; así la buena en su casa reina, y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. El descanso y la seguridad la acompaña adonde quiera que endereza sus pasos; y á cualquiera parte que mira, encuentra con el alegría y con el gozo. Porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre; como al contrario, á la que es mala casera, todo se le convierte en amargura, como se puede ver por infinitos ejemplos.

LUIS DE LEÓN.

La perfecta casada.

El madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligación de la casa, había de levantar de la cama, en amaneciendo, á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno: en que aquello á que nos obliga es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no sólo la casa, sino también la salud, pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es, que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que

guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues, ¿quién no ve que á aquella hora despierta el mundo todo junto? y que la luz nueva saliendo, abre los ojos de los animales todos? y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas, que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no les diera tanta fuerza para nos despertar? Porque si no despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abraza el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos.

Y no contradice á esto el uso de las personas que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados, ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone.... Y es cosa digna de admiración, que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan de él, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra, y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas, y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa be-

llísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo; pues el frescor del aire de entonces templa con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día.

Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor de ellas, que aun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar; Vm. que es hija de luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazón.

LUIS DE LEÓN.

La perfecta casada.

Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, y apetitosas de ser preciadas y honradas, como lo son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras, aun en cosas menudas y de niñería; no se precian, antes se descuidan y olvidan de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele; antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y sólo aquesto no estima; como sea así que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye; con ser así que aquello no es su culpa, y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa; y con ser así que el loor que por aquello se alcanza es ligero y vano loor, y loor que antes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor; y por el contrario, la alabanza que por esto se consigue, es alabanza maciza, y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta; antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envía más viva siempre y más fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena; y en comparación de ella el sol mismo no luce, y y son escuras las estrellas. Y no sé yo joya de valor, ni de loor, que así levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro

de inmortales bienes, de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer, cuando se la da por compañera su buena dicha.

LUIS DE LEÓN.

La perfecta casada.

Porque si vamos á la conciencia, vivir uno de su patrimonio, es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen de él. Si al sosiego, el uno descansa en su casa, el otro lo más de la vida vive en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes; al otro desámanle esos mismos que le enriquecen. Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni más vil ni más indigna del hombre, que el engañar y el mentir; y cierto es, que por maravilla hay trato de estos que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institución de los hijos, y de la orden de la familia, y de la buena disposición del cuerpo y del ánimo, sino que todo va por la misma manera? Porque necesaria cosa es, que quien anda ausente de su casa, halle en ella muchos desconciertos, que nacen y crecen y toman fuerzas con la ausencia del dueño; y forzoso es, á quien trata de engañar, que le engañen; y que á quien contrata y se comunica con gentes de ingenio y de costumbres diversas, se le apeguen muchas malas costumbres. Mas al revés la vida del campo, y el labrar uno sus heredades, es una como es-

cuela de inocencia y verdad. Porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable, y clara, y abierta en brotar afuera y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer liberal y abastecida; así parece que engendra é imprime en los pechos de los que la labran una bondad particular, y una manera de condición sencilla, y un trato verdadero y fiel, y lleno de entereza y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cría sanos, y valientes, y alegres, y dispuestos para cualquier linaje de bien.

LUIS DE LEÓN.

Nombres de Cristo.

(Libro II.)

Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como san Agustín breve y verdaderamente concluye, una orden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas in-

violablemente guarda su puesto; adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se ve y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luego como convencidas de cuánto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas y á poner á cada una de sus partes en orden. Porque, si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego; y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas, que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto. Y veremos que así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera, se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así puesta ella

en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.

Mas, ¿qué digo de nosotros, que tenemos razón? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, la tierra, y el aire, y los brutos, se ponen todos en orden, y se quietan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellísimo se componen todas ellas, y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos?

Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la ven la aman. Y no sólo ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora, y las enciende en codicia de asemejársele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz; y este es el blanco adonde enderezan su intento y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader, y si corre las mares, es por tener paz con su codicia, que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara, y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí, cuanto puede, al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera, el que sigue el deleite, y el que anhela á la honra, y el que brama por la venganza, y finalmente todos y todas las cosas, buscan la paz en cada una de sus pretensiones; porque ó siguen algún bien que les falta, ó huyen algún mal que les enoja.

LUIS DE LEÓN.

Nombres de Cristo.

(Libro I.)

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos á la sombra de unas parras, y junto á la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos, una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que asentándose, y callando por un pequeño tiempo después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó á decír así:

« Algunos hay á quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo cantar ó hablar » ....

El Nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O Nombre es aquello mismo que se nombra, no en el sér real y verdadero que ello tiene, sino en el sér que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí

á todas las otras, y en que siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible; porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas, en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios, de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia.

LUIS DE LEÓN.

Conversión de la Magdalena.

Pues María, aunque perdonada, habiendo subido el Señor á los cielos, y venido con sus hermanos, Lázaro y Marta, á Marsella, dándole en rostro todas las cosas de la vida, cansándole todo lo de acá abajo, determina de apartarse á un desierto, adonde á sus solas pudiese gozar de la contemplación de su Amado.

¡Oh qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos y por aquellas breñas! Arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente, dejando la tierra, se subía adonde vive su Amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalén. Víala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música, que su dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas que alaban al gran Príncipe del mundo sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios, no hechos por humanas manos, sino por sólo el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza. Vía la ciudad puesta en cuadro de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos, como lo dice san Juan en el *Apocalipsis;* porque estaban hechos de jaspe y zafiros, calcedonias y esmeraldas, jacintos y topacios, y de otras muchos que allí se nombran. Los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venían á hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engazados en oro purísimo, y retocados de la luz y resplandor del verdadero Sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno. No la furia de los vientos combaten los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas; aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el *folium ejus non defluet*, que dijo David; antes dura una apacible templanza, que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto sér. Aquí

las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas y rubíes y claras perlas y piedras del Oriente. Aquí las rosas son más hermosas y de olor más suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes más que cristal deshecho, el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave.

¡Oh vida verdaderamente vida! ¡Oh gloria que sola eres gloria! ¡Oh soberana ciudad en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor, no hay enfermedad; no llega á ti muerte, porque todo es vida; no hay dolor, porque todo es contento; no hay enfermedad, porque Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor, tus vecinos son enamorados; en ti todos aman, su oficio es amar, y no saben más que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa, y únense con una cosa....

Pues á esta celestial Jerusalén se subía la Magdalena con el pensamiento, y puesta en aquel desierto, arrebatada en espíritu, se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria, adonde vía lo que ni los ojos vieron, ni oyeron las orejas humanas, ni cupo jamás en terreno pensamiento lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oía resonar toda aquella celestial ciudad con las voces angélicas que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y Padre de la naturaleza; pero, sobre todo, vía salir aquel Cordero divino, la lana más blanca que la nieve por hollar, que, repastado por los prados de la gloria, va cercado con mil coros de vírgenes bellas, coronadas de flores que jamás se marchitan.

MALÓN DE CHAIDE.

Conversión de la Magdalena.

Era cosa de ver y digna de espanto, dice Salomón, que cuando castigaba Dios aquel rey porfiado y cabezudo, uno de los tormentos y azotes que le dió fué, que llovió Dios con grandes truenos, que se rasgaban los cielos; corrían arrebatados rayos por medio de las espesas y negras nubes, y se vían los cárdenos fuegos venir por el aire, rodeados de humo, y con un estampido mortal abrían los adarves y derrocaban las torres y daban espantosas muertes á aquellos miserables, sepultándolos en las ruinas de sus propias casas, hallando juntamente muerte y sepultura. Bajaban, á pesar y despecho del curso de naturaleza, y contra su calidad y condición, mezclados agua y fuego; y el fuego se tenía fuerte contra el agua, su enemiga, y contra su propia virtud, y el agua se olvidaba de la facultad y naturaleza que tiene de apagar; y como conjuradas y confederadas en el daño y mal común de aquella gente, caían juntas y hechas un cuerpo la llama, el agua y el granizo.

MALÓN DE CHAIDE.

Carta á don Antonio Rafael.

Antonio Rafael, mi hijo: Dícenme que no os firmáis sino Antonio. No quiero que olvidéis el nombre de Rafael, que le estimo yo en mucho, y os di por devoción del señor S. Rafael. Y hay más en ello: que si os oyen llamar sólo Antonio Pérez, quizá os perseguirán por el nombre, porque el nombre de los que se aborrece remueve el cuajo á la pasión.

¡Ay hijo mío! quiero imitaros en el modo de hablar, que así me dicen que decís vos; y no es de los menores cargos

que ante Dios claman por vosotros, que, habiendo entrado en prisión niños, salgáis de ella de diez y ocho años, tan niño en el lenguaje, por haber estado en aquel silo privado de enseñanza, que habléis en todo vuestro entendimiento, ¡ay padre mío, padre de mi alma! y que me enviéis á pedir un caballo en todo vuestro juicio, con tenerle tan bueno por vuestra edad. ¿Pensáis que es pequeña señal del favor de Dios? Quiero yo pensar que es permisión suya, que aun el lenguaje de niño dure en tal edad, para más testimonio de vuestro agravio, y para más movimiento de su justicia.

¡Oh hijo mío, cuánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas esas ramas de su tronco! Tronco solo, cual me ha dejado, desgajado y desnudo de ramas y hojas, esa ventisca de furor é ira: Dios lo hará, que no sufre tal golpe de gemidos juntos, sin moverse. Pues á fe, que si se mueve á gritos, que suele dejar señal de su poder; pero no le pidamos el poder en castigo de nuestros agravios, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio; que así suele él acudir con lo uno y lo otro.

ANTONIO PÉREZ.

Carta á la Sra. Da. Gregoria.

Hija mía. Háme quebrantado todo tanto lo que he sabido de la prisión de Gaspar de Rojas, y del miedo con que está sobre ella de tocar aun una cubierta de cartas nuestras; que para tomar la pluma en la mano, no tengo aliento, y aun ella me pesa en ella más que un quintal de plomo. Porque ¿qué hay ya que esperar, si á cabo de rato dan en esto? Volveré á poner en Dios solo mi esperanza, tras esta demostración. ¿Qué hiciera más Rodrigo Vásquez, en tiempo que me tenía

en las garras, en tiempo que él tenía el azote en la mano, en tiempo que se estaba paladeando en vuestra sangre, en tiempo que pensaba que hacía sacrificio á su príncipe de ella?

Con todo este mi desconsuelo, no puedo atribuir tales rigores á Príncipe que ha ejercitado tantas liberalidades y piedades notorias al mundo; ni á los ministros, que han sido medio de ellas, y caño de tan dulce y llena corriente de piedad. La malicia, la envidia, que retoñan, andan aquí. De llorar es mucho por el bien público, por la autoridad del Príncipe, por la honra y crédito de sus ministros mayores; que todos estos reciben ofensa grande de los instrumentos de tan baja persecución.

Porque, válame Dios (y él ponga la mano en atajar tal secta enemiga de la ley natural, carcoma de reinos, destrucción de reyes), ¿quién no la juzgará por tal, que piedad y liberalidad derramada en tantos á montón, no se ejercite en sujetos tan piadosos, tan perseguidos, tan agraviados? Tan agraviados digo, que la naturaleza vive ofendida en sus agravios, y como tal, anda mendiga de puerta en puerta, pidiendo el juicio libre y entero de varias naciones por nosotros. ¿Quién no conocerá que puede más disminuir la gloria de la piedad la falta de ella en tales sujetos, que aumentarla la largueza en todos los demás? Daré la causa: porque aquellas piedades, como todas las otras hechas en común, pueden tener mucho de ambición humana, y no tanto de piedad, ni de aquella victoria, sobre todas, de sí propia cada una, y de la pasión y afectos propios, porque no sabe á quién perdona. Semejantes obras á los edificios humanos, que tienen por fin y premio la voz y alabanza de las gentes; pero lo que en sujetos tales como nosotros se ejercitase, sería prueba, premio, gloria de natural, de cristiana, de entera piedad; como lo contrario, contrario á esto todo, y prueba de pasión particular, indigna del poder supremo y de brazo poderoso; que la lanza que se levanta á todos, se señale y hiera en los más tendidos y lastimados y lastimosos por edad, por sexo, por méritos de pa

sados y presentes, y pagados y tratados como ofensas y delitos.

Dios sea con nosotros, hija, que esperar debemos en él; si volvemos los ojos á tantas maravillas y grandezas como ha obrado en mis liberaciones, en el sustento milagroso de nuestra vida dentro de la sepultura, en acabamiento de los más de nuestros perseguidores uno á uno; porque uno á uno los vamos divisando, para más seguro de nuestra esperanza, arrebatados de en medio de sus venganzas, último deleite ya del género humano.

ANTONIO PÉREZ.

Carta á un amigo suyo.

Murió el rey de España en setiembre del año 1598. Luego corrió voz y aviso á todas partes del testamento que dejaba. Unos mostraban en Flandes copias de él, ó de parte de él, otros lo que contenía. Entre aquellos referían capítulo tocante al descargo del alma en las cosas de Antonio Pérez. En esto mismo había variedad .... Pero sé que la voz de haber dejado el Rey descargo en su testamento sobre mis cosas fué tan confirmada desde la hora de su muerte, que es menester que haya habido algo, y que lo hayan hundido después por respetos humanos; ó que la voz del pueblo, juez soberano de las acciones de los mayores y menores, haya publicado lo que fuera razón y saludable al muerto, más que á los pacientes. A esta voz del pueblo, ó á la verdad, atribuiré yo la voz primera que he referido más llena, y aun á lo que se debe creer de un rey cristiano; las otras á los fiscales de aquellos inocentes, y amigos de sus verdugos; poco

amigos, por cierto, del honor y del alma de su príncipe; pues no fuera descargo, sino cargo nuevo, y mayor que todos los pasados... Sobre lo que he dicho, volviendo á mi relación, pararon aquellos avisos de testamento de descargo de alma, y poco á poco se fueron en humo.

Por abril siguiente del año de 99 (que todos aquellos meses se estuvieron aquellos inocentes en aquel silo enterrados) vino orden del rey (Felipe III) para que diesen libertad á doña Juana mi mujer. Es de saber la forma: fué un notario al castillo donde estaban presos, hízose abrír las puertas á las guardas, entró, y dijo así: Señora, S. M. manda que Vm. sea puesta en libertad, que se vaya adonde quisiere, á la corte ó adonde mandare, y que puede pedir lo que bien visto le fuere; pero que estos señores y señoras se queden aquí en la misma prisión. Aquí considere V. S. y cualquiera alma cristiana y aun gentil (que los golpes naturales comunes son á todos), ¿qué debió de sentir aquella señora? ¿Qué confusión debió de ser en la que se halló sobre qué habría de hacer, si aceptar ó no, si dejarse arrancar aquel cuerpo de tantas almas suyas? ¿Qué debían de sentir, al cabo de nueve años de prisión, aquellos seis niños, de ver tan limitada la piedad sobre tales martirios, de verse llevar su madre, de verse quedar huérfanos y presos, y una doncella de veinte años por madre de tres hermanos y tres hermanas, entre soldados y galfarones? En fin, resolvieron que era más acertado aceptar y dejarse descoyuntar, antes que tornarse á encantar y olvidar en aquella sepultura.

Tal traza, no se ha de creer que procediese del ánimo del Rey, que tan suave y dulce se ha comenzado á mostrar, sino consejo de Rodrigo Vásquez, y quizá permisión de Dios; porque no le falte, si fuere menester algún día, aun este testimonio á su juicio, ni tan lastimoso acto al movimiento de su piedad divina.

Vino luego á la corte doña Juana; fué luego á visitar á Rodrigo Vásquez. Cuentan que se enterneció y que lloró lá-

grimas visibles aquel cocodrilo con ella. Si fueron lágrimas de dolor de que se le hubiese salido aquella presa de las garras, ó de temor de sus voces y quejas, ó de ver delante de sí á quien él había lastimado tanto, y á quien no había sabido acabar su malicia, él allá donde está y el Juez supremo lo saben.

Vuelvo á mis cabos, que sería nunca acabar entrar en estas consideraciones, dejando á Dios el cuidado de aquellos oprimidos y pupilos de que él se encargó muchos años há, y prometió que del peregrino, de la viuda, y del pupilo, él tendría cuidado, y desbarataría las trazas de los perseguidores, *et vias peccatorum disperdet*, dijo; pues rey lo dijo. Y en Dios no disminuye la palabra su fuerza por ser antigua: la misma fuerza tiene fresca que vieja; antigua que nueva. No así en los príncipes de la tierra, de quien se cobran pocas deudas viejas; como si la palabra no hiciese deuda; y como si no estuviese recibido que deudas se paguen por su anterioridad. Estando presa doña Juana y sus seis hijos niños en la cárcel pública, y uno en el vientre de la madre, sucedió que á la hija menor, de seis años, Luisa por nombre, le dió un dolor de muelas vehemente, y como á niña la tomó en brazos una criada que entraba y salía, para llevarla á un médico vecino; y el carcelero y guardas, como experimentados en dar algunas veces tales licencias á galfarones presos no por muertes ni por cosa de muerte, disimularon con una niña tal. Supiéronlo los espiones del presidente Rodrigo Vásquez. Prendieron al carcelero, á las guardas; faltó poco que no les diesen doscientos azotes. Prendieron (que á esto vengo) á la niña, que no se iba ella, sino que la llevaban en brazos. Metiéronla en prisión particular, en una cámara sola, sin que la hablase ni viese persona, como se acostumbra con los grandes delincuentes. De seis años era la malhechora, y el delito el que he dicho; ni aun á que le hiciese compañía, ni aun la cama, le dejaban entrar persona alguna, y esto duró muchos días. Espere vuestra Señoría, no se espante aún, porque me acabe de oír.

La niña, compañera de los tres niños del Homo, estaba con un ánimo de Jayán. Dígolo así, porque lo que se sigue lo prueba. Iban los hermanillos á la puerta de la prisión de la niña y le decían: «Hermana nuestra, Luisa nuestra, ¿qué hay? ¿Cómo pasáis allá dentro en esa prisión? Que vos como malhechora estáis en singular prisión.» Ella (oiga vuestra Señoría) burlábase también de los hermanos, y decía: «Vosotros sois los niños, que yo varón soy, que me prenden como harían á Draques.» Tan alegremente pasaba su prisión.

Sus palabras no eran de niña, ni de varón preso, ni de jayán encerrado: que allí todos temen. ¿Quién les enseña á seis años el nombre de Draques; y que dijese tales palabras, tan en tiempo y á propósito? El espíritu de Dios, que da que decir en aquellas horas: *Et revelat ea parvulis* . . . .

ANTONIO PÉREZ.

Vida de San Gerónimo.

(Prólogo.)

Quien atentamente mirare la corrida que hasta aquí ha hecho el mundo, y el suceso de los tiempos, descubrirá muy claro el cuidado y la providencia con que ha siempre acudido el cielo al remedio de las necesidades de los hombres. Son los ojos de Dios de larga vista, sin tasa de lugar ni tiempo; y van muy delante de las cosas, que por sus veces suceden unas tras otras. De aquí viene, que llama por sus nombres igualmente, y le responden, las cosas que son y las que no son. Todo lo mira, todo lo penetra, todo lo provee y dispone con toda suavidad, que ello mismo parece que se cae de su

peso; sin torcerlo, violentarlo, ni moverlo más de aquello que le pide su paso. Esto se manifiesta en todas las cosas naturales, tan claro, que se nos viene á los ojos; y en las cosas que entran en el género de libres, y son señoras de sus obras, resplandecen más los efectos.

Vió la sabiduría de Dios que la malicia y envidia del demonio no había de tener fin, ni abajar de su soberbia un punto; sino que había de irse extendiendo al mismo compás de los siglos, procurando en todos ellos quitalle á él la gloria que se le debe, y al hombre los bienes que se le han prometido. Y así Dios por el mismo suceso, y como por sus mismos pasos, fué proveyendo de remedio contra sus daños, y de reparos contra el estrago de sus envidias.

En el tiempo que los caldeos quisieron persuadir al mundo que todas las cosas pendían del curso de las estrellas, y que ellas eran la primera y verdadera causa de los sucesos humanos (engaño que el demonio les puso en los entendimientos), sacó Dios á luz al patriarca Abraham, que haciendo como una escala de la misma filosofía, subiendo por los grados del conocimiento de las cosas visibles, vino á dar (llevado por Dios) en un principio más alto; y dejó abierta en el mundo una admirable senda de fe y obediencia divina, y dió principio de verdadera luz á los ojos de los hombres, que estaban ciegos con la falsa de las estrellas.

Después los egipcios, hechizados con la astucia de este mismo enemigo, dieron en supersticiones y agüeros, envolviéndoselos el demonio, para mejor engañarlos, en unas apariencias de cosas, que llamaron ellos arcanas y divinas. Para remediar este daño, proveyó Dios de un Moisés, que después de haber alcanzado de esta su ciencia cuanto de ella se podía esperar, les mostró abiertamente cuán vano fundamento tenía todo aquello; y que si no era lo que por merced divina se comunicaba á los hombres de las cosas sobrenaturales, todo lo demás era ilusión y fantasía, ó una cosa que no se levantaba del suelo.

Cuando las cosas del pueblo de Israel andaban tan quebradas, que olvidados de aquella santa ley que recibieron de Dios por medio de los ángeles, unas veces idolatraban y otras se volvían á Dios, ya tornaban á negalle, ya se mejoraban de estado, y ya tornaban á la primera miseria; levantó Dios un Samuel, que los corrige y detiene en las buenas costumbres y antigua fe de sus padres, conciértales la república, y asiéntala debajo de una cabeza y un rey, para que de allí adelante no anduviesen tan varios y movedizos. Después algunos, y aun muchos, de estos sus reyes, menospreciando por sus gustos y por sus intereses las santas leyes y ceremonias dadas del cielo, dieron consigo (y lleváronse tras sí poco menos todo el pueblo, que es inclinado á caminar á la huella de sus príncipes) en la primera idolatría, y junto con ella en todos géneros de vicios que se pueden imaginar. Para tanto estrago y dolencia, fué necesario que acudiese Dios, como suele, con un Elías; que no fuese menos la fuerza de sus virtudes, que la de los vicios del rey y su pueblo. Hombre en la vida, palabras, obras y celo, tan contrapuesto á todo lo que en Israel se usaba, que se veía de manifiesto haberle levantado Dios para que fuese remedio general de tantos daños.

No estaba en menor extremo de miseria el pueblo escogido cuando en él reinaba el intruso Herodes; ni los vicios de avaricia y ambición, hipocresías, usuras, simonías y homicidios estaban en más bajo punto, cuando levantó Dios otro nuevo y no menos celoso Elías.... Este, pues, que en tal sazón levantó Dios, fué San Juan Bautista, con el cual no sólo pretendió lo que con los otros, que era poner algún reparo y defensa á la furia de tantos males; mas aun también que fuese un como lucero del nuevo sol y luz que venía al mundo: esta luz, declarada por el mismo sol Cristo, y la semilla de la nueva del reino y libertad del hombre, con los altos pregones de los apóstoles manifestada y plantada, y con la sangre de los mártires regada y crecida.

José de Sigüenza.

Historia de la orden de San Gerónimo.

(Libro IV, capítulo I.)

Entre los muchos loores que se publican del bien y provecho de la historia, es uno llamarla luz de la verdad, maestra de la vida, vida de la memoria, descubridora y mensajera de la antigüedad. Y si quisiésemos envolver todo esto, y decirlo en una sola palabra, la podríamos llamar atalaya, ó torre altísima, de donde levantados miramos todo cuanto se ha representado en este gran teatro del mundo, y cuanto es digno de volver á ello los ojos y tenerse en memoria desde su principio hasta hoy.

Deseaba el gran doctor y padre San Gerónimo levantarse con Heliodoro en una roca alta, y tener allí debajo de sus pies toda la tierra, y mostrarle desde allí todas las miserias y tragedias tristes de su tiempo: las ruinas del mundo, cómo se despedazaban unos reinos con otros, cómo unas gentes hacen guerra á otras gentes; ver cómo se atormentan unos, se desvanecen y ciegan otros; á unos sorben las ondas de este mar hinchado; á otros llevan cautivos; aquí se casan, ríen, juegan; allí están llenos de tristeza y de llanto; unos gozan de riquezas y deleites, sin medida y sin rienda; otros mueren de hambre, pobres y miserables . . . .

Pues si sería esta una vista de extraño entretenimiento, y un libro de lección extraordinaria, ¿cuánto es mayor y de más aviso la historia, que levanta á un hombre no sólo á contemplar lo presente, sino también todo lo pasado, y le da una como moral evidencia para juzgar de lo por venir? . . . . Los que no nos levantamos á tanto, ayudaremos con alguna pequeña parte, como quien añade un escalón en esta torre tan alta.

JOSÉ DE SIGÜENZA.

Historia de la orden de San Gerónimo.

(Libro II.)

Siempre fué dificultoso escribir bien la historia. El ejemplo de los pocos que han acertado, basta á confirmar esta verdad, sin las causas de ella, que son muchas, de que ya otros han dicho su parecer más despacio. Cuando no hubiera otra sino la obligación de tratar verdad, bastaba para ser odiosa; y si falta esta parte, no hay nada. En las vidas é historias de los santos, no consiste en esto la dificultad, porque no hay cosa tan amada de ellos como la verdad, ni de que más gloria les nazca que decirla de ellos; lo que en las profanas falta en gran parte, donde se desea se publiquen las virtudes y se eche tierra á los vicios; de donde ha nacido el miedo á los escritores, y la sospecha á los que los leen.

En estas, las virtudes y los vicios, los bienes y los males son para la gloria de los santos, por la victoria que alcanzaron contra los unos y las coronas que merecieron por los otros. Nace la dificultad de sus historias del mismo linaje de escritura, que pide una manera de decir como natural, ó como las cosas pasaron, desnudas y sin arreo ó ropas perdidas prestadas de la autoridad de otros autores, de otras historias, de otras filosofías, de principios ó conclusiones de otras ciencias, sin pinturas ni ornamentos de poetas ó retóricos; guardando siempre un decoro propio, que se mezcla de todo esto, sin ser ninguno de ellos.... Tiene la historia santa sus ornamentos propios, con que, en medio de aquella que parece desnudez, se ve una particular hermosura; tal, que deleita más, y lleva tras sí con más fuerza, que ninguna otra suerte de escritos. Hay en ella sus propias fuentes, donde sin pensar manan y nacen entre las manos los avisos y los gustos, con que se dilata como una fuente caudalosa por sus arroyos y corrientes en campo espacioso.

José de Sigüenza.

Un morisco disuade á sus compañeros de la rebelión.

(Vida de Pio V.)

Aunque es sin fruto trataros de lo que os está bien, estando con tanta pasión y tan determinados al mal, el dolor, la sangre y conocimiento no permiten que calle. A lo menos no seremos todos incitadores á vuestra ira, habrá alguno que hable con consejo. Muéveos á alteraros las injusticias de los jueces y el deseo de libertad, cosas que entre sí mal convienen. Si queréis vengaros de los magistrados, ¿por qué alabáis la libertad contra el rey? Y si es afrenta estar sujetos, dejad los vicios de los que gobiernan. Pero examinemos cada cosa. ¿Agráviannos los magistrados en ejecutar las pragmáticas reales? Ese es su oficio, ser ministros de la ley; si ella es injusta, en ella está la culpa, no en el ser juez. ¿Por qué amenazáis á los miserables cristianos que entre nosotros viven? ¿Lavará su sangre inocente los yerros que no han hecho? Cuando los cielos aprueben vuestra causa, no pueden el modo. Condena vuestra poca modestia la razón, si alguna tuvierais. Y ¿qué medio es para libraros de sus vicios, romper guerra? ¿Dónde serán mejor crueles y avarientos, que donde el robo y el homicidio merecen premio? Si primero os ofendían, era con algún recato, escondiendo el odio y codicia; ahora, roto el freno del temor é irritados, buscarán el cielo y tierra para que den fe y aplauso á sus atrocidades. En fin, no podéis sufrir á cuatro que os gobiernan ¡y llamáis contra vosotros todo el reino! La libertad dulce es; pero el que la quiere, procure no perderla; porque quien, una vez reconocido señor, se rebela, más es contumaz siervo, que amador de la libertad. Compráramosla entonces con sangre, cuando el rey don Fernando pobló de pabellones esa vega. Nuestros padres, mayores de cuerpos y ánimos, ejercitados en las gue-

rras, llenos de armas, señores de las fuerzas y ciudades del reino, no pudieron resistir á los cristianos; vosotros, menos, sin un muro, dados á la labor de la tierra, desarmados, ¿queréis sujetarlos, cuando en riquezas y señoríos han crecido tanto? ¿Sois vosotros más poderosos que los italianos, más fuertes que los alemanes, más desconocidos que los indios, más valerosos que los franceses, más ricos que los sicilianos? Italia, domadora del mundo, consiente gobernadores españoles en sus provincias; los alemanes, con aquel ánimo despreciador de la muerte, no bastaron á que no atravesasen el Albis las vencedoras insignias de España; inmensos y no domados mares servían de muro á los del nuevo mundo, y conquistaron otro nuevo; la belicosa Francia sintió en lo más precioso los truenos de las bombardas de España, y cansada de ver presos sus reyes y de ser vencida, buscó en la paz seguridad; los fértiles collados de Sicilia sirven á la abundancia de España. ¡Solos vosotros os queréis oponer á la corriente de sus hados!

ANTONIO FUENMAYOR.

Vida de Santa Teresa.

No era siempre esta pena en el rigor y punto que he dicho, porque algunas veces la moderaba el Señor para que se pudiese sufrir sin acabar la vida, y á ratos la consolaba su Majestad con algunos arrobamientos ó visiones, con que parece que se fortalecía el alma.... Otras la ponían en otro extremo de gozo, que le era igual á la pena, y por ventura menos dificultoso de declarar que ella; porque, sino es el que lo siente y experimenta, no sabrá dar á entender aun la menor

parte de este maná escondido, y la muchedumbre de dulzura y gozo que trae consigo la avenida de este río de suavidad que el Señor tiene escondida y guardada para los que le temen; que con razón dijo Isaías, que ni los ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo caber en humano corazón lo que Dios tiene aparejado aun acá en esta vida para los que esperan en él. Que si la pintura hermosa deleita los ojos, y si el bien que hay en lo dulce, sabroso y blando deleita el tacto, y si otras cosas menores suelen dar aventajado gusto al sentido, ¿qué será el gusto y deleite que causarán aquella infinita bondad, amor y suavidad de Dios al alma que estrechamente se junta y abraza con él?

Con razón en la Escritura es llamado este deleite con nombre de avenida y río; porque con su dulzura baña el alma toda, y la embriaga y anega de tal manera, que cómo ello es, sino es quien lo gusta, no lo puede decir. Y por tanto será bien que, pues esta santa ha sido testigo de su pena, lo sea de estos deleites y júbilos que á ratos sentía del Señor, como lo dice en sus *Moradas sextas*, cap. VI.

En los arrobamientos es donde ordinariamente el Señor manifiesta y descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza; porque entonces es llevada á la región celestial y de vida, donde reside el Rey de la majestad, y donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene sér. Allí están los elementos puros, los mineros de las aguas vivas; allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Con la cual región si comparamos aqueste nuestro destierro, no será más que comparar las tinieblas con la luz purísima, la turbación y el desasosiego con la paz y descanso eterno. Pues en esta nueva región entra el alma por medio de estos nuevos arrobamientos donde ¿quién podrá decir lo que ve, sino es quien lo hubiere visto?

DIEGO DE YEPES.

Vida de Santa Teresa.

Entre otras virtudes, singularmente se vió en ella siempre un ánimo real, generoso, invencible, y cuerdamente atrevido para emprender cosas grandes, arduas, y al parecer de muchos, imposibles . . . .

De su grandeza de ánimo le venía el no tener vanagloria de las obras heroicas y grandes que hacía; porque como las miraba todas con aquella generosidad y grandeza de ánimo, y con aquellos deseos tan encendidos y tan grandes de hacer algo por Dios, solo veía de sus obras las faltas, que á su parecer ponía ella de su parte.

Todo lo que era menos que Dios no cabía en su ánimo; despreciaba las honras, hollaba el oro y los deleites, y no hacía caso de los dichos vanos de los hombres; y con una igualdad de ánimo, mayor que la que los estoicos imaginaron, hacía cara á todos los sucesos y fortuna de esta vida. Y como en otra región y hemisferio de esta mortalidad, no le llegaban ni tocaban las adversidades ni prosperidades de ella, porque ni el miedo la atemorizaba, ni la afición, por buena que fuese, la inquietaba, ni la alegría ni tristeza jamás, después que llegó á este estado, la sacaban de sus quicios y paso ordinario.

Jamás la vieron llorar por caso alguno, ni decir palabras de aflicción, ó hacer otras demostraciones de dolor propias de las mujeres y no ajenas de hombres afligidos. Y, como ella escribe, la había llegado el Señor á tal punto de tranquilidad é igualdad de ánimo, que ni el placer, ni el pesar, ni el gozo, ni la pena, no parece hallaban cabida en su ánimo.

La virtud de la fortaleza tiene dos partes. La una es el acometer con cuerda osadía y con generosidad de ánimo las dificultades y peligros que se ofrecen. La otra es esperar con paciencia los golpes de los contrarios, que necesariamente se

han de ofrecer en el camino de la virtud, principalmente en la ejecución de cosas arduas y grandes.

Estas dos partes son como dos brazos en los cuales esta virtud trae sus armas ofensivas y defensivas. Al uno arma con la espada para acometer, al otro con el escudo para esperar y recibir los encuentros de sus enemigos. Esta tiene por nombre paciencia. Este escudo embrazó la bienaventurada madre Teresa de Jesús desde sus primeros años, y en él puso una divisa, la más gloriosa que jamás capitán y emperador, por esforzado y animoso que fuese, pensó ni se atrevió á imaginar, que fué: *ó morir, ó padecer.*

Este era su continuo pensamiento, este su deseo, y este el único consuelo que tenía en esta vida, y con que acallaba y detenía los grandes ímpetus y deseos que tenía de morirse por ver á Dios. El padecer le hacía agradable vida tan enojosa y peregrinación tan larga y prolija, y segura, navegación tan peligrosa. Por él (como otro San Pablo) sufría y deseaba el ser privada, por el tiempo que la vida durase, de la clara vista y abrazos dulces de su esposo Jesucristo .... No sólo no la cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo; y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenía ella por deleite y premio de sus trabajos.

DIEGO DE YEPES.

Espiritual Jerusalén.

Después de aquel doloroso y lamentable estrago que Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo en la ciudad santa de Jerusalén, donde quemó el templo de Dios, fábrica en que empleó

el rey Salomón sus tesoros y la industria de sus amigos; robó sus riquezas, derribó sus torres echó por tierra sus murallas, pasó tanta gente de todas suertes y estados á cuchillo, que con haber sido muchos los que llevó presos, dice el texto del Paralipómenon, que fué cual y cual el que escapó con vida, y ese la redimió á costa de una larga y dura esclavitud. Acabada, pues, de asolar una tan insigne república, que no sólo el real profeta y Jeremías la llamaron gozo del mundo, pero aun historiadores enemigos la confesaron por insigne y famosa, y habiendo de tomar la pluma para escribir de ella otro caso semejante, no lo pudieron hacer sin dolerse de ella; llevaron los ministros del rey los vasos de oro y plata, y otras muchas joyas que habían interesado en el saco del templo y del palacio real, cuya grandeza se deja bien entender de aquella ostentación jactanciosa que hizo de ellas el rey Ezequías á los legados de Babilonia, pronóstico cierto del suceso que había de tener después. Y juntando, de la gente que había quedado con vida, un desnudo y miserable escuadrón, volvieron gozosos y triunfantes á su tierra, tratando á los pobres cautivos con la insolencia que se podía temer de tan bárbaros señores, caminando con gran silencio y desmayo los más valientes de los presos, y celebrando con orgullo y algazara su buena dicha aun los más cobardes de los vencedores. Tanto obedece el corazón del hombre á las mudanzas de la fortuna.

Ocupados en pensamientos tan diferentes, acabaron los unos y los otros su camino; y llegando cerca de los muros de la gran Babilonia, como los cautivos reconocieron el lugar de su prisión de que tantos años antes les habían dado aviso los profetas, y se les representaron como presentes los malos tratamientos que tan en breve habían de experimentar, la libertad perdida, la hacienda robada, los deudos ó muertos en Jerusalén ó esclavos como ellos en Caldea, la vida sola, con que por gran ventura les habían dejado, condenada á majar esparto, y obligados á dar razón de sus tareas á sobrestantes crueles, habiéndoseles hecho duro darla de sus costumbres

á los ministros de Dios, y sobre todo, la ciudad santa y el alcázar de Sion donde solía estar el templo, única maravilla del mundo, hechos cenizas; comenzaron á desconfiar de la vuelta, á lo menos los más ancianos y que reconocían en sí pocas fuerzas para vida tan trabajosa. Ofreciéronseles al pensamiento los trabajos de su cautividad aun por mucho más pesados que en hecho de verdad habían de ser (efecto ordinario de los grandes temores), y discurriendo ligeramente de una ocasión de sentimientos en otra, no debieron de dejar memoria de cosa que pudiese atormentar, que no revolviesen en su daño.

Quebrantados, pues, de la porfía de estos pensamientos y descomodidades del camino, y ocasionados de las corrientes de las aguas, lugar á propósito para aliviar las riendas al llanto, se sentaron á la orilla con temor de enojar al tirano (que hasta el descontento del cautivo suele ofenderle), y desenvolviendo de las fundas los instrumentos con que solían festejar los días solemnes del templo, los colgaron de los sauces, que á la orilla del agua había muchos, despidiéndose de tener hora de placer el tiempo que durase su destierro, y enterneciéndose con ellos á la despedida.

JUAN MÁRQUEZ.

Vida de doña Sancha Carrillo.

Nació doña Sancha Carrillo de la antigua y nobilísima casa de Córdoba .... nobleza bien conocida de todos en España. Y cuando le faltara este lustre, heredado y hecho mayor con personas y edades, sola esta señora bastaba á darlo á su linaje; mas juntáronse en ella la gloria de sus antepasados y

el resplandor de sus costumbres. Tanto es de mayor estima, cuanto es más agradable la luz presente que la pasada. Trajo consigo el abono de su buena sangre; nació con ella su alabanza; un mismo principio tuvo del nacer y del merecer con el mundo; no por sí, sino por los suyos .... Esta santa doncella, si bien resplandecía con el lustre de sus mayores, representábalos mejor con la hermosura de sus virtudes; antigua herencia de esta casa, el ejemplo de cristiandad..... Mas, dejado á parte lo que tenía común con los suyos, sobrábale mucho de qué ser alabada en lo que tuvo propio de sus ventajas.

Enriquecióla nuestro Señor de todos los bienes que reparte la naturaleza, y apetecen y admiran los hombres; para que tuviese mucho que darle cuando él lo pidiese, y pudiese hacerlo precioso menospreciándolo. Era grande su hermosura, rara por todo extremo; gentileza y talle de los más envidiados; rara su discreción; su donaire y su agrado, muy fuera y sobre todo lo que se conocía por voto de todos; semblante alegre, mirar suave, hablar dulce, gallardo brío: tan honesto todo como agradable. Y hallábase junto en ella lo que se loaba esparcido en muchas; era entre todas lo que la primavera entre las demás partes del año. Todas estas prendas tan conocidas eran, que ni dejaba la lisonja de celebrarlas, ni de estimarlas su vanidad. Es esta sombra de la hermosura como la demasía de las riquezas.

Crióse con este brío, si bien honesta, alentada; llena de pensamientos de grandeza, iguales á sus prendas. Despertábalos, no menos el aplauso común, que las esperanzas y deseos de los suyos, encaminados, y encaminándola todos á pretensiones de estima, de intereses y privanza. Llevábase los ojos de todos, y de aquellos más que podían apetecerla para honra de su casa en la sucesión de herederos, y para consuelo de la vida conyugal en tal compañía.

MARTÍN DE ROA.

Vida de doña Sancha Carrillo.

Con este consejo andaba doña Sancha tan alentada y fervorosa en los empleos de la virtud, que no satisfecha con hacer lo que podía, se alargaba á desear aun lo que no podía. Y como el caballo generoso y arriscado entre las asperezas de los montes y quiebras de los valles, detenido con el freno, bien muestra en el fuego de la respiración, y en la gallardía del hollarse, que le falta no el brío sino el campo para la carrera; así ella, entre la falta de salud y sobra de enfermedades, bien daba á conocer que le sobraban, sino las fuerzas y entereza del cuerpo, á lo menos el ardor y aliento del ánimo para las empresas de la penitencia y mortificación de sí misma.

Decía algunas veces á una persona espiritual con quien solía comunicar: « Señor, parece que me aflijo en pensar que, muerta yo, este cuerpo de tierra que traigo á cuestas ha de estar en el sepulcro ocioso, que ni pasará trabajos, ni hará penitencia, ni se desvelará de noche; ni esta lengua publicará las misericordias y bondad de Dios; antes todo estará baldío. Pero consuélame al fin, que habrá día, cuando mi alma le tomará para siempre, sin cesar de servir y loar á Dios. Y pluguiese á su Majestad que después de muerta pudiese salir por las plazas á predicar á los hombres su descuido y engaño. » Confusión verdaderamente y dolor de aquellos que, pasando la edad en ocio y regalo, tan de balde están en la vida, como las más viles sabandijas y más desaprovechadas bestias de la tierra.

MARTÍN DE ROA.

Cómo Numancia fué destruída.

(Historia general de España.)

El año luego adelante que se contó de la fundación de Roma, 621, siendo cónsules Publio Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pisón, á Scipión alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenía: traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno, y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenían cobrado, con intención de apretar el cerco de Numancia, de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo, su hermano; los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenía. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número, porque los que más ponen, dicen que eran ocho mil combatientes, y otros de este número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipión tenía propósito de excusar por cuanto pudiese el trance de la batalla, como prudente capitán, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecía conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demás de esto, mandó á las ciuda-

des confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso alrededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera que tenía diez pies en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetías á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el río Duero se podía entrar en la ciudad y salir; pero también esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenían puestos de guarda. Para remedio de esto los buzanos, zabulléndose en el agua, debajo de ella sin ser sentidos pasaban, cuando era necesario, de la una parte á la otra. Otros con barcas, por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban; y por esta manera se podía meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolación tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del río con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos, sin perder por esto ánimo, no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad: que á sabiendas no los querían matar para que gastasen más presto, cuantos más fuesen, las vituallas, y forzados del hambre y extrema necesidad, se entregasen. En esta coyuntura, un hombre de grande ánimo y osadía, llamado Retogenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran más flacos y tenían menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados Arevacos, donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparase á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que,

encendido en coraje y en deseo de vengarse, no tenía olvidadas las injurias que ellos le habían hecho; considerasen que aquella ciudad solía ser el refugio y reparo común de todos, y al presente por la adversidad de la fortuna y por la astucia de los que la cercaban, más que por valor y esfuerzo, se hallaba puesta en extremo riesgo y cuita: « ¿Por qué, dice, en tanto que las fuerzas están enteras, y los romanos por tantas pérdidas rehusan la pelea, y por malas mañas y astucias, pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos, juntadas las fuerzas, no quitaréis el yugo de esta servidumbre, y echaréis de vuestra tierra esta peste común? ¿Aguardáis por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzoso que todo lo asuele. Por ventura, ¿no conocéis la ambición de los romanos, sus robos y sus crueldades? Los cuales muchas veces habéis visto y oído que sin causa alguna, sólo con deseo de extender su señorío, ponen asechanzas á la libertad y riqueza de toda España. Diréis que tenéis hecho concierto con ellos, y con esto os aseguráis. En que si no hubiera muchos ejemplos frescos y puestos delante los ojos, de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos; la destrucción poco há de Caucia, y ahora la confederación de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente, son bastante muestra cómo ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponéis ahora vuestro reposo particular á la salud común, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seáis en algún tiempo forzados á quejaros por demás, ojalá yo me engañe, de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera, pues, toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamientos á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo que está descuidado, cercándole los vuestros por

una parte y los nuestros por otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España. » Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los pies de cada uno, tenía ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caídos todos les falten, prevaleció el voto de los que sentían que no convenía enojar á los romanos, antes decían que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen é hiciesen cargo de haber oído en su junta aquella embajada. Lo que después de esto hizo Retogenes, no se sabe; sólo consta que la gente moza de Lucía, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados, pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipión, y con cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos de ellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados del hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipión una embajada: el principal, por nombre Aluro, dada que le fué audiencia, se dice habló en esta manera: « Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para que traello á la memoria, pues tú con la larga experiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Sólo diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así había de ser, ser vencidos de tan gran capitán. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan los males de este cerco, confesámonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y enmienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdón, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das

lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de ti así de presente como en el tiempo adelante.» Maravillóse Scipión por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto, respondió á los embajadores que no había que tratar de concierto, si no fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta, los numantinos, como fuera de sí, matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenían? Pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad.

Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla; acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brebaje que hacían de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante, hasta que, sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algún tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Después de esta pelea, dicen que por algunos días se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás de esto probaron á huir y salvarse. Como tampoco esto les sucediese, por conclusión, perdida del todo la esperanza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo. Algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera que para esto tenían encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguía el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruída Numancia, pasados un año y tres meses después que Scipión vino á España. Grande fué su

obstinación, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Apiano dice que, entrada la ciudad, hallaron algunos vivos. Contradicen á esto los demás autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenían entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demás de esto, que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por mandado de Scipión echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipión á Roma á gozar el triunfo, que le era muy debido por hazañas tan señaladas; por las cuales, demás de los otros títulos y blasones, le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numantino.

JUAN DE MARIANA.

Exhortación de Pelayo á los asturianos.

(Historia general de España.)

Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Sólo entretengamos á los enemigos un poco y con corazones atrevidos, avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la

engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazón, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algún remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los Godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron é hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra, ¡cuánto más pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos! ¡Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seáis despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares y el deseo del sosiego, por ventura os entretiene. Engañáisos si pensáis que los particulares se pueden conservar, destruída y asolada la república; la fuerza de esta llama, á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Ponéis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados, ¿os hace dudar? Pero debéisos acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podéis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado,

fácil cosa es, y aun muy usada, deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Tenéis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se pueda esperar que sea constante en sus promesas. ¿Pensáis por ventura que tratáis con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien común muy de buena gana; y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo, no más á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno, antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que más deben temer.

JUAN DE MARIANA.

Del principio de la guerra de Aragón.

(Historia general de España).

Una guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragón, contará el libro diez y siete. Guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio; con que abrió el camino y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes, y

con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra.

Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdón y licencia á esta narración; concédasela que sin pesadumbre se lea. Dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sandios se arrojaron á tomar las armas, y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos, y un furor que se derramó por las tierras. Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas, como de arroyos pequeños, se hizo un río caudaloso, y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los reyes era de ardiente corazón, y que no sufría demasías; en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y más ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza....

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragón, sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podía decir de ellos; en que se empeñaron de suerte, que no tuvieron empacho de llamar á los moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla, con quien meses antes se aviniera. El de Aragón llamó de África al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala; acuerdo infame y traza vergonzosa á la religión cristiana. Quejóse gravemente de ello por sus cartas el Padre Santo Inocencio, y entre otras razones, les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto extremo, que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasión en otro tiempo,

se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del Pontífice buena y á buen tiempo; mas las orejas los reyes tenían con un exceso de pasión y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones.

JUAN DE MARIANA.

Don Pedro el Cruel.

(Historia general de España).

Siguiéronse en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningún cuidado de las cosas sagradas ni profanas; todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo Rey, si de los grandes, no se averigua. La común opinión carga al Rey, tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte de estos desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que á todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguían su apetito, codicia y ambición tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dejar sus excesos sin castigo. La piedad y mansedumbre de los príncipes, no solameute depende de su condición y costumbres, sino asímismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario di-

simular y conformarse con el tiempo, para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño, cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. ¿De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ¿Ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño?... Mas antes que se venga á contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado.

Luego que murió el Rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima mujer, como era razón, fué en los mismos reales apellidado por Rey, si bien no tenía más de quince años y siete meses y estaba ausente en Sevilla, do se quedó con su madre. Su edad no era á propósito para cuidados tan graves; su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado; veíanse en él finalmente, muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo; su cuerpo no se rendía con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podía ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero.

Entre estas virtudes, se veían no menores vicios, que entonces asomaban, y con la edad fueron mayores: tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oir soberbiamente, dar audiencia con dificultad, no solamente á los extraños sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad; con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolución en la lujuria, y la aspereza de condición y costumbres ....

Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del Rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y

ayudarle á conseguir sus deseos deshonestos, sin ningún respeto de lo honesto ni miedo de los hombres. En grandísimo perjuicio de la república granjeaban el favor y privanza del Rey. En el palacio, todo era deshonestidad; fuera de él todo crueldad, á la cual todos los demás vicios del Rey reconocían y daban la ventaja....

Habíase el Rey entregado de todo punto, para que le gobernasen á doña María de Padilla y á sus parientes; ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el Rey y Reino se regían. Los grandes y los mismos hermanos del Rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguían el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía, cada uno pretendía con presentes, servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veía el Reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas....

El Rey de Castilla, con su acostumbrado descuido y desalmamiento, echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada, que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se la pudo dar ningún color ni excusa. Doña Juana de Castro, viuda, mujer que fué de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura, en aquel tiempo, se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El Rey, que no sabía refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella.

Sabía cierto que por vía de amores, no cumpliría su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero; alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca; presentó de todo indicios y testigos, que en fin, al Rey no le podían faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho, obispo de Ávila, y á don Juan, obispo de Salamanca. Ellos, por sentencia que pronunciaron en favor del Rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso; venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. ¡Oh hombres nacidos, no ya para

obispos, sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla....

Luego que fué muerto su hermano don Fadrique, se partió el Rey á grande priesa á Vizcaya. Las manos que ya tenía tintas en la fraternal sangre, quería en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragón para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el cruel Rey ejecutase su saña. Ido don Tello, al infante don Juan de Aragón, á quien se debía el señorío de Vizcaya, por ser casado con doña Isabel, hija de don Juan Núñez de Lara, y también el Rey á la partida de Sevilla, se le prometió; ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados á Aragón, en Bilbao, do á la sazón estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor, que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano: ¡abominable crueldad! Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caído en la plaza, dijo á muchos vizcaínos que le miraban: Veis ahí á vuestro señor y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandóle después llevar á Burgos; mas ni le dió sepultura, ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias; antes por mandato del Rey le echaron en lo profundo del río, que nunca más pareció. Con esto echó el sello, y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano, tan malamente muerto. Con la misma furia á la reina doña Leonor, su tía, madre del Infante, y su infelicísima mujer doña Isabel, las hizo prender en Roa y llevarlas dende presas al castillo de Castrojeriz. Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería, y de diversas partes le trajeron á Burgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible, cuanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban...

Dejadas, pues, las pláticas de paz, volvió á encruelecerse la guerra; renováronse las muertes, y crecieron los odios .... Estaba el corazón del Rey tan duro y obstinado, que ningún motivo por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar; parecía que le cegaba la divina justicia para que no huyese al cuchillo de su ira, que tenía ya levantado para descargarle sobre su cruel cabeza...

En las faldas del monte Cauno, que hoy se llaman las sierras del Moncayo, se extienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España, por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos, llamados los infantes de Lara. En estos campos, don Enrique y su hermano don Tello, con setecientos aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla. Venidos á las manos, pelearon muy esforzadamente; fueron los de Castilla vencidos y desbaratados; quedaron tendidos en el campo al pie de trescientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros, fué muerto su capitán Juan Fernández de Hinestrosa, y don Fernando de Castro se escapó á uña de caballo. Dióse esta batalla en el mes de Setiembre. El pesar y enojo que el Rey de Castilla recibió por este desmán, fué tal, que como fuera de sí y furioso por vengar su ira y hartar su corazón, mandó matar á dos hermanos suyos que tenía presos en Carmona, á don Juan, que era de diez y ocho años, y á don Pedro que no tenía más de catorce; sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos: ningún afecto blando podía mellar aquel acerado pecho.

Asombró esta crueldad á todo el reino; hízose el Rey más aborrecible que antes; refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como, sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir, una carnicera, cruel y

fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religión y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenía por seguro, no había conciencia tan sin mancha ni reprensión que no temiese cualquier castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto, pues, el grande peligro en que tenían sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragón, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados....

El rey de Castilla con las pérdidas y desastres aun no perdía del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos, andaba dudoso sin saber á qué parte se arrimar. Vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra; no sabía de quién fiarse; así cada día mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este Rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condición....

Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movían á compasión á muchos de los grandes de Castilla; y los obligaban á que trataran de juntar sus fuerzas y armas para amparalla. No se le pudieron encubrir al Rey estos pensamientos; cobró por esto mayor odio á la Reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que, quitada de por medio, quedaría libre él de este cuidado. Hízola morir con yerbas, que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia, en la estrecha prisión en que la tenían, tanto que no se la permitía que nadie la visitase ni hablase. Abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia mujer, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia. No hay memoria entre los hombres de mujer en España á quien con tanta razón se la deba tener lástima, como á esta pobre, desastrada y miserable Reina. De muchas tenemos

noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos; pero por alguna culpa ó descuido suyo, á lo menos que en algún tiempo tuvieron contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algún alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vió cosa porque mereciese ser sino muy estimada y querida. Sin embargo, no amaneció para ella un día alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fué como si la enterraran. Luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula: ¿quién en tales trances la podía favorecer? Todo socorro y alivio humano estaba muy lejos. «Mas á ti, Rey atroz, ó por mejor decir, bestia inhumana y fiera, la ira é indignación de Dios te espera, tu cruel cabeza con esta inocente sangre queda señalada para la venganza. De esas tus rabiosas entrañas se hará á aquel justo y contra ti severo Dios, un agradable y suave sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, más dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, de día y de noche te asombrará y perseguirá de tal guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razón y cordura de tu locura y desatino, te aparten ni enfrenen para que fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos buenos é inocentes tienes quitadas.»

JUAN DE MARIANA.

Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa.

Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque

en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja á todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes, de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra, eran ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición; no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo á dos de estos caballeros, los que más valían, un notable é injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta, y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la justicia, no fuera poderosa de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos; llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas á quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserables. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va al fuego! con cuánta dificultad se edifica una

casa, y con cuánta brevedad se quema! cuántos podrían excarmentar en las cabezas de estos desgraciados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes de este delito, á condición qué los hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.» Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo: «Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traición.»—Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad más, y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados.—Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme á Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Éste tenía una hija casi de mi edad, á quien amaba más que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar; nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos; juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Nacíonos de esta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que llaman de los Jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza; miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis, y dije entre mí: ¡Oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! No sé cómo, me pesó de que fuese mi hermana. Y no aguardando más, fuíme á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á recibir, y sentándome junto

á sí, me dijo: «Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?» Yo la respondí: «Señora mía, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas, decidme agora, ¿qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos?—Yo, dijo ella, no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.—Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérasme tanto?—No ves, dijo ella, que á no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?—Pues si ese bien me habían de quitar, dije yo, más quiero el mal que tengo.» Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: —Y ¿qué pierdes tú en que seamos hermanos?—Pierdo á mí y á vos, dije yo.—Yo no te entiendo, dijo ella, mas á mí me parece que sólo serlo nos obliga á amarnos naturalmente.—Á mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces. Y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza, hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo á mí mismo (y pesárame que alguno me lo oyera): si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía! Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza, me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mi parecer) más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: —¿Qué te parece agora de mí, Abindarraez? «Yo la dije:— Paréceme que acabáis de vencer al mundo, y que os coronan

por reina y señora de él. » Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:—«Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada. » Yo sin responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no huho primeros movimientos que excusar; porque el principio de estos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no vía en ella, me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes, ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle á mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coín (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, solo bien mío, y otros dulces nombres que el amor nos ense-

ñaba; apartándose vuestra hermosura de mí, ¿tenréis alguna vez memoria de este vuestro captivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque á mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerte, me dijo:—Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte; tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada á Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposición suya (que ya deseo), yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi sér lo consentirían; que todo lo demás muchos días há que es tuyo. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y besóle las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol; comencé á sentir su ausencia ásperamente, buscando, falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación

fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

ANTONIO DE VILLEGAS.

Guerras civiles de Granada.

Bien quisiera replicar Reduán, y poder responder á su señora; pero hubo mucho alboroto, porque vieron entrar una galera, que parecía ir navegando con el trinquete. La chusma iba bogando, y parecía dividirse en cuatro cuarteles, vestidos de colores, uno de damasco verde, otro de morado y otro de azul. La palamenta, árboles y entenas iban doradas, la proa hecha de plata con sus barandillas torneadas, muy curiosamente obradas. Traía tres fanales de oro, el espolón era de plata, las velas de brocado blanco con fleco de oro y seda, y muchos gallardetes, flámulas y banderillas de diferentes colores. La divisa de la galera era un selvaje desquijarando un león, divisa antigua de los valientes Abencerrajes. Los marineros y proeles venían vestidos de rico damasco, tejidos y guarniciones de finísimo oro. Las jarcias eran de seda morada.

Traían curiosamente hecho en el espolón un mundo de cristal, y en círculo una faja de oro y unas letras que decían: *Todo es poco;* bravo blasón, y sólo digno del grande Alejandro ó de César, aunque les vino notable daño al linaje de los Abencerrajes, del cual venían treinta caballeros mancebos dentro de la galera con libreas de brocado encarnado y blanco con recamos y tejidos de oro. El capitán era un caballero llamado Abin-Hamete, vestido de trajes muy ri-

cos. Venía arrimado al estanterol, el cual era de oro de martillo. De esta manera entró la bizarra galera en la plaza, y llegando enfrente de los miradores reales, disparó el cañón de la crujía y todas las demás piezas con tal violencia, que parecían estar batiendo los miradores. Acabadas de disparar las piezas, comenzaron cien arcabuceros á escaramucear unos con otros, que parecía ser batalla formal. Al disparar la galera su artillería, respondió con la suya la Alhambra y Torres Bermejas. Era tanta la artillería y arcabucería, que parecía batirse la ciudad; y admirados todos de la brava y costosa invención, decían que no se había hecho tal entrada como aquella...

....En saliendo ellos entró un castillo disparando su artillería, llevando muchas banderas y pendones, y dejándose de adentro sentir una música agradable y deleitosa. En la cumbre de la torre del homenaje estaba el fiero Marte, armado con preciosas armas; un estoque en la mano derecha, y en la izquierda un pendón de brocado verde, con una inscripción formada de letras muy ricas de oro, que contenían el elogio más pomposo de la carrera militar. Los pendoncillos del castillo eran de brocado de diversos colores; los de una parte verdes con flecos y cordones morados, y todos con una misma letra que decía así:

No es muerte la que por ella
Se alcanza gloria crecida,
Sino vida esclarecida.

Los de otra parte eran de damasco azul con flocaduras y cordones de oro fino, teniendo una letra que decía de esta manera:

Cante la fama las glorias
De Granada, pues son tales
Que se hacen inmortales.

En el otro lienzo del hermoso castillo había tremolando otros ocho pendones de brocado encarnado, con cordones y

flocaduras de oro. Eran de muchísimo precio y estima, y muy agradables á la vista, porque adornaban con su hermosura el castillo, y con una letra todos, que decía de esta suerte:

La verdadera nobleza
Está en seguir la virtud:
Si acompaña rectitud,
Gana renombre de alteza.

En el cuarto y último lienzo del castillo había otros ocho pendones de brocado, cordones y flecos de oro, sembrados de medias lunas de plata, que parecían espejos mirándolas de lejos, según relumbraban, y cada uno tenía esta letra:

Toque la famosa trompa,
Y todo silencio rompa,
Publicando la grandeza
De esta nuestra fortaleza
Que sale con tanta pompa.

Si entró la galera suntuosa, no con menos aparato entró el castillo. Ninguno podía entender de qué fuese fabricado, sino que parecía de oro, con muchos labores y follajes, y muchas batallas, y con artificio sonaba dentro mucha música, y muy acordadas dulzainas, ministriles y trompetas bastardas é italianas, que era cosa de oír. Anduvo el castillo hasta ponerse en medio de la plaza, y allí paró. Venían tras de él muchos caballeros vestidos de libreas costosas, los cuales traían del diestro treinta y dos caballos, con muy ricos jaeces y paramentos de brocado de diversos colores, como adelante se dirá. Pues mirando al castillo, vieron que por la parte de los pendones de brocado verde se abrió una grande puerta, y sin aquesta había otras tres ocultas por las partes de los pendones.

Abierta, pues, la primera, salieron por ella ocho caballeros con libreas de brocado verde, con penachos y plumas ver-

des. En saliendo, les dieron ocho poderosos caballos encobertados de brocado verde, los penachos de la testera eran también verdes; y los caballeros sin poner pie en los estribos subieron en los caballos, y luego conocieron ser Zegríes. Llegáronse al mantenedor, y le dijeron: —Mantenedor victorioso, aquí venimos ocho caballeros á probar vuestro valor en el juego de la sortija; ¿sois contento que corramos una lanza cada uno?»—Si ese es vuestro gusto, también lo es el mío, respondió Abenámar, aunque venís contra lo dispuesto por el pregón, por no traer retrato de vuestras damas.» Y diciendo esto, tomó una lanza, y se paseó muy bien; y finalmente, de los ocho Zegríes ganaron los cinco joya, y los tres no; y los gananciosos sirvieron á sus damas con ellas, al són de diversa y mucha música. Luego se fueron á entrar todos ocho Zegríes en el castillo por la puerta por donde habían salido, siendo recibidos con la música, y disparando artillería: luego se abrió la puerta de los pendones azules, y salieron ocho caballeros vestidos de damasco azul, sembrados con estrellas de oro, y los penachos azules, llenos de argentería de oro fino. Fueron conocidos estos ocho caballeros que eran Gomeles. Diéronseles luego caballos encobertados de librea azul, las telas y penachos azules con adorno. Fuéronse los ocho Gomeles á la tienda del mantenedor, y corrieron con él una lanza como los pasados, y de los ocho ganaron joya los tres, y dadas á sus damas, se volvieron al castillo. Entrados estos, salieron otros ocho caballeros por la puerta de los pendones de brocado, y ellos vestidos de la misma librea, y con penachos morados, y les fueron dados caballos cubiertos de lo mismo, é igualmente también corrió cada uno su lanza con el mantenedor, y ganaron los siete joya; y dándolas á sus damas, se volvieron al castillo con la autoridad que los demás. Eran estos bravos caballeros Venegas, y muy estimados en Granada. Por la última puerta de los pendoncillos encarnados salieron ocho caballeros con libreas encarnadas del mismo brocado y con riquísimos penachos encarnados,

cuajados de toda argentería. Los caballos que les dieron estaban encobertados del mismo brocado. Estos caballeros eran Mazas, y cada uno de ellos corrió una lanza, y todos ganaron joya: todos se holgaron de que salieran con ganancia, y en particular el rey, porque estaba muy bien con aquel linaje. Repartidas aquellas joyas á sus damas con gran contento, y al són de la música, y recibiéndolos con la artillería, se entraron en el castillo.

Luego se oyó mucho ruido de músicas diferentes, y parando todas sonaron chirimías, trompetas y cajas, que aprisa tocaron un rebato; y oyéndolo, salieron los treinta y dos caballeros en sus caballos, con lanzas y adargas, y juntos trabaron una vistosa y agradable escaramuza, y siendo acabada, tomaron cañas, y repartidos en cuatro cuadrillas, comenzaron á jugar con mucha destreza; el cual juego siendo acabado, hicieron un caracol extremadamente, y con una carrera en pareja que dió cada cuadrilla, se salieron de la plaza. También se salió el castillo disparando mucha artillería y diferente música, y todos decían, que si la galera había entrado vistosa y costosa, que el castillo no era de menos estima y gusto....

Estando en esto, entró en la plaza un carro triunfante dorado de fino, en las esquinas y cuadrángulos talladas todas las cosas que habían sucedido, desde la fundación de Granada hasta el día presente, y dibujados los reyes y califas que la habían gobernado. Oíase dentro del carro una acordada música de muchos instrumentos. Encima del carro venía una gran nube, puesta con tanto artificio que causaba admiración. Echaba de sí infinidad de truenos y relámpagos, que su braveza ponía espanto á quien lo miraba. Tras esto llovía una menuda grajea de anís con tal concierto, que á todos ponía espanto; toda la plaza anduvo de esta manera, y como fué junto de los reales miradores, con gran sutileza fué abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy reluciente. Estaba puesto por su arte un Mahoma de oro, sentado en

una silla, y en las manos una corona de oro, que la ponía sobre la cabeza del retrato de una mora en extremo hermosa, la cual traía sus cabellos sueltos como hebras de oro; venía vestida de brocado morado, toda la ropa acuchillada, y todos los golpes venían tomados con broches de diamantes y esmeraldas. La dama fué conocida de todos, que era la hermosa Cobayda. A su lado estaba sentado un caballero, vestido de la misma librea de la dama, y plumas moradas y blancas, con argentería de oro, y el remate de ello lo tenía el retrato, que parecía estar preso. El caballero fué conocido que era Malique Alabez, que habiendo sanado de las heridas que le había dado el maestre, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenía de su destreza. El caballo era del maestre, y salió encobertado del mismo brocado, testera y penachos del mismo color. Grande fué el contento que todos recibieron en verle, porque le querían mucho, y mayor el gozo de su señora Cobayda, por ver el artificio y autoridad con que venía su retrato.

Todos esperaban que empezase Alabez las suertes, por la satisfacción que de él tenían, el cual se fué paseando poco á poco delante de su carro, por ser bien visto de todos; y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo, y le dijo:—Caballero, conforme á las condiciones, ¿gustáis de que corramos tres lanzas, que aquí traigo el retrato de mi señora?—Soy contento, respondió Abenámar; y diciendo esto, tomó una lanza, y corrió con tan buen aire, que se llevó la sortija dentro de la lanza. Alabez corrió é hizo lo mismo. En todas las tres lanzas se llevó siempre la sortija. Levantaron vocería, diciendo: «Bravo caballero es Alabez, pues no ha perdido lanza; buena joya merece.» Los jueces habían tratado que pusiesen juntos los retratos de Abenámar y Alabez, pues ambos eran buenos caballeros, y que por su valor se diese á Alabez una buena joya por la sutil y vistosa invención que trajo. Llamáronle, y venido luego, pidió su retrato, y junto con él le dieron una navecilla de oro, con todos sus aderezos,

y él la tomó, y al són de muchos instrumentos, dió la vuelta á la plaza, y en llegando al mirador de la reina, en cuya compañía estaba la hermosa Cobayda, y poniendo la navecilla en la punta de la lanza, y dándosela, la dijo: —Servíos, dama hermosa, de esta nave, que va viento en popa como mi deseo.» Cobayda la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó más su belleza. La reina miró la nave, y dijo: —Por cierto que si navegáis con tan buen piloto como el que la ganó, que os podéis tener por dichosa, aunque merecéis un rey.» Cobayda besó las manos á la reina por tanto favor. Alabez se fué á su carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al són de muchos instrumentos, y puesta, se cerró la nube, comenzando á echar truenos y relámpagos con tal temeridad, que parecía querer la plaza, y con esto se salió de ella. El rey dijo á los caballeros: «Alabez ha llevado el lauro de todas las invenciones, porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás.» Los caballeros respondieron que no se había visto tal sutileza.

GINÉS PÉREZ DE HITA.

Guzmán de Alfarache.

Era yo muchacho, vicioso y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda, (como lo has oído) cebado á torreznos, molletes, mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado más que hijo de mercader de Toledo, ó tanto; hacíaseme de mal dejar mi casa, deudos y amigos, demás que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude excusarlo; alentábame mucho el deseo de ver mundo,

ir á reconocer en Italia mi noble parentela; salí, que no debiera (bien pude decir), tarde y con mal; creyendo hallar copioso remedio, perdí el poco que tenía; sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne; apenas había salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir, dos Nilos reventaron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedó todo de lágrimas bañado; esto y querer anochecer no me dejaban ver cielo ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué á San Lázaro, que está de la ciudad poca distancia, sentéme en la escalera ó gradas por donde suben á aquella devota ermita. Allí hice de nuevo alarde de mi vida y discurso de ella; quisiera volverme, por haber salido mal apercibido, con poco acuerdo y poco dinero para viaje tan largo, que aun para corto no llevaba, y sobre tantas desdichas (que cuando comienzan vienen siempre muchas, y enzarzadas unas de otras como cerezas), era viernes en la noche y algo escura, no había cenado ni merendado; si fuera día de carne, que á la salida de la ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara en alguna pastelería á comprar un pastel con que me entretuviera y enjugara el llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido, y la diferencia que hace del hambriento el harto; todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que asista; todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos á otros se la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía. Víme con ganas de cenar, y sin qué poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba; no supe qué hacer, ni á qué puerta echar; lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba; hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero á los ojos, y lobos á las espaldas; anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entré en la iglesia, hice mi oración breve, pero no sé si devota; no me dieron lugar para más, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la

noche y con ella mis imaginaciones, más no los manantiales y llanto; quedéme con él dormido sobre un poyo del portal, acá fuera; no sé qué lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran el sueño, como lo dió á entender el montañés, que llevando á enterrar á su mujer, iba en piernas, descalzo, y el sayo al revés, lo de dentro afuera.

En aquella tierra están las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; y pasando por la taberna, vió que vendían vino blanco, fingió quererse quedar á otra cosa, y dijo: «Anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo.» Así se entró en la taberna; y de un sorbido en otro, emborrachóse y quedóse dormido. Cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y lo hallaron tendido en el suelo, lo llamaron; él, recordando les dijo: «Mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios no hay así cosa, que tanta sed y sueño poña como sinsaborios.» Así yo, que ya era del sábado el sol salido casi con dos horas cuando vine á saber de mí; no sé si despertara tan presto, si los panderos y bailes de unas mujeres que venían á velar aquel día (con el tañer y cantar) no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, que aun me parecía cosa de sueño; cuando ví que eran veras, dije entre mí: echada está la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolución comencé mi camino; pero no sabía para dónde iba ni en ello había reparado. Tomé por el uno que me fué más hermoso, fuera donde fuera; por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza; donde la razón y el entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro. Los pies me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado.

Quísome paracer á lo que aconteció en la mancha con un médico falso: no sabía letra, ni había nunca estudiado; traía consigo gran cantidad de recetas, á una parte de jarabes, y á otra de purgas; y cuando visitaba algún enfermo (confor-

me al beneficio que le había de hacer), metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena, y así le daba la con que primero encontraba. En sangrías no había cuenta con vena ni cantidad, más de á poco más ó menos, como le salía de la boca, así se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir á mí mismo: Dios te la depare buena, pues no sabía la derrota que llevaba, ni á la parte que caminaba; mas como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos de ellos, por todos le debemos dar gracias; pues son señales que no se olvida de nosotros, á mí me comenzaron á venir y me siguieron sin dar un momento de espacio desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron; mas no eran estos de los que Dios envía sino los que yo me buscaba: hay diferencia de unos á otros, que los venidos de la mano de Dios, él sabe sacarme de ellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una lijera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites, son píldoras doradas, que engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado; son verdes prados llenos de ponzoñosas víboras; piedras (al parecer) de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida.

Este día, cansado de andar solas dos leguas pequeñas (que para mí eran las primeras que había caminado), ya me pareció haber llegado á los antípodas, y como el famoso Colón, descubierto un nuevo mundo; llegué á una venta sudando, polvoroso, despeado, y sobre todo, el molino picado al diente agudo, y al estómago débil: sería mediodía, pedí de comer, dijeron que no había sino sólo huevos, no tan malo si lo fueran, que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ó que la zorra le matase la gallina, se quedaron empo-

llados, y por no perderlo todo, los iba encajando con otros buenos; no lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió le pague Dios la buena obra; vióme muchacho, boquirubio, cariampollado, chapetón, parecíle un Juan de buena alma, y que para mí bastara que quiera. Preguntóme ¿De dónde sois, hijo? Díjele que de Sevilla; llegóseme más y dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¿Y adónde va el bobito? ¡Oh poderoso Señor! y cómo con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez, y con ella todos los males, y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas juntas á los labios! Díjele que iba á la corte, que me diese de comer. Hízome sentar en un banquillo cojo, y encima de un poyo me puso un barredero de horno con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas llena de agua, y una media hogaza más negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplasto de huevos: ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles y la huéspeda, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías; comí como el puerco la bellota, todo á hecho, aunque verdaderamente sentía crujir entre los dientes los tiernecitos huesos de los sin ventura pollos, que era hacerme como cosquillas en las encías. Bien es verdad, que se me hizo novedad y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos que solía comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y el cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor ni calidad; yo estaba de manera que aquellos tuve por buena suerte.

MATEO ALEMÁN.

La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias que pasa el hombre en esta vida.

(Tratado de la Tribulación.)

Hablando, pues, de las tribulaciones y penas de esta vida presente, ¿quién podrá contar el número, la variedad y la terribilidad de ellas? El Espíritu Santo dijo en el *Eclesiástico* estas palabras: Grande ocupación se crió en todos los hombres, y un yugo muy pesado tienen sobre sí todos los hijos de Adán desde el día que salieron del vientre de sus madres hasta el día que fueron sepultados y depositados en el regazo de la tierra, que es madre de todos. Los pensamientos de ellos y los temores de su corazón, las invenciones y acaecimientos que no pensaban, y los días de sus acabamientos, desde los presidentes que están asentados en su trono, hasta el pobrecito que está postrado y tendido en el suelo y en la ceniza; desde el que anda cargado de joyas y de jacintos y trae corona en la cabeza, hasta el que va vestido de lino crudo y cubre sus carnes de cáñamo. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades combaten y afligen al hombre, cuán agudos son los dolores, cuán terribles los tormentos, cuán varias y cuán mal entendidas de los médicos son las dolencias que cada día se descubren de nuevo, cuán penosos son sus remedios, y muchas veces más tristes que las mismas dolencias? ¿Qué diré de la hambre y de la sed, y de los manjares amargos y desabridos? ¿Qué de los malos y pestilentes olores? ¿Qué de las palabras injuriosas y malas nuevas que oye? ¿Qué de los que ve y no querría ver, no viendo lo que querría? ¿Qué de las pasiones turbulentas y olas tempestuosas que anegan el corazón? El amor ciego, el odio cruel, la alegría loca, la tristeza sin fundamento, el temor vano, las esperanzas engañosas, la ira furiosa, los antojos desvariados, los deseos insaciables y sin fin, los castillos en el aire, las trazas desbaratadas

de subir y crecer, la memoria de lo que nos queríamos olvidar, y el olvido de lo que nos queríamos acordar. Y en los casados, las sospechas falsas, los celos y disgustos, la ansia de tener hijos si no los hay, y si los hay, el trabajo de criarlos, el temor de perderlos, el dolor cuando se pierden, si son buenos, y las continuas lágrimas, gemidos y sobresaltos cuando no lo son. ¿Cuántas mujeres en los partos compran con sus muertes las vidas que dan á sus hijos? ¿Cuántos millares de hombres se traga cada día la mar? ¿Cuántos consumen las guerras? ¿Cuántos las pestilencias, los rayos, los temblores de la tierra, las caídas de casas, las crecientes de los ríos, las picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Y aun sola la vista de algunas mata y acaba. Hombre ha habido que murió reventando serpientes por todas las partes de su cuerpo. Y no solamente las bestias fieras y ponzoñosas le persiguen, sino las pequeñas y flacas asimismo le enojan, y hasta los mosquitos le desasosiegan y quitan el sueño y no le dejan reposar; de manera que parece que todas las cosas que crió Dios para servicio del hombre se conjuran contra el hombre, y son tanto para su daño como para su servicio. Y no se escapa de esta miseria y calamidad el grande ni el pequeño, el rico ni el pobre; porque, como dice el Sabio, desde el que está sentado en la silla real y trae corona en la cabeza, hasta el desnudo y desastrado, están sujetos á esta miseria. Y dado que todas ellas le fatigan y persiguen, lo peor de todo es, que el mismo hombre, que debería ser el amparo y remedio de otro hombre, le es verdugo y cuchillo, y le hace guerra más cruel que todas las otras criaturas. ¿Cuántos agravios, calumnias, robos, injurias, afrentas, heridas y muertes, padecen cada día unos hombres de otros hombres? La tierra, la mar, los caminos, las plazas públicas están llenas de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos, y como si faltasen instrumentos para quitar al hombre la vida, se inventan con ingeniosa crueldad nuevos modos y nuevos instrumentos para acabarle, y para que, cuando el aire y el cielo le perdonaren, le persigan los compañeros de su misma naturaleza.

Y ha llegado nuestra miseria á tanto extremo, que no sola mente lo hacen los extraños y apartados, sino los muy deudos y conjuntos ponen las manos en su sangre, y el hermano quita la vida al hermano, la mujer al marido, el marido á la mujer, el padre al hijo, y el hijo al padre. Un filósofo, llamado Dicearco, dice Cicerón que escribió un libro en que cuenta las causas de mortandades que hasta su tiempo había habido en el mundo; y despues de haber declarado la infinidad de gentes que habían perecido de hambre, de pestilencias, de avenidas de ríos, de tormentas de la mar, de diluvios, de incendios, de concurso de bestias fieras que asolaron y destruyeron pueblos y provincias enteras, y otros acaecimientos semejantes, concluye que mucho mayor número de hombres ha muerto por mano é industria de otros hombres, que por todas las otras calamidades juntas que ha habido en el mundo.... La tempestad da señales antes que se levante, los edificios estallan antes que caigan, el humo va delante del incendio; pero el mal que nos viene del hombre viene de repente y nos toma descuidados, y tanto más se encubre cuanto está más cerca. Engáñaste, te dice, si crees al semblante de los que te topan y te saludan, los cuales tienen la figura de hombres y el corazón de fieras. . .

Y el hombre es el mayor enemigo de sí mismo y el que más cruel guerra se hace, y se carga de balde de cuidados impertinentes y de cargas insufribles, y así lo dijo el mismo Job: « Señor, vos me habéis hecho vuestro contrario, y por esto soy odioso y pesado á mí mismo». Y es esto de manera, que algunos, de aborridos, se matan, pensando que con la muerte acabarían las miserias y molestias de la vida, para que no nos espantemos que los otros, por más conjuntos y allegados en sangre que sean, no perdonen al hombre, pues él no perdona á sí mismo. Pues si el cielo, la tierrra, y la mar, y el aire, y el fuego, y todos los elementos se arman contra el hombre; si todas las criaturas se conjuran y apellidan contra él; si el ángel malo y el ángel bueno son ministros de Dios para afli-

girle, y el mismo Dios se le muestra contrario, y el hombre es verdugo de otro hombre, y muchas veces de sí mismo, ¿cuántas y cuán graves serán las tribulaciones y penas que necesariamente ha de padecer, pues son tantos y tan poderosos los que se las procuran, y él tan flaco y miserable para poderlas resistir?

PEDRO DE RIVADENEIRA.

SIGLO XVII

Discurso de Don Quijote sobre la edad de oro

(Don Quijote de la Mancha, parte I, cap, XI.)

DICHOSA edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles, formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sus-

tentadas, nó más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. ¡Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra! Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas, de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su preservación nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo

su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta Orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero; que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

MIGUEL DE CERVANTES.

Aventura de los carneros.

(Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XVIII.)

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban venia hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo que hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es causada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte

contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle:—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?—¿Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, lo conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. — Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma; y se vuelve á la suya.—Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero.—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho, pero ¿dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no

creo que está en uso hasta ahora—Así es verdad, dijo Don Quijote; lo que puedes hacer de él es dejarle á sus aventuras, ora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarve; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es

un caballero novel, de nación franoés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte.*

Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: Este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los medos; los partos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa

en sí contiene y encierra. ¡Valame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo:—Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos yo no los veo: quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. —¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote, ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros. Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir. Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo: Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas,

y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo á todas partes, decía: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:—¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á cometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?—Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo

que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: subé en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. . .

MIGUEL DE CERVANTES.

Discurso de las armas y las letras.

(Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XXXVII.)

«Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento,

en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja más: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar; hablo de las humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: *Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;* y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.» De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes como todos los más

eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso, no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algún ajeno braserò ó chimenea, que si no caliente, á lo menos entibie sù frío; y en fin, la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré...

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado. Y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su

vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lléguese un día de batalla; que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y bueno, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, y una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vénse raras veces. Porque decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesión, y á estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la ra-

zón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios, y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra, estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente entre las le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede amagar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algún rebellín ó caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece no pequeño peligro, veamos si le iguala ó

hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario; y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos! Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de

la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.»

MIGUEL DE CERVANTES.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

(Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XLV.)

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porfían que esta no es bacía, sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quizo esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: Señor Barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más há de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni más ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo, y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo

no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira; también digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas, y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendía á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, ¿que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece esta que puede poner en admiración á toda una Universidad por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en éste castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario; en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, sólo lo dejo al bien parecer

de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la definición de este caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban, les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros que acaso habían llegado á la venta, que tenían parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le había vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le había de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocían, dijo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero

allá van leyes... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decía el barbero, que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazón dijo: Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podría ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dijere, debe de estar hecho uva. Mentís como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido; el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese. El barbero viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quijote puso mano á su espada, y arremetió á los cuadrilleros; Don Luis daba voces á

sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio y á don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero; Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le defendía; don Fernando tenía debajo de sus pies á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á esforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre; y en la mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote, que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legión de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos; venga, pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz, porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendían el frasis de Don Quijote, y se veían malparados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque en la

pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda Sancho á la más mínima voz de su amo obedeció como buen criado; los cuatro criados de D. Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta; finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de Don Quijote.

MIGUEL DE CERVANTES.

Consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula.

(Don Quijote de la Mancha, parte II, capítulo XLII.)

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que, antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura.

Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, y contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer di-

ligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo ¡oh Sancho! para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás á la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón á creer lo que te he dicho, está ¡oh hijo! atento á este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho; pero fué cuando muchacho; porque después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme á mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables

son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por mira á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no lo deseches ni lo afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tú capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiese hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no car-

gues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y pónlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será á costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu corazon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, á nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres; títulos tendrán ellos y tus nietos; vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.

MIGUEL DE CERVANTES.

Sancho en la ínsula Barataria.

(Don Quijote de la Mancha, parte II, capítulo XLVII.)

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante, echó la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro, que hacía el oficio de maestresala, le llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral.

A lo cual respondió el de la vara: No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, á de-

jarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—De esa manera, aquel plato de perdices, que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió: Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.

— Pues ¿por qué? dijo Sancho.

Y el médico respondió: Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.* Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices, malísima.

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho, y cuál menos daño, y déjeme comer de él, sin que me le apalee, porque, por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor Gobernador, respondió el médico, y así, es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar; pero no hay para qué.

Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, y por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento

que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado.

A lo que él respondió: Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: Pues señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula!... á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república;

y dénme de comer, ó si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

MIGUEL DE CERVANTES.

La Gitanilla.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo: Esta muchacha, que es la flor, y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias; mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas, ni con las doncellas; nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad; ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos; entre nosotros, anque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte; con este temor y miedo, ellas procuran ser castas,

nosotros, cómo ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte; entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años: con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos; los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los ríos peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas; para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, música los truenos, y hachas los relámpagos; para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirven de arnés impenetrable que nos defiende; á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes; á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros; del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores; para nosotros se crían las bestias de carga en los campos y se cortan las faltriqueras en las ciudades; no hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algún interés nos señalen; y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, y por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda; no nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición del acrecentarla; ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores; por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y

movibles ranchos; por cuadros y paises de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que á cada paso á los ojos se nos muestran; somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche: vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) *y rizando montes:* ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia; en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: iglesia, ó mar, casa real, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos; todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida á que habéis venido, y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas é infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

MIGUEL DE CERVANTES.

Plática que el Rey de Tidore, cabeza de la liga contra las armas europeas, hizo á los príncipes vecinos confederados.

(Conquista de las Molucas.)

No puedo sin tiernas lágrimas hablar de la causa que nos obligó á esta concordia, porque la alegría del suceso ya co-

mo presente hace los efectos que pudiera si nos viéramos victoriosos. Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo español, castigando con riesgo de nuestra ruina general unos hombres, á quien no obligaron nuestros beneficios ni enmendaron nuestras amenazas: los ladrones del orbe, que le tienen usurpado cubriendo su co licia con títulos magníficos y piadosos. En vano habemos probado siempre aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, el español se muestra avaro; si pobres, ambicioso. Sola esta nación es la que con igual deseo codició las riquezas y las miserias ajenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio: y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece que tienen introducida en ellas la paz. Nosotros nos hallamos poseedores de las mas fértiles islas de Asia, sólo para que con los frutos de ellas compremos servidumbre y vasallaje infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos de la ambición de tiranos advenedizos. Experiencia tenemos de cuán odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes cristianos; los cuales, por esto mismo, no debemos esperar ni más modestos ni menos enemigos. Tened, pues, en memoria, así los reyes como los súbditos, así los que os prometéis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni esta sin guerra, ni la guerra sin bríos y sin conformidad. Las fuerzas de los españoles han crecido, y en ellas estriba su gloria. Luego de descubierto una vez el misterio y causa de su tiranía, ¿quién no se dispone á probar la última fortuna por conseguir el último de los bienes humanos, la libertad?

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

El tirano Catabruno y el Sangaje don Juan.

(Conquista de las Molucas.)

Catabruno entró en la ciudad de Momoya sin resistencia, y ejercitó sus crueldades porque los miserables vecinos no la quisieron desamparar. Y muchos recien cristianos retrocedieron por miedo ó por tormentos. Apoderado de la ciudad, puso cerco á la fortaleza dándole grandes asaltos, á los cuales resistió Don Juan defendiéndose valerosamente; y saliendo algunas veces á provocar al tirano, volvía con victoria. Pero no obró en los suyos el ejemplo lo que suele en pechos generosos, y sintió este Príncipe la falta de ánimo con que los más estaban.

Receló que por aquel temor servil habían de terminar á tanta mengua, que lo entregarían á su enemigo: y como valeroso, puso luego la atención en prevenir la salud del alma. Sabía él que Catabruno se preciaba de celoso de la ley de Mahoma, y á este título prometía y daba la vida á los cristianos que apostatasen, y la quitaba á los que estaban firmes y constantes. Temió que su mujer é hijos, como flacos, desfallecerían en la confesión de la fe, y envestido de este espíritu, metiendo mano á su alfanje, arremetió para ellos, y llorando no cobardes lágrimas, los mató uno á uno, diciéndoles primero la causa de este hecho; y cómo aunque juzgado con afectos humanos era inhumano, pero en consideración de la seguridad para las almas, traía consigo piadosa magnanimidad (opinión engañada), y que antes le debían agradecer lo que por ellos hacía. Quiso últimamente con el mismo error matarse á sí mismo; pero estorbáronselo sus mismos domésticos y criados, los cuales, para alcanzar perdón y paz del tirano, le entregaron la persona del aquel príncipe ya cristiano, pero mal aconsejado de sí mismo.

Traído al poder de Catabruno y á su presencia, y sa-

biendo la crueldad con que había sido homicida de sus hijos y mujer, le preguntó que ¿por qué se determinó á tan inhumana y bárbara ejecución. Don Juan con grande seguridad y entereza le respondió: « En aquel tiempo, y en mi consejo interior, más atendí á la salud de las almas que á la restauración de las vidas. Recelé de la flaqueza del sexo, de la edad, de tus tormentos, y no quise poner en duda su perseverancia en la verdadera fe. Son las almas inmortales, y no les quité yo á mis hijos cosa que les haga falta y que el tiempo ó tu cuchillo no se la quitara; y aun á éste todos le quedáramos agradecidos como á instrumento de la voluntad divina. Pero mucho más temí tu perdón y blandura, con que hubieras pervertido los espíritus á los halagos de que se satisface la frágil mortalidad. Yo como constante, expuesto á toda tu furia, no sólo no temo los efectos de tus ruegos; antes te reconoceré por ministro de Dios. Y si á él pluguiese que me quitases la vida, mayor bien recibiría de tu cuchillo que de tu gracia.»

Catabruno, furioso de oír tan libre respuesta, mandó que le matasen; pero los mismos amigos del tirano, que amaban al Sangaje D. Juan, le sacaron de la pieza y trataron de su restitución y libertad. Á sus ruegos se alcanzó de Catabruno, y vivió muchos años en su señorío con perseverancia cristiana, reconociendo el celo indiscreto con que por su misma espada se privó de sus hijos y mujer. Ánimo verdaderamente digno de haber nacido en medio de Europa, y no en la última barbarie; y excelente, si alcanzára disciplina más atinada que pusiera en razón aquella fiereza, contra toda ley natural y divina, que juzga por piedad la ejecución de tan horribles homicidios.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

El escudero Marcos de Obregón.

El día siguiente vino el mozuelo más temprano de lo que solía, puesto un cuello al uso, como hombre que se veía favorecido de tan gallarda mujer. Sucedió que dentro de tres ó cuatro días vinieron á llamar al doctor Sangredo, su marido y mi amo, para ir á curar á un caballero extranjero que estaba enfermo en Caramanchel, ofreciéndole mucho interés por la cura; de que él recibió mucho contento por el provecho, y ellos mucho más por el gusto. Cogió su mula y lacayo y un braco que siempre le acompañaba, y á las cuatro de la tarde dió con su persona en Caramanchel. Ella, visto la buena ocasión, hízome aderezar de cenar lo mejor que fué posible, regalándome con palabras y prometiéndome obras, no entendiendo que yo le estorbaría la ejecución de su mal intento; vino el mozuelo al anochecer, y comenzando á cantar como solía, ella le dijo que no era lícito ni parecía bien á la vecindad, estando su marido ausente, cantar á la puerta; y así, mandó que entrase más adentro. Mandó sentar al mozuelo á la mesa, deseando que la cena fuese breve porque la noche fuese larga; pero apenas se comenzó la cena, cuando entró el braco haciendo mil fiestas á su ama con las narices y la cola. El doctor viene, dijo ella, desdichada de mí; ¿qué haremos, que no puede llegar lejos, pues ha llegado el perro? Yo cogí al mozuelo y púsele en un rincón de la sala, cubriéndolo con una tabla que había de ser estante para los libros, de suerte que no se podía parecer, cuando entró el doctor por la puerta diciendo: ¿Hay bellaquería semejante? ¿Que envíen á llamar á un hombre como yo, y por otra parte llamen á otro médico? Vive Dios, si en años atrás me cogieran que no se habían de burlar conmigo. ¿Pues de eso tenéis pena, dijo ella, marido mío? ¿No vale más dormir en vuestra cama y en vuestra quietud que desvelaros en velar un enfermo? ¿Qué hijos tenéis que os pidan pan? Vengáis muy en hora buena, que

aunque pensé tener diferente noche, con todo eso, me dió el espíritu que había de suceder esto; y así, os tuve, por sí ó por no, aderezada la cena. ¡Hay tal mujer en el mundo! dijo el doctor; ya me habéis quitado todo el enojo que traía. Váyanse con el diablo ellos y sus dineros; que más aprecio veros contenta que cuanto interés hay en la tierra. ¡Cuántos engaños, dije yo entre mí, hay de estos en el mundo, y cuántas á fuerza de artificio y bondad fingida se hacen cabezas de sus casas, que merecen tenerlas quitadas de los hombros! Apeóse de la rucia el doctor, y el lacayo púsola en razón, y fuése á su posada con su mujer; que le daban ración y quitación. Sentóse el doctor á cenar muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su mujer. El diablo del braco, por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato, no hacía sino oler la tabla que encubría al mozuelo, rascando y oliendo, de manera que el doctor lo echó de ver, y preguntó qué había detras de la tabla. Yo de presto respondí: Creo que está allí un cuarto de carne. Tornó el braco á gruñir y aun ladrar algo más alto: mi amo lo miró con más cuidado que hasta allí; yo eché de ver el daño que había de suceder si no se remediaba, y conociendo la condición del doctor, di en una buena advertencia, que fué decir que iba por unas aceitunas sevillanas (de que eran muy amigos), y estúveme al pie de la escalerilla esperando su determinación; el braco no dejaba de rascar y ladrar, tanto, que mi amo dijo que quería ver por qué perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo púseme en la puerta, y comencé y á dar voces diciendo: Señor que me quitan la capa, señor doctor Sangredo, que me capean ladrones: él con su acostumbrada cólera y natural presteza, se levantó corriendo, y de camino arrebató una espada, poniéndose de dos saltos en la puerta y preguntando por los ladrones; yo le respondí que como oyeron nombrar al doctor Sangredo, echaron á huir por la calle arriba como un rayo. Él fué luego en seguimiento suyo, y ella echó al mozuelo de casa sin capa y sin sombrero, poniendo el cuarto de carne detrás de la tabla, como yo le

había dado la advertencia. Hasta aquí bien había caminado el negocio; mas el mozuelo iba tan turbado, lleno de miedo y temblor, que no pudo llegar á la puerta de la calle tan presto, que no topase mi amo con él á la vuelta. Aquí fué menester valernos de la presteza en remediar este segundo daño, que tenía más evidencia que el primero; y así, antes que él preguntase cosa, le dije: También han capeado y querido matar á este pobre mocito, y por eso se coló aquí dentro huyendo, que de temor no osa ir á su casa; mire vuesa merced qué lástima tan grande; y como es muy de coléricos la piedad, túvola mi amo del mozuelo, y dijo: No tengáis miedo, que en casa del doctor Sangredo estáis, donde nadie os osará ofender. ¿Ofender? dije yo, en oyendo nombrar al doctor Sangredo les nacieron alas en los pies. Yo os aseguro, dijo el doctor, si los alcanzara, que os había de vengar á vos y á mi escudero, de manera que para siempre no capearan más. Mi ama, que estaba hasta allí turbada y temblando en el corredor, como vió tan presto reparado el daño y vuelta en piedad la que había de ser sangrienta cólera, ayudó á la compasión del marido de muy buena gana, diciendo: ¿Hay lástima como esta? No dejéis ir á ese pobre mozo; bástanle los tragos en que se ha visto, no le maten esos ladrones. No le dejaré, dijo el doctor, hasta que le acompañe. ¿Y cómo sucedió esto, gentilhombre? Iba, señor, respondió el mozo, á hacer una sangría por Juan de Vergara, mi amo, á cierta señora, del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este ángel de los pies aguileños, sucedió lo que vuesa merced ha visto. Que no faltará ocasión para hacella, dijo la señora; sosiéguese ahora, hermano, que en casa del doctor Sangredo está. Subíos acá, dijo el doctor, que en cenando yo os llevaré á vuestra casa. El braco, aunque salió á los ladrones imaginados, no por el ruido dejó de tornar á la tema de su tabla, y si antes la había rascado por el mozuelo, entonces lo hacía por la tentación de sus narices contra la carne. Mi amo, como vió perseverar al braco, fué á la tabla, y halló el cuarto de

carne detrás de la tabla; con que se sosegó, loando mucho el aliento de su perro. Ella, aunque se había librado de estos trances, todavía durando en su intento, me dió á entender que no dejase ir al mozuelo, que era lo que yo más aborrecía. Cenaron, y el que primero había sido cabecera de mesa, después comió en la mano como gavilán, y no como galán en la mesa; que la fuerza puede más que el gusto. En cenando quiso el doctor llevarle á su casa, y aunque yo le ayudé, mi ama dijo que no quería que fuese á ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente habiendo de pasar por el pasadizo de San Andrés, donde suele haber tantos capeadores retraídos; y aunque esto, dijo, para vuestro ánimo es poco, será para mí de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podría sucederme algún accidente ó susto que pusiese mi vida en cuidado; que el mocito podrá dormir con el escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse á su casa. Alto, dijo el doctor, pues vos gustáis de eso, sea en hora buena; yo me quiero acostar que estoy un poco cansado. Fuéronse á la cama juntos (que siempre llevaba la mujer por delante), aunque como ella vivía con diferentes pensamientos, no dió lugar al sueño hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña, que desde mi cama á la suya no había cuatro pasos, y cualquiera movimiento que se hacía en la una se sentía en la otra; y así, no le pareció bien lo que por aquí podría intentar. La mula era de manera inquieta, que en viéndose suelta alborotaba toda la vecindad antes que pudiesen cogella. Parecióle á la señora doña Mergelina que desatándola podría volver á la cama antes que su marido despertase para ir á ponella en razón, y en el espacio que se había de gastar en cogella y traballa le tendría ella para destrabar su persona. Y como las mujeres son fáciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantóse paso á paso de la cama, y yendo á la caballeriza desató la mula, entendiendo que pudiera volver á la cama antes que

la mula hiciese ruido y el marido despertase; con que tendría lugar para ejecutar su intento. Pero parece que la mula y él se concertaron; la mula en salir presto de la caballeriza haciendo ruido con los pies, y él en sentillo tan presto, que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo la mula y á quien se la había vendido; y si no se entrara la mujer en la caballeriza, topara con ella el marido. El cogió una muy gentil vara de membrillo, y pególe á la mula, que huyendo á su estrecha caballeriza, apenas cupiera, por la huéspeda que halló dentro. Ella no tuvo donde encubrirse por la estrecheza, sino con la misma mula, de suerte que alcanzó, como la vara era cimbreña, gran parte de los muchos varazos que le dió con los tercios postreros en aquellas blancas y regaladas carnes. Yo estaba en la escalera como si aguardara el verdugo que me echara de ella, turbado y sin consejo, porque veía lo que pasaba sin poder remediallo. El braco, sintiendo ruido y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó á darle buenos mordiscones al mozuelo y á ladralle, de suerte que la mujer en manos del marido y el mozuelo en los dientes del braco, pagaron lo que aun no habían cometido. Yo, viendo la ejecución de su cólera, sin saber lo que hacía, le dije: Mire vuesa merced lo que hace; que cuantos palos da en la mula los da en el rostro de mi señora, que la quiere de manera, por andar vuesa merced en ella, que no consiente que la toque el sol. Agradeced, señora mula, lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. ¿Hay con que trabar esta mula? Yo respondí: En ese corralillo hallará vuesa merced una soguilla; que yo estoy con un dolorcillo de ijada, y no me atrevo á salir; así como fué por ella, púseme á la puerta haciendo pala á la señora, y subióse á su cama callando, aunque lastimada. Yo, como siempre procuré que no llegase la ofensa á ejecución, aunque no iba con mucho gusto para ello, en saliendo el doctor le tomé la soguilla y enviélo á la cama. Trabé la mula y subíme á reposar á la mía, donde hallé al mozuelo quejándose del braco, y á ella en la suya

llorando tiernamente; y preguntándole el marido la causa, respondió muy enojada: Vuestras cóleras y arrebatamientos, que, como tan de repente os alborotastes y yo estaba en lo mejor del sueño, sobresaltada y despavorida caí detrás de la cama y di con el rostro en mil baratijas que estaban aquí, con que me he lastimado muy bien. Sosególa el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien, porque las mujeres honradas cuando tropiezan y no caen en el yerro, caen en la cuenta, que, habiendo de ser muy estrecha, es de perdones; y como vió que á tres va la vencida, y ella lo quedó saliendo mal de ellas, no quiso probar la cuarta. Mi mozuelo con los peligros y los dientes del braco se le quitó el poco amor y desvanecimiento como con la mano.

VICENTE ESPINEL.

Expedición de los catalanes y aragoneses, contra turcos y griegos.

Mi intento es escribir la memorable expedición y jornada que los catalanes y aragoneses hicieron á las provincias de Levante cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimación. Llamados por Andrónico Paleólogo, emperador de griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa; favorecidos y estimados, en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido, y temió su perdición y ruina; pero después que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre de ellos, maltratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara, de que nació la obligación natural de mirar por su defensa y conservación, y la causa de volver

sus fuerzas invencibles contra los mismos griegos y su príncipe Andrónico, las cuales fueron tan formidables, que causaron temor y asombro á los mayores príncipes del Asia y Europa, perdición y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiración á todo el mundo.

Obra será esta, aunque pequeña por el descuido de los antiguos, largos en hazañas y cortos en escribirlas, llena de varios y extraños casos; de guerras continuas, en regiones remotas y apartadas, con varios pueblos y gentes belicosas; de sangrientas batallas y victorias no esperadas; de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y decididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones, y después instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas; vencidos los turcos en el primer aumento de su grandeza otomana, desposeídos de grandes y ricas provincias del Asia Menor, y á viva fuerza y rigor de nuestras espadas encerrados en lo más áspero y desierto de los montes de Armenia; después, vueltas las armas contra los griegos, en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimación y afrenta de su nombre; ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades; desbaratados y rotos poderosos ejércitos; vencidos y muertos en campo reyes y príncipes; grandes provincias destruídas y desiertas; muertos, cautivos ó desterrados sus moradores; venganzas merecidas más que lícitas; Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas, á pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente, y últimamente, muerto á sus manos el duque de Atenas con toda la nobleza de sus vasallos, y á pesar de los socorros de franceses y griegos, ocupado su Estado, y en él fundado un nuevo señorío.

En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias y sediciones; pestilencia común, no sólo de un ejército colecticio y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como

vencieron los catalanes á sus enemigos, vencieran su ambición y codicia, no excediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos, dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente, y viera Palestina y Jerusalén segunda vez las banderas cruzadas. Porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió. Pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su propio castigo. Con la soberbia de los buenos sucesos, desvanecidos con su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno; divididos á matarse; con que se encendió una guerra civil tan terrible y cruel, que causó sin comparación mayores daños y muertes que las que tuvieron con los extraños.

FRANCISCO DE MONCADA.

Gran victoria de los catalanes y aragoneses contra los turcos.

(Expedición, etc., libro I, cap. XVII.)

Poco antes que llegasen á las faldas del monte Tauro que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no los aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocía la campaña, descubrió

el ejército enemigo, que aguardaba al nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos, y los turcos, viéndose descubiertos y que su traza había salido vana y sin fruto, se resolvieron luego á salir á lo llano, y acometer á los nuestros, que venían algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Había en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte de ellos eran de los que habían escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo, y la infantería por el derecho, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería á la del enemigo, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería y Marulli, hizo lo mismo, habiendo primero los almugavares hecho su señal acostumbrada en los encuentros más arduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: *Despierta, hierro;* y fué cosa notable lo que hicieron aquel día, que antes de vencer se daban unos á otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendía la vida y libertad de entrambas partes de la victoria de aquel día. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco plátiços en la tierra y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, ó, lo que se tuviera por peor, quedaran cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los turcos tenían también igual peligro, porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndolos rotos y vencidos, los acabaran sin duda satisfaciendo en ellos una justa venganza. En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la victoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor, porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragón, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor, y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una

y otra parte se había llegado á los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenían tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó á inclinar la victoria por nuestra parte. Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles; que aquel día en los turcos todo fué desesperación, ofreciéndose á la muerte con tanta determinación y gallardía, que no se conoció en alguno de ellos muestras de quererse rendir, ó fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, ó porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debían; y cuando desfallecían, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo.

Los nuestros, no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, les siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la victoria: grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que afirma Montaner que llegaron á número de seis mil caballos y doce mil infantes, y aquel día se hicieron tantos y tan señalados hechos en armas, que apenas se pudieron ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecerían perpetua memoria.

Quedó con tanto brío nuestra gente después de esta victoria, y tan perdido el miedo á las mayores dificultades, que pedían á voces que pasasen los montes y entrasen en la Armenia, porque querían llegar hasta los últimos fines del imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinación tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

FRANCISCO DE MONCADA.

La casa de locos.

(El Diablo cojuelo, tranco III.)

Con esto salieron del soñado, (al parecer) edificio, y enfrente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas, zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida. Y preguntó don Cleofas á su amigo, qué casa era aquella, que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento. Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que há poco se instituyó en la corte entre unas obras pías que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habían parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguán, donde estaban algunos de los comvalecientes, pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. Á la puerta de una de ellas, estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se había sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquel es un loco arbistrista, que ha dado en decir que ha de hacer la reducción de los cuartos, y ha escrito sobre eso más hojas de papel, que tuvo el pleito de don Álvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos más perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel

retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En osotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramático que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzón blanco, le han traído porque siendo cochero, que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pie. Esotro que está en esotro de más arriba con un halcón en la mano, es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería, y no le ha quedado más que aquel halcón en las manos, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer, se puso á servir. Allí está un bailarín, que se ha quedado sin son bailando en seco. Más adelante está un historiador, que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres décadas de Tito Livio. Más adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que había de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado, que se desvaneció en pretender plaza de ropa, y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cociendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero, y no comiendo más que un pastel de á cuatro, ni cenando más que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula, es un músico sinzonte que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en está cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesión. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando sienpre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la ca-

beza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas; y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo enfrente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado que se volvió loco con la condición de su mujer. Entonces don Cleofas le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo: Quiero tomar tu consejo, porque pues los demonios enloquecen, no hay que fiar de sí nadie. Desde vuestra primera soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estáis, que el infierno es casa de todos los locos más furiosos del mundo.

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA.

Vida de Marco Bruto.

(Discurso XV.)

Era Marco Bruto varón severo, y tal, que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con las palabras. Tenía el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversación, por no ser desapacible, ni la buscaba, por no ser entremetido. En su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos; era alegre sólo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué

robusta y sufrida, lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras é inducidas de Casio y de sus amigos, que, poniendo nombre de celo á su venganza, se la presentaron decente y se la persuadieron por leal.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Marco Bruto al senado romano.

(Vida de Marco Bruto, discurso XXVI.)

Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabedoras de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso antes tomarlos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no le he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, la obediencia á los pa-

dres. Pompeyo dió la muerte á mi padre, y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en la defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traeros estos dos sucesos á la memoria, para que veáis que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha; vivió César por vuestra ruina; matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgáis por delito, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis, y yo en vuestro poder; quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasión las heridas de César, recorred todos vuestras parentelas, y veréis cómo por él habéis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres, habéis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto, que no pude estorbar, y procuré defender, he castigado. Si me hacéis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdonéis; si premio, yo os le perdono.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Las zahurdas de Plutón.

Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la

vista (muda recreación y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas, y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si á competencia suya ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto. Tendí los ojos codicioso de ver algún camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiración) dos sendas que nacían de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra como que huyesen de acompañarse.

Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: « Déjese de caballerías, y caiga de su asno. » Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no había señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás.

Pregunté, espantado de esto, á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso había ventas en aquel camino, ó mesones en los paraderos. Respondióme: « ¡Venta aquí, señor, ni mesón! ¿Cómo queréis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo de ella es una jornada sola y breve desde él á la pena ó á la gloria ». Diciendo esto se levantó y dijo: « Quedaos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho. » Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecía que los ojos

con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los pies y hacer tratables los abrojos. «¡Pesia á tal, dije yo entre mí, pues tras sèr el camido tan trabajoso, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno!» Di un paso atrás y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar ni que descansar.

Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir: «Díme con quién andas y diréte quién eres,» por ir con buena compañía puse el pie en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres, iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, á cada paso, y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estuba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra de ellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallón de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino, el ver, no sólo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caían, que no se podían tener; y entre ellos fué de ver el cruel resbalón que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habían derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los pies, y dieron en nuestra senda

unos sobre otros. Íbamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla de ellos, llamábamosles heces del mundo y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, de ellos desvanecidos de las muchas voces, y de ellos persuadidos de las razones y corridos de las vayas, caían y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancías del cielo, es noviciado del infierno.

Había muchas mujeres tras estos, besándoles las ropas; que en besar algunas son peores que Judas, porque aquel besó (aunque con ánimo traidor) la cara del Justo, Hijo de Dios y Dios verdadero; y ellas besan los vestidos de otros tan malos como Judas. Atribúyolo, más que á devoción (á algunas), á golosina en el besar... Otras se encomiendan á ellos en sus oraciones, que es como encomendarse al diablo por tercera persona.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Epístolas del caballero de la Tenaza.

II.—Díceme Vmd. que me quiere tanto, que querría que no tuviese pesadumbre. Señora mía, déjeme tener Vmd., y sea lo que fuere; que aun no querría que me quitase pesadumbres. Y persuádase Vmd. que á mí y al Rey nos ha dado Dios dos ángeles de guarda, á él para que acierte, y á mí para que no dé. Dios dé á Vmd. salud y vida.

III.—Cuanto más me pide Vmd. más me enamora y menos la doy. Miren dónde fué á hallar qué pedir, ¡pasteles hechizos! Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á Vmd. hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. Vmd. muerda de otro enamorado; que para mí, peor es verme comido de mujeres que de gusanos; porque Vmd. come los vivos, y ellos los muertos. Adiós hija. Hoy día de ayuno. De ninguna parte, porque los que no envían no están en ninguna parte, sólo están en su juicio.

VI.—Escríbeme Vmd. que le envíe de merendar, y que guarde secreto: yo le guardaré de manera que ni salga de mi boca, ni entre en la de Vmd. ¡Pesia tal! ¿No basta haberme comido y cenado, sino quererme merendar? Ayune Vmd. un día á sus servidores, si es servida. Dos meses, tres días, y seis horas há que Vmd. y dos viejas, tres amigas, un paje, y su hermana me pacen de día y de noche, de que estoy desvaído y seco. Déjenme Vmds., si son servidas y saque yo libre siquiera mi cuerpo, y comeránme á medias Vmd. y la sepultura: que estaré en el purgatorio y aun no seguro. De casa: entiéndalo Vmd. por fecha, y no por oferta.

VII.—Ríñeme Vmd. porque no he vuelto á su casa; y es porque no he vuelto en mí de las visiones que vi el otro día. Señora mía, por curiosidad se puede ir á su casa, mas no por amor, porque se ven en ella todas las naciones, lenguas, y trajes del mundo. ¿Qué figura quiere Vmd. que haga un estudiantón entre Julios y Octavios, hablando dineros y escupiendo reales? Pues entre todas las naciones, sólo el pobre es el extranjero; y há menester ser un mohatrón para que le entiendan esos señores. En conclusión, yo estaba como vendido y Vmd. como comprada.

XII.—No pagaré yo en mi vida á Vmd. el buen concepto que de mí ha tenido sin ton ni són; porque, según las niñerías que por su papel me pide, sin duda me ha juzgado por Fúcar. Siete cosas leí que aún no las he oído nombrar en mi vida. Merecía Vmd., por la honra que me ha hecho presumiendo

de mí tanto caudal, que yo se las enviara, y yo tener con qué comprarlas; pero será fuerza que nos contentemos con estos merecimientos.

XIII.—En las cosas que Vmd., mi bien, me ha pedido, ya que no ha tenido razón, ha tenido donaire. Y cuando su papel no me ha hecho liberal, me ha hecho contemplativo, considerando, por las muchas cosas que me pide, cuántas son las que su Divina Majestad ha sido servida de criar para que Vmd. las codiciase, y los mercaderes las vendiesen, mientras yo le doy las gracias por todo. Y créame Vmd. que si la buena voluntad hubiese caído en gracia á los tenderos, que la hubiera procurado pasar por moneda en esta ocasión. Dios sabe lo que lo siento; pero las niñerías son tantas, que aun para tomadas de memoria son muchas: mire Vmd. que harán para tomadas por dineros. Y díceme Vmd. que la lleve estas niñerías, y la vaya á ver; y yo no hallo camino para llevar, ni sé por dónde van los que llevan. Fecha en el otro mundo, porque ya me juzgo con los muertos. No pongo á cuántos por no contar días á quien aguarda dineros.

XXI. — Doscientos reales me envía Vmd. á pedir sobre prendas para una necesidad, y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mío, y mi señora, mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas; que es humilde y no es nada altanero ni amigo de andar sobre nada; que, como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar, y no subir. Vmd. me crea que yo no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre Vmd. ¡Mire qué aliño para animarme á dar sobre sus arracadas! Si Vmd. da en pedir, yo daré en no dar, y con tanto daremos todos. Guarde Dios á Vmd. y á mí de Vmd.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Historia y vida del gran Tacaño.

«Lo primero has de saber que en la Corte hay siempre el más necio y el más sabio, el más rico y el más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raíz ni mueble, ni otra cosa de la que descienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un pueiro, y representamos un capón: entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando al huésped:—« ¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza?» —« Perdone vuesa merced, que han comido aquí unos amigos, y estos criados...» etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. Pues, ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado decimos, que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado decimos que sí, y aunque parta muy bien el ave, pan,

ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado decimos: « Ahora deje vuesa merced, que le quiero servir de maestresala; que solía, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir que de comer.» Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: « ¡Oh qué bien huele! Cierto que haría agravio á la guisadera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene! » Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos, en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devoción que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja, y como en otras partes hay horas señaladas para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos: que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos é hilarachas de las entrepiernas, y con una tijera las hacemos la barba á las calzas, y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en dias claros andamos con las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solo los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todo nuestro cuerpo que no haya sido otra cosa y no tenga historia, *verbi gratia:* bien

ve vuesa merced esta ropilla, pues primero fué greguescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido tohallas, y antes camisas, hijas de sábanas, y después de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos y después hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues, ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ella que en un guijaro; que es Dios servido en dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otros de los nuestros tenga pelambre y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: «Ayudáos como buenos hermanos.» Y tenemos cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos sanctus aunque sea en el *introibo;* levantámonos y arrimándonos á una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca; encajamos duques y condes en nuestras conversaciones, unos por amigos, otros por

deudos; y advertimos que los tales señores ó están muertos ó muy lejos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco, y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas. Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues, todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado no. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y después de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento porque se ceba el hombre en el almidón chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin se vive, y el que se sabe vadear, es rey con poco que tenga. »

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Guerra de los Estados Bajos.

Dos cosas movieron á su alteza (el Archiduque Alberto) á ordenar que invernase allí este golpe de gente: la una tenerla junta para lo que se pudiese ofrecer, sin cargar á las villas adonde pudiera entrar de guarnición; la otra impedir

á las del enemigo el cobrar las contribuciones del país de campiña. Afligía esto segundo grandemente al conde Mauricio, por hallarse imposibilitado de entretener á sus presidios de Brabante sin este socorro; y de ello tenía ordinarias quejas, no menos por parte de ellos, que por la de los estados generales de las islas, hallándose faltos de dineros á causa de los excesivos gastos que traen consigo la rebelión y la pertinacia. Esto, y el deseo de quitarse delante de los ojos la vergüenza de la pérdida de Hulst, movieron á Mauricio á procurar recompensarlo, maquinando contra aquella gente, y procurando darle una mano que escociese. Y para ello, sirviéndose de la comodidad de los ríos y brazos de mar, hizo traer con gran presteza toda la gente que sin peligro notable podía sacarse de sus plazas... Partió otro día Mauricio para Breda; y aunque enviando la gente á la destilada, y tomando los pasos á todos los avisos que podían tener los católicos, procuró poderlos coger de sobresalto, no pudo estorbar que el conde de Varas fuese advertido de la gran junta de gente que se hacía y del peligro que se le aparejaba. El cual, juntando á las cabezas, les declaró los avisos que tenía, y cómo el enemigo venía marchando con resolución de pelear. Tres partidos se propusieron, sino honrados todos, á lo menos seguros: el primero salir en busca del enemigo, y dalle la batalla posible sin mostrar flaqueza; el segundo fortificarse lo mejor que fuese al rededor del castillo, y enviar por socorro: el tercero retirarse con tiempo y con orden hasta debajo de las murallas de Herentales. Las dificultades que traía consigo cada una de estas opiniones, hicieron que no se pusiese alguna de ellas en ejecución, escogiendo la más dañosa, que era no hacer nada; antes contentándose aquella noche con enviar á tomar lengua á una escuadra de la compañía de Grobendor que casualmente se hallaba allí, la pasaron con más reposo de lo que pedía la estrecheza del tiempo, resuelto al fin el conde en retirarse y en hacerlo á la barba del enemigo. Envióse con todo eso el bagaje de media noche abajo la vuelta del

Herentales, y al hacer del día, tomó la vanguardia la infantería malona, la batalla los alemanes, y la retaguardia los italianos, cuyo sargento mayor formó el escuadrón, resuelto él y los suyos en morir en defensa de sus banderas. No había comenzado á retirarse nuestra gente, cuando lo supo Mauricio, y poniéndose en camino con toda su caballería, y trescientos mosqueteros en grupo, dejando orden á su infantería que le siguiese á gran diligencia, envió con el coronel Francisco Veer dos compañías de corazas y una de arcabuceros á caballo con los mosqueteros, para que le entretuviesen la retaguardia católica escaramuzando. A la primera vista que dió de sí el enemigo, mandó el conde de Varas hacer alto y volver las caras á sus tres escuadrones, los cuales, con el gran bosque á la mano izquierda y la caballería en el cuerno derecho, esperaron valerosamente hasta que asomó la infantería enemiga. No hizo aquí su acostumbrada prueba la malona nuestra; antes siendo la primera en descubrir los escuadrones contrarios á causa de ocupar un puesto algo más alto que las otras, lo fué en desordenarse, pareciéndole que atravesando el bosque podía ganar la ribera del Aada antes que la caballería enemiga y ponerse con seguridad en Herentales. Mas no se les dió este lugar; porque, rotas nuestras tres compañías de caballos, sin que les valiese á Nicolo Basta y Juan de Guzmán el cerrar tan determinadamente con toda la caballería enemiga, que casi la hicieron volver las espaldas; cargaron al fin los enemigos sobre ella, y atropellaron tan bien á los malones, que al momento, arrojadas las armas, se rindieron al enemigo. Lo mismo, tras bien poca resistencia, hicieron los alemanes. Los italianos se defendieron mejor; y el conde de Varas, aunque dudoso de todo lo demás, resuelto en morir valerosamente en defensa de su honra y obligaciones, se puso en la primera hilera de los capitanes; mas en muriendo el conde, que cayó de un mosquetazo, cediendo ellos con lo demás á la adversidad, acudieron á valerse del bosque.

CARLOS COLOMA.

Hablo á quien lee.

(Guerra de Cataluña.)

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no más del deleite y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte, ni la lisonja han sido parciales á mi escritura; aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos; todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurres por la naturaleza de estos sucesos; entonces será tuyo el útil como el trabajo mío, sacando de mis letras doctrina por ti mismo; y ambos así nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay medio de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonía de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia entonces más deleitable, la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado; lo primero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero esa es condición de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos; no lo han sido á mi inteligencia: ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está entre pocos: de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey don Felipe algunas veces católicos, como á su rey; no se quejen los más de esta separación, sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro españoles, castellanos ó reales; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitación de los sujetos cuando hablo por ellos, ni á la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos, pocos han sido más cuidadosos; si lo he conseguido, dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo.

Si en algo te he servido, pídote que no te entrometas á saber de mí más de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio, como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme, y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia: otra vez nos toparemos; ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.

FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Guerra de Cataluña.

Amaneció el día en que la Iglesia católica celebra la institución del Santísimo Sacramento del Altar; fué aquel año el 7 de junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Entraban y discurrían por la ciudad:

no había por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores; en todos se discurría sobre los negocios entre el rey y la provincia, sobre la violencia del Virey, sobre la prisión del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente, sobre la libertad de los soldados: después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor, oprimido de la duda, forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocían rabiosos é impacientes; si topaban algún castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no había demostración que no prometiese un miserable suceso....

Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrían desordenadamente; los castellanos, amedrentados del furor público, se escondían en lugares olvidados y torpes; otros se confiaban á la fidelidad (pocas veces incorrupta) de algunos moradores; tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto; esta diligencia, á pocos agradable, irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende más la llama de la hornaza.

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de justicia, resultó de esta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien ya socorría gran parte de los suyos. Esforzábase más y más uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos soldados de milicia que guardaban el palacio del Virey, tiraron hacia el tumulto, dando á todos más ocasión que remedio. Á este tiempo rompían furiosamente en gritos: unos pedían venganzas, otros, más ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria; aquí se oía: «¡Viva Cataluña y los catalanes!» Allí otros

clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oían con temor, y los más no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno; para todo había su acción y en cada cual cabían tan diferentes efectos; sólo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte, (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servían de pregón al furor de otros; este gritaba cuando aquel hería, y éste con las voces de aquél se enfurecía de nuevo. Infamaban á los españoles con enormísimos nombres; buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso...

Porfiaban otras bandas de segadores, esforzadas ya de muchos naturales, en ceñir la casa de Santa Coloma. Entonces los diputados de la General con los conselleres de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que más ayudó la confusión del Conde, de lo que pudo socorrérsela: allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse... Dos galeras genovesas en el muelle daban todavía esperanza de salvación. Escuchábalo el Santa Coloma, pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecución de su retirada. En fin, se excusó á los que le aconsejaban su remedio con peligro, no sólo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente á su dignidad; ofrecía en su corazón la vida por el real decoro: de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna...

Á este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardían, muchas se arruinaban, á todas se perdía el respeto y se atrevía la furia; olvidábase el sagrado de los templos; la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nación; aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores: así infamaban aquel día á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no sólo libertad, mas autoridad los delincuentes.

Había el Conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de Grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvación, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse; salió segunda vez á la lengua del agua; pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguían, porque llegando al esquife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase también: no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcación, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina); navegó hacia la galera, que le aguardaba fuera de la batería.

Quedóse el Conde mirándola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veía desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdición, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Monjuich.

A esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocían los de la tarazana: los muchos ojos que lo miraban caminan-

do como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguían. Era grande la calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginación de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible: cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño á la ambición y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella región misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, sino dura más de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Deslumbre con la verdad la mentira.

(Empresas políticas.)

¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigas, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto á la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. Á ningún edificio ilustre, á ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vió en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas á desiertos las poblaciones.

Insaciable fué la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. Á costa de la vida se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas á Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas á la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y para que descubriesen las riquezas escondidas los colcaban de los pies y de otras partes obscenas y los metían en los hornós encendidos. Á sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal, el dolor ajeno de aquellas partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques donde tienen refugio las fieras, no lo tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la cudicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas, y levantados los mármoles, para buscar lo que en ellos estaba escondido.... No refiero estas cosas por acusar alguna nación, pues casi todas intervinieron en esta tragedia inhumana, sino para defender de la impostura á la española. La más compuesta de costumbres está á riesgo de estragarse. Vicio es de nuestra naturaleza, tan frágil, que no hay acción irracional en que no pueda caer si le faltare el freno de la religión ó de la justicia.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Desde la cuna da señales de sí el valor.

(Empresas políticas.)

Desde aquella edad es menester observar y advertir sus naturales, sin cuyo conocimiento no puede ser acertada la educación, y ninguna más á propósito que la infancia, en que desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulación, obra sencillamente, y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos, sus afectos é inclinaciones.

Habiendo los embajadores de Bearne alcanzado de don Guillén de Moncada que eligiesen á uno de dos niños hijos suyos para príncipe, hallaron al uno con las manos cerradas y al otro abiertas, y escogieron á éste, arguyendo de aquello su liberalidad, como se experimentó después.

Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos, y risueño oye las alabanzas, y los retira entristeciéndose si le afean algo; si es animoso, afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos; si liberal, desprecia los juguetes y los reparte; si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfacción; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos granjea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa, siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente; si alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo; ya los retira, y plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo: así las demás virtudes ó vicios traslada el corazón al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que más advertida la edad, los retira y cela. En la cuna y en los brazos del aya admiró el palacio en vuestra alteza un natural agrado y compuesta majestad con que daba á besar la mano, y excedió á la capacidad de sus años a gravedad y atención con que se presentó vuestra

alteza al juramento de obediencia de los reinos de Castilla y León.

Pero no siempre estos juicios de la infancia salen ciertos; porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana que investiga sus obras, y se retira de su curso ordinario. Vemos en algunas infancias brotar aprisa los malos afectos, y quedar después en la edad madura purgados los ánimos, ó ya sea que los corazones altivos y grandes desprecian la educación y siguen los afectos naturales, no habiendo fuerzas en la razón para domallos, hasta que, siendo fuerte y robusta, reconoce sus errores, y con generoso valor los corrige. Y así fué cruel y bárbara la costumbre de los brachmanes, que, después de dos meses nacidos los niños, si les parecían por las señales de mala índole, ó los mataban ó los echaban á las selvas. Los lacedemonios los arrojaban en el río Taygetes. Poco confiaban de la educación y de la razón y libre albedrío, que son los que corrigen los defectos naturales. Otras veces la naturaleza se esfuerza por excederse á sí misma, y junta monstruosamente grandes virtudes y grandes vicios en un sujeto, no de otra suerte que cuando en dos ramas se ponen dos ingertos contrarios, que, siendo uno mismo el tronco, rinden diversos frutos, unos dulces y otros amargos. Esto se vió en Alcibíades, de quien se puede dudar si fué mayor en los vicios que en las virtudes. Así obra la naturaleza, desconocida á sí misma; pero la razón y el arte corrigen y pulen sus obras.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

República literaria.

«Este que camina con pasos graves y circunspectos es Tucídides, á quien la emulación á la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las *Guerras del Peloponeso.*

Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de los cuales solamente han quedado cinco, á que perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorantemente le maltrataba; sin considerar que es tan docto, que enseña más que refiere.

El que con la toga lisa y llana y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es Jenofonte, á quien Diógenes Laercio llamó musa ática, y otros con más propiedad abeja ática.

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia es Cayo Salustio, grande enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las traslaciones, y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con antojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito... Tales son las doctrinas tiranas y el veneno que se ha sacado de esta fuente; por quien dijo Budeo que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempo de príncipes tiranos; que si los alaban, son lisonjeros, y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos...

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de este, que parece destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores, porque es Tito Libio de no menor gloria á los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polivio, y dió en la superstición. Así, por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la garnacha de Cayo Suetonio

Tranquilo, que viene después de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiese mejorar la gastaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición, que no puede acomodarse á la lisonja, ni tolerar los vicios de los príncipes, aunque sean ligeros. . .

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quieren imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio; tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores.

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Felipe Comines, señor de Argentón, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida descubre su buen juicio. El otro, de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guichardino, gran enemigo de la casa de Urbino. El que va á su lado con un ropón de martas, que apenas puede darle bastante calor, es Paulo Jovio, adulador del marqués del Basto y de los Médicis, y enemigo declarado de los españoles.

El otro, de largas y tendidas vestiduras, es Zurita, á quien acompañan D. Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos, y Mariana, cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso. Afecta la antigüedad, y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.»

DIEGO DE SAAVEDRA Y FAJARDO.

El Criticón.

Crecía cada día en mí el deseo de salir de aquella infausta caverna, y el conato de ver y saber, si en todos natural y

grande, en mí como violentado é insufrible... Era para mí un repetido tormento el confuso ruido de esos mares, cuyas olas más rompían en mi corazón que en esas peñas. Pues ¿qué diré, cuando sentía el horrísono fragor de los nublados y sus truenos? Ellos se resolvían en lluvia, pero mis ojos en llanto...

Luego que reconocí quebrantada mi penosa cárcel con el terremoto, al punto comencé á desenterrarme para nacer de nuevo á todo un mundo en una bien patente ventana que señoreaba todo aquel espacioso y alegrísimo hemisferio. Fuí acercándome dudosamente á ella, violentando mis deseos; pero ya asegurado, llegué á asomarme del todo á aquel rasgado balcón del ver y del vivir: tendí la vista aquella vez primera por este gran teatro de tierra y cielo. Toda el alma con extraño ímpetu, entre curiosidad y alegría, acudió á los ojos, dejando como destituídos los demás sentidos..

Pero ya en esto los alegres mensajeros de ese gran monarca de la luz, que tu llamas sol, coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guarda de sus rayos, solicitaban mis ojos á rendirle veneraciones de atención y admiración. Comenzó á ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada majestad, se fué señoreando de todo el hemisferio, llenando todas las demás criaturas de su esclarecida presencia... Parece que, envidioso el mar de la tierra, haciéndose lenguas en sus aguas, me acusaba de tardo, y á las voces de sus olas me llamaba atento á que emplease otra gran porción de mi curiosidad en su prodigiosa grandeza.

BALTASAR GRACIÁN.

El Criticón.

Era noche y muy oscura y con propiedad lóbrega. En medio de esta horrible profundidad mandó hacer alto aquella

engañosa HEMBRA; y mirando á una y otra parte, hizo la señal usada, con que al mismo punto (¡oh maldad no imaginada! ¡oh traición nunca oída!) comenzaron á salir de entre aquellas breñas, y por las bocas de las grutas, ejércitos de fieras, que arremetiendo de improviso, dieron en aquella manada de flacos y desarmados corderillos, haciendo un horrible estrago y carnicería, porque arrastraban á unos, despedazaban á otros, mataban, tragaban y devoraban cuantos podían. Monstruo había que de un bocado se tragaba dos niños, y no bien engullidos aquellos, alargaba las garras á otros dos. Fiera había que estaba desmenuzando con los dientes el primero, y despedazando con las uñas el segundo, no dando treguas á su fiereza. Discurrían todas por aquel lastimono teatro babeando sangre, teñidas las bocas y las garras en ella. Cargaban muchas con dos y con tres de los más pequeños, llevándolos á sus cuevas para que fuesen pasto de sus ya fieros cachorrillos. Todo era confusión y fiereza: espectáculo verdaderamente fatal y lastimero. Y era tal la candidez ó simplicidad de aquellos infantes tiernos, que tenían por caricias el hacer presa en ellos, y por fiesta el despedazarlos, convidándolos ellos mismos risueños, y provocándolos con abrazos.

BALTASAR GRACIÁN.

Procura Motezuma detener á los españoles por medio de sus nigrománticos.

(Historia de la conquista de Méjico.)

Motezuma entre tanto duraba en su irresolución, desanimado con el mal logro de sus ardides y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devoción esta falta de espíritu: estrechóse

con sus dioses, frecuentaba los templos y los sacrificios, manchó de sangre humana todos sus altares, más cruel cuanto más afligidos y siempre crecía su confusión, y se hallaba en mayor desconsuelo, porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos y discordes en el dictamen los espíritus inmundos que le hablaban en ellos. Unos le decían que franquease las puertas de la ciudad á los españoles, y así conseguiría el sacrificarlos, sin que se pudiesen escapar ni defender; otros que los apartase de sí y tratasen de acabar con ellos, sin dejarse ver; y él se inclinaba más á esta opinión, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fué mayor su inquietud y su impaciencia; andaba como fuera de sí, no sabía que partido tomar; sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros, profesión muy estimada en aquella tierra, donde había muchos que se entendían con el demonio, y la falta de ciencias daba opinión de sabios á los más engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos extranjeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solían obrar otros efectos extraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen, y los amenazó con pena de la vida si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Esta orden se puso en ejecución, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos, y salieron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros y en el imperio que, á su parecer, tenían sobre la naturaleza. Refieren el padre José de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde

venía marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Fezcatlepuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades y otros castigos del cielo. Venía como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente, y traía sobre sus adornos ceñida una soga de esparto, que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significación de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoración, y él, sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusión que imitó la figura, les habló en esta sustancia: « Ya, mejicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros; ya se desató enteramente la trabazón de nuestros pactos. Decid á Motezuma que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el cielo su ruina; y para que le representéis más vivamente la desolación de su imperio, volved á mirar esa ciudad miserable, desamparada ya de vuestros dioses. » Dicho esto desapareció, y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas, que se desvanecieron poco á poco, desocupando el aire y dejando sin ninguna lesión los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogía las fuerzas interiores ó se acordaba de sí para no descaecer, y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos y á los demás que le asistían: «¿Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses? Vengan los extranjeros, y caiga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni es razón que nos halle fugitivos la calamidad.» Y prosiguió poco después: « Sólo me lastiman los viejos, niños y mujeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa. » En cuya consideración se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas.

No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposición, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenía por inevitable; y no desdijo de la majestad la ternura con que llegó á considerar la opresión de sus vasallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades, no es menos heroica la piedad que la constancia.

ANTONIO DE SOLÍS.

Entrada del ejército á Iztacpalapa.

(Historia de la conquista de Méjico.)

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso que consistía en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los más recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los españoles debajo de cubierto, quedando los demás en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que se había de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separación de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenían sus colgaduras de algodón, tejido á colores, con dibujo y proporción. Había en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traída por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacía reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura que tenía el cacique para su recreación; donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes y con su propia jac-

tancia y vanidad. Había en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardín, que tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacían labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular; fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo, tan grande, que tenía cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudían varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias...

Siguióse la marcha con la misma orden, y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacán en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrían en la misma laguna, se dió vista desde más cerca y no sin admiración á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con exceso entre las demás, y al parecer se la conocía el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos de la mitad del camino más de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque sólo hacían reverencia y pasaban adelante para volver acompañando...

Poco después se fué dejando ver la primera comitiva real, que serían hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venían en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesión. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en la misma orden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venía Motezuma

sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporción entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribución procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguían el paso de las andas cuatro personajes de gran suposición, que le llevaban debajo de un palio, hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera, que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios, que alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que, á su parecer, era indigna de sus huellas.

Previnose á la función con espacio y gravedad, y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, más delgado que robusto, el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios, el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos y el semblante majestuoso, con algo de intención; su traje un manto de sutilísimo algodón, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubría la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior, algo más obtusa, se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo ceñían, el pie y abrazaban parte de la pierna, semejante á las caligas militares de los romanos.

ANTONIO DE SOLÍS.

Retirada de Cortés por la calzada de Méjico.

(Historia de la conquista de Méjico.)

Sería poco menos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la oscuridad favorecían el intento de caminar cautamente y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demás canales, como se había presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo, porque antes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando menos lo recelaban.

Fué digna de admiración en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su facción; observaron con vigilante disimulación el movimiento de sus enemigos; juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas; sirviéronse de la oscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venían por los dos costados sobre la calzada, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la mode-

ración, y al empezar la cólera, cesó la obediencia y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacían pedazos las canoas, chocando en la calzada, y era segundo peligro de las que se acercaban el impulso de las que querían adelantarse.

Hicieron sangriento destrozo los españoles en aquella gente desnuda y desordenada, pero no bastaban las fuerzas al continuo ejercicio de las espadas y las chuzas; y á breve rato se hallaron también acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo más ejecutivo del combate; porque los indios que se hallaban distantes ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua; y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasión circunstancias de socorro, porque fueron fáciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesaria otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército . . . .

Pasó Hernán Cortés con el primer trozo de su gente, y ordenando sin detenerse á Juan de Jaramillo que cuidase de ponerla en escuadrón como fuese llegando, volvió á la calzada... Entró en el combate animando á los que peleaban, no menos con su presencia que con su ejemplo; reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entre tanto que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso y dar corriente á la marcha.

Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto, pero mucho más lo que padeció su espíritu; porque le traía el aire á los oídos, envueltos en el horror de la oscuridad, las voces de los españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida; cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos

y amenazas de los indios, le traían al corazón otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligación, y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del Cuartel. Murieron éstos ignominiosamente abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasión y tardos en la fuga. Destruyeron su opinión y dañaron injustamente el crédito de la facción, porque se pusieron en el cómputo de los muertos como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razón no se habían de contar los cobardes en el número de los vencidos.

ANTONIO DE SOLÍS.

Batalla de Otumba.

(Historia de la conquista de Méjico.)

No se llegó á recelar entonces que fuesen los mejicanos, antes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrían juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algún paso con la inconstancia y flojedad que solían; pero al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos con-

fusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño; su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores: vistosa confusión de armas y penachos en que tenían su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés á examinar los semblantes de los suyos con aquel brío natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación, «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión; y apellidando, como solía, unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas.

Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por

todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana, y todos tan puestos de su cólera, que mataban con elección, buscando primero á los que parecían capitanes; pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morían, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase, al parecer, todo el ejército cuando cerraban los caballos ó salían á la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no le desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo, pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidía sus victorias ó las de sus enemigos, y fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demás que asistían á su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían

obrar para conseguir el intento, embistieron á poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernán Cortés y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitán, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas la vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales; cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia.

ANTONIO DE SOLÍS.

SIGLO XVIII

De la imitación de lo universal y de lo particular.

(Poética.)

TODAS las cosas de los tres mundos, celestial, material y humano, que hemos dicho poder ser objeto de la poesía, se deben considerar de dos modos: esto es, ó como son en sí, y en cada individuo ó particular, ó como son en aquella idea universal que nos formamos de las cosas; la cual idea viene á ser como un original, ó ejemplar, de quien son como copias los individuos ó particulares. Así, por ejemplo, el verdadero valor, mirado como virtud humana, y según la idea que de él tienen los filósofos morales, no debe tener mezcla alguna de temor ni temeridad; ni debe tampoco proceder de ira ni de venganza. Pero si buscamos la copia de esta idea en los particulares, en Pedro, en Juan, hallaremos en muchos muy mal sacada esta copia y muy desemejante de su original; aunque no faltarán ni en el siglo presente ni en los pasados, otros varones y capitanes esclarecidos, en quienes se ha admirado copiada muy á lo natural esta idea: lo que siendo cierto, probará con evidencia que la imitación de lo universal no es

siempre pura idea de la fantasía poética, como siente el Gravina.

Esta misma imitación de lo universal la enseñan también otros autores, aunque en diversos términos, siguiendo á Platón, que divide la imitación en dos especies, una *icástica*, otra *fantástica*. La *icástica*, que corresponde á la imitación de lo particular, tiene por objeto todas las acciones y cosas que existen, por naturaleza ó por arte, por historia, ó por invención de otros. La *fantástica*, que es lo mismo que la imitación de lo universal, comprende todo lo que no existiendo por sí, tiene nuevo ser y vida en la fantasía del poeta, cuando inventa nuevas cosas ó acciones semejantes á las históricas, no sucedidas, pero que pueden suceder. Y como de la *icástica* es objeto la verdad, así de la *fantástica* lo es la ficción: al modo que la pintura, ó representa algún hombre como es, lo que propiamente se llama retratar, ó le forma de su idea y capricho segun lo verisímil, como hizo Zeuxis, que para pintar la famosa Helena no se contentó con copiar la belleza particular de alguna mujer; sino que juntando todas las más hermosas de las Crotoniates, tomó de cada una aquella parte que le pareció más perfecta, y así formó, más que el retrato de Helena, el dechado de la misma hermosura...

Quita, pues, la poesía la máscara engañosa al vicio, y desnudándole de sus prestados atavíos, le muestra á todos en su más fea y horrible figura; y por el contrario, vistiendo de pomposas galas la desnuda verdad, y hermoseando con vistosos y ricos adornos la virtud, acaba la más importante y más difícil empresa, que es hacer amable la virtud y aborrecible el vicio; y con loable ardid y feliz engaño se enseñorea de nuestras inclinaciones, dirigiéndolas á mejor fin. En esto consiste la mayor parte del arte, y esto es lo que completamente consigue la buena poesía con la imitación de lo universal. La virtud en los particulares é individuos tiene casi siempre alguna mezcla de vicios y defectos, pues como ya hemos dicho, no suelen los hombres salir de una cierta medianía en sus

costumbres buenas ó malas, y difícilmente se encuentra uno tan malo que no tenga alguna virtud, ni tan bueno, que no tenga sus defectos. Con esta mezcla de contrarios se templa y disminuye la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio, perdiendo uno y otro en tal mixto gran parte de su actividad y fuerza. El poeta, pues, queriendo representar á nuestros ojos la virtud en su mayor belleza, para darle mayor fuerza y eficacia de prender nuestros corazones, y el vicio es toda su fealdad para hacérnosle más aborrecible, no se contenta con imitar la virtud y el valor de un individuo, como de Alcibíades, de Epaminondas, de Julio César, y de otros varones insignes, que en fin, no lo fueron tanto que entre sus virtudes no se asomase tal vez algún vicio; sino que, dando de mano á estos particulares, que le parecen siempre imperfectos, consulta á la idea más perfecta que ha concebido en su mente de aquel *caracter* ó genio que quiere pintar, y adornando de todas las virtudes y perfecciones que para su intento tiene ideadas, una de las personas de su poema ó de su tragedia, ofrece en ella un perfecto dechado á todos los que quisieren copiarle en sus costumbres y obras.

IGNACIO DE LUZÁN.

El monte de la Virtud.

(Teatro crítico universal.)

El monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demás montes. En los montes materiales son amenas las faldas y ásperas las cimas: así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad y creciendo la aspereza. El

monte de la virtud tiene desabrida la falda y graciosa la eminencia. El que quiere arribarle, á los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas y abrojos: así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza y se va descubriendo la amenidad; hasta que en fin, en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas y cristalinas fuentes.

El primer tránsito es sumamente trabajoso y resbaladizo. Llámanle al recién convertido, desde el mar del mundo, los cantos de las sirenas; atérranle por la parte del monte los rugidos de los leones; mira con ternura la llanura del valle que deja; contempla con pavor el ceño de la montaña á que aspira. Libre de la cárcel del pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad del camino para hacer tardo y congojoso el movimiento. Oye á las espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen: ¿Es posible que nos abandonas? ¿Es posible que te despides y ausentas de nosotros para siempre? No obstante, camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algún tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda; ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresión, porque se oyen de más lejos; adelantando algunos pasos más ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una ú otra vez representa la antigua costumbre los gozados placeres y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO.

El predicador mayor.

(Fray Gerundio de Campazas.)

Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues; zapato ajustado, y sobre todo, su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas beatas, que se desvivían por su padre predicador. En conclusión, él era mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones; popularidad en los modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamás citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba el *ángel historiador;* á San Marcos, *el evangélico toro;* á San Lucas, *el más divino pincel;* á San Juan, *el águila de Patmos;* á San Jerónimo, *la púrpura de Belén;* á San Ambrosio, *el panal de los doctores;* á San Gregorio, *la alegórica tiara.* Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, había de decir sencilla y naturalmente: *Joannis, capite decimo tertio; Mattho ei, capite decimo quarto;* eso era

cuento, y le parecía que bastaría eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabía que siempre había de decir: *Ex evangelica lectione Mattho ei, vel Joannis capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocación: *quarto-decimo ex capite.* ¡Pues qué, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados, y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desdén á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto, afeitarse siempre que había de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que, hecha ó no hecha una breve oración, se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ademán de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ella más que aire, volverle á meter en la manga á compás y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de: *Sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado;* concluyendo con lo otro de: *En el primitivo instantáneo sér de su natural animación;* no dejaría de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara que todas ellas eran, por lo menos, otras tantas evidencias de que allí no había ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

Si, andas á persuadírselo, cuando á ojos vistas estaba viendo que sólo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no había estrado ni visita donde no se hablase del último sermón que había predicado!

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

Oración sobre el ejercicio de la elocuencia española.

Si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algún acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno más á propósito que el que hoy logramos, para poder escribir con la mayor perfección. España, siempre fecundísima de los mayores talentos, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma, cuando fué más sabia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbe, si sus ingenios se instruyesen y cultivasen debidamente. Con razón me duelo que en el arte del decir no procuremos, no sólo igualar, sino también exceder á las demás naciones; y más, siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los extraños. Tenemos una lengua expresiva, en extremo grave, majestuosa, suavísima y sumamente copiosa. Fuera de todo esto, llegaron ya las ciencias en Europa al mayor auge que nunca. Todas tuvieron sus veces; todas nos dejaron sus ideas en varios siglos, para que fuese el nuestro más sabio. El que medió entre Orfeo y Pitágoras, fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, jurídico; entre Constantino y San Bernardo y León X, escolástico; entre León X y nosotros, físico y crítico; de suerte que en nuestra edad se manifiesta la naturaleza y la antigüedad. Siendo, pues, certísimo que la fuente del escribir es el saber, para escribir, ¿qué tiempo hay más á propósito que este, en que mejor se puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hacia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimación, como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones extrañas. Cierta es la competencia con las más cultas de Europa; superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la manejamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de

conseguir la victoria, como á la diligencia de los extraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas: quiso competirle Roma, pero no la pudo igualar, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á las europeas todas. ¿Qué falta, pues, sino superar á los extraños, ó á lo menos igualarlos, en el saber y uso? Esto se podrá conseguir, si parte del tiempo que se gasta en espinosas cuestiones, que antes lastiman que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea en más fructuosos asuntos; si solamente se imitan los que supieron hablar; si se procura imitar con intención de vencer, como con grande acierto imitó Platón á Cratilo y Arquitas, Cicerón á Craso y Antonio; si se procura, digo, imitar, fijando más la mente en la perfección universal que quiere el arte, que en la particular observación del artificio de alguno: de suerte, que el orador no haga lo que el ignorante zapatero, que por diestro que sea, no sabe trabajar sin horma; sino lo que el ingeniosísimo Zeuxis, que habiendo de pintar la imagen de la bellísima Helena, no quiso escoger por ejemplar una sola niña, aunque muy hermosa, sino que, fecundando su idea con la hermosura de cinco de las más bellas vírgenes que á la sazón había en la ciudad de Croton, logró ser émulo de la naturaleza misma, con tanta gloria suya, que me persuado que casi hubiera habido tanto número de Paris, cuantos fueron á ver aquella segunda Helena, á no robar sus potencias un tan extraño prodigio. Así, pues, el que desee formar una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, con juicio atienda á la invención de Gracián, agudeza de Vieira, erudición de Venegas, juicio de Saavedra, discreción de Solís, decoro de Cervantes, pureza de Quevedo, facilidad de Granada, número de Hortensio, hermosura de Manero; y así en otros muchos, considere bien las perfecciones que en sus obras brillen más, y tenga bien entendido que la composición simétrica de todas ellas es la idea única de la verdadera elocuencia.

GREGORIO MAYANS Y SISCAR.

Varias clases de escritores.

(Cartas marruecas.)

En Europa hay varias clases de escritores. Unos escriben cuanto les viene á la pluma, otros lo que les mandan escribir, otros todo lo contrario de lo que sienten, otros lo que agrada al público, con lisonja; otros lo que les choca, con reprensiones. Los de la primera clase están expuestos á más gloria y más desastres, porque pueden producir mayores aciertos y desaciertos. Los de la segunda se lisonjean de hallar el premio seguro de su trabajo; pero si acabado de publicar, se muere ó se aparta el que se lo mandó, y entra á sucederle uno de sistema opuesto, suelen encontrar castigo en vez de recompensa. Los de la tercera son mentirosos, como los llama Nuño, y merecen por escrito el odio de todo el público. Los de la cuarta tienen alguna disculpa, como la lisonja no sea muy baja. Los de la quinta deben ser censurados con tiento, pues no es poco el que se necesita para reprender á quien se halla bien con sus vicios, ó cree que el libre ejercicio de ellos es una preeminencia muy apreciable. Cada nación ha tenido alguno ó algunos censores más ó menos rígidos; pero creo que para ejercer este oficio con algún respeto de parte del vulgo, necesita el que lo emprende hallarse limpio de los defectos que va á censurar. ¿Quién tendría paciencia en la antigua Roma, para ver á Séneca escribir contra el lujo y magnificencia, con la mano misma que se ocupaba con notable codicia en atesorar millones? ¿Qué efecto podría producir todo el elogio que hacía de la medianía, quien no aspiraba sino á superar á los más poderosos en esplendor? El hacer una cosa y escribir la contraria, es el modo más tiránico de burlar la sencillez de la plebe, y es también el medio más eficaz para exasperarla, si llega á comprender este artificio.

José Cadahalso.

Juicio de la historia de Don Quijote.

(Cartas marruecas.)

En esta nación hay un libro muy aplaudido por todas las demás. Lo he leído, y me ha gustado sin duda; pero no deja de mortificarme la sospecha de que el sentido literal es uno, y el verdadero es otro muy diferente. Ninguna obra necesita más que esta del diccionario de Nuño. Lo que se lee es una serie de extravagancias de un loco que cree que hay gigantes, encantadores, etc., algunas sentencias en boca de un necio, y muchas escenas de la vida, bien criticadas; pero lo que hay debajo de esta apariencia es, en mi concepto, un conjunto de materias profundas é importantes.

Creo que el carácter de algunos escritores europeos (hablo de los clásicos de cada nación) es el siguiente: Los españoles escriben la mitad de lo que imaginan; los franceses más de lo que piensan, por la calidad de su estilo; los alemanes lo dicen todo, pero de manera que la mitad no se les entiende; los ingleses escriben para sí solos.

JOSÉ CADAHALSO.

Matrimonios violentos.

(Cartas marruecas.)

Al entrar anoche en mi posada me hallé con una carta, de que te remito copia. Es de una cristiana á quien apenas conozco. Te parecerá muy extraño su contenido, que dice así:

Acabo de cumplir veinte y cuatro años, y de enterrar mi último esposo, de seis que he tenido en otros tantos matrimonios con el espacio de poquísimos años. El primero fué un mozo de poca más edad que la mía, bella presencia, buen mayorazgo, gran nacimiento, pero ninguna salud. Había vivido tanto en sus pocos años, que cuando llegó á mis brazos ya era cadáver. Aún estaban por estrenar muchas galas de mi boda, cuando tuve que ponerme luto. El segundo fué un viejo que había observado siempre el más rígido celibatismo; pero heredando por muertes y pleitos unos bienes copiosos y honoríficos, su abogado le aconsejó que se casase: su médico hubiera sido de otro dictamen. Murió de allí á poco, llamándome hija suya; y juro que como á tal me había tratado desde el primer día hasta el último. El tercero fué un capitán de granaderos, más hombre, al parecer, que todos los de su compañía. La boda se hizo por poderes desde Barcelona; pero picándose con un compañero suyo en la luneta de la ópera, se fueron á tomar el aire juntos á la explanada, y volvió solo el compañero, quedando mi marido por allá. El cuarto fué un hombre ilustre y rico, robusto y joven; pero tan jugador de corazón, que ni aun la noche de la boda durmió conmigo, porque la pasó en una partida de banca. Dióme esta primera noche tan mala idea de las otras, que lo miré siempre como huésped en mi casa más que como preciosa mitad mía en el nuevo estado. Pagóme en la misma moneda, y murió de allí á poco de resultas de haberle tirado un amigo suyo un candelero á la cabeza sobre no se qué equivocación de poner á la derecha una carta que había de estar á la izquierda. No obstante todo esto, fué el marido que más me ha divertido, á lo menos por su conversación, que era chistosa y siempre en estilo de juego. Me acuerdo que estando un día comiendo con bastantes gentes en casa de una dama algo corta de vista, le pidió de un plato que tenía cerca, y él le dijo: Señora, á la talla anterior pudo cualquiera haber apuntado, que había bastante fondo; pero aquel caballero que come y calla, acaba de hacer á este

plato una doble paz de pároli, con tanto acierto, que nos ha desbancado. Es un apunte terrible á este juego.

El quinto que me llamó suya era de tan corto entendimiento, que nunca me habló sino de una prima que tenía y á quien quería mucho. La prima se murió de viruela á pocos días de mi casamiento, y el primo se fué tras ella. Mi sexto y último marido fué un sabio. Estos hombres no suelen ser buenos muebles para maridos. Quiso mi mala suerte que en la noche de mi casamiento se apareciese un cometa ó especie de cometa. Si algún fenómeno de estos ha sido cosa de mal agüero, ninguno lo fué tanto como este. Mi esposo calculó que el dormir con su mujer sería cosa periódica de cada veinte y cuatro horas; pero que si el cómeta volvía, tardaría tanto en dar la vuelta, que él no lo podría observar; y así dejó aquello por esto, y se salió al campo á hacer sus observaciones. La noche era fría, y lo bastante para darle un dolor de costado, del que murió.

Todo esto se hubiera remediado, si yo me hubiera casado una vez á mi gusto, en lugar de sujetarlo seis veces al de un padre que cree la voluntad de una hija cosa que no dede entrar en cuenta para el casamiento. La persona que me pretendía es un mozo que me parece muy igual á mí en todas calidades, y que ha redoblado las instancias cada vez que yo he enviudado; pero en obsequio de sus padres, tuvo que casarse también contra su gusto el mismo día que yo contraje matrimonio con mi astrónomo.

Estimaré al Sr. Gacel me diga qué uso ó costumbre se sigue en su tierra en esto de casarse las hijas de familia; porque, aunque he oído muchas cosas que espantan de lo poco favorables que nos son las leyes mahometanas, no hallo distinción alguna entre ser esclava de un marido ó de un padre, y más cuando de ser esclava de un padre resulta tener marido como en el caso presente.

JOSÉ CADAHALSO.

Juicio de sacerdotes.

Las cumbres y collados de la tierra son la porción más favorecida y visitada del sol, la más participante de sus rayos; de él reciben el golpe y afluencia de su luz; de las nubes, el rocío y lluvia, con que se alegran y fertilizan los valles. Son los eclesiásticos en el mundo, como montes encumbrados por lo excelso de la dignidad que no merecieron los ángeles; como montes que recibiendo en sí la lluvia sagrada de luz, de influjo y secretas inspiraciones del cielo, la derivasen á los pueblos, para que, como valles que están debajo, floreciesen y fructificasen en el campo de la Iglesia. Mas ¡oh dolor! los que habían de ser collados eminentes en la santidad y justicia, enriquecidos con las virtudes y levantados por el mismo Dios, son ya como montes de Gelboé, á quien no se acerca ni saluda el sol de justicia, con quienes se escasean los auxilios é inspiraciones de lo alto, á quienes no fecunda la lluvia de desengaños: tal es el olvido, tal la maldición y desamparo con que viven.... Montes ariscos, collados estériles, en cuyas entrañas ya el sol no engendra el oro de caridad; en cuya superficie no se halla pasto para el ganado de Cristo; en cuyas peñas se anidan y guarecen los vicios, como fieras y leopardos. Esto tiene el no haberlos fundado Dios, el haberse ellos elevado y subido á lo sumo de la excelencia y al principado. ¡Oh esposa única y querida de Jesús! ¡Oh Iglesia santa, única madre nuestra! ¡Grande es como el mar tu dolor, y amargo tu sentimiento! ¡Cómo te consolaré al ver la ruina y quebranto de tus hijos! Se suceden ya como si fuera por herencia los canonicatos y beneficios, trocados ó resignados, no ya según el querer de Dios, sino según la ley de la ambición, y el respeto de carne y sangre.... ¡Cuántas abadías, prebendas y beneficios solicitados y obtenidos á fuego y sangre de litigios y contradicciones! ¡Cuántos, en que fueron árbitras las mujeres! ¡Cuántos que son hechura del poderoso, sin más vocación

que la del empeño, la de complacer á otros, y del respeto humano! Tan desfigurada está ya la hermosura del estado eclesiástico, que ya sus hijos son el objeto de la burla, de la detracción y desprecio. Se atreven, insultan y vituperan sin reserva los legos á los sacerdotes; la causa es, porque á un método desarreglado de su vida es preciso se siga el escándalo en los otros; al escándalo la murmuración, el desprecio, los desaires, las befas, odios, amenazas y empellones, que no una, sino varias veces se practican contra los sacerdotes. Este es el trato granjeado con los méritos de su vida, esta la moneda con que, aun la gente soez y mujercillas, los seglares exasperados de su trato, opresión ó tiranía, las viudas, las casadas y doncellas, retribuyen y pagan á veces, más por librarse de sus garras, más por defenderse de su voracidad, que por ofenderlos. Decidme, eclesiásticos: ¿sois como piedra en cuadro perfectamente labrada con el escoplo de la mortificación y nivel de la oración? ¿como piedras, que colocadas á proporción en el misterioso edificio de la Iglesia, acrediten desde su sitio lo precioso y magnífico del templo? Nada menos. Una piedra en cuadro perfecto, como quiera que la tiren, siempre se queda en pie, observó san Agustín; así nunca el sacerdote de Cristo había de caer ni postrarse al impulso de la contradicción, respetos ó tentaciones, si estuviera bien labrado su corazón. Mas ¡oh ruina! ¡oh estado lamentable y decaído! las piedras del santuario de Dios se ven desquiciadas ya de su centro, tiradas y dispersas por esos sitios públicos y plazas. Aquellas que se habían de adorar y tratar con temor y reverencia, son la burla y el vilipendio de los hombres; piedras sin lustre, piedras desmoronadas y deshechas, que sólo sirven de recoger el lodo de los pies que en ella se deposita. Las piedras del santuario están dispersas por las plazas, pues los que habían de estar dentro por medio de una vida buena y oración, andan fuera de sí por la vida réproba y desordenada. Y á la verdad, ¿cómo queremos ser obedecidos y respetados del pueblo, si en nada nuestra vida y proceder se distingue del pueblo? ¿Cómo

nos ha de venerar? ¿Qué ha de admirar en nosotros el seglar perdido y relajado, si observa en nosotros sus mismas y otras peores aficiones? ¡Oh estado peligrosísimo! ¡Oh sublime dignidad del sacerdocio! ¡Cuán profundo es el piélago de la relajación en que vives sumergido! ¡Cuán incurable la llaga de que adoleces! Cuán irrreparable tu ruina! Han caido tus hijos en aquel estado de insensibilidad y ceguera en que se explica la justicia de Dios, derramando tinieblas de errados juicios, é hijos de una prudencia carnal sobre sus ilícitos apetitos. ¿De dónde esto, sino de que, desamparados del espíritu de Dios, viven del espíritu del mundo, del demonio, y de la carne, rigen y son regidos por ellos?

El P. Calatayud

Elogio de Don Alfonso el Sabio.

Españoles, gloriaos con vuestro Alfonso, hablad con confianza á la faz del universo, oponedle á cuantos hombres grandes presentarán las naciones, y conoceréis sus ventajas. Si sus patricios os muestran al ilustre autor de la hermosa quimera de los turbillones, decidles: que el fuego de la imaginación desbarraba que quiso introducir el ostracismo en el cielo, llevar la mendiguez hasta los astros, no puede entrar en parangón con la solidez de juicio de nuestro Alfonso. Si los orgullosos insulares os manifiestan el patriota con que tanto se honran, decidles: que fué limitado su gusto á una facultad; que si obtiene el principado en las matemáticas, no mantuvo su reputación cuando quiso tratar de historia; que inventó sus cálculos, mas hizo su *Apocalipsis*. ¿Pero quién es aquel que se levanta á disputar á vuestro héroe la preferencia? Hermoso

y temible escuadrón le acompaña. El séquito de todas las ciencias, de todos los gustos de literatura hacen formidable á Leibnitz. No os intimidéis; que, aunque el único capaz de disputarle, no será suyo el triunfo. Si él presenta el vasto impracticable proyecto de una lengua universal, oponedle la realidad de un idioma hermoso, que se dilata por ambos mundos. Si ostenta su familiaridad con las musas, no les debió vuestro príncipe menos favores. Si presume de su ciencia en la historia, responded que trató de una gran familia, vuestro monarca de una gran nación. Si ambos fueron dados al hallazgo de la piedra filosofal, aquél tiene en su contra las luces de su tiempo, que conocía la ridiculez; éste la lobreguez del suyo, que autorizaba tal inquisición. Si la maledicencia quiere llevar adelante el paralelo, y confrontar en el español y el alemán la flaqueza de algunos discursos, cededles desde luego esta triste ventaja, porque el de vuestro rey fué uno solo, tiene todos los visos de impostura, y la realidad y número de los del otro no merecen disculpa. Si el filósofo moderno poseyó los arcanos de la jurisprudencia, y para su lustre dió bellos opúsculos; el vuestro aventajó á Justiniano en la prudencia con que dictó su cuerpo de leyes. Si sobresalió en las ateoráticas Leibnitz, también sobresalió Alfonso; aquél desde el sosiego de su gabinete, áste desde las turbulencias de las campañas; el uno en el descanso de una vida privada y tranquila, el otro en el laberinto de un trono y de un reino lleno de alteraciones y turbulencias de las campañas. Si el primero trató más arduos, más escabrosos puntos de filosofía, debiólo á los auxilios de su siglo, pues sería tan injusto hacer reo á Alfonso de que no habló de las revoluciones de los satélites de Júpiter, como acusarle de que no promulgó leyes para la navegación á Indias. Cuando Pedro el Grande dió á Europa el nuevo espectáculo de que los rusos eran hombres, animaba á aquellos racionales que acababa de formar, demostrándoles que las ciencias habían dado vuelta al globo; pero todas sus especulaciones hubieran sido inútiles sin su ejemplo, y sus va-

sallos no hubieran aprendido las maniobras de Marte ni las de Neptuno, si él no se hubiera constituído soldado y marinero. Alfonso, penetrado mucho antes de esta verdad, hemos visto supo dar desde lo elevado del trono lecciones de todas facultades. Supo ser legislador, filósofo, astrónomo, historiador, poeta, entre una gente que todo lo ignoraba, entre una gente que lo supo todo con solo este modelo.

José Vargas y Ponce.

El Tostado y el cardenal Torquemada.

(Elogio de Don Alfonso Tostado.)

Fué para toda Italia un espectáculo singular el de este gran duelo científico entre aquellos dos campeones españoles igualmente célebres, igualmente inmortales: ambos respetados por corifeos de la más vasta literatura y virtud; ambos insignes teólogos, eminentes expositores y canonistas; ambos admirados en el concilio de Basilea, estimados de Eugenio IV, amados de Don Juan el II, ambos castellanos de tierra de Valladolid, y lo que me parece más raro, ambos semejantes en la significación de los nombres. La ciencia de Torquemada tenía mucho de aquel ardor polémico que con su nervio y ceguedad aterroriza; la del Tostado, de aquella luminosa amenidad y varia riqueza que agrada y persuade. El estilo de Torquemada noble como su linaje, pero duro; el del Tostado desaliñado é incorrecto como su siglo, pero ingenuo. Las máximas de Torquemada todas ultramontanas; las del Tostado todas conformes á los cánones más antiguos. Torquemada, como un docto eclesiástico, combatía por la Iglesia para triunfar él mis-

mo; el Tostado, como un sabio maestro, combatía por la razón para que ella triunfase. Aquél era el oráculo de la corte romana; éste lo era de todo el orbe instruído. Los títulos de la gloria de Torquemada eran sus Comentarios sobre Graciano, su Suma eclesiástica, sus Cuestiones sobre los Evangelios, su Tratado de la unión de los griegos, sus sermones... Los del Tostado, sus grandes comentarios sobre casi todos los libros históricos de la Biblia, los no menos grandes sobre San Mateo, sus obras sobre Eusebio, sobre las cinco paradojas figuradas, sobre los dioses, sobre las almas separadas, sobre Medea, sobre la policía, sobre la misa, el confesional, la predicación, los casos de conciencia.... Pero ¿á dónde voy? ¿Quién escribió más que Tostado? Finalmente, Torquemada compuso su tratado contra el Tostado, que quedó inédito en la Biblioteca Vaticana; el Tostado conpuso su *Defensorio*, que vió la pública luz, y corre impreso por todo el mundo.

José Vieira y Clavijo.

Antonio Pérez.

Mi propósito no se dirige aquí á tratar de las prendas personales de Antonio Pérez, ni de las virtudes ó vicios que le derribaron de su puesto. Tampoco entro á pesar el valor de las razones y reflexiones políticas de sus escritos y menos la justicia de sus querellas ni la injusticia de sus agravios. Yo tomo aquí á este monstruo y juguete de la fortuna bajo el título y representación de elocuente escritor prosaico, quien sin disputa lo fué con mayor motivo que otros de su tiempo: porque, si para decir bien es menester sentir bien, Antonio Pérez podemos sostener que sobrepujó á todos en el fuerte

expresar de los afectos por un tono el más subido y sentido que pueden dictar la verdad y la inocencia de un oprimido, pues parece que la tinta con que escribia la exprimió de su negro y amargo corazón.

Este caracter y manera se manifiesta más en sus cartas que en los otros escritos, por ser aquellos retrato más fiel del ánimo y condición de su autor. De ellas, pues, pretendo sólo hablar en el juicio crítico que voy á formar del mérito y fama de la elocución de Antonio Pérez; porque es en ellas donde están encerradas la elegancia, la facundia, la gallardía, el arte, el sentimiento, la energía, la suavidad, el fuego, según se había de acomodar á las personas, asuntos y motivos. Así es que le encuentro florido, agudo y delicado en las peticiones y parabienes; donoso, cortesano y fino con las damas; sublime y tierno con su esposa é hijos; nervioso, caluroso y patético en sus desagravios y querellas con sus amigos: y siempre noble, siempre grande y reverente con los reyes y príncipes. Se le halla alguna vez duro, enjuto y lacónico; mas nunca serio, si hemos de entender por seriedad la falta de donaire y agudeza.

Antonio Pérez, no sin arte, sabía templar la sequedad y gravedad de los asuntos y sujetos con toda la franqueza y gracias del estilo familiar, sin perder nunca la decencia y compostura. Aunque no faltan algunas chufas y donaires, al parecer indignos de su edad y contrarios al humor de su fortuna: que con estos mismos términos lo escribe en la primera carta á Gil de Mesa.

«Pero consideren (prosigue) que son cartas familiares, que es como decir, conversación privada; en que, aun en personas graves y de mayores grados, y aun de los muy compuestos en lo exterior por la obligación del lugar y dignidad, suele admitirse tal familiaridad gratamente. Demás de esto, las he dejado copiar de industria, para que se vea que es necesario á los peregrinos templarse á ratos como instrumentos, para entretenimiento de los con quien tratan.»

Sea como fuere, es innegable que en estas cartas resplandecen de cuando en cuando rasgos de experiencia y enseñanza moral y política, con que se pueden formar hombres para la vida pública y privada. Sin embargo de que diga Antonio Pérez en su carta á Gil de Mesa, que los conceptos los hallará humildes y muy caídos, fuera del entendimiento del dueño, que de suyo es de jerarquía inferior, porque los trabajos derriban el ánimo y espíritu, como la vejez va encorvando los cuerpos por gentiles que sean; esto será mejor atribuirlo á salva de modestia epistolar del autor, que á sincera confesión ni á verdadera opinión y conocimiento de sí mismo. Porque no es siempre humildad y descaimiento lo que yo descubro en sus conceptos; mucha ostentación sí de sutilezas metafísicas, de resabios escolásticos, y de moralidades alegóricas, exornadas muchas veces con la flor más lozana de las metáforas y con todo el primor de los retruécanos. Tampoco suele un ánimo abatido por los trabajos derramarse en alegorías tan pensadas y entretenidas, en sutiles definiciones, en juegos etimológicos y voluntarios sentidos.

Por otra parte, ¿cómo podía tener tan pobre y baja opinión de su entendimiento el que no se descuidaba jamás de hacer muestra de él con toda la pompa y colorido de comparaciones y símiles de la naturaleza de los elementos, del poder de los humores, de las virtudes de las plantas y piedras, de las influencias de los cuerpos celestes y de las propiedades de los animales de la tierra, del aire, de las aguas? No deja cometa, esfera, astro, cocodrilo, pelícano, camaleón, rémora, carbunco, beleta, con que no se socorra para vestir sus moralidades: arsenal general de la ciencia y conocimientos naturales de aquel tiempo, que hasta este siglo ha sido el auxilio y lugar común de todo erudito que quería filosofar. Adviértase además que toda esta riqueza y gala de la cultura y del saber nunca iba sin el acompañamiento de los hemosos contrastes de triaca y veneno, de matices y sombras, de alma y cuerpo, y de todo el aparato de músi-

cas y consonancias, de liga de metales, de alquimia, seguida de hornos y crisoles. Antonio Pérez sin duda deseaba lucir su ingenio y erudición, cuando se esmeraba tanto en hacer muestra de sus lecturas, estudios, educación y opiniones entonces generalmente recibidas.

La imparcial justicia que aquí juzga el valor y mérito de nuestros célebres autores, no debe disimularles sus defectos y descuidos, si quiere abrogarse el derecho de realzar mejor sus bellezas y primores. No es menos notable en el contexto de las cartas de Antonio Pérez la oscuridad de algunas expresiones: lo cual procede, parte del modo enigmático que quería afectar, pues lo usaba aun cuando el sentido de la frase ó del pensamiento no pedía embozo ni misterio; y parte de las reticencias y brevedad estudiada por parecer profundo. De aquí venía aquel recoger y estrechar un pensamiento en cortísimo espacio, dejando á este fin mancas ó mutiladas algunas de sus cláusulas con cortes de la concisión latina, siempre opuesta á la construcción que exigen las lenguas vulgares para su claridad y para evitar el sentido equívoco y anfibológico de las frases. Por lo demás, el mérito de decir mucho en pocas palabras, siempre lo hará un escritor estimable. Pinta á la verdad, en pequeño; pero también sus golpes son más vivos y bien marcados.

Se conoce que escribía con el recato de un cortesano que temía decir la verdad ó mostrar su sentir, aun después de libre y escapado de las garras de sus enemigos. De aquí es que, no obstante que sus infortunios debían de haberle criado un humor agrio y desabrido, y su edad y desengaños infundídole muy mala opinión de los hombres, jamás se descompone ni cae de su dignidad en sus lamentos y querellas. Parece que escribía sus cartas el día después de habérselas dictado el dolor ó el despecho.

Dejando á parte todo lo que tenía Antonio Pérez del gusto de su tiempo y de su natural de enamorado (aun de sí mismo), los retratos símiles, comparaciones, metáforas é imá-

genes con que embute, digámoslo así, el estilo, son adecuadamente traídas y bien trazadas, como de mano de maestro en el arte de conocer los hombres, las cortes y los negocios. La energía y valentía de sus metáforas, ningún escritor hasta hoy la ha mostrado con tanta fuerza y gallardía.

En efecto, da cuerpo, vida y acción á las cosas por la manera de pintarlas, y reviste sus ideas de grandes y profundos sentimientos, cuando da licencia á su lengua para decir las ansias de su corazón y sus amargas quejas, pero siempre medidas por la razón y el decoro. Entonces es cuando alguna vez se levanta y arrebata, asombrando y arrebatando á los demás; porque es muy difícil leer las desgracias de un hombre grande, sin tomar parte en ellas y sin indignarse contra las artes de la malicia humana. Cautiva casi siempre é interesa; pero también se le conoce que lo desea y lo procura.

Sin embargo de todo esto, aunque no se le puede negar lo noble y lo sublime á la naturaleza de sus sentimientos, el temple y tono de su expresión se descubre más pensado que sentido. Y bien podríase decir, que con achaque de lamentar sus desdichas, buscaba cómo hacer plaza de su ingenio y erudición. Parece que nunca escribía distraído ni enajenado, pues los adornos con que realzaba sus razones, y las flores con que amenizaba su estilo, están publicando que pensaba lo que había de escribir y que escribía lo que había de imprimir. Y como, por otra parte, junta calidades opuestas entre sí, me atrevo á decir que tomó de Séneca lo ingenioso, lo agudo y sentencioso, por gusto y propia inclinación, y se revistió muchas veces del carácter de Tácito por necesidad, cuando tuvo que valerse de lo enérgico, nervioso y conciso para pintar por la mala parte la naturaleza humana y la vida de la corte.

Su estilo, por lo general, es animado, lleno de moción y de calor, y donde falta éste, ocupan su lugar la gracia y la gentileza. De manera que Antonio Pérez y el P. Fr. Luis de León hicieron en aquel reinado la última prueba del vigor y gallardía de la lengua española, con la novedad de sus imá-

genes, energía de sus palabras y valentía de sus figuras, que siempre despiertan altas ideas y profundos afectos...

Mirado Antonio Pérez á todas luces, no admite duda que sabía mover, pintar y sentir. Tiene el embeleso de cierta naturalidad y sencillez, sin ser natural ni sencillo su estilo. De modo que lo hallamos esmerado sin ser afectado, pulido sin ser correcto y lacónico sin ser preciso. Disimula y oculta alguna vez el estudio, mas nunca el ingenio; alguna vez la lima, y jamás el aliño.

ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

Elogio de Carlos III.

Sí, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Carlos Tercero. Sembró en la nación las semillas de luz que han de ilustraros, y os desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instrucción, sabe promover con tan noble y constante afán las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulación, en ninguna tan firmes sus defensores, en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reune, se extiende, y muy presto

bañará todo nuestro horizonte. Sí, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios de lo futuro, ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Carlos; la sabiduría y el patriotismo le acompañan; innumerables generaciones le reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido con que le injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

¡Oh vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolución! Mientras la mano bienhechora de Carlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y día el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los más distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afán, este vuestro deseo y única ambición. Y si queréis hacer á Carlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nación para hacerla dichosa.

También vosotras, noble y preciosa porción de este cuerpo patriótico, también vosotras podéis arrebatar esta gloria, si os dedicáis á desempeñar el sublime oficio que la naturaleza y la religión os han confiado. La patria juzgará algún día los ciudadanos que le presentéis, para librar en ellos la esperanza de su esplendor. Tal vez correrán á servirla en la Iglesia, en la magistratura, en la milicia, y serán desechados con ignominia, si no los hubiéreis hecho dignos de tan altas funciones. Por desgracia, los hombres nos hemos arrogado el derecho exclusivo de instruirlos, y la educación se ha reducido á fór-

mulas. Pero, pues nos abandonáis el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo menos reservaos el de formar sus corazones. ¡Ah! ¿De qué sirven las luces, los talentos, de qué todo el aparato de la sabiduría, sin la bondad y rectitud del corazón? Sí, ilustres compañeras, sí, yo os lo aseguro, y la voz del defensor de los derechos de vuestro sexo no debe seros sospechosa; yo os lo repito, á vosotras toca formar el corazón de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidos el bien y la dicha de la humanidad; inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud que vosotros recibisteis de la naturaleza, y que el hombre alcanza apenas á fuerza de reflexión y de estudios. Hacedlos sensibles, esforzados, compasivos, generosos; pero sobre todo, hacedlos amantes de la verdad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustración que Carlos quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algún día recompensa y consolación de vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro celo y bienhechores de la nación.

MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Estorbos físicos ó derivados de la naturaleza.

(Informe sobre la Ley Agraria.)

Aunque el oficio de labrador es luchar á todas horas con la naturaleza, que de suyo nada produce sino maleza, y que sólo da frutos sazonados á fuerza de trabajo y cultivo, hay, sin embargo, en ella obstáculos tan poderosos, que son insuperables á la fuerza de un individuo, y de los cuales sólo pueden triunfar las fuerzas reunidas de muchos. La necesidad de

vencer esta especie de estorbos, que acaso fué la primera á despertar en los hombres la idea de un interés común y á reunirlos en pueblos para promoverle, forma todavía uno de los primeros objetos y señala una de las primeras obligaciones de toda sociedad política.

Sin duda que á ella debe la naturaleza grandes mejoras. Á doquiera que se vuelva la vista, se ve hermoseada y perfeccionada por la mano del hombre. Por todas partes descuajados los bosques, ahuyentadas las fieras, secos los lagos, acanalados los ríos, refrenados los mares, cultivada toda la superficie de la tierra y llena de alquerías y aldeas y de bellas y magníficas poblaciones, se ofrecen en admirable espectáculo los monumentos de la industria humana y los esfuerzos del interés común para protejer y facilitar el interés individual.

Sin embargo, ya hemos advertido que no se hallará nación alguna, aun entre las más cultas y opulentas, que haya dado á este objeto toda la atención que se merece. Aunque es cierto que todas le han promovido más ó menos, en todas queda mucho que hacer para remover los estorbos físicos que retardan su prosperidad, y acaso no hay una señal menos equívoca de los progresos de su civilización, que el grado á que sube esta necesidad en cada una. Si la Holanda, cuyas mejores poblaciones están colocadas sobre terrenos robados al Océano, y cuyo suelo, cruzado de innumerables canales, de estéril é ingrato que era, se ha convertido en un jardín continuado y lleno de amenidad y abundancia, ofrece un ejemplo de lo que pueden sobre la naturaleza el arte y el ingenio, otras naciones, favorecidas con un clima más benigno y un suelo más pingüe, presentan en sus vastos territorios, ó inundados, ó llenos de bosques y maleza, ó reducidos á páramos incultos y abandonados á la esterilidad, otro no menos grande de su indolencia y descuido.

MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Formación de cartillas rústicas.

(Informe sobre la ley Agraria.)

Y contrayéndonos á este objeto, cree la sociedad que el medio más sencillo de comunicar y propagar los resultados de las ciencias útiles entre los labradores, sería el de formar unas cartillas técnicas, que en estilo llano y acomodado á la comprensión de un labriego, explicasen los mejores métodos de preparar las tierras y las semillas, y de sembrar, coger, escardar, trillar y aventar los granos, y de guardar y conservar los frutos y reducirlos á caldos ó harinas; que describiesen sencillamente los instrumentos y máquinas del cultivo, y su más fácil y provechoso uso; y finalmente, que descubriesen y como que señalasen con el dedo todas las economías, todos los recursos, todas las mejoras y adelantamientos que puede recibir esta profesión.

No desea la sociedad que estas cartillas se enseñen en las escuelas, cuyo único objeto debe ser el conocimiento de las primeras letras y de las primeras verdades. Tampoco quiere obligar á los labradores á que las lean, y menos á que las sigan, porque nada forzado es provechoso. Sólo quisiera que hubiese quien se encargase de convencerlos del bien que pueden sacar de estudiarlas y seguirlas; y esto lo espera la sociedad primeramente del interés de los propietarios. Cuando este interés se haya ilustrado, será muy fácil que conozca las ventajas que tiene en comunicar su ilustración.

¿Y por qué no esperará lo mismo del celo de nuestros párrocos? ¡Ojalá que, multiplicada la enseñanza de las ciencias útiles, pudiesen derivarse sus principios á esta preciosa é importante clase del Estado! ¡Ojalá que se difundiesen en ella, para que los párrocos fuesen también en esta parte los padres é institutores de sus pueblos! ¡Dichosos entonces los pueblos! ¡Dichosos cuando sus pastores, después de haberles mostrado el

camino de la eterna felicidad, abran á sus ojos los manantiales de la abundancia, y les hagan conocer que ella sola, cuando es fruto del honesto y virtuoso trabajo, puede dar la única bienandanza que es concedida á la tierra! ¡Dichosos también los párrocos, si destinados á vivir en la soledad de los campos, hallaren en el cultivo de las ciencias útiles aquel atractivo que hace tan dulce la vida en medio del grande espectáculo de la naturaleza, y que levantando el corazón del hombre hasta su Criador, le abre á la virtud en que más se complace, y que es la primera de su santo ministerio!

MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Discurso sobre el estudio de la Geografía histórica.

Aun esta débil gloria de la antigua geografía debía perecer con la del nombre romano. En vano la buscaréis entre las bárbaras naciones, que inundando su imperio, ahuyentaron de él las ciencias, las artes y los descubrimientos de la antigüedad. Entonces dividida la Europa en reinos pequeños, partida en más pequeños señoríos, turbada con frecuentes guerras, infestada por aventureros y bandidos, sin estudios, sin comercio, sin ninguna relación de correspondencia ó comunicación habitual, dejó de conocer el resto de la tierra y aun de conocerse á sí misma. Apenas el tráfico de Constantinopla, comunicando con grandes rodeos con la India, conservó algún conocimiento del Asia; y si los árabes con las ciencias matemáticas cultivaron la geografía, fué para ilustrar sus principios, sin extender sus límites fuera del imperio de la media luna. A los antiguos errores añadió la ignorancia otros nuevos, y para mayor

confusión del espíritu humano, la población de las zonas, la existencia de los antípodas, las verdades más triviales de esta ciencia, eran miradas como una impiedad ó como un sueño por los genios más superiores de la baja edad.

Pero en medio de sus tinieblas, España, á quien tanta gloria estaba reservada en la historia de la geografía, mientras rechazaba con una mano los enemigos de la libertad y de su culto, preparaba con otra la feliz revolución que debía ilustrar los principios y ensanchar los límites de esta noble ciencia. Ya en el siglo XII, el intrépido Benjamín de Tudela, penetrando por nuevas y desconocidas regiones, le había dado á conocer el Asia y el África. Ya en el XIII una reunión de sabios, á la sombra de un príncipe justamente distinguido por este nombre, había prohijado y comunicado á la Europa el *Almagesto* de Ptolomeo, mejorado por Albategnio. Ya en el XIV, engolfándose en el Atlántico, había descubierto y dado á Betancourt las Canarias, cuando en el XV, cultivando la astronomía y la náutica, inventando la hidrografía y arrojándose á ignotos mares, se disponía á llevar sus banderas á los extremos de Oriente y Occidente, para abrir toda la tierra á la contemplación de la filosofía.

¡Loor te sea dado, oh valerosa y magnánima nación, escogida por el cielo para descubrir un nuevo mundo y unir con eterno vínculo dos hemisferios, antes tan desconocidos y separados! ¡Loor á los héroes intrépidos, que despreciando la muerte y los naufragios, corrieron los vastos continentes de Ocaso y Mediodía, y penetraron hasta los más escondidos extremos del mar Atlántico y Pacífico! ¡Loor inmortal á Colón y á Gama, á Balboa y Magallanes, cuyos nombres brillarán con perdurable esplendor en los fastos de la geografía! ¡Loor, en fin, al valeroso Elcano, que con su nao Victoria rodeó el primero la tierra, circunscribiendo en su giro todos los límites del mundo! Desde entonces nada quedó escondido en él á la intrepidez del genio español. Nuevas expediciones y descubrimientos se suceden en Oriente y Ocaso; los conti-

nentes más ignorados, las islas más remotas ven tremolar en nuestras naves el león de España; y explorados todos los senos del Océano, la geografía sacó de entre las ondas su brillante cabeza.

Mientras la envidia pesa en injusta balanza la sangre y lágrimas de tantos pueblos descubiertos y conquistados, sin poner en ella la santa moral, las leyes justas y las instituciones benéficas que recibieron en cambio, saquemos nosotros una útil lección de estas pasadas glorias, y veamos cómo España, después de haber despertado la atención de las demás naciones y dádoles el primer impulso para que la siguiesen en tan ilustre carrera, contenta con el fruto de sus victorias y dormida sobre sus laureles, empezó á desdeñar los estudios á que los debiera, y cómo, olvidándolos casi por dos siglos enteros, se abandonó á las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía, en tanto que otros pueblos, contemplando los cielos, explorando la tierra y cultivando las ciencias naturales, corrían á un mismo paso á la cumbre de la ilustración y la opulencia.

¡Qué época tan gloriosa no abre aquí la historia á vuestros ojos, y cuántos ilustres genios no presenta á vuestra veneración! Copérnico fijando el sol en su trono; Keplero dando leyes al giro de los planetas; Newton reduciéndolas á un principio tan sublime por su sencillez como por su grandeza; Galileo, Hevelio, Casini, Lacaille y Herschel describiendo, poblando y ensanchando los cielos, y tantos como buscando en ellos el conocimiento del globo, lograron colocar su nombre entre los fundadores de la geografía moderna.

Su ilustre ejemplo infunde un ardiente espíritu de investigación en la filosofía, que aliada con las artes, inventa instrumentos, perfecciona métodos, multiplica recursos, y doblando el alcance de la vista y las fuerzas de la razón humana, abre á su contemplación los cielos y la tierra, y somete á sus cálculos, así los cuerpos grandes y remotos, como los más imperceptibles y escondidos de la naturaleza.

Entonces fué cuando la política, avergonzada de no tener alguna parte en esta gloria, empezó á inspirar en los gobiernos el deseo de asociarse á las ciencias y acalorar y proteger sus designios. Y ved aquí el noble impulso á que fueron debidas aquellas empresas memorables, que sólo pudo coronar la generosidad del poder, reunida al amor de la sabiduría, y que levantaron á tanto esplendor la ciencia geográfica. Premios señalados á los inventores de instrumentos para combinar con mayor exactitud las medidas del tiempo y del espacio; colonias de sabios destinadas al Ecuador y á nuestro polo para resolver la cuestión cardinal de la figura y tamaño de la tierra; astrónomos derramados por todas las playas del mundo para determinar el tránsito de Venus por el disco solar, la paralaje de de este gran planeta y su tamaño y distancia de nosotros; navegantes entregados á mares nunca conocidos para descubrir entre peligros y naufragios los helados continentes de uno y otro polo.... No, no nos es dado reducir á los estrechos límites de un discurso tan amplia materia de alabanza. Algún día la descubriréis en la historia de las ciencias, cuando con los nombres de Condamine y Maupertuis os presente los de tantos dignos compañeros de sus trabajos, y algún día también, leyéndola, honraréis con vuestras lágrimas los de Cook, Malespina y Lapeyrouse, y deploraréis el maligno hado que se complació en confundir en su memoria, como en la de Colón y Magallanes, la gloria y el infortunio...

¡Ojalá que pudiese yo también revindicar para mi patria la gloria de haber perfeccionado su topografía interior! Gloria debida en otro tiempo al celo de Felipe II y á las sábias operaciones y tareas del maestro Esquivel; pero de que se hizo indigno el triste siglo XVII, que con el fruto y las reliquias de esta empresa, la primera acometida y la única acabada en Europa, perdió también, para mayor baldón suyo, su rastro y su memoria. ¡Ojalá que condolida de pérdida tan lamentable, ojalá que ansiosa de repararla, vuelva los ojos á este objeto, y reuniendo tantas luces astronómicas y geométricas

como andan dispersas y ociosas por nuestra juventud militar, las consagre á la formación de una nueva y exacta carta de nuestra península! De aquella carta, tan deseada, sin cuya luz la política no formará un cálculo sin error, no concebirá un plan sin desacierto, no dará sin tropiezo un solo paso; sin cuya dirección la economía más prudente no podrá, sin riesgo de desperdiciar sus fondos ó malograr sus fines, emprender la navegación de un río, la abertura de un canal de riego, la construcción de un camino ó de un nuevo puerto, ni otro alguno de aquellos designios, que abriendo las fuentes de la riqueza pública, hacen florecer las provincias y aumentan el verdadero esplendor de las naciones.

Miremos como una desgracia del espíritu humano que sea más propia de su condición esta inquieta curiosidad de saber lo que menos le importa que la constancia en adquirir lo que más le interesa. ¿Por qué correrá desalado tras lo distante y extraño, descuidando lo cercano y doméstico? Observamos con más ahinco el cielo que la tierra, y preferimos el descubrimiento de regiones extrañas y remotas al conocimiento de nuestra propia morada. Estudiamos con más afán las historias de Roma y Grecia que la de España, y la geografía del Japón que la de nuestra península. Y mientras podemos señalar con el dedo el lugar que ocupa una estrella solitaria en los cielos y una isla desierta en la inmensidad de los mares, ignoramos el origen de nuestros ríos, las raíces de nuestros montes, la situación de nuestras provincias, y acaso el punto que ocupa en España el centro de nuestra circulación y el asiento de nuestro gobierno. ¡Funesto abandono, que parecería increíble si, propio de la humana flaqueza, no fuese más ó menos imputable á todos los gobiernos!

¡Oh Asturias, porción preciosa de España! ¿Cuándo llegará el día que, poniendo á logro las luces que vamos difundiendo en tu seno, emplees en tan noble objeto estos jóvenes, que serán sus depositarios, y que ahora te presentamos como primicias de nuestro celo y prenda y anuncio de

tu futura prosperidad? ¡Oh amados jóvenes! ¿cuándo os verán mis ojos, precedidos de vuestros maestros, trepar por estas cumbres que nos rodean, con el teodolito al ojo y el compás en la mano, medir en vastos triángulos el territorio de Asturias y preguntar al cielo cuál es el espacio que ocupa vuestra patria en el globo, cuáles los límites que le dividen, las fuentes de sus rápidos ríos, las cuencas de sus hondos valles, el rumbo y la altura de sus montes y la extensión de estas tierras y playas, donde vuestros hermanos buscan con diario sudor el alimento y la dicha de tantas familias? ¿Cuándo os veré yo reducir este trabajo á una breve y exactísima carta topográfica, que multiplicada por el buril, difunda por todas partes, con la imágen de vuestra patria, el más ilustre testimonio del amor que la profesáis?

¡Oh Gijón, amada cuna mía y objeto de mis continuos desvelos! No, no será ilusorio el dulce presentimiento de que el cielo te tiene reservada esta gloria, que llegará el día venturoso en que veas á tus hijos, llevando en la mano esta carta, fruto de su celo y sus luces, correr todos los ángulos de Asturias, indagar las varias clases de vivientes que los pueblan, los vegetales que los adornan, los minerales que los enriquecen, y observar y ordenar y describir cuantos dones derramó sobre ellos la Providencia. Tú los verás ilustrar la topografía, la geografía física y la historia natural de este precioso suelo en que vieron la luz, en que recibieron la educación y á cuyo bien están consagrados estos estudios.

MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias.

¡Dichoso aquel que aspirando á igualar á estos hombres célebres, luchare por alcanzar tan preciosos talentos! ¡Cuánta

gloria, cuánto placer no recompensará sus fatigas! Pero si una falsa modestia entibiare en alguno de vosotros el inocente deseo de fama literaria, si la pereza le hiciere preferir más humildes y fáciles placeres, no por eso crea que el estudio que le propongo es para él menos necesario. Porque ¿quién no le habrá menester para su provecho y conducta particular? Creedme: la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento, en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio, es el talento más necesario en el uso de la vida. Lo es, no sólo para hablar y escribir, sino también para oír y leer, y aun me atrevo á decir que para sentir y pensar; porque habéis de saber que el buen gusto es como el tacto de nuestra razón; y á la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extensión y figura, de su blandura ó dureza, de su aspereza ó suavidad, así también tentando ó examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos ó los ajenos, descubrimos sus bellezas ó imperfecciones, y juzgamos rectamente del mérito y valor de cada uno.

Este tacto, este sentido crítico es también la fuente de todo el placer que excitan en nuestra alma las producciones del genio, así en la literatura como en las artes, y esta deliciosa sensación es siempre proporcionada al grado de exactitud con que distinguimos sus bellezas de sus defectos. Él es el que nos eleva con los sublimes raptos de fray Luis de León ó nos atormenta con las hinchadas metáforas de Silveira, y él es el que nos embelesa con los encantos del pincel de Murillo ó nos fastidia con la descarnada sequedad del Greco; por él lloramos con Virgilio y Racine ó reímos con Moreto y Cervantes; y mientras nos aleja desabridos de la ruidosa palabrería de un charlatán, nos ata con cadenas doradas á los labios de un hombre elocuente; él, en fin, perfeccionando nuestras ideas y nuestros sentimientos, nos descubre las gracias y bellezas de la naturaleza y de las artes, nos hace amarlas y saborearnos con ellas, y nos arrebata sin arbitrio en pos de sus encantos.

Perfeccionad, hijos míos, este precioso sentido, y él os ser-

virá de guía en todos vuestros estudios, y él tendrá la primera influencia en vuestras opiniones y en vuestra conducta. Él pondrá en vuestras manos las obras marcadas con el sello de la verdad y del genio, y arrancará ó hará caer de ellas los abortos del error y de la ignorancia. Perfeccionadle, y vendrá el día en que, difundido por todas partes, y no pudiendo sufrir ni la extravagancia ni la medianía, ahuyente para siempre de vuestros ojos esta plaga, esta asquerosa colubie de embriones, de engendros, de monstruos y vestiglos literarios, con que el mal gusto de los pasados siglos infestó la república de las letras. Entonces, comparando la necesidad que tenemos de buena y provechosa doctrina con el breve período que nos es dado para adquirirla, condenaremos de una vez á las llamas y al eterno olvido tantos enigmas, sofismas y sutilezas, tantas fábulas y patrañas y supercherías, tanta paradoja, tanta inmundicia, tanta sandez y necedad como se han amontonado en la enorme enciclopedia de la barbarie y de la pedantería.

Esto deberá la educación pública á la reunión de las ciencias con la literatura; esto le deberá la vuestra. Alcanzadlo, y cualquiera que sea vuestra vocación, vuestro destino, apareceréis en el público como miembros dignos de la nación que os instruye; que tal debe ser el alto fin de vuestros estudios. Porque ¿qué vale la instrucción que no se consagra al provecho común? No, la patria no os apreciará nunca por lo que supiereis, sino por lo que hiciereis. ¿Y de qué servirá que atesoréis muchas verdades, si no las sabéis comunicar?

Ahora bien, para comunicar la verdad, es menester persuadirla y para persuadirla hacerla amable. Es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus más puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla á la comprensión general é inspirarle aquella fuerza, aquella gracia, que fijando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen.

¿Y á quién os parece que se deberá esta victoria, sino al arte de bien hablar? No lo dudéis: el dominio de las ciencias se ejerce solo sobre la razón; todas hablan con ella, con el cora-

zón ninguna; porque á la razón toca el asenso, y á la voluntad el albedrío. Aun parece que el corazón, como celoso de su independencia, se revela alguna vez contra la fuerza del raciocinio, y no quiere ser rendido ni sojuzgado sino por el sentimiento. Ved pues aquí el más alto oficio de la literatura, á quien fué dado el arte poderoso de atraer y mover los corazones, de encenderlos, de encantarlos y sujetarlos á su imperio.

Tal es la fuerza de su hechizo, y tal será la del hombre que á una sólida instrucción uniere el talento de la palabra, perfeccionado por la literatura. Consagrado al servicio público, ¿con cuánto esplendor no llenará las funciones que le confiare la patria? Mientras las ciencias alumbren la esfera de acción en que debe emplear sus talentos, mientras le hagan ver en toda su luz los objetos del público interés que debe promover, y los medios de alcanzarlos, y los fines á que debe conducirlos, la literatura le allanará las sendas del mando. Dirigiendo ó exhortando, hablando ó escribiendo, sus palabras serán siempre fortificadas por la razón ó endulzadas por la elocuencia, y excitando los sentimientos y captando la voluntad del público, le asegurarán el asenso y gratitud universal.

Comparemos con este hombre respetable uno de aquellos sabios especulativos, que desdeñando tan precioso talento, deben tal vez á la incierta opinión de sus teorías la entrada á los empleos públicos. Veréis que sus estudios no le inspiran otra pasión que el orgullo, otro sentimiento que el menosprecio, otra afición que el retiro y la soledad; pero al emplear sus talentos, vedle en un país desconocido, en que ni descubre la esfera de su acción, ni la extensión de sus fuerzas, ni atina con los medios de mandar ni con los de hacerse obedecer. Abstracto en los principios, inflexible en sus máximas, enemigo de la sociedad, insensible á las delicias del trato; si alguna vez los deberes de urbanidad le arrancan de sus nocturnas lucubraciones, aparecerá desaliñado en su porte,

embarazado en su trato, taciturno ó importunamente misterioso en su conversación, como si sólo hubiese nacido para ser espantajo de la sociedad y baldón de la sabiduría.

Pero la literatura, enemiga del mando y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada, y en ella se recrea y en ella ejerce y desenvuelve sus gracias. Mientras los conocimientos científicos, levantados en su alta atmósfera, se desdeñan de bajar hasta el trato y conversación familiar, ó son desdeñados de ella, veréis que la erudición pule y hace amable este trato, le adorna, le perfecciona, y concurre así al esplendor de la sociedad, y también al provecho. Sí, señores, también al provecho. ¿Por ventura es la sociedad otra cosa que una gran compañía, en que cada uno pone sus fuerzas y sus luces, y las consagra al bien de los demás? Cortés, amigable, expresivo en sus palabras, ninguno obligará, ninguno persuadirá mejor; cariñoso, tierno, compasivo en sus sentimientos, ninguno será más apto para dirigir y consolar; lleno de amablidad y dulzura en su porte, y de gracia y de policía en sus palabras, ¿quién mejor entretendrá, complacerá y conciliará á sus semejantes?

Y ved aquí por qué el hombre adornado de estos talentos agradables y conciliatorios será siempre el amigo y consuelo de los demás. ¿Quién resistirá al imperio de su expresión? Llena de vigor y atractivos, siempre amena é interesante, siempre oportuna y acomodada á la materia presentada por la ocasión, le atraerá sin arbitrio la atención y el aplauso de sus oyentes; y ora narre y exponga, ora reflexione y discurra, ora ría, ora sienta, veréis ser siempre el alma de las conversaciones y la delicia de los concurrentes.

Pero ¡ah! que más de una vez le arrojarán de ellas la ignorancia y mala educación. ¡Ah! que atormentado del estúpido silencio, de la grosera chocarrería, de la mordaz y ruin maledicencia que suele reinar en ellas, se acogerá más de una vez á su dulce retiro; pero seguidle, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí, restituído á sí mis-

mo y al estudio y á la contemplación, que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer cuya inefable dulzura sólo es dado sentir y gozar á los amantes de las letras. Allí, en dulce comercio con las musas, pasa independiente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí, sobre todo, ejercita su imaginación, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente por todas partes, llena su alma de grandes ideas y sentimientos; ya la enternece ó eleva, ya la conmueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo, lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado.

Alguno me dirá que todo es una ilusión, y es verdad; pero es una ilusión inocente, agradable, provechosa. ¿Y qué bien, qué gozo del mundo no es una ilusión sobre la tierra? ¿Es acaso otra cosa lo que se llama en él felicidad? ¿Acaso la encuentra más seguramente el hombre ambicioso en la devorante sed de gloria, de mando y de oro, ó el sensual en la intemperancia, que paga brevísimos instantes de gozo con plazos prolongados de inquietud y amargura? ¿Se halla acaso entre el sudor y las fatigas de la caza ó en la zozobra y angustiosa incertidumbre del juego? ¿Se halla en aquel continuo vaguear de calle en calle, con que veis á algunos hombres indolentes andar acá y allá todo el día, aburridos con el fastidio y agobiados con el peso de su misma ociosidad? No, hijos míos; si algo sobre la tierra merece el nombre de felicidad, es aquella interna satisfacción, aquel íntimo sentimiento moral que resulta del empleo de nuestras facultades en la indagación de la verdad y en la práctica de la virtud. ¿Y qué otros estudios excitarán mejor esta pura satisfacción, este delicioso sentimiento, que los del literato? Aun aquellos que los sabios presuntuosos motejan con el nombre de frívolos y vanos concurren á mejorar é ilustrar su alma. La poesía misma, entre

sus dulces ficciones y sabias alegorías, le brinda á cada paso con sublimes ideas y sentimientos, que enterneciéndola y elevándola, la arrancan de las garras del torpe vicio y la fuerzan á adorar la virtud y seguirla; y mientras la elocuencia, adornando con amable colorido sus victoriosos raciocinios, le recomienda los más puros sentimientos y los ejemplos más ilustres de virtud y honestidad, la historia le presenta en augusta perspectiva, con las verdades y los errores, y las virtudes y los vicios de todos los siglos, aquella rápida vicisitud con que la eterna Providencia levanta los imperios y las naciones, y los abate y los rae de la faz de la tierra. Y si en este magnífico teatro ve al mayor número de los hombres arrastrados por la ambición y la codicia, también le consuelan aquellos pocos modelos de virtud que descuellan acá y allá en el campo de la historia, como en un bosque devorado por las llamas, tal cual roble salvado del incendio por su misma proceridad.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Oración sobre el estudio de las ciencias naturales.

Al entrar á estudiarla, ¡qué espectáculo tan augusto no se abrirá á vuestra contemplación! Vosotros, acostumbrados á verle á todas horas y familiarizados con su grandeza, apenas os dignáis de examinarle; pero levantad á él vuestro espíritu, y veréis cómo, atónito con tantas maravillas, se enciende y suspira por conocerlas. La razón os fué dada para alcanzar una parte de ellas: elevadla hasta el sol, inmenso globo de fuego y resplandor, y veréis cómo fué colocado en el centro del mundo para regir desde allí los planetas situados á tan diversas distancias. Como padre y rey de los astros, él los ilumina y fomenta y dirige sus pasos y prescribe sus movimientos.

Cada uno oye su voz, la sigue obediente y gira en torno de su brillante trono. La tierra, este pequeño globo que habitamos, y uno de sus planetas inferiores, reconoce la misma ley, y de él recibe luz y movimiento. ¿Queréis formar alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupáis dista sobre veinte y siete millones de leguas; del sol, que es su centro; que Saturno dista del mismo centro sobre doscientas y sesenta y cinco millones de leguas, que el planeta Urano, columbrado en nuestros días, dista todavía más de Saturno que Saturno del sol; que todavía se alejan más y más de él los cometas en sus giros excéntricos, y que todavía la flaca razón del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.

Y ¡qué! cuando los hubiese alcanzado, cuando pudiese trasportarse hasta ellos, ¿divisaría desde allí los términos de la creación? Preguntadlo á esa muchedumbre de estrellas fijas que en el silencio de la noche veis centellear sobre los remotos cielos; parece que su número crece cada día al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos, y cada día nos hace ver que el Altísimo las sembró como brillante polvo en el espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les fué señalado, cada una es un sol, centro de otro sistema, en torno del cual giran sin duda otros cuerpos opacos, y acaso en torno de estas otras lunas como las que siguen nuestro globo y el de Júpiter. He aquí lo que alcanzamos, pero ¿quién adivinará dónde empieza ni dónde acaba la naturaleza inaccesible á nuestros débiles sentidos, ó quién comprenderá los límites de la creación, sino aquella suprema inteligencia que encierra en su misma inmensidad el vastísimo imperio de la existencia y del espacio? Pero en torno de vosotros existen más cercanos testimonios de esta grandeza. ¿No veis esa dilatada región que se extiende entre los cielos y la tierra? A vuestros ojos se presenta vacía; mas ¡cuál será vuestro asombro cuando os convencieseis de que toda está henchida y penetrada de aquella naturaleza activa, benéfica y á que se da el nombre de ele-

mental, porque parece ocupada perennemente en la sucesiva reproducción de los entes y en la conservación del todo. Allí sabréis cómo la luz, emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes cabelleras de los cometas remotísimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un océano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante más duro, pero flexible hasta ceder al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe, y no visible en sí, hace visibles todas las cosas. Simple é inmaculada, ella las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y extenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos. Su solo movimiento produce el calor y la agitación del calor; este fuego elemental, alma de la naturaleza, que difundido por todos los cuerpos, los penetra, los llena, los dilata, y así reside en la deleznable arcilla como en el duro pedernal, así en el agua termal como en el frísimo carámbano. Este agente poderosísimo los mueve y los anima, su influjo los fomenta y vivifica, pero también su enojo los destruye y anonada, ora sea que anunciada por el trueno, caiga desde las nubes á derrocar las altas torres, ora que desgarrando las entrañas de la tierra, reviente por las nevadas cumbres para sepultar en ríos de lava y ceniza los bosques y los campos, las solitarias alquerías y las ciudades populosas.

El aire le alimenta; el aire, otro fluído elemental, invisible, movible, elástico por excelencia, y grave y velocísimo. En él, como en un golfo inmenso, nada sumergida la tierra. Un día conoceréis cómo la estrecha y abraza por todas partes, y cómo gravita sobre ella y la sostiene, y cómo la sigue constante en su diurno y anual movimiento. Por él respiran los entes animados, por él alienta la vegetación y se renueva todos los años, y á él deben todos los cuerpos solidez, sonoridad y armonía. Por él el hombre anuncia la serenidad y las tormentas, y por él mide la elevación y compara la temperatura de los climas. Su movimiento forma los vientos salutíferos,

purificadores de la atmósfera y conservadores de la existencia y la vida. ¡Cuán benéficos y regalados, cuando en las mañanas de primavera cubren de flores los valles y colinas, ó en las tardes de estío difunden el refrigerio sobre los campos abrasados! Pero ¡cuán terribles si, rotas alguna vez sus cadenas, se precipitan á conmover los cielos, y llamando las tempestades, turban y sublevan el vasto imperio de los mares!

Estos mares son abastecidos por el agua, otro benéfico elemento, líquido, diáfano y siempre ansioso del equilibrio; que ya se congrega en las nubes para descender suelta en lluvias y rocíos, ó coagulada en nieves y granizos, ya se deposita en el corazón de los montes para brotar en fuentes y arroyos, abastecer lagos y ríos, y después de haber llenado la tierra de fecundidad y los vivientes de salud y alegría, sumirse en el inmenso Océano; en el Océano, lleno también de riqueza y de vida, que enlaza y acerca los separados continentes y forma aquel extendido vínculo de comunicación que el Dios omnipotente quiso establecer entre la especie humana, y que en vano pretende desatar la loca ambición de los hombres.

Estos seres purísimos, tan diferentes en sus propiedades, que siguen tan constantemente la ley que les fué impuesta por el Criador, que siguiéndola concurren á la continua reproducción de los demás seres y que perpetúan la naturaleza, aun cuando parece que amenazan su destrucción, ¡cuán admirable materia no ofrecerán á vuestro estudio!

Pero nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que os presentará los objetos más dignos de vuestra contemplación. ¿Qué nos importaría el conocimiento de los seres superiores, si no fuese por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo? ¡Oh, cómo resplandece sobre él la beneficencia de Dios! Do quiera que volváis los ojos, hallaréis impresa la marca de su omnipotencia y su bondad. Considerad el activo y oficioso reino animal derramado por todo el orbe; consideradle desde el elefante, que roe los hojosos bosques de Abisinia, hasta el minador, que se esconde y mantiene en las membranas de una hojilla;

desde el águila caudal que se remonta á las nubes para beber más de cerca los rayos del sol, hasta el pájaro mosca que revolotea entre las flores de América; y desde la enorme ballena, que sondea los mares del Norte ó se tiende sobre sus espaldas como una isla batida en vano de las ondas, hasta la inmóvil lapa, que nace y muere pegada á nuèstras peñas. ¡Qué muchedumbre de pueblos y familias, qué variedad de formas y tamaños, de índoles é instintos, y qué escala de perfección tan maravillosa! Buscadle, y le hallaréis poblando la pura región de la atmósfera, como el fétido ambiente de las cavernas; así en las aguas dulces y corrientes, como en las salobres y estancadas; en las plantas como en las rocas, en lo alto de los montes como en el fondo de los valles, y en la superficie como en las entrañas de la tierra; todo está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. ¿Qué digo henchido? La vida misma es alimento de la vida, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros mismos, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros huesos, encierran dentro de sí numerosas familias de otros vivientes, que acaso encerrarán también en sí y darán morada y alimento á otros y otros vivientes. Porque ¿quién sabe hasta dónde plugo al Omnipotente multiplicar la vida y extender los términos de la creación animada?

Y ¿quién alcanzó todavía los de la creación vegetal? Este reino, lleno también de vigor y de vida, ostenta por todas partes la misma grandeza, la misma variedad, la misma exquisita graduación de formas y tamaños. Ved cuál cubre toda la tierra y forma su gala y ornamento, y cuál va difundiendo sobre ella la abundancia y la alegría. Tan admirable en lo grande como en lo pequeño, en el cedro del Líbano como en el lirio de los valles, y así en la madrépora, que nace en el fondo del mar, como en el moho, que crece y fructifica sobre una piedrezuela, sirve de sustento y abrigo á la vida animal, es origen fecundísimo de inocente riqueza y el mejor apoyo de la unión social. ¡Cuánto no consuela al labrador llenando sus trojes con las doradas mieses ó hinchendo sus

hervientes cubas, inocente recompensa de sus fatigas! Y ¡cuánto no enriquece al industrioso artesano, ora le ofrezca preciosa materia para que le inspire nuevas formas, ora multiplique los instrumentos de las artes útiles, desde el arado, que nos alimenta, hasta el telar, que nos viste, y desde el carro, que da los primeros pasos del comercio, hasta las naves voladoras, que llevan á los habitadores del Septentrión los frutos y manufacturas del Mediodía!

Así es como la naturaleza reune siempre estos caractéres de grandeza y utilidad, que resplandecen en sus obras, y que vosotros descubriréis hasta en el informe reino minéral. ¡Qué inmensa mole de materia ruda é inorgánica, tendida debajo de nuestros pies y compuesta de seres tan diferentes por su substancia, por sus formas y por sus propiedades! Tierras y piedras, sales y betunes, metales y cristales..... ¡cuántos bienes presentados á las necesidades y al recreo del hombre! Y ¡cuál se ostenta en ellos aquella delicada progresión de perfecciones que tanto embellece y armoniza las obras de la naturaleza! ¿Quién comparará el barro con el minio, el asperón con el jaspe, el fierro con el oro, y el oscuro pedernal con el lucidísimo diamante de Golconda? Quién explicará la naturaleza del imán, guía constante de la navegación, ó la virtud atractiva y repulsiva del succino, ó la indocilidad de este mineral fluído inquietísimo, que así se niega al derretimiento como á la congelación, y que tan fácilmente se reune como se disuelve y sublima? ¿Quién dirá por qué el fuego que funde la platina deja ileso al amianto, ó porqué la platina resiste tan tenazmente al martillo, que extiende un átomo de oro á distancias incalculables? Y como si la naturaleza se complaciese en acumular mayores prodigios en los seres que nuestra orgullosa ignorancia mira con más desprecio, ¿quién explicará las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es cuna y sepulcro de cuanto existe sobre ella? ¿No veis cómo de ella nace y en ella se resuelve cuanto vive y muere delante de vosotros? Engendre ó destruya, ¡cuán portentosa es su fuerza, ó ya de un grano menudísimo haga brotar el roble, cuya sombra cobija

rebaños numerosos, ó ya devore y convierta en sustancia propia animales y plantas, mármoles y bronces, palacios y templos, y todo cuanto existe; que todo está condenado á caer en el abismo de sus entrañas.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

A. D. F. P. de Lema.

Mi estimadísimo maestro y señor: En poco más de un año que estoy en Sevilla he hecho los siguientes progresos. He escrito una obra, que voy á imprimir; he estado enamorado seis meses; me casé al séptimo, y al octavo quedé hecho padre de un embrión que va caminando prósperamente hacia la vitalidad. Yo no sé si esto entra en las reglas de la filosofía; porque, si nos atenemos á las graves sentencias de algunos barbones de la antigüedad y de muchos remilgados de nuestra época, ni el hombre debe enamorarse, ni debe casarse súbito y de antuvión, dado que no pueda resistir absolutamente á los ímpetus de una pasión que tanto halaga y tanto sojuzga. Los que prediquen la relajación de costumbres y trabajen para convertirse en troncos, podrán muy bien delirar á su sabor cuanto se les antoje para pervertir ó trastornar el orden de la naturaleza, y aun de la sociedad humana. Por lo que á mí toca, estoy firmemente persuadido de que las mujeres no se crearon para estériles, ni los hombres para existir sin ellas; que el matrimonio es el contrato más santo, más útil y deleitable de cuantos pueden celebrarse entre las criaturas racionales; y que si la corrupción del mundo ha derramado su hediondo y pestilente contagio hasta en la pureza de los tálamos, al verdadero filósofo toca demostrar, no sólo con la doctrina, pero con el ejemplo, que el vicio no tiene imperio en la casa del hombre virtuoso, y que su probidad, su entereza y circunspección noble bastan para aterrar la caterva de los que infaman la racio-

nalidad que poseen injustamente. Tal es lo que pasa por mí, con no tener más que las apariencias de la filosofía verdadera. Tuve felicidad en la elección de una joven grandemente juiciosa; su buen parecer excitó la curiosidad de una juventud desenvuelta, que quiso arrojarse á mi casa, como para introducir en ella la infamia y el desorden. Sin más espantajo que lo respetable de mi aspecto y la severidad concisa de mis expresiones, las ilusiones festivas de mi humor todavía satírico, y la indiferencia de la amabilísima joven, huyó la turba atolondrada, y en Sevilla es mirada hoy mi casa con el respeto que se le debe á un santuario del amor conyugal. Refiero todo esto para que Vmd. se goce con las hazañas de su discípulo, multiplicadas, como ve, tan extraordinariamente en tan pocos meses. Estoy contentísimo. Dios guarde á Vmd. muchos años. Su discípulo.

J. P. FORNER.

Historia del Nuevo Mundo.

Hízose á la vela Colón del puerto de la Navidad el 4 de Enero del año 1494. Gobernó al este á vista de la costa, prendado de la bondad del país, todo llano hasta bien cuatro leguas la tierra adentro, y sembrado de poblaciones grandes. Aquí acalorada su imaginación, creyó que esta isla era la Cipango diseñada en la carta de Toscanelli. El siguiente día llegó á un cerro eminente, que se levanta al extremo de una península, á modo de montón de trigo ó tienda de campaña, obra de diez y ocho leguas del Cabo Santo. Dióle por nombre Monte-Christi, el cual retiene hasta el presente, aunque algunos le llaman también la Granja, por su figura. Surgió al lado occidental de ese cabo, la en bahía donde desagua el Ya-

que, que entonces se denominó río del Oro, por haberse hallado entre sus arenas copia de oro menudo, y aun granos como lentejas. El 6, insistiendo en la empezada ruta adelante de Monte-Christi, se encontró la Pinta que venía del opuesto rumbo con viento en popa. Sin duda Martín Alonso supo que no andaba lejos su general, y se vino para él, esperando así obtener más fácil perdón del pasado yerro. Procuró disculparlo con la fuerza del viento que le obligó á separarse contra su voluntad y seguir la vía de levante, donde descubrió siete islas, que debieron de ser la Inagua, algunas isletas de los Caicos y demás contiguas hasta los Abreojos ó bajos de Babueca. De este paraje vino á la Española tres semanas antes, y contrató con sus naturales en varias partes, especialmente en un río en que estuvo diez y seis días. Empero su relación misma puso de manifiesto la falsedad y debilidad de la excusa. La experiencia y el tiempo empleado en el camino hicieron ver que se había navegado contra el viento reinante, en alas de la presunción y la codicia. Además, pareció por los dichos de los compañeros, que frustrada la esperanza de encontrar la opulenta isla de Babeque, vinieron sobre la de Haití, guiados de los lucayos; y que Martín Alonso adquirió para sí, con los rescates del rey, cuantiosas sumas de oro, reservándose la mitad á título de capitán, y distribuyendo el resto entre la gente por tenerla grata y á su devoción. Con todo eso, lo recibió Colón amistosamente y disimuló sus sentimientos, como había hecho repetidas veces, temeroso de los espíritus y partido de los Pinzones, no moviesen alguna sedición que aventurase el fruto de sus trabajos y los bienes que de su feliz descubrimiento podían resultar al estado y á la cristiandad. Á esta causa deseaba salir de su compañía, y partir á España sin detención. Volvió á surgir al puerto de Monte-Christi para hacer aguada en el Yaque, y emprendió su viaje por el este al largo de la costa, en 9 de Enero, reservando para otra vez seguir el rastro de las minas, bien patente en las arenas del río, y reconocer una vega que se ofrecía á la vista en extremo her-

mosa y dilatada. Vió á lo lejos en el mar tres peces disformes, con cabeza algún tanto semejante á la humana, de cuya especie había observado otros en la costa de Guinea, teniéndolos por las fabulosas sirenas, aunque no de la hermosura que las suponen. Acaso eran manatíes hembras, que suelen denominar el pece mujer. Mayor extrañeza debieron de causar las tortugas del tamaño de rodelas grandes, que tomaron en tierra, habiendo surgido á las quince leguas de Monte-Christi, junto á un cabo que se llamó Punta Roja. El 10 entraron ambas carabelas en la boca del río de Martín Alonso, cuyo nombre mudó el general en el de Gracia, aunque prevaleció el primero de su descubridor. Había éste llevado por fuerza cuatro hombres y dos mujeres mozas, y Colón les restituyó con usuras la libertad, mandándoles vestir y regalar muchas bujerías. Que así juzgó conveniente al servicio de los reyes tratar y honrar á sus vasallos, cuales reputaba los moradores de todo lo descubierto, mayormente á los de esta isla tan abundante de oro y en que dejaba hecho asiento de españoles. El siguiente día reconoció un buen puerto al pie de una sierra como plateada con las nubes de que estaba cubierta, y por esto les dió nombre monte y puerto de Plata.

JUAN BAUTISTA MUÑOZ.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Páginas

Advertencia V

SIGLO XIII.

JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Carta de Alejandro á su madre 1

LAS PARTIDAS.

Del título III de la segunda Partida 3
Del título IV de la segunda Partida 4

SIGLO XIV.

JUAN MANUEL.

El conde Lucanor 6
Id. Id. 7

PEDRO LÓPEZ DE AYALA.

Carta del rey moro de Granada al rey don Pedro de Castilla—
Crónica de don Pedro de Castilla 10

SIGLO XV.

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO.

Corvacho 13

Páginas

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Proemio al condestable de Portugal, sobre las obras..... 15

GUTIÉRREZ DÍAZ DE GÁMEZ.

Crónica del conde don Pero Niño—*Cap. XII, primera parte*..... 20

FERNÁN GÓMEZ DE CIBDADREAL.

Al doto varón Juan de Mena—*Centón epistolario*..... 22
Al manífico señor don Pedro de Stúñiga, conde de Lesma—*Centón epistolario*..... 23

ALFONSO DE LA TORRE.

Visión deleitable 25

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN.

Prólogo—*Generaciones y semblanzas* 28
El Condestable de Castilla don Álvaro de Luna—*Generaciones y semblanzas* 30

FERNANDO DEL PULGAR.

Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana—*Claros varones de Castilla*..... 32
Don Juan Pacheco, Marqués de Villena é Maestre de Santiago —*Claros varones de Castilla*..... 34
Letra I—*Contra los males de la vejez* 35
Letra III—*Para el arzobispo de Toledo*..... 37
Letra VII—*Para el Rey de Portugal*..... 39

DIEGO DE VALERA.

Carta al rey don Juan 41

SIGLO XVI.

JUAN LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS.

Tratado del esfuerzo bélico heroico—*Cap. XIV* 45

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA.

Diálogo de la dignidad del hombre 47
Id. id. id. 49

ANTONIO DE GUEVARA.

Carta de Marco Aurelio á su amigo Cornelio—*Reloj de príncipes* 50
Reloj de príncipes..... 53

Páginas

Reloj de príncipes 54
Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea—*Cap. I*..... 56

LUIS MEJÍA.

Dice la señora Fraude—*Apólogo de la ociosidad y el trabajo*..... 57
La hipocresía—*Apólogo de la ociosidad y el trabajo*..... 59
Corrupción del siglo—*Apólogo de la ociosidad y el trabajo*..... 61

PEDRO DE RHUA.

Carta á Antonio de Guevara..... 63
Carta irónica al mismo..... 65

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR.

Diálogo de la dignidad del hombre 67
Id. id. id. 69

FRANCISCO DE VILLALOBOS.

De la falsa risa—*Tratado de las tres grandes*..... 69
Glosa á la canción de la muerte..... 71

LUIS DE ÁVILA Y ZÚÑIGA.

La batalla de Elba—*Comentario de la guerra de Alemania*..... 73

PEDRO MEJÍA.

Historia imperial y cesárea—*Prólogo*..... 75
Id. id. —*Cap. IV* 77

FLORIAN DE OCAMPO.

Carácter de Anfbal—*Crónica general de España, libro IV*..... 79
Crónica general de España—*Libro V*..... 81

JUAN DE ÁVILA.

Carta consolatoria..... 84
Exposición del verso *audi, filia, et vide—Cap. LXVIII*..... 88

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Guerra de Granada 91
Id. id. 93
Id. id. 96
La publicación de la bula—*Lazarillo del Tormes*..... 97

LUIS DE GRANADA.

Meditación para el Jueves por la mañana—*De la Oración y Consideración*..... 103

Páginas

Meditación para el Viernes por la mañana—*De la Oración y Consideración*..... 105
Meditación para el Sábado por la mañana—*De la Oración y Consideración* 106
Del dolor que Nuestra Señora padeció al pie de la cruz—*Meditaciones muy devotas* 109
Del elemento del agua—*Introducción del Símbolo de la Fe, parte I, cap. VIII*..... 110
Introducción del Símbolo de la Fe—*Parte I, cap. II*..... 112
Sobre la oración—*Guía de pecadores, parte I, cap. XVI*..... 116
Sermón del nacimiento de Cristo 118
Sermón en la fiesta de los Reyes..... 120

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Llama de amor viva 121
Id. id. 126

SANTA TERESA DE JESÚS

Libro de las fundaciones..... 127
Exclamaciones del alma á su Dios..... 130
Id. id. id. 131
Id. id. id. 132
Conceptos del amor de Dios..... 134
Carta al padre Gonzalo de Ávila, de la compañía de Jesús, confesor de la santa..... 135
Carta al padre fray Gerónimo Gracián de la Madre de Dios.... 136

DIEGO DE ESTELLA.

Meditaciones del amor de Dios..... 137

LUIS DE LEÓN.

Exposición de Job..... 139
Id. id. 142
Id. id. 143
Id. id. 143
La perfecta casada..... 144
Id. id. 145
Id. id. 148
Id. id. 149
Nombres de Cristo—*Libro II*..... 150
Id. id. —*Libro I*..... 153

Páginas

MALÓN DE CHAIDE.

Conversión de la Magdalena..... 154
Id. id. 157

ANTONIO PÉREZ.

Carta á don Antonio Rafael..... 157
Carta á la señora doña Gregoria..... 158
Carta á un amigo suyo..... 160

JOSÉ DE SIGÜENZA.

Vida de San Gerónimo—*Prólogo*..... 163
Historia de la orden de San Gerónimo—*Libro IV, cap. I*..... 166
Id. id. id. —*Libro II*..... 167

ANTONIO FUEÑMAYOR.

Un morisco disuade á sus compañeros de la rebelión—*Vida de Pio V*..... 168

DIEGO DE YEPES.

Vida de Santa Teresa..... 169
Id. id. 171

JUAN MÁRQUEZ

Espiritual Jerusalén..... 172

MARTÍN DE ROA.

Vida de doña Sancha Carrillo..... 174
Id. id. 176

JUAN DE MARIANA.

Cómo Numancia fué destruída—*Historia general de España*..... 177
Exhortación de Pelayo á los asturianos—*Historia general de España*..... 182
Del principio de la guerra de Aragón—*Historia general de España*..... 184
Don Pedro el Cruel—*Historia general de España*..... 186

ANTONIO DE VILLEGAS.

Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa..... 192

GINÉS PÉREZ DE HITA.

Guerras civiles de Granada..... 198

Págnas

MATEO ALEMÁN.

Guzmán de Alfarache..... 204

PEDRO DE RIVADENEIRA.

La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias que pasa el hombre en esta vida—*Tratado de la Tribulación*..... 209

SIGLO XVII

MIGUEL DE CERVANTES.

Discurso de don Quijote sobre la edad de oro—*Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XI*..... 213
Aventura de los carneros—*Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XVIII*..... 215
Discurso de las armas y las letras—*Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XXXVII*..... 221
Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad —*Don Quijote de la Mancha, parte I, cap. XLV*..... 227
Consejos que dió don Quijote á Sancho antes que fuese á gobernar la ínsula—*Don Quijote de la Mancha, parte II, cap. XLII*. 232
Sancho en la ínsula Barataria—*Don Quijote de la Mancha, parte II, cap. XLVII*..... 236
La Gitanilla..... 239

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

Plática que el rey de Tidore, cabeza de la liga contra las armas europeas, hizo á los príncipes vecinos confederados—*Conquista de las Molucas*..... 241
El tirano Catabruno y el Sangaje D. Juan—*Conquista de las Molucas* 243

VICENTE ESPINEL.

El escudero Marcos de Obregón..... 245

FRANCISCO DE MONCADA.

Expedición de los catalanes y aragoneses, contra turcos y griegos..... 250
Gran victoria de los catalanes y aragoneses contra los turcos—*Expedición, etc., libro I, cap. XVII*..... 252

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA.

La casa de locos—*El Diablo cojuelo, tranco III*..... 255

Páginas

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Vida de Marco Bruto—*Discurso XV*..... 257
Marco Bruto al senado romano—*Vida de Marco Bruto*, *Discurso XXVI*..... 258
Las zahurdas de Plutón..... 259
Epístolas del caballero de la Tenaza..... 262
Historia y vida del gran Tacaño..... 265

CARLOS COLOMA.

Guerra de los Estados Bajos..... 268

FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Hablo á quien lee—*Guerra de Cataluña*..... 271
Guerra de Cataluña—*Entrada de los segadores*..... 272

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Deslumbre con la verdad la mentira—*Empresas políticas*..... 276
Desde la cuna da señales de sí el valor—*Empresas políticas*..... 278
República literaria..... 279

BALTASAR GRACIÁN.

El Criticón..... 281
Id. id. 282

ANTONIO DE SOLÍS.

Procura Motezuma detener á los españoles por medio de sus nigrománticos—*Historia de la conquista de Méjico*..... 283
Entrada del ejército á Iztacpalapa—*Historia de la conquista de Méjico*..... 286
Retirada de Cortés por la calzada de Méjico—*Historia de la conquista de Méjico*..... 289
Batalla de Otumba—*Historia de la conquista de Méjico*..... 291

SIGLO XVIII.

IGNACIO DE LUZÁN.

De la imitación de lo universal y de lo particular—*Poética*..... 295

BENITO GERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO.

El monte de la Virtud—*Teatro crítico universal*..... 297

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

El predicador mayor—*Fray Gerundio de Campazas*..... 299

Páginas

GREGORIO MAYANS Y SISCAR.

Oración sobre el ejercicio de la elocuencia española.... 301

JOSÉ CADAHALSO

Varias clases de escritores—*Cartas marruecas*..... 303
Juicio de la historia de don Quijote—*Cartas marruecas*..... 304
Matrimonios violentos—*Cartas marruecas*..... 304

EL P. CALATAYUD.

Juicio de sacerdotes..... 307

JOSÉ VARGAS Y PONCE.

Elogio de Don Alfonso el Sabio..... 309

JOSÉ VIEIRA Y CLAVIJO.

El Tostado y el cardenal Torquemada—*Elogio de Don Alfonso Tostado*..... 311

ANTONIO DE CAMPYANY Y DE MONTPALAU

Antonio Pérez—*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*.. 312

MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Elogio de Carlos III..... 317
Estorbos físicos ó derivados de la naturaleza—*Informe sobre la Ley Agraria*.... 319
Formación de cartillas rústicas—*Informe sobre la Ley Agraria*. .. 321
Discurso sobre el estudio de la geografía histórica..... 322
Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias..... 327
Oración sobre el estudio de las ciencias naturales..... 333

JUAN PABLO FÓRNER.

Á D. R. P. de Lema..... 339

JUAN BAUTISTA MUÑOZ.

Historia del Nuevo Mundo..... 340

AVISO

Está en prensa y saldrá á luz en breve el tomo segundo y último de prosa, el cual comprende el siglo XIX hasta nuestros días, en España y América. Á ese tomo seguirán inmediatamente dos de poesía y uno del teatro, con el que la obra quedará completa.

Se halla también en prensa el texto de *Literatura preceptiva*, en conformidad con el programa de la materia, que rige en el Colegio Nacional de la Capital.

CASA INTRODUCTORA

DE ARTICULOS DE LIBRERIA

ESCRITORIO Y EDUCACION

ANGEL ESTRADA

BUENOS AIRES

196 á 204, BOLIVAR, 196 á 204

La casa ofrece á los Libreros de la República, un surtido completo de todos los artículos de su ramo: *papeles, cuadernos, plumas, tinta, tinteros, portaplumas, lápices, libros de educacion, bancos para escuelas, globos, mapas, telurios planetarios, etc., etc.*

Los libreros y comerciantes en el interior, pueden pedir muestras y datos: CASILLA CORREO, 701.

Agencia general de los Sres. D. APPLETON y Ca., Nueva-York.

Se envian Catálogos é indicaciones á quien lo solicite.

PAPELES DE OFICIO Y CARTA

La casa ofrece á los comerciantes de la campaña y de Interior, el mas completo surtido de estos papeles, por mayor.

MAQUINAS, TIPOS, UTILES Y PAPEL DE IMPRENTA

La Fundicion de la casa, premiada en las Exposiciones Argentina, Chilena y de Paris, ofrece el mas completo surtido de tipos.

Las imprentas hallan siempre disponible, el mas completo surtido de papeles finos y ordinarios.

Pueden entregarse imprentas de cualquier valor en 24 horas.

VEANSE LOS CATALOGOS Y MUESTRARIOS DE LA CASA

GRAN CUADRO

DEL

SISTEMA MÉTRICO

Ó SEA

Los fundamentos del Sistema métrico representados intuitivamente

POR

C. BOPP

Profesor de la Escuela Real de Arquitectura de Stugart

PUBLICADO PARA ÁNGEL ESTRADA

BUENOS AIRES

Los objetos representados en el cuadro son:

1° El metro, dividido en 10, 100 y 1000 partes.
2° El cubo decimétrico en partes decimales;
3° El cubo decimétrico como medida hueca;
4° y 5° El litro y el kilógramo;
6° y 7° El decílitro y el hectogramo;
8° y 9° El centílitro y el decagramo;
10 y 11 La medida hueca, cuya figura corresponde al cubo centimétrico: además, el gramo.

ÍNDICE DEL TEXTO

I—Objeto del cuadro.
II—Figuras representadas en el cuadro;
III—Uso del cuadro.

Explicaciones del Sistema Métrico

A—Medidas lineales.
B—Medidas de superficie.
Medidas agrarias.
C—Medidas cúbicas.
D—Medidas de capacidad.
E—Pesas.

MATERIAL DE ENSEÑANZA

MOBILIARIO PARA ESCUELAS

COLECCIONES DE HISTORIA NATURAL

MAPAS Y CUADROS

GABINETES DE FÍSICA

LABORATORIOS DE QUÍMICA

Útiles y aparatos de química y física para estudiantes

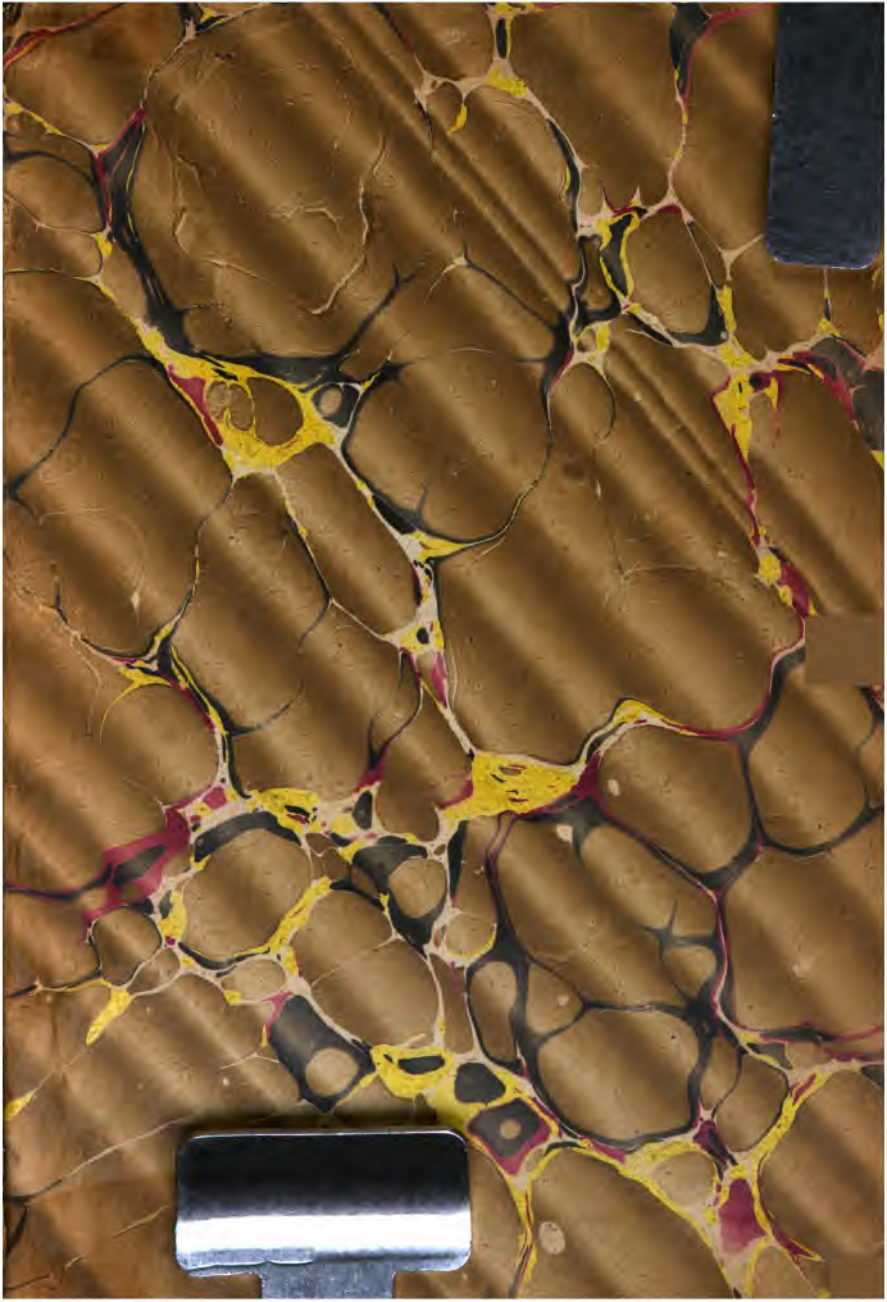
COLECCIONES CIENTÍFICAS

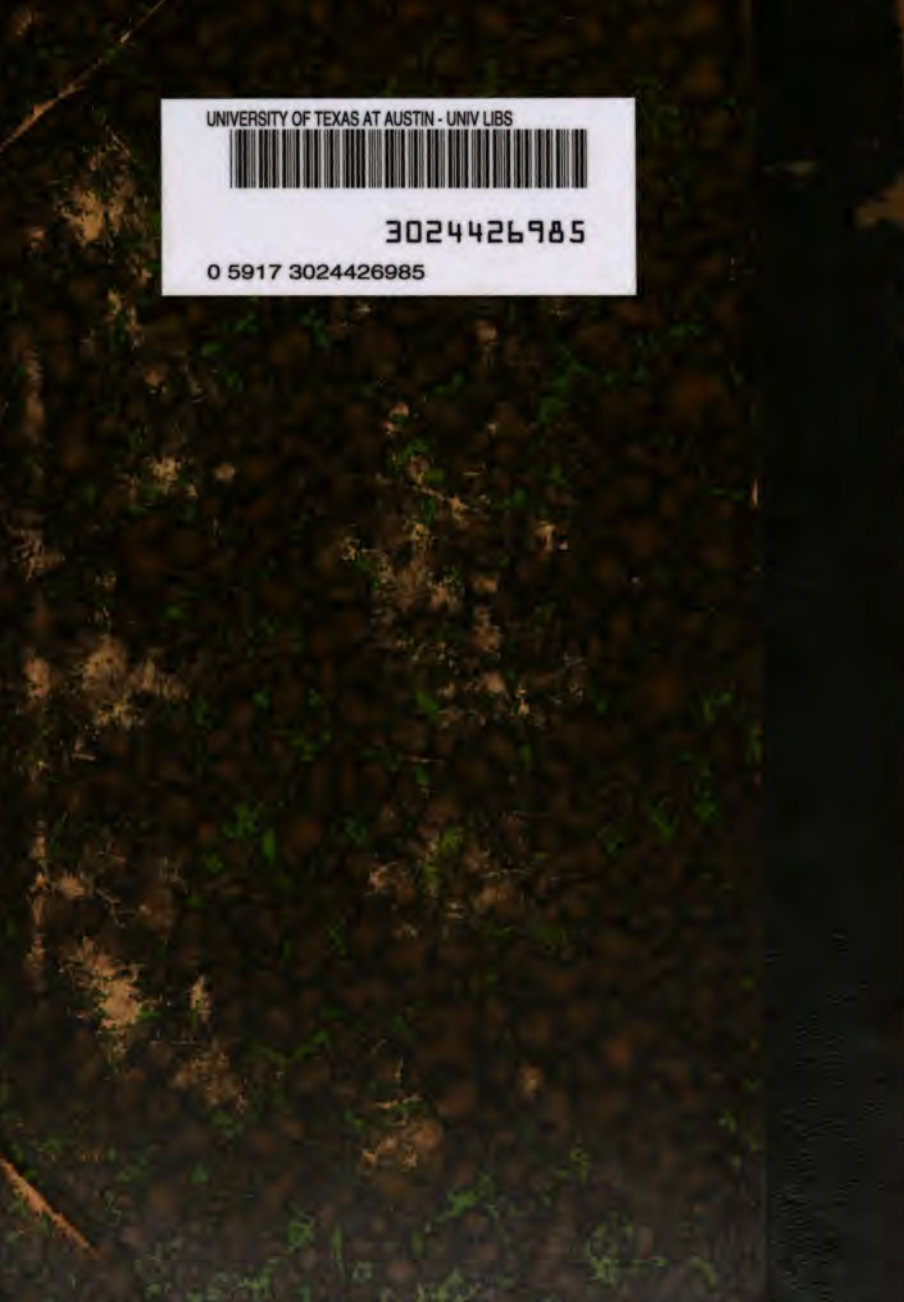
Mapa físico y político en relieve, de la República Argentina

QUE CONTIENE LOS DATOS MAS MODERNOS

DOS CUADROS, SE VENDEN SEPARADOS

Véanse los catálogos de la casa.




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024426985
0 5917 3024426985